

RELIGION UNIVERSAL

El Amor por principio, y el Orden por base; el Progreso por fin.

Síntesis Subjetiva

O

Sistema Universal de las concepciones propias al
Estado Normal de la Humanidad.

Industria

Bosquejo del Sistema de Industria
Proyectado por el Supremo Maestro

AUGUSTO COMTE

Por su discípulo
Luis Lagarrigue

1946

Año 92 de la Era Positivista

Editado por la Fundación Juan Enrique Lagarrigue
Santiago de Chile, calle San Isidro N.º 75

SINTESIS SUBJETIVA

Reproducción libre

FABRICACION CHILENA
IMPRESA UNIVERSITARIA

PRINTED IN CHILE
Santiago de Chile

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a los Proletarios que, liberados ya de la esclavitud, hayan dejado también de ser mercenarios y trabajen voluntariamente, en servicio del porvenir del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Objeto del cuarto volumen de la Síntesis Subjetiva del Supremo Maestro, Augusto Comte, era el Tratado de la Industria, esa grande obra, que el destino implacable de la vida le impidió realizar.

Movido por el deseo de facilitar la organización definitiva de la Industria altruísta, me resolví, desde que terminé el bosquejo del Tratado de Moral Práctica, el 6 de Mayo de 1944, a bosquejar también esa obra, que abarca la acción total del Gran Ser: Humanidad, sobre el Gran Fetiche, su morada planetaria.

Impulsado por el mismo deseo, el 19 de Moisés del 91 (19 de Enero de 1945), he entregado a la prensa una descripción del Culto Sociolátrico, trabajo que estimo como un complemento del Tratado de Moral Práctica.

No se oculta que esa idealización del Culto Sociolátrico, que supongo se realiza el año 1977, ha tenido

una influencia favorable sobre mis pensamientos, pues me permitió separarme de las crueldades, salvajismos y miserias del mundo en que actualmente vivimos.

Al iniciar ahora este examen de la Industria positiva, es decir, real, útil, cierta, precisa, orgánica, relativa y simpática, espero poder mantenerme libre del profundo egoísmo que domina todavía la actividad de los empresarios y de los operarios.

Reducido desde hace diez años a la pasividad de la vejez, después de haber ejercido, durante más de cuarenta años, una intensa actividad, como ingeniero, siento una íntima satisfacción de poder ligarme nuevamente a los trabajadores, herederos de los que me acompañaron en grandes construcciones de canalizaciones y puertos.

Santiago, 6 de Aristóteles del 91.
(3 de Marzo de 1945).

LUIS LAGARRIGUE.
Nacido el 16 de Mayo de 1864

INTRODUCCION

Condiciones de la Actividad industrial

ALTRUÍSMO—IDEALIDAD—TRABAJO

ALTRUÍSMO

Al iniciar el estudio de la Industria positiva, es necesario referirse a su estado normal, en que han desaparecido sus afanes históricos, de egoísmos individuales, domésticos y cívicos.

Cooperación social es la condición de la actividad guerrera, mientras la actividad industrial es, por su naturaleza, dispersiva e individualista.

Tales condiciones espontáneas de la guerra y de la industria permiten que ésta adquiera un carácter colectivo, y progrese en forma sorprendente, cuando subordina sus intereses a los de la guerra.

Imposible es, por lo tanto, realizar la paz en el Mundo, mientras la industria no adquiera, en forma sistemática, la condición de cooperación social de que goza la guerra, en que ya llegan a sacrificarse los individuos, las familias y las patrias, en servicio de la Humanidad.

Vano y funesto sería suprimir la educación militar en una sociedad en que no existe todavía una verdadera y entusiasta cooperación de trabajo ni en la Familia, ni en la empresa, ni en la Patria y menos aun en la Humanidad.

Al egoísmo individualista del capital y del trabajo, que los mantiene en perpetua lucha, es necesario substituir el altruísmo social, en su alianza industrial y pacífica.

Sólo entonces podrá constituirse la Industria altruísta, destinada a incorporar la especie humana y la Animalidad, la Vegetalidad, la Tierra, el Flúido que la envuelve, el Cielo y el Espacio al servicio material del Gran Ser: la Familia, la Patria y la Humanidad.

Cuando se regenere la Industria, bajo la influencia de la Religión de la Humanidad, se mirará a la guerra como una dolorosa condición de la espontánea organización social y se la alejará de la civilización altruísta, como a la esclavitud y al canibalismo.

A medida que se desarrolle el Culto altruísta a la Familia, a la Patria y a la Humanidad, se aspirará a conocer el Dogma positivo, que establece las leyes de las condiciones morales del Gran Ser y de las condiciones sociales, vitales, químicas, físicas, astronómicas y matemáticas de su existencia, y podrá constituirse el Régimen sociocrático en la Industria, en la Política y en la Educación, para perfeccionar al Mundo, a la Sociedad y a la naturaleza humana.

Mientras persista el carácter individualista que se ha dado a la teología, a la metafísica y a la ciencia, en los tiempos modernos, cada cual, procurando su salvación, invocando sus derechos y subordinando sus conocien-

tos a sus intereses materiales, se esparcirá en el Mundo el egoísmo, que tiende a disolver la Sociedad.

Ante el peligro de tal disolución se invocarán los derechos de la Patria o del Proletariado, para determinar cooperaciones sociales por medio de guerras o de revoluciones.

Debemos apartarnos de la inestabilidad de la vida presente para contemplar la Industria en el futuro, regenerada por la influencia lenta pero invencible de la Religión de la Humanidad.

A ella se deberá el triunfo general del altruísmo, que es la condición moral ineludible de la actividad industrial y pacífica, propia del porvenir humano.

Sin el cultivo directo y continuo del altruísmo, en la vida personal y doméstica, en la cooperación de los individuos en la Empresa, de las empresas en la Patria y de las patrias en la Humanidad, sería imposible organizar la cooperación industrial sobre la Tierra.

Todos los elementos de la actividad industrial deben ligarse en cooperación altruísta en tareas, que no les exigen como las de la guerra el sacrificio de la vida ni de los encantos de la vida doméstica, y deben coordinar sus esfuerzos en forma altruísta, en cualquiera función que se les asigne.

Impelidos por un sentimiento común de abnegación social, todos rivalizarán en servir con altruísmo a la Sociedad, sin aspirar a enriquecerse, explotando a los demás.

El ideal de la vida no será el de independizarse de la Sociedad, para gozar de los medios de bienestar que ella le ha procurado, sino el de aplicar todos los recursos, morales, intelectuales y materiales, en servicio altruísta de la Sociedad.

No se concibe que los que sacrifican sus bienes, su bienestar y hasta su vida en servicio de la Sociedad, durante la guerra, se conviertan, durante la paz, en los más ruines explotadores de esa misma Sociedad.

De nada sirve lamentar la triste, innoble y repugnante situación en que se encuentra la actividad industrial, en los tiempos de paz, pues durante la guerra, ésta le comunica su entusiasmo social y la liga a la cooperación humana.

Es necesario reorganizar la vida industrial de la paz, dándole entusiasmo, nobleza y atractivo, gracias a la cultura altruísta del corazón y del espíritu humano.

Ningún propósito de interés individual debe invocarse para hacer concurrir a los hombres al servicio de una Sociedad, que sólo exige testimonios de altruísmo.

Impera desde luego el altruísmo de simpatía entre los individuos que cooperan voluntariamente en la actividad industrial.

No se podría conciliar el deber de la cooperación con la felicidad, si el concurso se efectuara en medio de las antipatías.

Debe, por lo tanto, cultivarse el altruísmo de simpatía, durante la cooperación de la actividad industrial, extendiendo ese altruísmo no sólo a los cooperadores humanos, sino también a los animales y a los elementos vitales, químicos, físicos, astronómicos y matemáticos, que se utilizan en la Industria, como materiales y medios de construcción o como instrumentos de acción.

Una encantadora situación moral domina entonces la cooperación activa, que se dignifica con las más nobles afecciones del corazón humano.

Cada cual se encuentra rodeado de seres y acontecimientos que estimulan su simpatía, y ningún sentimiento odioso viene a atenuar su entusiasmo y a amargar su existencia.

Impulsados por la simpatía, todos concurren con alegría, y se les hacen livianas todas las tareas.

Regenerada por el altruísmo de simpatía, la cooperación industrial puede organizarse por la alianza de los operarios con los empresarios y por la necesaria constitu-

ción de la jerarquía de los empresarios, que han de constituir la dirección mundial de la actividad industrial, pacífica y altruísta.

Vivir subordinado, sin experimentar aprecio ni veneración por los jefes, es una de las condiciones más penosas de la existencia de los obreros, y lo es también de los jefes, que tratan sin consideraciones a los operarios.

Al altruísmo de simpatía es necesario unir el altruísmo de veneración, que es el sentimiento que permite dar dignidad a la obediencia y al mando.

La simpatía y la veneración son las dos condiciones morales altruístas, que el presente y el pasado imponen a la cooperación industrial.

Obedecer y mandar con veneración permiten consolidar la simpatía en la cooperación, cuyas condiciones de intensidad aconsejan reducir el número de los cooperadores, en una Empresa bien organizada.

Reducido el número de los operarios a límites convenientes, no sólo el altruísmo de simpatía se intensifica, sino que el altruísmo de veneración se manifiesta en forma directa entre los que mandan y los que obedecen.

Esta consideración establece una de las bases morales de la organización industrial que, ante todo, debe considerar la felicidad de los que cooperan, reduciendo el campo de cada Empresa.

Semejante reducción es contraria a la tendencia del capitalismo moderno, que sólo tiene en vista el enriquecimiento, produciendo en masa artículos de corta duración, impuestos al público por una desenfadada propaganda.

Al desarrollarse en forma regular la actividad industrial, se hace necesario darle un objetivo general, que pueda ser común a todas las Empresas.

Manifiesta así la actividad una exigencia análoga a

las de la intelectualidad y de la afectividad, que tienden hacia la unidad de propósitos.

A todos los aspectos afectivos, intelectuales y activos de la existencia humana les corresponde una misma destinación, la de perfeccionar las condiciones morales, mentales y materiales del porvenir.

No cabe duda que esa es la destinación que cumplen los seres humanos, inspirados por el altruísmo, mientras los inspirados por el egoísmo no se acuerdan del pasado ni del porvenir y divergen del progreso, que no cesan de perturbar.

Tal situación impone, que a los altruísmos de simpatía y de veneración, que ligan la cooperación industrial con el presente y con el pasado de la Humanidad, se una el altruísmo de bondad, que debe ligar la Industria al porvenir.

Ese es el sentimiento supremo, que ha de inspirar el entusiasmo infatigable de los verdaderos servidores del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Se completan así las condiciones morales de la actividad industrial, con el conjunto de los altruísmos de simpatía, de veneración y de bondad, que dan encanto y dignidad a los lazos de la existencia humana con el presente, el pasado y el porvenir.

Sometida al principio del altruísmo, la organización industrial se hace posible y fácil, y puede efectuarse entre las empresas una cooperación más intensa y más extensa que la que se ha observado en los períodos de guerra.

Un mismo sentimiento de servir al porvenir estimula todas las actividades que, lejos de perturbarse unas a otras, por la competencia, se favorecen recíprocamente, para asegurar el éxito de sus comunes aspiraciones.

Muy difícil será que se mantengan los egoísmos primitivos, cuando el proletariado se penetre de las ventajas espirituales y materiales de la organización altruísta de la actividad industrial.

Y será aún más difícil que las empresas, regeneradas por el principio altruísta, puedan retrogradar hacia su primitivo estado de egoísmos, inquietudes y miserias.

Sin sombras se presenta el porvenir de la Industria, cuando se la contempla bajo el prisma del altruísmo, que resuelve todos los conflictos, allana las dificultades y asegura la felicidad humana.

Aceptando el principio altruísta, nos será fácil resolver todos los problemas morales, sociales y materiales, que afectan la actividad industrial de los pueblos, y contemplar el verdadero porvenir hacia el que se encamina el progreso de la Humanidad.

Se podrá entonces eliminar la guerra y todas las luchas humanas, que habrán perdido ya su destino histórico, de producir y mantener cierto grado de cooperación social.

IDEALIDAD

Mientras predominó el espíritu teológico o el metafísico, existía un abismo entre la idealidad y la realidad, pero a medida que impera el espíritu científico, ha podido ponerse de acuerdo lo ideal con lo real.

A ese acuerdo se debe el progreso de la actividad industrial, desde las máquinas de guerra de Arquímedes, hasta la reciente navegación submarina y aérea.

Tal acuerdo ha sido aún perturbado por el absolutismo, teológico y metafísico, que se extendió a la ciencia moderna y que sólo ha sido eliminado por el espíritu positivo, que es esencialmente relativo.

Ese absolutismo científico indujo a Newton a declarar irrealizable el acromatismo de las lentes que, sin embargo, fué obtenido por la experiencia.

Reducido el progreso industrial al empirismo expe-

rimental, siempre es la idealidad de los inventores la que dirige las experiencias, para llegar a la realidad deseada.

Imaginar la realidad futura es el procedimiento que emplea el inventor industrial y el reformador social.

Así la idealidad es la base de la futura realidad.

Al formularse cualesquiera de los ideales de la actividad, educativa, política o industrial, es necesario considerar la naturaleza de los sentimientos egoístas o altruistas que lo inspiran.

La idealidad funciona siempre impulsada por un motor afectivo, que puede ser egoísta o altruista, y por eso se manifiestan los programas educativos de formar explotadores o servidores de la Sociedad, los programas políticos de conquistar a los demás pueblos o de servir a la Humanidad y los programas industriales de producir elementos de destrucción o de construcción y bienestar.

Tales condiciones imponen a la idealidad industrial inspirarse sólo en el altruismo, ya que el altruismo de simpatía, de veneración y de bondad es el único principio de la organización industrial.

Una vez constituida la Industria en forma altruista y determinada la cooperación activa de todos los pueblos del Mundo, desaparecerá el objeto social de la guerra, y todo programa de actividad destructiva será contrario a los deseos altruistas y a las opiniones pacíficas de los hombres.

Refrenado el egoísmo individual y el egoísmo social, sea doméstico o cívico, podrá desarrollarse la idealidad altruista del progreso industrial, cuyos resultados serán sin duda superiores a todo lo que podamos ahora imaginar.

A pesar del egoísmo que ha inspirado la industria moderna, ella ha presentado ejemplos de inventores dedicados al bienestar pacífico de los pueblos, entre los cuales el más característico es probablemente Edison.

Semejantes ejemplos se multiplicarán, cuando el entusiasmo social corresponda a la Industria y no a la guerra.

Toda la idealidad práctica perderá entonces su carácter egoísta e inspirada por el altruísmo, producirá resultados cuya grandeza difícilmente podemos concebir.

El concurso de los talentos inventivos no estará perturbado por las tendencias al privilegio de explotación social, sino que, por el contrario, estará estimulado ese concurso por la noble emulación de prestar los mayores servicios a la Sociedad.

No se necesitará de Academias ni de sociedades intelectuales, para fomentar la idealidad industrial, por cuanto todas las Empresas contarán con secciones técnicas y experimentales, que cooperarán entre sí para favorecer el progreso común de la Industria.

Imposible sería entonces aceptar los privilegios exclusivos, propios del egoísmo práctico, y todo invento se ha de esparcir, sin traba alguna, a toda la Tierra, cuando la actividad industrial no tenga por objetivo enriquecerse, sino prestar servicios prácticos a la Sociedad.

Dominado por los egoísmos de interés o de ambición, el hombre exige que se premien sus servicios con tributos materiales u honores sociales, pero, dominado por el altruísmo, considera esos tributos como resabios egoístas, que aminoran el placer intenso y puro que se experimenta al prestar un servicio.

Así se comprueba que, en un régimen altruísta, las alabanzas deben tributarse sólo a los muertos, no en beneficio de ellos, sino en provecho de los que las hacen.

Se depura, de este modo, la idealidad industrial de toda influencia egoísta y se siente alentada por el deseo de obtener el placer altruísta de servir mientras se vive y aun después de la muerte.

El futuro desarrollo de la idealidad industrial, no sólo se caracterizará por sus impulsiones altruístas, sino también por las condiciones dogmáticas y no empíricas que lo guían, mientras las ciencias no se constituyen.

Semejante transformación de la idealidad empírica

en idealidad dogmática se efectúa en conformidad al orden de las relaciones científicas del espíritu humano con las Divinidades positivas: el Gran Medio (El Espacio), el Cielo, el Flúido (el aire y el agua que envuelven la Tierra), el Gran Fetiche (la Tierra), la Vegetalidad, la Animalidad y el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Por eso, la idealidad industrial adquirió carácter dogmático, en cuanto la ciencia abarcó los fenómenos de número, extensión y movimiento, propios del Espacio.

Entonces pudo calcularse el número y la extensión e idearse la palanca, el torno y el plano inclinado, para efectuar movimientos.

Reducido, desde luego, ese progreso de la idealidad industrial científica al orden matemático, se extendió, en seguida, al orden astronómico, con la determinación de las ubicaciones y direcciones geográficas.

Al progreso de la idealidad industrial científica en matemática y astronomía se ligó aún, en la antigüedad, un bosquejo de la industria científica en física, reducida a determinar la densidad de la materia.

Renovada en el Occidente, la cultura científica, a partir del siglo XVI, con Copérnico, la idealidad industrial científica se desarrolló en Física y en Química y aún en Biología, a partir del siglo XIX.

Reducida al empirismo, la idealidad política y la educativa no han tomado todavía un carácter científico y siguen imperando las utopías metafísicas y teológicas, que mantienen la guerra, la miseria y el egoísmo en el Mundo.

Este empirismo político y educativo, que reina aún, un siglo después de la fundación científica de la Sociología y de la Moral, por el Supremo Maestro, Augusto Comte, hace recordar la ignorancia en que se mantenía el alto clero católico respecto al movimiento de la Tierra, en tiempos de Galileo, un siglo después de Copérnico, a pesar de las más antiguas insinuaciones del Cardenal de Cusa.

La condición empírica en que se mantienen la política y la educación, en los tiempos actuales, explica la influencia que conservan aún los caudillos guerreros o revolucionarios, que prometen curar los males sociales y morales, como los curanderos los vitales.

Así como para obtener un compuesto químico no se invoca ya la influencia de los espíritus ni la de los astros, sino que se confía en las leyes científicas, es de esperar que para resolver los problemas económicos y de armonía social, y los de la moralidad personal y colectiva no se recurra, en adelante, a la influencia imaginaria de espíritus divinos, sino que se aplique la ciencia social y, sobre todo, la ciencia moral, que subordina la armonía humana y, por lo tanto la felicidad, al desarrollo cultural del altruísmo de simpatía, de veneración y de bondad.

Tal cultura afectiva, que fortalece los sentimientos altruistas, como la gimnasia, la fuerza muscular, explica la influencia de los cultos teológicos sobre el perfeccionamiento de la naturaleza humana y su decadencia cuando se carece de todo culto y se deja el alma expuesta a la cultura continua del egoísmo.

Al próximo porvenir ha de corresponder, sin duda, el desarrollo de la idealidad científica en política y en educación y desde entonces se habrá ligado definitivamente la actividad humana, como la intelectualidad y la afectividad, a las Divinidades positivas.

Regenerada la idealidad, en la Industria, por la influencia dogmática de las ciencias, redujo el campo de sus experiencias al dominio de las posibilidades compatibles con las leyes naturales.

Importa reconocer que el campo dogmático se reduce al orden abstracto de las existencias, cuyas leyes generales constituyen las ciencias, y que no abarca el orden concreto de los seres, cuyo comportamiento efectivo equivale a la manifestación de voluntades, que sólo pueden ser conocidas por la experiencia.

Mientras la idealidad abstracta de la ciencia no deja duda alguna respecto a las leyes que rigen el cumplimiento de los fenómenos, la idealidad concreta de la Industria recurre a coeficientes de incertidumbre en las construcciones materiales, aunque se haya determinado por la experiencia la conducta de los elementos que las constituyen.

Puede decirse que los seres materiales no sólo están sometidos a las existencias matemática, astronómica, física y química, sino que manifiestan las actividades correspondientes en forma característica y especial, que equivale a voluntades propias, pero constantes.

Una vez que el espíritu humano renunció a construir una Síntesis Objetiva con la teología, con la metafísica o con la ciencia, pudo construir la Síntesis Subjetiva y establecer que en el orden concreto es necesario completar las leyes con las voluntades, que son siempre la manifestación del sentimiento.

La Síntesis Subjetiva subordinó así las Divinidades positivas al Gran Ser, dotando al Gran Medio (el Espacio subjetivo), de amor sin actividad ni inteligencia; asignando amor y actividad, pero no inteligencia, al Cielo, al Flúido, al Gran Fetiche y a la Vegetalidad; y reservando la inteligencia, ligada al amor y a la actividad, a la Animalidad y al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Se complementa así la idealidad y se dignifica la actividad industrial, extendiendo la participación de los sentimientos altruístas a los lazos activos con la materia y con la vida.

Aun la idealidad en la industria matemática se purifica de todo egoísmo y se fortifica con la idealización del Espacio, como sitio del altruísmo universal.

A los recuerdos o ideales estéticos, teóricos o prácticos ha de adjuntarse el impulso de los sentimientos altruístas, y jamás el de los egoístas, que sólo participan en las exigencias objetivas de las sensaciones y de los movimientos.

La idealidad industrial, inspirada por el altruísmo, guiada por la ciencia y controlada por la experiencia, consolidará en forma definitiva el progreso de la actividad humana, que será entonces solidario con los programas de la intelectualidad y de la afectividad, refiriéndose siempre al porvenir del Gran Ser.

Todo proletario ha de concurrir, principalmente durante su juventud, a desarrollar la idealidad industrial altruísta, teórica y práctica, después de haber recorrido, simultáneamente con las siete ciencias, durante la adolescencia, los diversos órdenes de la actividad y de haber recibido, durante la segunda infancia, las influencias estéticas del Gran Ser y de las Divinidades positivas.

Al recibir a los veintiocho años el Sacramento de la Destinación, el proletario habrá elegido el oficio que esté más de acuerdo con sus condiciones morales, intelectuales y físicas y podrá concurrir hasta su vejez al progreso industrial de la Humanidad.

Reducido, por fin, a la existencia pasiva de la ancianidad no será una rémora al progreso, sino, por el contrario, un estímulo afectivo e intelectual de los hombres activos.

El proletario que, por el Culto, el Dogma y el Régimen de la Religión Universal, ha ligado sus sentimientos, su inteligencia y su actividad a las Divinidades positivas y al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, no será ya víctima de los absolutismos teológicos, metafísicos ni científicos y podrá desarrollar la idealidad industrial con el entusiasmo altruísta, con la conciencia teórica y la energía práctica que corresponden a los hombres del porvenir.

Su acción será inspirada por los sentimientos de la Mujer: Madre, Esposa, Hija; guiada por la intelectualidad del Sacerdocio; y dirigida por la autoridad social del Patriado.

T R A B A J O

Todos los seres materiales y vitales manifiestan sus actividades y cumplen su destino de acuerdo con las leyes de su naturaleza, como el viento que sopla, el agua que corre, la tierra que tiembla, la planta que fructifica, el animal que pastorea, el hombre que hace lo que quiere.

Reducidos al espíritu del materialismo matemático, veríamos trabajo en todo esfuerzo o movimiento, pero el relativismo positivo nos indica que el hombre que hace lo que quiere no trabaja y que trabaja el que hace lo que debe; que el buey que pastorea no trabaja y que trabaja el ungido al yugo en el arado; que el árbol que crece y fructifica no trabaja y que trabaja el tronco que sirve de puente sobre el arroyo; que la tierra que tiembla no trabaja, pero sí la que sustenta las construcciones humanas; que el viento que sopla o el agua que corre no trabajan, pero sí el viento que infla el velamen y el agua que mueve la rueda.

Así puede decirse que el trabajo es la aplicación de las actividades al servicio de la Humanidad.

Vale decir que el hombre es el que trabaja, por cuanto es él quien aplica las actividades, propias y ajenas, al servicio de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Así puede reducirse el presente estudio a siete capítulos, destinados sucesivamente al examen de la actividad humana en sus aspectos moral, social, vital, químico, físico, astronómico y matemático.

Importa subdividir cada capítulo en dos secciones, para caracterizar primero la naturaleza de las actividades correspondientes y en seguida la organización sucesivamente espiritual, temporal, agrícola, minera, fabril, comercial y bancaria que corresponde a la Industria.

La Conclusión resumirá las condiciones de paz, de bienestar y de progreso propias de la Industria, en su futuro estado normal.

Reducido el Trabajo al orden humano, se nos presenta bajo tres aspectos: afectivo, intelectual y activo.

El trabajo afectivo sólo puede referirse al altruísmo, puesto que el egoísmo no se destina al servicio de la Humanidad y sólo dirige las impulsiones voluntarias de la animalidad.

Habría que suponer que la naturaleza humana sólo quisiera hacer actos altruístas y se la obligara a cumplir por deber los actos egoístas, para que el trabajo pudiera referirse al egoísmo.

Al trabajo afectivo altruísta corresponde al Culto religioso, mientras la ociosidad afectiva deja el alma entregada al egoísmo.

Comprende el trabajo altruísta el cultivo de la simpatía, de la veneración y de la bondad, que ligan especialmente las afecciones a la Familia, a la Patria y a la Humanidad y a la existencia presente, pasada y futura.

El trabajo simpático asiste e impulsa toda actividad en el presente y asocia al éxito práctico los elementos humanos, animales, vegetales y materiales susceptibles de concurrir a él.

Rodeado del encanto afectivo, el trabajo simpático facilita el cumplimiento del trabajo venerante, que establece la continuidad social y hace concurrir los elementos del pasado al trabajo bondadoso, destinado al porvenir, con entusiasmo y dignidad.

Al Culto religioso corresponde, pues, el principal de los trabajos humanos, el trabajo afectivo, sin el cual, el trabajo intelectual y el trabajo activo se convierten en cargas penosas, cuando no se eluden, para divagar y actuar en medio de los egoísmos.

La práctica continua del trabajo afectivo ocupa la vida entera y se aplica especialmente en la primera in-

fancia, mientras en la segunda infancia, de los siete a los catorce años, se inicia el trabajo intelectual estético, que se complementa, en la adolescencia, con el trabajo filosófico y científico, hasta los veintiún años.

Iniciado con la poesía, el trabajo intelectual se combina con el trabajo afectivo venerante, hacia las sublimes creaciones estéticas del pasado.

No son menores los lazos del trabajo intelectual filosófico y científico con el trabajo afectivo venerante y bondadoso, por cuanto se liga a los genios del pasado y al servicio del porvenir.

El trabajo intelectual, sea poético, filosófico o científico, se manifiesta en la contemplación, en la meditación y en la expresión.

Al trabajo meditativo le corresponden los caracteres del empirismo práctico o del dogmatismo teórico, que reaccionan sobre la contemplación y dirigen la expresión.

Realízase así una armonía espontánea, que debe hacerse sistemática, entre los trabajos intelectuales y los afectivos, según los lazos de la contemplación con la simpatía, de la meditación con la veneración y de la expresión con la bondad.

Verdadera analogía existe entre los lazos del trabajo afectivo con el Culto religioso y los del trabajo intelectual con el Dogma religioso.

Importa, sin embargo, reconocer que los resultados del trabajo afectivo son sensiblemente los mismos, cualquiera que sea el Culto en que se desarrolla, mientras que el trabajo intelectual es discordante, según sea teológica, metafísica o científica la naturaleza del Dogma.

Tales relaciones se extienden al trabajo práctico, que se liga íntimamente con el Régimen social, sea conquistador, defensivo o industrial, de acuerdo con la condición teológica, metafísica o científica del Dogma.

A la cooperación social, establecida por la conquista y dirigida por la teología, sucedió un primer grado de ais-

lamiento, con el régimen defensivo y el dogma metafísico, para llegar por fin a la completa dispersión de la industria y de la ciencia irreligiosas.

La regeneración reclama un Régimen de Industria altruísta, un Dogma de Ciencia relativa y un Culto humano y continuo de los sentimientos altruístas de simpatía, de veneración y de bondad dirigido al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad y a las Divinidades positivas.

Ese Gran Ser y las Divinidades que lo acompañan concentran el trabajo afectivo, el trabajo intelectual y el trabajo práctico de la naturaleza humana.

Se relaciona especialmente la actividad en la educación, en la política y en la industria con esos grandes seres: la educación con el Gran Ser; la Política con la sociabilidad propia de la Animalidad y de la especie humana; y la industria, en sus aspectos agrícola, con la Vegetalidad; minero, con el Gran Fetiche; fabril, con el Flúido; comercial, con el Cielo; y bancario, con el Gran Medio.

Al trabajo humano, sea afectivo, intelectual o práctico, le corresponde un elemento social directivo que se especializa en hacer concurrir y cooperar los sentimientos, los pensamientos o los actos, de donde resultan las funciones morales de la Mujer, en la vida afectiva doméstica; espirituales del Sacerdocio, en la vida intelectual religiosa; y materiales del Patriciado, en la vida activa industrial.

Cada elemento gubernativo, al dirigir el trabajo afectivo en el hogar, el trabajo intelectual en la escuela o el trabajo práctico en la empresa industrial, no sólo no debe perturbar, sino que debe favorecer los otros trabajos, que no le corresponden, pero que son necesarios al progreso social y moral.

Tales condiciones de armonía entre los trabajos humanos imponen la eliminación de las Mujeres y de los Maestros del trabajo industrial, y la aceptación de los

principios sociales de que el hombre debe alimentar a la Mujer y que los hombres prácticos deben alimentar a los teóricos.

Impónese así al trabajo práctico el deber de sustentar al trabajo afectivo y al trabajo intelectual, que, por su parte, encantan y auxilian al trabajo industrial.

Vivas y continuas reacciones ligan el trabajo afectivo con el trabajo intelectual, sobre todo estético, cuyo progreso es tan ilimitado como el del trabajo práctico.

Así el trabajo afectivo, dirigido por la Mujer: Madre, Esposa, Hija, es el principio que impulsa todo trabajo intelectual o práctico, de acuerdo con la fórmula: «el amor por principio, y el orden por base; el progreso por fin».

Si las Mujeres dirigen el trabajo afectivo en cada una de las Familias que pueblan la Tierra, el Sacerdocio tiene por destino dirigir el trabajo intelectual de la Humanidad entera, basado en la Ciencia, mientras el Patriado dirige el trabajo del Proletariado en cada Empresa, para servir a la Patria y hacerla concurrir al servicio de las demás.

Imposible sería hacer concurrir el trabajo afectivo, el intelectual y el práctico en torno de seres imaginarios, cuyo destino pasajero permitió ligar a los hombres en la guerra, pero jamás en la paz del trabajo, que siempre ha sido destinado a la Humanidad.

La Humanidad es el centro definitivo del trabajo afectivo, del intelectual y del práctico, pues la vida entera se concentra en amar, conocer y servir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Uniforme es, entonces, el destino del amor, del conocimiento y de la acción, basados en los afectos altruístas, en los conceptos científicos y en el trabajo industrial.

Se asocian al hombre, en el servicio al Gran Ser, las Divinidades positivas, desde luego la abnegada Animalidad, que dedica sus afectos, su sensibilidad, sus fuerzas

y hasta su vida para servir a los hombres que, a menudo, agotan tantos sacrificios en sus propios egoísmos.

Todo el encanto de las flores, la utilidad de los frutos, la resistencia de las maderas y muchos otros productos incorporan la encantadora Vegetalidad al servicio del Gran Ser.

Reservas inagotables en sustancias de sustento, de construcción y de acción conserva la Tierra para servir al Gran Ser.

El Flúido, el agua y el aire que envuelven la Tierra, está íntimamente ligado al sustento, a la sensibilidad y a la acción del hombre en servicio del Gran Ser.

La bóveda celeste permite fijar las ubicaciones y direcciones geográficas, que incorporan el Cielo al servicio del Gran Ser en el transporte sobre la Tierra y en la estimación del tiempo.

Al Espacio, como Gran Medio de la existencia subjetiva, propia del Gran Ser, le corresponde concurrir directamente el trabajo afectivo, permitiendo evocar los seres y los acontecimientos que emocionan el altruísmo y favorecer el trabajo intelectual, como sitio de las imágenes de la contemplación, de los ideales de la meditación y de los signos de la expresión.

Bastan estas consideraciones de conjunto para apreciar el concurso que prestan las Divinidades positivas al trabajo humano, sea afectivo, intelectual o activo, en servicio del Gran Ser.

Oportuno sería condenar desde luego el orgullo de la demencia del materialismo científico, que se olvida del Gran Ser o lo desprecia y pretende explicar la existencia de las Divinidades positivas por medio de abstracciones imaginarias, tan ilusorias como las de la teología.

Regenerados por la Síntesis Subjetiva, sabemos, sin embargo, que la existencia o no existencia de lo imaginario se acepta o rechaza sin demostraciones, como se abando-

naron a los Dioses del Olimpo sin que nadie demostrara que no existen.

Esperemos confiados, que el corazón, el espíritu y el carácter humanos se ligarán al Gran Ser y a las Divinidades positivas cuando se comprenda su importancia afectiva, intelectual y práctica para obtener la felicidad moral, la paz social y el bienestar material.

Se concentrarán entonces en el Supremo Maestro, Augusto Comte y en su Sublime Inspiradora, Clotilde, todos los homenajes que el Presente tribute al Pasado y los vaticinios del progreso afectivo, teórico y práctico del Porvenir.

CAPITULO PRIMERO

CONDICIONES MORALES DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD MORAL. II. ORGANIZACIÓN ESPIRITUAL DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD MORAL

Al iniciar el estudio de la actividad humana, se impone seguir un orden inverso al de la intelectualidad científica, de acuerdo con el carácter empírico y concreto del progreso práctico y de las exigencias dogmáticas y abstractas del progreso teórico. Mientras era imposible concebir científicamente los fenómenos vitales sin conocer la química, se pudo cultivar la vitalidad vegetal, asimilar y perfeccionar las especies animales y hacer el más grande de los inventos: el del fuego. Así pudo también navegarse antes de conocer las leyes de los cuerpos flotantes y determinarse los períodos de las translaciones de la Luna, el Sol y los planetas sin conocer los principios elementales de la geometría y de la mecánica.

Cuando se considera que el trabajo industrial es la aplicación de las actividades al servicio del Gran Ser, se reduce la actividad moral a los sentimientos altruístas de simpatía, de veneración o de bondad. A esos sentimientos altruístas se subordinan los egoístas, cuando les es dado concurrir al servicio de la Familia, de la Patria o de la Humanidad. La actividad moral que trabaja puede, por lo tanto, reducirse exclusivamente a la que es impulsada por los sentimientos altruístas.

Tal restricción caracteriza la naturaleza afectiva de la actividad moral y determina sus influencias sobre sus condiciones intelectuales y activas. A las influencias afectivas de los altruísmos de simpatía, de veneración y de bondad se ligan respectivamente las facultades intelectuales de contemplación, de meditación y de expresión y las facultades activas de iniciativa, de prudencia y de perseverancia. La armonía moral del altruísmo con la inteligencia y con la actividad determina la unidad moral, fuente de la felicidad humana, como de la virtud y de la salud.

Importa reconocer que si no hubiera sido posible concebir que el trabajo es la manifestación consciente o inconsciente del altruísmo, no sería practicable ninguna organización social de la Industria, que mantendría siempre su carácter individual y egoísta, mientras la guerra no la impulsara al servicio forzoso de la Sociedad. De nada han servido esos períodos de entusiasmo social pasajero, ligados al salvajismo guerrero, pues, luego que se obtiene la paz y aún, en cuanto se vislumbra, renacen los egoísmos monstruosos, que llegan a temer los peligros de postguerra más que los de guerra. Ante el vergonzoso espectáculo que presentan aún los pueblos, sería justificado perder toda esperanza, si la Humanidad no nos hubiera sacado ya del canibalismo y, en parte de la esclavitud.

Vanos e ineficaces son todos los programas políticos

para organizar la Industria, sin tomar en cuenta las condiciones morales de la existencia humana, que se manifiesta siempre generosa, abnegada y heroica en la guerra y avara, interesada y cobarde en el trabajo pacífico. Es evidente que al trabajo le faltan las condiciones morales de nobleza y de entusiasmo que asisten al combate. A la Industria no le basta el objetivo de servir a la Familia ni a la Patria; ella requiere la aspiración continua de servir al porvenir de la Humanidad entera.

A la organización del servicio de la Familia, por la alianza íntima entre el empresario y un reducido número de operarios, debe unirse la organización del servicio de la Patria, por la jerarquía natural de los empresarios, desde los agricultores hasta los banqueros, y, sobre todo, ha de organizarse el servicio de la Humanidad, por el comercio internacional y la generosa divulgación mundial de los progresos industriales, dirigidos por la universalidad de los Dogmas científicos, que dominan, cada vez más, la actividad humana. Tal concentración de la actividad, en torno del destino de servir a la Familia, a la Patria y a la Humanidad, permitirá darle un entusiasmo social y moral, hasta ahora desconocido, por cuanto no existe actualmente armonía alguna entre los operarios y el empresario, ni unión jerárquica entre los empresarios, ni menos aun un destino internacional para el trabajo. Al porvenir ha de corresponderle organizar la Industria, subordinando a la actividad moral las diversas actividades sociales, vitales, químicas, físicas, astronómicas y matemáticas, dirigidas por el hombre en servicio del Gran Ser.

Reducida la actividad moral a manifestar aspiraciones altruistas, a formular consejos científicos y a ejecutar actos virtuosos, ella corresponde tanto a las Mujeres como a los hombres, teóricos o prácticos, y nadie puede negarle su importancia y aun su primacía sobre todas las demás actividades humanas. Esta actividad

moral ejerce su influencia directa sobre el ser humano, que es el agente de toda actividad industrial. Destínase la Educación a preparar esos agentes del trabajo afectivo, teórico o práctico.

Conviene reconocer que el campo de la actividad moral se extiende a todas las relaciones activas de la naturaleza humana con el Gran Ser y con las Divinidades positivas: la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo y el Gran Medio. El carácter afectivo de la actividad moral, que es espontáneo y natural en las relaciones con el Gran Ser, sea en la Familia, en la Patria o en la Humanidad, se hace artificialmente sistemático en las relaciones con las Divinidades positivas, gracias a la asimilación de todas las existencias a la Humanidad, dotando de amor, actividad e inteligencia a la Animalidad; de amor y actividad a la Vegetalidad, al Gran Fetiche, al Flúido y al Cielo; y sólo de amor al Gran Medio, que conserva en forma pasiva las imágenes del espíritu humano. Puede así extenderse la actividad moral afectiva a todos los órdenes de las relaciones humanas y especializarse, tanto como la actividad teórica o práctica, en las diversas Divinidades sin peligros para la armonía religiosa de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Obsérvase en la evolución histórica de la actividad moral una tendencia a restringir los lazos afectivos con los seres naturales, a medida que se desarrollaba el espíritu abstracto, que tendía a convertir los seres en elementos pasivos de las impulsiones voluntarias de espíritus divinos o en manifestaciones de energías abstractas de existencia imaginaria. Se perdieron aún los intensos lazos primitivos de afectos con la Animalidad, y ello explica la carencia de todo progreso en la domesticación, desde los tiempos del fetichismo sedentario. Al porvenir le ha de corresponder continuar esa alianza con la Animalidad, aplicando la actividad moral afectiva, teórica y práctica, a incorporar los animales al servicio de la Humanidad,

no sólo como auxiliares de los sentidos y de la fuerza muscular, sino aún como compañeros en la dirección de los motores inorgánicos.

No sólo es necesario renovar y fortalecer los lazos directos de la actividad moral afectiva con la Animalidad, sino también con la Vegetalidad, que la abstracción teológica subordinó a las existencias divinas de Ceres y de Flora, cuya influencia cultural y aun estética desapareció con el monoteísmo. Así la actividad moral, en sus relaciones con la Vegetalidad, perdió su carácter afectivo, manifestándose sólo en una seca e indiferente aplicación de la inteligencia y del carácter a conocerla y explotarla en favor del egoísmo. Bien es cierto que, gracias a las Mujeres, se conservó la influencia moral de las flores, no sólo como ornamentos de vanidad, sino como tributos de recuerdo y de homenaje.

Decaen también las relaciones de la actividad moral afectiva con las sustancias de la Tierra, excepto en la adoración del oro, que ha ido creciendo, desde los tiempos del becerro. A la Industria del porvenir, en sus actividades de extracción minera y de preparación química, le ha de corresponder unir la actividad moral afectiva con la teórica y práctica, para que la acción sobre el Gran Fetiche comprometa el conjunto de la naturaleza humana, en su sentimiento, su inteligencia y su carácter. Se podrá entonces ligar al Gran Fetiche la estética escultórica, como la pintura a la Vegetalidad, el canto a la Animalidad y la poesía a la Humanidad.

Un carácter análogo presentan las relaciones de la actividad moral con los fenómenos físicos de la materia, en el Flúido que envuelve a la Tierra y que afectan los sentidos de la naturaleza humana. Esta relación sensitiva altera las condiciones teóricas y prácticas de la actividad moral, mientras sus condiciones afectivas se refieren más al egoísmo que al altruísmo. Sin embargo, los fenómenos acústicos, en el arte musical, y los ópticos aislados o com-

binados con ellos, como las reacciones correspondientes de los fenómenos eléctricos comprometen la actividad moral afectiva de la naturaleza humana.

Importa que esta condición afectiva altruísta de la actividad moral se extienda a todos los fenómenos físicos para que la Industria fabril pueda organizarse, comprometiéndolo no sólo la inteligencia y el carácter, sino también el sentimiento entusiasta del corazón. Debe reaccionarse, en forma sistemática, contra el desprecio afectivo creciente que ha ido inspirando la sumisión de la materia a los caprichos teóricos y prácticos del hombre, desprecio favorecido hasta ahora por el absolutismo, no sólo teológico, sino sobre todo científico. A medida que se regeneren la mentalidad y la afectividad humanas, se desarrollarán los caracteres de la verdadera industria física, que incorpora las actividades de la materia, en el Fluido, al servicio del Gran Ser.

Toda la actividad moral, sea afectiva, teórica o práctica, ha sido menos perturbada en sus relaciones con el Cielo, cuya inmutable grandiosidad ha dominado el orgullo e impuesto una espontánea veneración al corazón humano. Al incorporar el Cielo al servicio del Gran Ser, en la apreciación del tiempo, de las ubicaciones y direcciones geográficas, de las estaciones, de los períodos lunares, de los pasajes y de los eclipses y en la fijación de las fechas conmemorativas, puede participar, con poco esfuerzo, la actividad moral afectiva con la teórica y con la práctica. La inviolable condición afectiva del Cielo permite ligarlo a la influencia estética de la arquitectura, sobre todo en las moradas religiosas de la Humanidad.

Tales caracteres afectivos de la actividad moral se perturban más aún, bajo la influencia del orgullo teórico, en las relaciones numéricas, geométricas y mecánicas con el Espacio, que la Religión Universal erige en Gran Medio de la existencia subjetiva. Esta investidura religiosa del Espacio, en que el espíritu humano coloca sus imágenes

y sus construcciones mentales, sobre todo de número, extensión y movimiento, permite unir a esas imágenes y construcciones la actividad moral altruísta, para dar entusiasmo y energía al trabajo intelectual. La condición subjetiva del Gran Medio, asimilado al Gran Ser, como el sitio del amor universal, le permite concentrar el altruísmo y rechazar toda impulsión egoísta en la vida espiritual.

Así se ha ligado la actividad moral, afectiva, teórica y práctica, no sólo al Gran Ser, sino también a las Divinidades positivas: la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo, y el Gran Medio. Los lazos de la actividad moral con el Gran Ser y con las Divinidades positivas se desarrollan en forma cultural desde la primera infancia; en forma estética desde la segunda infancia; y en forma teórica y práctica desde la adolescencia. Al resto de la vida le corresponde desarrollar esos lazos, para que el concepto teórico y el acto práctico se acompañen siempre con el afecto altruísta.

Los medios que tiene la actividad moral para influir sobre la existencia doméstica, civil y universal del Gran Ser, se reducen a provocar emociones culturales o estéticas de altruísmo; a expresar opiniones y consejos morales; y a ofrecer ejemplos de perseverancia, de prudencia y de iniciativa de virtud o de espontánea abnegación. Esos medios corresponde aplicarlos especialmente a las Mujeres y a los poetas; a los Sacerdotes y a los ancianos; y a los servidores activos del Gran Ser. Semejante convergencia de todos los elementos de la Familia, de la Patria y de la Humanidad es una de las principales condiciones morales de la Industria.

Ante la dispersión natural de los seres y fenómenos sobre los que actúa la Industria, sería imposible concebirla en forma sintética y, por eso, se hace necesario substituir la naturaleza de la acción del sujeto a las condiciones del objeto a que se aplica. Sin embargo, la institución re-

ligiosa de las Divinidades positivas, que se relaciona con los diversos órdenes de las concepciones científicas, puede también concentrar los diversos órdenes de las actividades industriales. Institúyese así una perfecta armonía entre el orden teórico abstracto y el orden práctico concreto, bajo la influencia del orden moral afectivo.

Dominada por los sentimientos altruístas, la subjetividad no sólo abarca la Ciencia y la Industria, sino también la estética de las Bellas Artes, cuyas diversas ramas se ligan a las Divinidades positivas: la Mímica al Gran Medio; la Arquitectura al Cielo; la Música al Flúido; la Escultura al Gran Fetiche; la Pintura a la Vegetalidad; el Canto a la Animalidad; y la Poesía al Gran Ser. El estudio científico y la cultura estética unidos al trabajo práctico en torno de cada una de las Divinidades positivas, justifican y consolidan el Culto que se les tributa, para poder ligar siempre el sentimiento altruísta al conocimiento, a la idealización y a la acción. La carencia de ese culto empequeñece el espíritu, mata el ideal y amarga el trabajo.

Regenerado por la Religión Universal, el Culto, que desarrolla los sentimientos altruístas de simpatía, de veneración y de bondad, se liga a las Divinidades positivas desde la primera infancia; al Gran Medio, por la glorificación del amor altruísta, desde el primer año de la vida y sucesivamente, en los años siguientes, al Cielo, al Flúido, al Gran Fetiche, a la Vegetalidad, a la Animalidad y, en el séptimo año, al Gran Ser. El cultivo estético de la segunda infancia puede así iniciarse con la Poesía, ligada al Gran Ser, en el octavo año y desarrollarse en los años siguientes con el Canto, la Pintura, la Escultura, la Música, la Arquitectura y la Mímica, que se ligan sucesivamente con la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo y, por fin, en el año décimo cuarto, con el Gran Medio, que ha de presidir, en el primer año de la Adolescencia, al estudio dogmático de la Ciencia Matemá-

tica. Desde el décimo quinto año de la vida, en que se inicia el estudio de la Lógica, se desenvuelve la cultura teórica y práctica, ligando desde luego al Gran Medio la Ciencia Matemática y la Industria bancaria y sucesivamente al Cielo la Ciencia astronómica y la Industria comercial; al Flúido la Ciencia física y la Industria fabril; al Gran Fetiche la Ciencia química y la Industria minera; a la Vegetalidad la Ciencia biológica y la Industria agrícola; a la Animalidad la Ciencia sociológica y el Arte político y al Gran Ser la Ciencia moral y el Arte educativo.

Así se alcanza la unidad religiosa del alma humana, ligando, a los mismos centros de amor altruísta, las idealizaciones poéticas, las concepciones científicas y los trabajos prácticos. El pleno desarrollo a que ha llegado el espíritu humano, después de libertarse de los absolutismos teológicos, metafísicos y científicos y después de concebir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, como una existencia exclusivamente altruísta, que se eleva sobre la Animalidad, como ésta sobre la Vegetalidad, permite determinar cuáles son las emociones, las concepciones y las acciones susceptibles de incorporarse a ese Gran Ser. La guerra, propia de la Animalidad social, no puede incorporarse a ese Gran Ser, como la Industria, que es posible organizar en forma altruísta.

Imponer ese carácter altruísta a todas las Industrias es el gran programa del Régimen religioso de la Humanidad que ha de ser instituido, en el porvenir por la Religión Universal, para obtener la paz en la sociabilidad, la virtud y la salud en la personalidad y la existencia feliz de los seres humanos. La actividad moral, afectiva, intelectual y activa, propias de la Mujer, del Sacerdocio y del Patriciado, en su acción sobre el Proletariado, debe concentrarse en ese programa supremo del porvenir industrial, manifestando e inspirando siempre el altruísmo por las emociones, por las concepciones y por los actos.

El Proletariado, bajo la inspiración altruísta de la Mujer: Madre, Esposa, Hija y Hermana, escuchará la enseñanza y el consejo altruístas del Sacerdocio y podrá cooperar con voluntad entusiasta al trabajo, dirigido en forma altruísta por el Patriciado, que administra el capital social en las diversas ramas de la Industria.

Mientras el trabajo no sea la expresión de la actividad moral altruísta, que lo destina todo al servicio de los demás, no podrá constituirse la Industria pacífica de cooperación mundial y libre de amenazas de guerra. A dominar los egoísmos individuales y sociales deben destinarse los propósitos de toda organización colectiva. Semejante destino tuvo la organización de la Familia y lo tendrá eternamente en su estado normal, para subordinar el egoísmo individual al altruísmo social.

Puede y debe darse un destino análogo a la Empresa industrial, que permitirá subordinar el egoísmo doméstico al altruísmo social, cuando el trabajo de cada cual beneficie o perjudique a los demás, según sean buenas o malas sus condiciones de eficiencia. Así podrán también organizarse las pequeñas Patrias industriales y pacíficas, que permitirán subordinar el egoísmo de empresa al altruísmo social, instituyendo la jerarquía de los empresarios, agrícolas, mineros, fabriles y comerciales, en torno de los banqueros, que constituirán el gobierno industrial de las Repúblicas. Nada impedirá entonces organizar la Humanidad, que ha de subordinar el egoísmo nacional al altruísmo social universal.

Ese será el verdadero socialismo, que constituirá el Régimen sociocrático, tan alejado del individualismo aristocrático y democrático como del comunismo político y del nacionalismo, que aspiran a la conquista, por revoluciones o guerras. Se habrá reconocido por fin, que el problema humano es esencialmente religioso y que ningún orden estable podrá existir en el Mundo, mientras no predomine el altruísmo, para dominar los furores del

egoísmo, las divagaciones de la inteligencia y las incertidumbres del carácter. A la Sociocracia, como Régimen religioso definitivo del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, ha de corresponder subordinar la Industria y la Política a la Moral.

Definida la Moral por la supremacía universal del altruismo, podrá establecerse la unidad humana, individual y social, subordinando a los afectos generosos el egoísmo, la inteligencia y el carácter. Así la actividad moral afectiva se presenta como la base principal de toda actividad, que pueda concurrir al servicio real de la Familia, de la Patria y de la Humanidad. Se desvanecerán los mirajes falsos de los progresos impulsados por los egoísmos de individuos, familias, empresas y patrias que, lejos de consolidar la felicidad humana, la derrumban en luchas inhumanas.

Impedir o reprimir las manifestaciones del egoísmo en el individuo, en la familia, en la empresa y en la patria ha de ser el objetivo de los artes prácticos de educación, de política y de industria. De nada sirve el ropaje de la civilización si los seres que cubre permanecen salvajes. A la educación moral deben subordinarse, en consecuencia, todas las actividades que modifican el mundo y la sociedad para perfeccionar la naturaleza humana.

Resumen de todas las acciones educativas, políticas e industriales puede considerarse a la actividad moral afectiva, pues siempre se actúa y trabaja para servir al Gran Ser que se adora. Igual carácter sintético adquiere la actividad intelectual, cuando las Ciencias se reducen a conocer al Gran Ser que se adora. Así, la definitiva Religión Universal condensa el destino de la vida en amar, conocer y servir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Verdadero centro de la existencia personal y social, la Humanidad sólo pudo ser revelada al Supremo Maestro, Augusto Comte, cuando la actividad moral afectiva pre-

dominó sobre su genio y su carácter, gracias a la santa influencia de la Sublime Clotilde, después que sus concepciones filosóficas se habían elevado hasta la Sociología. El imperio de la actividad moral afectiva es la única base definitiva de la organización de la Industria en forma altruísta y estable, libre de las ambiciones y codicias que impulsan las luchas militares. Nada puede reemplazar a la actividad moral altruísta para regenerar a los individuos y a las colectividades humanas y asegurar la continuidad del progreso.

El influjo afectivo de la actividad moral altruísta se refiere a la simpatía, a la veneración y a la bondad. La simpatía es el lazo moral que determina y mantiene el concurso social en las colectividades humanas. Ese sentimiento predomina entre los miembros de una familia y de una empresa, como entre los ciudadanos de una patria y los habitantes de la Tierra.

No será posible organizar la Industria, mientras no se consiga determinar una comunidad de simpatías entre los cooperadores o comuneros, lo que sería imposible en las grandes aglomeraciones obreras de las empresas en que el capitalismo explota el desamparo moral y material del Proletariado. Impónese, por eso, la condición de reducir el número de los jefes de familia que cooperan en cada empresa. Las industrias que requieran un numeroso concurso de operarios podrán subdividirse en empresas parciales.

Tomando en cuenta esta condición de simpatía mutua entre los cooperadores de una Empresa industrial, el Supremo Maestro indicó, en forma provisional, que estimaba en treinta familias las que podían concurrir en una empresa bien organizada. Ese grupo de familias, si se considera el concurso de los solteros y de los adolescentes aprendices, asegura a las industrias un número, en término medio, de treinta y cinco obreros a la agricultura, de setenta a la fabricación y de sesenta al comercio. Al hacer

esas estimaciones se ha supuesto que el proletariado ha perdido sus condiciones y hábitos nómades y que su vida se ha hecho sedentaria, contando cada hogar con un domicilio propio, que el jefe de familia ha adquirido, antes de su matrimonio, amortizándolo durante los siete años de su juventud.

Una vez establecida la armonía moral colectiva, en torno del altruísmo de simpatía, se hace sentir su influencia sobre la actividad moral de la inteligencia y del carácter. Se especializan en las facultades de expresión, las influencias de la simpatía sobre la inteligencia. Así cada Empresa industrial no sólo se caracteriza por la naturaleza de sus relaciones internas, sino también por los signos ópticos y acústicos que la representan en las manifestaciones sociales y en las ceremonias religiosas.

Respecto a las influencias de la simpatía sobre el carácter de los que concurren en una Empresa industrial, es evidente que ellas han de concentrarse en la iniciativa más que en la prudencia y en la perseverancia, en forma que nadie retardará su cooperación en el momento que sea necesaria. Esta rivalidad en los sacrificios de trabajo exigirá de parte de los jefes una equivalente iniciativa para autorizar a unos y retener a otros. De este modo desaparecerán de las Empresas los mayordomos y vigilantes y todas las demás indignidades del trabajo mercenario.

A las influencias directas del altruísmo de simpatía sobre las facultades de la expresión intelectual y de la iniciativa del carácter, se agrega una influencia recíproca de la expresión y de la iniciativa sobre la simpatía. La expresión de la simpatía la fortalece con menos intensidad que la acción, pero con una frecuencia más facultativa. Así las costumbres privadas de la Empresa, como las de la Familia, cultivarán la simpatía entre los cooperadores para dar aliento y encanto moral al concurso del trabajo.

A la cooperación de las actividades industriales le

corresponde el ejercicio de una función directiva, que constituye el gobierno que requiere toda sociedad. Redúcese ese gobierno, en las Empresas normales, al empresario, que administra el capital de la Empresa y dirige el trabajo de los operarios, sin ninguna ficción parlamentaria de directorios y juntas generales, pues no tiene que repartir dividendos al capitalismo y sólo debe dar cuenta pública de su gestión por medio del balance anual. A las relaciones entre el empresario y los operarios les corresponde el ejercicio de la actividad moral altruísta, que manifiesta la veneración en los que obedecen y la bondad en el que manda.

No sería posible dignificar el mando y la obediencia sin el concurso de esos sentimientos altruístas de bondad y de veneración. El sentimiento altruísta de la veneración no sólo dignifica la obediencia, sino que le da un encanto que determina y consolida la felicidad del trabajador. El respeto que inspira la función de mando debe estar acompañado por la veneración hacia el que la ejerce, para que pueda existir armonía moral en la obediencia.

Tanta importancia como la simpatía tiene la veneración en la existencia moral afectiva propia de la Industria y esos sentimientos se refuerzan recíprocamente, por la comunidad de la veneración y por la concentración de las simpatías. Aun la veneración debe siempre unirse a los lazos de simpatía para consolidarla, asegurando el respeto recíproco entre los cooperadores. La felicidad moral, en el trabajo industrial, se relaciona así íntimamente con el desarrollo de los sentimientos de simpatía y de veneración.

Importa considerar también las influencias que tiene la veneración sobre las facultades de la inteligencia y del carácter. Esas influencias se concentran en la contemplación intelectual y en la prudencia del carácter. Sólo la veneración puede dignificar la observación y la acción, reemplazando los estímulos egoístas del instinto constructor y

de la vanidad sobre la inteligencia y del instinto conservador sobre la conducta.

Gracias a la veneración se obtiene la atención intelectual del aprendiz y su progreso profesional y la atención del obrero a las instrucciones del jefe. A la veneración se debe la disciplina del trabajo industrial, y esa veneración no está unida a sanciones penales, sino al Culto directo del Gran Ser a quien se sirve en la Empresa. Semejante destinación universal del trabajo pacífico determinará la eliminación de todas aquellas empresas que sólo tienen por objetivo el enriquecimiento económico, pero que son inútiles y aun perturbadoras para la existencia de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Unida la prudencia del carácter a la veneración y no al temor ni a la falta de energía, se asegura el cumplimiento de las medidas de precaución ordenadas por el jefe. No se arrostran peligros inútiles al éxito del trabajo, y se cumplen actos heroicos de salvamento y protección. A la veneración se liga así la inteligencia para conocer y el carácter para actuar, sometiéndolo todo al servicio del Gran Ser.

A la simpatía y a la veneración se une también la bondad, en las manifestaciones de la actividad moral afectiva de la naturaleza humana. La bondad es el sentimiento supremo del altruísmo, ella resuelve los conflictos morales, por cuanto domina todos los egoísmos. A la bondad le corresponde otorgar al trabajo su verdadero destino, ligándolo al servicio del porvenir.

Rodeado el trabajador por la simpatía que le inspiran sus cooperadores en el presente y por la veneración hacia el jefe, que representa la experiencia del pasado, puede sentirse alentado por la más intensa bondad, al concebir la permanencia de la empresa de que forma parte, y que está destinada al porvenir. A su familia lo ligan sentimientos análogos, de simpatía, de veneración y de bondad, y esos mismos sentimientos han de ligarlo a la Patria y a

la Humanidad, pues todos los seres colectivos le ofrecen un presente, pero también un pasado y un porvenir indefinidos. Se engrandece y perpetúa así, subjetivamente, la pasajera y corta existencia personal, que se siente incorporada a los sacrificios del pasado y a las esperanzas del porvenir.

El sentimiento altruísta de la bondad reacciona también sobre la inteligencia y el carácter, asistiendo a la meditación intelectual y a la perseverancia del carácter. Sin el altruísmo de bondad, no se manifestarían ni la meditación ni la perseverancia, que ligan el concepto y la acción al porvenir. A la bondad corresponde el progreso, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad, y también en la Empresa, pues ella inspira toda mejora en el procedimiento y en la organización.

Puede considerarse que la actividad moral de altruísmo, de inteligencia y de carácter, que perfecciona la naturaleza humana, es la base de las actividades social, vital, química, física, astronómica y matemática, que constituyen la política y la industria. Al abordar la organización de cualquiera rama de la Industria debe examinarse, ante todo, las condiciones morales en que puede desarrollarse, favoreciendo la felicidad humana, y no perturbándola. Redúcese así el campo de la actividad industrial a las Empresas socialmente útiles, y se eliminan todas aquellas que explotan a la Sociedad, para servir al enriquecimiento de los individuos.

El campo del trabajo no se restringirá sino que se ensanchará, atendiendo no sólo a la alimentación, sino también al domicilio de las familias del Proletariado universal, tarea que ahora se abandona, para organizar empresas de explotación capitalista. La influencia industrial de la actividad moral altruísta se hará sentir en todos los trabajos, moderando los egoísmos individuales y desarrollando el bienestar social. Esos egoísmos pueden siempre afectar, como ahora, al Patriciado y al Proletariado, si

decae el cultivo de los sentimientos altruístas, que se hace por medio del Culto religioso del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Tales peligros imponen la más asidua atención de parte de las Autoridades espirituales, para ligar sus dogmas al Culto de ese Gran Ser, apartándose de los absolutismos teológicos y científicos. Esa atención corresponde, sobre todo, al Sacerdocio de la Humanidad que debe ser el regulador supremo del Culto religioso, del Dogma científico y del Régimen pacífico, industrial y altruísta. Altamente útil a la organización industrial sería la alianza religiosa de todas las autoridades espirituales, en torno de los propósitos comunes de transformar las actividades egoístas en trabajos altruístas.

Instituída la actividad moral altruísta, como la base fundamental de la Industria, podría abordarse desde luego el examen de las diversas ramas en que se subdivide, según la naturaleza de la acción del hombre, cualquiera que sea el objeto sobre que actúe. Debe, sin embargo, determinarse la organización que corresponde a la actividad moral, tanto afectiva como teórica y práctica. Ahora sólo se han examinado las condiciones que caracterizan la actividad moral altruísta y sus influencias sobre la inteligencia y el carácter.

Reservada a la segunda sección de este Capítulo, la determinación del organismo que le corresponde deberá comprender el examen de los lazos objetivos y subjetivos de la acción moral con las demás actividades de la naturaleza humana. Esas relaciones entre las actividades permitirán considerar la Industria como una Unidad, análoga a la Ciencia y al Arte, ligándolo todo al Gran Ser que se idealiza, se conoce o se sirve, incorporando a él a las Divinidades positivas. Dedicarse así el corazón, el espíritu y el carácter de la naturaleza humana a adorar, conocer y servir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

II. ORGANIZACIÓN ESPIRITUAL DE LA INDUSTRIA

Se ha establecido ya que se procede en el orden práctico en sentido inverso al orden teórico. En el estudio de los seres vitales y sociales se examina desde luego la organización y, en seguida, el funcionamiento y la evolución. Así la anatomía precede a la fisiología en Biología y la estática a la dinámica en Sociología.

Al contrario, en la Política y en la Industria se aprecian desde luego las funciones y se determina en seguida el organismo que sea capaz de cumplirlas. La apreciación de las funciones que se refieren a los deseos de progreso del porvenir y la determinación del organismo moral, social o material que les corresponde se ligan a la ciencia y experiencia del pasado. Así se subordinan la ciencia y la industria a la moralidad de los deseos.

La actividad moral ha sido examinada en sus funciones afectivas, teóricas y prácticas, que se han coordinado en torno del Gran Ser y de sus progresos máximos. Al efecto, se han reducido las actividades a las altruístas, apartando toda impulsión egoísta. Se redujeron también las actividades teóricas a las científicas, eliminando las metafísicas y las teológicas; y se consideraron sólo las actividades prácticas industriales, sin referirse para nada a las defensivas ni a las conquistadoras.

Una vez determinado así el carácter altruísta, científico e industrial de la actividad moral, se hace posible concebir, en su conjunto, la organización espiritual, capaz de cumplir y combinar esas funciones afectivas, teóricas y prácticas. No era posible establecer una perfecta unidad entre los sentimientos, los pensamientos y los actos, mientras los pensamientos se referían a los dioses y los actos

al servicio de los hombres, en tanto que los sentimientos flotaban entre los amores divinos y los humanos. Al surgir el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, como el centro religioso definitivo de la existencia humana, se operó espontáneamente la más perfecta armonía entre el altruismo, la ciencia y la industria, pues ya era un mismo Gran Ser al que se adoraba, se conocía y se servía.

Desde entonces, pudieron desaparecer los egoísmos en la vida afectiva, las ilusiones en la vida intelectual y las luchas en la vida práctica. Al mismo tiempo, pudo establecerse el cultivo sistemático de los sentimientos de simpatía, de veneración y de bondad, asegurándose el triunfo de la moral altruista. Simultáneamente se completó la Escala Enciclopédica de las concepciones científicas con la Moral positiva y se determinó la organización espiritual de la Industria.

Actualmente, los que hablan de la Industria sólo se refieren a su organización material, al aprovechamiento de las fuerzas, a la perfección de las máquinas y de las instalaciones, a la magnitud de los capitales invertidos, a los beneficios económicos, etc., pero nadie se refiere a las condiciones sociales y morales de los principales elementos de la Industria, que son los Proletarios. Se admite y se exige el trabajo industrial a las Mujeres y aún a los niños y el salvajismo llega a crear ejércitos femeninos. Imposible será proceder en otra forma, mientras no se moralice la actividad social y se establezca la organización espiritual de la Industria.

Redúcese semejante organización espiritual a determinar los elementos capaces de cumplir las funciones afectivas altruistas, las funciones intelectuales científicas y las funciones prácticas industriales, que corresponden a la actividad moral de la Humanidad. Oportuno es reconocer que semejante determinación no podía efectuarse mientras la evolución humana no hubiera caracterizado sus elementos y les hubiera dado el rango que ha de corres-

ponderles en el porvenir. La Mujer, primitivamente esclavizada y denigrada, ha sido gradualmente elevada en dignidad moral, hasta llegar a ser, por fin, idealizada en la Sublime Utopía de la Virgen Madre y, por su parte, el Sacerdocio, agente de seres imaginarios, ha llegado a transformarse en el intérprete del Gran Ser y de las Divinidades positivas.

Ahora puede concebirse que la coordinación de las funciones morales altruistas corresponden a la Mujer, en la vida privada, y al Sacerdocio, en la vida pública. La acción de la Madre domina, en forma exclusiva, la educación afectiva de la primera infancia y la educación estética de la segunda infancia, auxiliada por los asistentes estéticos del Sacerdocio. Imposible sería reemplazar esa influencia afectiva de la Madre, que constituye la primera manifestación de la Humanidad y sin la cual se pueden formar autómatas para la vida militar o esclavos para la vida industrial, pero, en manera alguna, agentes del trabajo altruista.

Las funciones afectivas de la organización espiritual son siempre ejercidas por la Mujer. A la Madre le corresponde continuar cumpliendo sus funciones morales durante la adolescencia de los hijos, época en que se preparan, en forma teórica y práctica, las Mujeres para organizar su hogar y los hombres para iniciar el aprendizaje de la función espiritual o temporal a que van a destinar su vida. Sin esa influencia moral de las Madres no podría efectuarse el perfeccionamiento hereditario de la naturaleza femenina y, por su parte, los hombres llegarían a ser los explotadores de la Sociedad, pero no sus servidores.

Tan manifiesta es la influencia afectiva de la Madre, que, aún en los tiempos de anarquía moral, la Madre es el refugio del altruismo para el hombre, en su agitada juventud. Esa influencia moral de la Madre, durante la juventud del hombre, se hará poderosa y continua, cuando se eliminen los egoísmos del trabajo, mediante la orga-

nización espiritual de la Industria. Ningún otro órgano social puede reemplazar a la Madre, que actúa estando presente o estando ausente, sea en la pasajera vida subjetiva de la ausencia o en la eterna vida subjetiva de la muerte.

En cuanto el hombre inicia su vida activa y forma su propio hogar, la Madre es auxiliada en sus funciones morales, por la Esposa, que representa la Familia del presente, como ella la del pasado. Símbolo eterno de la Humanidad, la Madre asume entonces la representación de la Patria, para inspirar al hijo el altruísmo que le permite subordinar los encantos de la vida privada a los deberes de la vida pública. Esa influencia moral de la Madre se hará más explícita cuando no exista lazo económico entre el salario de sustento y el trabajo y se les considere deberes respectivos de la Sociedad y del individuo.

Rodeado el hombre, en la madurez de su vida, por la influencia altruísta de su Madre, su Esposa y sus Hijas, se completa el organismo que ejerce las funciones afectivas en la vida privada, mientras el Sacerdocio, como director del Culto universal, que se tributa al Gran Ser y a las Divinidades positivas, es el organismo que ejerce las funciones afectivas en la vida pública. Impónese así la cultura moral del corazón y de la inteligencia, pero también la del carácter, con la perseverancia de las prácticas del Culto privado y público. Así se comprende la importancia de libertar a las Mujeres de todo trabajo material de orden público, reservándolas para que ejerzan sus delicadas funciones morales, donde son irremplazables.

Al mismo tiempo se concibe que es necesario organizar un Sacerdocio que sea digno de representar al público en las conmemoraciones del pasado, en las efusiones afectivas del presente y en la consagración de los seres y de los acontecimientos al servicio del porvenir. No sería posible instituir ceremonias de emoción religiosa sin que sus directores recibieran la investidura especial de represen-

tantes morales del público. A falta de tal investidura, las ceremonias pierden su emocionalidad religiosa y conservan sólo su carácter estético.

Resuélvese así la constitución del organismo destinado a ejercer las funciones afectivas de la existencia industrial, pacífica y altruísta, libertando a la Mujer del trabajo material e instituyendo la autoridad moral del Sacerdocio. Opuestas a ese programa son las tendencias del materialismo moderno, que ha rebajado las ceremonias públicas a los circos romanos y la vida de la Mujer a la esclavitud del salvajismo primitivo. La regeneración ha de operarse gracias a la resistencia de los Sacerdocios históricos y a la impulsión del Sacerdocio de la Humanidad.

Los Sacerdocios históricos constituyen el organismo social que conserva en algo la existencia espiritual de los pueblos, que tienden a retrogradar hacia la sociabilidad animal, apartándose de la moralidad humana. En cuanto esos Sacerdocios lleguen a comprender la uniformidad de su destino moralizador, formarán una Alianza religiosa con el Sacerdocio de la Humanidad y, sólo entonces, dejará el Mundo de marchar dominado exclusivamente por los intereses materiales, que han de conducirlo siempre a las luchas de exterminio. Se menospreciarán, en esa Alianza, los desacuerdos doctrinarios, se respetarán las manifestaciones culturales y se establecerá la más perfecta armonía en las prescripciones del Régimen pacífico, industrial y altruísta.

Así podrán concurrir todos los elementos espirituales de la Sociedad, para constituir el organismo destinado a cumplir las funciones morales altruístas de la vida pública, que son indispensables al advenimiento del verdadero régimen industrial y pacífico. Tal concurso público de los elementos espirituales fortalecerá el concurso privado de la influencia moral de las Mujeres. Esta armonía entre los elementos públicos y privados de la organización espiritual afectiva consolida su constitución definitiva y ase-

gura el cumplimiento de las funciones morales que le corresponden.

Bueno es reconocer, desde luego, que esta armonía de moral afectiva entre los Sacerdocios históricos y el Sacerdocio de la Humanidad no se extiende a la moral intelectual, por cuanto el espíritu humano ha evolucionado desde el estado abstracto y absoluto, sucesivamente teológico, metafísico y científico, hasta llegar al estado positivo, que subordina lo abstracto a lo concreto y que reconoce que todo es relativo al hombre, que es incapaz de concebir una Síntesis absoluta. Opuesto al absolutismo, aún científico, aparece el espíritu positivo, que no trata de investigar la causa ni el por qué de los fenómenos naturales, sino el cómo se verifican y cuáles son las leyes que los rigen, para poder preverlos y modificarlos, en beneficio de la Humanidad. No aspira el espíritu positivo a construir una síntesis objetiva, sino tan sólo una Síntesis Subjetiva, subordinando todos los conocimientos al servicio del Gran Ser.

Opérase entonces una reducción de las concepciones científicas a las que son dignas de incorporarse a la Síntesis que ha de darnos a conocer al Gran Ser y a las Divinidades positivas: la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo y el Gran Medio, eliminando todas las divagaciones del absolutismo científico, como las del metafísico y del teológico. La Síntesis Subjetiva es constituída por la Escala Enciclopédica, en que se asciende desde la Ciencia del Gran Medio, la Matemática, a la Ciencia del Cielo, la Astronomía, y sucesivamente a la Ciencia del Flúido: la Física; del Gran Fetiche: la Química; de la Vegetalidad: la Biología; de la Animalidad: la Sociología; y a la Ciencia del Gran Ser: la Moral. Así puede aún concentrarse la Síntesis Subjetiva en la trilogía: Lógica, Física y Moral, en vista de los caracteres lógicos del Gran Medio, físicos del Gran Fetiche y morales del Gran Ser; considerando a la Matemática, instru-

mento de la Lógica; a la Astronomía preámbulo y a la Química complemento de la Física; y a la Biología y a la Sociología, preámbulos de la Moral.

Reducidas las Ciencias al conocimiento moral del Gran Ser y de sus condiciones lógicas y físicas, la Síntesis Subjetiva constituye el Dogma de la Religión Universal que profesa el Sacerdocio de la Humanidad en la Escuela Enciclopédica. A la adolescencia le corresponden los siete años de estudio de las Ciencias: Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología y Moral. Fuera de las funciones culturales, el Sacerdocio debe también hacerse cargo de la enseñanza científica del Dogma, tanto a los hombres como a las Mujeres, en cursos separados y que, con el mismo Maestro, ascienden, en siete años, toda la Escala Enciclopédica.

Al Sacerdocio de la Humanidad le corresponde por lo tanto no sólo la dirección del Culto público, sino también la enseñanza enciclopédica. El cumplimiento de estas dos funciones requiere a lo menos un colegio sacerdotal compuesto de siete Sacerdotes y tres Vicarios, por cada Templo y Escuela Enciclopédica, que sean capaces de atender al Culto público y a la instrucción de una población de diez mil familias o sea de setenta mil habitantes. Semejante reducción del personal sacerdotal se hace posible, gracias a la naturaleza social y no individual de la comunión religiosa.

Resumida en el Sacerdocio la enseñanza enciclopédica, es necesario unir también a él las Escuelas estéticas y científicas, donde desarrollen sus aptitudes los artistas y los sabios, bajo el control moral de la Autoridad religiosa. Así se efectuará el verdadero progreso de las Bellas Artes, que idealizan la existencia del Gran Ser y de las Divinidades positivas y, además, el progreso de las Ciencias, en cuanto contribuyen al perfeccionamiento de la Industria. Tales condiciones inducen a colocar bajo la dirección del Sacerdocio los observatorios astronómicos y

meteorológicos, los laboratorios de física y de química, las clínicas agrícolas, veterinarias y médicas y las bibliotecas públicas, sin coartar la libertad de los elementos retrógrados o revolucionarios.

Una vez constituido el Sacerdocio de la Humanidad y establecido su concurso en la Alianza religiosa con los Sacerdocios históricos y con la influencia moral de la Mujer, se habrá formado el organismo social que ha de cumplir las funciones, afectivas altruistas y teóricas científicas, indispensables a la organización espiritual de la Industria. Ningún poder temporal es capaz de organizar en forma estable el trabajo pacífico, que requiere la cooperación de los sentimientos altruistas y de las concepciones científicas, especialmente sociales y morales. Aún las prácticas industriales exigen una organización espiritual que asegure y garantice su moralidad y su racionalidad.

La organización sacerdotal, asistida en la vida doméstica por las Mujeres y los ancianos, y en la vida civil por los servicios técnicos y estéticos, puede desempeñar esa función espiritual reguladora de las prácticas industriales. El consejo del Sacerdocio, reforzado por el sentimiento femenino y la opinión de los ancianos, favorecerá la moralidad de las empresas bancarias, comerciales, fabriles, mineras y agrícolas. A su vez, los servicios técnicos y estéticos aseguran la racionalidad de la acción comercial, la bondad y belleza de la producción fabril, la seguridad de la extracción minera y el éxito del cultivo agrícola.

Todas las empresas industriales, carentes de régimen espiritual, en los tiempos modernos, sólo aspiran a enriquecer al empresario o a los capitalistas que han concurrido a formarlas. Este propósito determina las luchas económicas entre los operarios y los empresarios y entre las empresas y el público que utiliza sus servicios. Ante el desconcierto social, los gobiernos temporales pretenden fijar los precios e intervenir en las luchas obreras.

Impera entonces una dictadura industrial que, si bien puede mantener un orden precario en los pueblos, no determina, en manera alguna, la armonía moral que debe existir entre los que concurren al trabajo y entre ellos y los que utilizan sus resultados. Las condiciones espirituales de la cooperación social son aún necesarias en la actividad militar, donde la tiranía temporal llega a su máximo. Sin el concurso espiritual, la obediencia podrá ser forzada o interesada, pero jamás voluntaria y entusiasta.

Manifiesta además la Industria moderna una condición no menos inmoral, al despreciar al pasado y al porvenir, atendiendo sólo al éxito económico del presente. Así se destruye sin remordimientos la producción del pasado y se producen artículos de mala calidad y de corta duración, para asegurar el negocio, pero con perjuicio de la riqueza general. La desenfrenada propaganda de los artículos superfluos es acompañada por el monopolio individual o colectivo de los artículos necesarios.

Al Sacerdocio, auxiliado por la opinión pública del Proletariado, le corresponde moralizar la producción industrial y la repartición de los productos. Tan alejado, como las Mujeres, de los intereses materiales del trabajo industrial en el presente, el Sacerdocio es el representante de la acumulación de la sabiduría, en el pasado, como la Mujer lo es de la moralidad. Ambos agentes de la espiritualidad humana combinan las emociones y las concepciones morales, para asegurar el verdadero progreso del porvenir.

Serían inútiles y aun perjudiciales los progresos materiales de la Industria, si sus poderosos recursos tuvieran que entregarse en manos de hombres cada vez más egoístas e ignorantes. A la Sociedad del presente le falta hacerse digna de los progresos materiales que le entrega el pasado. No basta haber dominado las distancias, por la navegación aérea, el teléfono, la radio y la televisión, si esos la-

zos de la especie humana no están acompañados de profundos sentimientos fraternales de Humanidad.

Debe concentrarse la atención de los Sacerdocios históricos, y la de todos los pensadores, en dignificar la existencia humana, moralizándola e ilustrándola. Al mismo tiempo debe reconocerse que la organización temporal de la Industria es la base objetiva de su organización espiritual, cuya deficiencia ha permitido que los poderes temporales de todos los pueblos modernos hayan asumido las funciones de las autoridades espirituales y renovado el régimen teocrático en forma pedantocrática. No cabe duda que esta situación anómala desaparecerá, en cuanto se reconstituya la autoridad espiritual, bajo forma científica, y se establezca su alianza con los Sacerdocios históricos.

Esa nueva y definitiva organización espiritual inducirá a los gobiernos políticos a reducir sus funciones al orden exclusivamente material, entregando a la Autoridad espiritual todos los servicios de carácter teórico y educativo. Se efectuará entonces la verdadera separación entre la Iglesia científica y el Estado industrial, y sus influencias recíprocas evitarán las divagaciones egoístas del espíritu y las tendencias egoístas del trabajo. Ese es el régimen social que la ciencia denomina Sociocracia, caracterizado por la separación entre los poderes temporales y la autoridad espiritual, que se confundieron en la Teocracia y fueron separados en forma precaria, local y pasajera, durante el régimen católico feudal de la Edad Media.

Distribuido el gobierno de la Sociedad entre el mando práctico y el consejo teórico, puede conciliarse la sumisión temporal con la libertad espiritual, sobre todo cuando la práctica es industrial y la teoría es científica. Así es posible establecer la perfecta armonía entre la Acción pública y la Opinión pública, en medio de una sociabilidad pacífica, industrial y altruísta. Desarrollada,

extendida y purificada la cooperación industrial, por la organización de sus elementos espirituales, se extinguirán para siempre todas las tentativas retrógradas de cooperación militar, propias de los gobiernos pedantocráticos, que pretenden constituir sociedades en forma de autómatas, sin tomar en cuenta las condiciones sociales y morales de la existencia humana.

Una vez reconocidos los agentes de la organización espiritual de la Industria, la existencia del hombre se desarrollará en forma armónica, desde la infancia hasta la vejez, dedicada continuamente al amor, al conocimiento y al servicio del Gran Ser. Ningún propósito discordante con la armonía humana, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad, puede surgir, cuando las Madres han inculcado en sus hijos, desde la primera infancia, el amor y el culto altruísta a esos seres colectivos y, desde la segunda infancia, les han enseñado a idealizarlos en sí mismos y en sus lazos con las Divinidades positivas. Así dominados por el amor y el ideal, los hombres cumplen, en su adolescencia, sus deseos de conocer las siete ciencias relativas a esas Divinidades y al Gran Ser que las consagra.

Concurre entonces el Sacerdocio en auxilio de las Madres, para dar a conocer a sus hijas e hijos las siete Ciencias: Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología y Moral, al mismo tiempo que los hombres se incorporan a los servicios de la Industria que más se relaciona con la ciencia que estudian. Así ligan las teorías a su aplicación práctica e intensifican sus deseos de elegir el oficio industrial en que puedan aplicar mejor sus aptitudes. Son entonces auxiliados, durante su juventud, por los ancianos y por los jefes industriales, para escoger su función social definitiva, que consagran con el Sacramento de la Destinación, mientras las Madres no han cesado de apartarlos de los egoísmos materiales y de las vanidades espirituales.

Incorpórase así definitivamente el obrero a una Comunidad industrial, agrícola, minera, fabril, comercial, o bancaria, al mismo tiempo que organiza su propio hogar, adjuntando a la influencia moral de la Madre, la de la Esposa y de las hijas. Base inamovible de la vida humana, la constitución de la Familia debe formar uno de los objetivos fundamentales de la organización espiritual de la Industria, cuyas Empresas han de considerarse como asociaciones de Familias. A la Patria industrial, pacífica y altruísta, le corresponde asociar las Empresas en servicio de la Humanidad y abandonar sus ambiciones militares, entregando al recuerdo venerable de la historia sus glorias o sacrificios de guerra.

Regenerado el Proletariado, en forma afectiva por la Familia, bajo la influencia de la Madre, la Esposa y las hijas, y en forma intelectual por el Sacerdocio científico, en la Escuela Enciclopédica, se habrá incorporado espiritualmente a la Sociedad y habrá dejado de ser no sólo esclavo, sino también mercenario, para convertirse en un verdadero servidor voluntario y consciente de la Familia, de la Patria y de la Humanidad. A su vez, los proletarios, ya maestros, que hayan sido designados jefes de Empresa, por los que ejercían el cargo, asumirán la responsabilidad del bienestar moral y material de las Familias asociadas en la Comunidad que dirigen. Se eliminan entonces las repugnantes luchas entre los obreros mercenarios y los patrones mercaderes que son, unos y otros, actualmente incapaces de organizar la Industria.

A falta del organismo moral, afectivo e intelectual, constituido por el Sacerdocio de la Humanidad, con el concurso de la Mujer en las Familias y de los Sacerdocios históricos en las Patrias, se ha pretendido resolver el problema obrero por medio del poder temporal, prolongando una tiranía política implacable, y determinando una completa anarquía doméstica, en un Proletariado esclavo. Tal solución, propia de los que confunden el poder tem-

poral con la autoridad espiritual, ha provocado la reacción del nacionalismo militar, que se hizo incompatible con la política republicana y democrática, provocando la guerra mundial, cuyos resultados contribuirán a disolver el nacionalismo guerrero y el comunismo revolucionario, sobre todo si se desarrolla oportunamente el Sacerdocio de la Humanidad y su Alianza religiosa con los Sacerdocios históricos. Al porvenir le corresponde resolver en forma definitiva la incorporación moral y material del Proletariado a la verdadera civilización, que no se caracteriza por las maravillas industriales, sino por la grandeza moral de los que las producen y utilizan.

Una noble destinación requiere la actividad industrial, para distinguir a los trabajadores de los explotadores, como lo exigía la actividad militar, para distinguir a los guerreros de los bandidos. Si se combatió en nombre de una santa causa, con mayor razón debe trabajarse en favor de un destino altruísta. Es indispensable que los capitalistas se transformen en Patricios industriales y que los obreros mercenarios se conviertan también en Proletarios industriales, para que pueda organizarse el trabajo altruísta, destinado al bienestar del presente y del porvenir de la Humanidad.

Mientras no se coordine el trabajo industrial en torno de propósitos nobles y generosos, el vil egoísmo seguirá reinando en medio de una paz precaria, y se llegará a considerar la guerra o la revolución como una crisis regeneradora. Es necesario convencerse de que los problemas de la paz y del trabajo no son problemas políticos, sino religiosos, por cuanto afectan el conjunto de la naturaleza humana en sus condiciones de sentimiento, inteligencia y carácter y en su existencia individual y colectiva. Sólo la Religión que liga el trabajo al Culto del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, y de las Divinidades positivas puede quitarle el estigma de castigo divino y

conferirle el carácter de bendición humana, por cuando permite servir a los seres adorados.

El ser humano se sobrepone cada vez más a su condición de elemento de una especie animal y va elevándose a la existencia exclusivamente altruísta, propia de la Humanidad, a la que subordina el egoísmo de su animalidad y las exigencias de su vida vegetativa. Si el hombre, como animal, no tiene moral, la adquiere cuando se eleva a la condición de ser humano, que adora y concibe a Seres Supremos y se somete a los regímenes que en su nombre se imponen. Así se observa, que si la especie humana, en sus diversas razas, se conserva sensiblemente inalterable durante los siglos, la Humanidad, desde que creó el lazo moral de Madre, ha efectuado progresos portentosos de santidad, sabiduría y actividad.

No es posible organizar la Industria sin ligarla al progreso espiritual de la Humanidad, sometiéndola a su altruísta servicio y no a los intereses pasajeros y egoístas de los individuos. Importa, por lo tanto, cultivar las influencias espirituales de los sentimientos altruístas y de las concepciones científicas, para despertar en los hombres el deseo vehemente de trabajar en servicio de la Humanidad. Los depositarios de los capitales, creados por la Sociedad, se dedicarán entonces a administrarlos en servicio del Porvenir.

Tales administradores, como los demás empresarios, podrán contribuir a constituir la organización temporal de la Industria. A su vez, el Proletariado apoyará por la Acción pública esa organización temporal, realizada por el Patriciado, si está de acuerdo con la Opinión Pública, derivada de la organización espiritual, que dirige el Sacerdocio e inspira la Mujer. La función protectora que ejerce el Empresario, sobre el reducido número de familias que tiene a su cargo, justifica el nombre de Patricio que le asigna la Religión de la Humanidad.

A los elementos morales que concurren a la organi-

zación espiritual de la Industria, les corresponde resolver el problema de la población, subordinando la Familia a la Patria, como la Patria a la Humanidad. Si los pueblos militares han fomentado el aumento de la población, ya que debían masacrarla en los combates, los pueblos pacíficos, industriales y altruistas mantendrán una regulación voluntaria en el crecimiento de la población, de acuerdo con las exigencias del trabajo y las garantías de sustento y bienestar. Impónese así la Humanidad sobre la Animalidad, y la Familia se incorpora al Gran Ser.

Relaciones directas ligan la organización espiritual de la Industria con su organización temporal, que le sirve de base objetiva, como ella, a su vez, le sirve recíprocamente de guía subjetiva. Imposible sería determinar la organización temporal sin tener en vista la organización espiritual a la que debe servir de base. Esta doble relación entre dos aspectos o términos de la organización de la Industria permite desarrollar el término superior y disciplinar el inferior.

El orden espiritual se sobrepone siempre al orden temporal, aunque éste le sirva de base necesaria. La existencia individual presenta una relación análoga entre el cerebro y el cuerpo, que rigen la vida espiritual y material. El Proletariado puede, a su vez, considerarse como el cuerpo social mientras el cerebro social manifiesta sus facultades afectivas en la Mujer, sus facultades intelectuales en el Sacerdocio y sus facultades de carácter en el Patriciado.

Dominado moralmente por la Mujer, el Proletariado manifiesta el Sentimiento público, como la Opinión pública bajo el consejo del Sacerdocio, y la Acción pública, bajo la dirección del Patriciado. Intimamente ligadas entre sí las condiciones del sentimiento, de la inteligencia y de la actividad, por sus lazos con el Gran Ser, se asegura la más perfecta unidad del Sentimiento, la Opinión y la Acción en el orden público. A establecer esa unidad

concorre directamente la organización espiritual de la Industria.

Una armonía perfecta entre los deseos, los conceptos y los actos asegura la paz y la felicidad definitivas en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Nada puede perturbar esa armonía si el Culto altruísta purifica de egoísmos los deseos; si el Dogma científico consolida y uniforma los conceptos; y si el Régimen sociocrático centraliza los actos en el servicio del Gran Ser. El porvenir humano se esclarece ante la luz del altruísmo que irá apagando hasta los últimos destellos del funesto egoísmo.

Cuando la educación se destine a formar Mujeres y hombres sociócratas y la Política, exclusivamente temporal, organice la Sociocracia, podrá desarrollarse la Industria sociocrática altruísta, destinada al servicio del porvenir. Así el progreso de todos los elementos sociales, afectivos, teóricos y prácticos, debe ser solidario y converger a perfeccionar la influencia moral, intelectual y activa de la Mujer, del Sacerdocio y del Patriciado. Ese progreso será también solidario con el del Proletariado, cada vez más capaz de suministrar modelos de Mujeres, de Sacerdotes y de Patricios.

El porvenir no es ya incierto, pues el progreso, que se ha desarrollado hasta ahora en forma ciega y eventual, se desenvolverá en adelante en forma sistemática, consciente y segura. Nada podrá desviar los propósitos de progreso, en vista del armonioso concierto de los deseos, los conceptos y los actos. Entonces se habrá cumplido la fórmula de la Religión Universal: los sentimientos altruístas de Amor por principio y las concepciones científicas del Orden por base; el Progreso por fin en la Educación, en la Política y en la Industria.

Nuestro examen de la organización espiritual de la Industria toca a su término después de establecer cuáles son los elementos afectivos, intelectuales y prácticos que concurren a constituirla. El elemento principal es, sin

duda, la Mujer altruísta, pero el elemento básico es el Sacerdocio científico; ambos sirven de inspiración y de guía al elemento práctico, que dirige el progreso de la Industria. Fundados en la organización espiritual, podemos abordar el estudio de la actividad social y de sus condiciones normales para determinar la organización temporal de la Industria y tal será el doble objeto del Capítulo siguiente.

CAPITULO SEGUNDO

CONDICIONES SOCIALES DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD SOCIAL. II. ORGANIZACIÓN TEMPORAL DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD SOCIAL

Al examinar la actividad social, se presenta desde luego la actividad doméstica, en que se inician los lazos sociales de filiación y paternidad, de fraternidad y matrimonio. Ninguno de esos lazos es estable en la existencia social de la Animalidad y sólo adquieren permanencia en la existencia moral, propia de la Humanidad. Así se justifica la necesidad de subordinar el orden social al orden moral en la vida humana.

Mientras el lazo de la filiación se extingue rápidamente en la Animalidad, ese lazo perdura y se intensifica en la Humanidad. A la Madre vital se substituye la Madre

moral, que acompaña la vida del hombre desde la cuna hasta la tumba. Semejante lazo de actividad social caracteriza la vida del hombre en la familia de sus padres, donde reina la más intensa reciprocidad de sentimientos de veneración y de bondad, unidos a la simpatía, que se desarrolla especialmente en los lazos fraternales.

Pueden, a su vez, la hija o el hijo constituir sus propias familias, mediante el lazo social del matrimonio, que se hace perpetuo cuando se funda en la reciprocidad de los sentimientos altruístas de simpatía, de veneración y de bondad. Al hijo de familia se substituye entonces el jefe del hogar, con todas las responsabilidades del sustento y de la educación. Reducido por fin el hombre a la pasividad de la vejez, se incorpora a la familia de uno de sus hijos, propios o adoptivos, donde ya no desarrolla actividades temporales, sino espirituales.

Así se desenvuelve la vida de la Mujer y del hombre en tres familias sucesivas: la de padre, la propia y la del hijo. La primera está destinada a la preparación afectiva teórica y práctica de la naturaleza humana; la segunda es propia de la plena actividad del hombre; y la tercera se dedica a utilizar la experiencia del pasado en los programas de progreso del porvenir. Tal sucesión de familias permite que la Mujer sea sustentada como hija, como esposa y como Madre. Esas condiciones de sustento se extienden a la hermana, que se adjunta, si permanece soltera, a la Madre, a la esposa o a la hija.

Resuélvese de este modo la principal condición social de la Industria, que consiste en eliminar a la Mujer de todo trabajo material fuera del hogar, estableciendo el principio fundamental de que el hombre debe sustentar a la Mujer, en la existencia doméstica. Ella puede entonces desempeñar las altas funciones morales y materiales que le corresponden en la educación de los hijos y en el perfeccionamiento afectivo de la naturaleza humana. Desprendida de toda ambición temporal de mando o de

riqueza y de toda inquietud material, ella podrá conservar siempre las ilusiones altruístas de la infancia y aplicarlas a las inspiraciones generosas de la actividad del hombre.

Así, el hombre, sin salir de la vida doméstica, se relaciona con el pasado, el presente y el porvenir, por el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Se reconoce entonces que la constitución de la Familia se compone de tres grupos: los esposos, los padres del esposo y los hijos. Impónese, por lo tanto, a la Industria la condición social de sustentar a todas las Familias, utilizando el trabajo de los hombres.

Semejante condición social de la Industria supone que los hombres cumplan, en forma voluntaria, el deber de trabajar, e impone a la Sociedad el deber de suministrar al trabajador un salario de sustento doméstico, capaz de alimentar a siete personas. Ese salario es indispensable al jefe de familia, que sustenta a sus hijos y a sus padres. Respecto a los hijos, que trabajan durante su juventud, el exceso de salario se justifica por la necesidad de amortizar el domicilio del futuro hogar de su propia familia.

Mantener una equivalencia entre el salario y los deberes domésticos, no sólo es indigno, sino contrario a la armonía industrial. Es indigno, porque convierte a los hijos en artículos de comercio, y es contrario a la armonía industrial, por cuanto incita a los empresarios, propios de una Sociedad sin moral, a reemplazar a los padres de familia por los solteros. Será imposible organizar la Industria, mientras no se la subordine a la moralidad y a la racionalidad positivas, reconociendo la igualdad del salario de sustento y considerando a cada obrero como jefe, actual o futuro, de familia, dejando a cada cual la plena responsabilidad de su conducta, sometida sólo al juicio moral de la Opinión Pública, siempre que no afecte el orden, propio de la justicia temporal.

Así se subordina la organización de la Industria a la constitución de la Opinión Pública, que se ha disuelto más y más desde fines de la Edad Media. No será posible reconstituir esa Opinión hasta que se divulgue el Dogma científico y se acepte el Régimen pacífico, industrial y altruísta de la Religión de la Humanidad. Al Culto sociolátrico ha de unirse el Dogma sociológico, para determinar el Régimen sociocrático, que organizará la Industria del porvenir.

Nada impide confiar al trabajo doméstico de la Mujer no sólo la preparación del alimento, sino también la confección y reparación del vestuario, tareas que, en los tiempos modernos son cumplidas cada vez más por empresas mercantiles de explotación social, que contribuyen a disolver la Familia. El aseo y conservación del domicilio y del mobiliario completan las tareas de trabajo doméstico, propias de la Mujer. Tales trabajos pueden destinarse a las relaciones interfamiliares, sin constituir fuentes económicas de sustento y bienestar, que ha de asegurar la Sociedad, por el salario y por las cuotas adicionales de bienestar, proporcionales al trabajo.

El campo de las actividades sociales se extiende, para los hombres, a las Empresas industriales, en las cuales se efectúa la cooperación de las Familias, en servicio de la Patria, en que concurren las Empresas, en servicio de la Humanidad. Se plantea entonces el problema industrial de organizar las Empresas. En ellas se acumulan los instrumentos de producción y los materiales, pero el principal de los elementos de una Empresa industrial es formado por los operarios, que concurren a las diversas funciones de trabajo.

Reducida la organización de una Empresa sólo al orden material, puede aceptarse la aglomeración ilimitada de operarios, como se aceptó la poligamia en la organización material de la Familia. El progreso de la Humanidad hace predominar las condiciones morales en toda organi-

zación social y, así como transformó la poligamia en monogamia, reducirá las Empresas industriales a los límites que aseguren una fraternidad efectiva entre los cooperadores y una responsabilidad directa de los empresarios, respecto a la felicidad y al bienestar de las familias asociadas. Debe aspirarse a que los operarios sean jefes o miembros de una familia, para que la Empresa sea una asociación de Familias y no de individuos.

A la actividad social del hombre, en la Industria, le corresponde desde luego un período de educación, durante la adolescencia, en que se recorren las diversas ramas de la actividad matemática, astronómica, física, química, biológica, política y educativa. Se desarrolla, en seguida un período de aprendizaje, durante la juventud, en que se adquiere la práctica del oficio a que se va a destinar la vida activa. Así se desenvuelve por fin el período activo de la vida, consagrado por el Sacramento de la Destinación, y que se extiende hasta la vejez, en que se recibe el Sacramento del Retiro.

Semejante actividad industrial sólo admite la distinción entre los operarios que gobiernan las máquinas y los mecánicos que las construyen y reparan. Así los operarios pueden cambiar fácilmente de Empresa, cuando las exigencias sociales o domésticas lo requieran. La clasificación de las industrias no afecta a los operarios, pues sólo se refiere a los empresarios, que organizan o toman la dirección de las empresas.

Para establecer las condiciones sociales de la Industria hay que examinar las que son relativas a los operarios o a los empresarios. Al hombre le corresponde desarrollar toda su vida en alguna Familia, sea la de sus padres, la propia o la de su hijo, y, a su vez, el operario debe desenvolver su vida activa en alguna Empresa. Respecto al trabajo individual aislado, sólo es aceptable en la actividad teórica o estética, pues la actividad técnica se in-

corpora a las empresas industriales o se organiza en instituciones experimentales.

Aun las actividades estéticas pueden hacerse colectivas en escuelas como las de Rafael o el Tiziano, y en compañías de óperas, conciertos y dramas. Sin embargo, no son aceptables las corporaciones y academias científicas, filosóficas o literarias, que imponen a la Opinión Pública el prestigio de las mediocridades. A los teóricos les corresponde trabajar aislados o incorporarse al Sacerdocio, como Aspirantes o Pensionistas.

Será imposible organizar la Industria mientras no desaparezca el régimen de irresponsabilidad que reina en la política parlamentaria y en los Directorios de las Empresas de trabajo. Es necesario restablecer la responsabilidad, confiando la dirección de cada Empresa a un solo individuo, que ha sido formado en su propio trabajo y que puede contar con la confianza del reducido número de operarios que concurren con él. Así se complementan las condiciones sociales, relativas a los operarios, con las que se refieren a la dirección unipersonal de cada Empresa.

A estas condiciones fundamentales de la organización industrial se agregan las que se refieren a las relaciones entre el empresario y los operarios, considerando que en el régimen pacífico, industrial y altruísta no existen clases sociales sino diferencias de funciones, que dependen más de las exigencias sociales que de las aptitudes individuales. La Sociedad ha suministrado la misma educación afectiva, estética y teórica a todos los individuos y les ha hecho recorrer las diversas industrias, durante su adolescencia, permitiéndoles, en los siete años de su juventud, elegir el oficio que esté más de acuerdo con sus aptitudes. A esos hombres, de edad madura, que han trabajado por más de veinte años en la misma industria, podrá elegírseles como empresarios, si cuentan con la condiciones de carácter, de inteligencia y de corazón convenientes.

Designado por el empresario que se retira, el que asume el cargo debe ya contar con la confianza moral de sus compañeros y conocer las condiciones sociales y materiales de su existencia doméstica, lo que le facilitará el cumplimiento de sus deberes patronales. En cuanto a las aptitudes directivas, ellas serán auxiliadas, no sólo por la experiencia de los ancianos y el espíritu inventivo de los jóvenes, sino también por la cooperación del ejemplo de las demás empresas análogas y por las directivas emanadas de la jerarquía industrial, que liga cada empresa al gobierno bancario de las pequeñas repúblicas pacíficas, industriales y altruístas. La administración de las empresas sociocráticas se hace de este modo mucho más fácil que el de las grandes empresas capitalistas, destinadas a explotar a los pueblos que utilizan los productos.

Así quedan establecidas las condiciones sociales de la Industria en las relaciones de los empresarios con los operarios. Esas empresas sociocráticas pueden, en realidad, considerarse como Comunidades de trabajo, que aseguran el sustento y bienestar de las familias de los comuneros, aun después de la muerte de los padres y después de su retiro del servicio, pero cuyos propósitos no son los de enriquecer a la Comunidad ni a los comuneros, sino los de prestar servicios útiles a la Sociedad, en forma continua y progresiva. Se asegura al efecto el salario de sustento, independiente del trabajo, y se limita a un máximo la cuota de bienestar, proporcional al trabajo, destinando sucesivamente los sobrantes de entradas a la reparación y reconstrucción de instalaciones; a la amortización de los capitales; a la formación de reservas para pérdidas eventuales; a suministrar capitales sin intereses a las nuevas empresas que requiere el aumento de población; y, por fin, a disminuir el precio de los productos, con el acuerdo de las demás empresas análogas.

Se pone término a la fiebre angustiosa del trabajo mercenario y a las ansias de riqueza del capital explo-

tador, y se hace posible la organización definitiva de la Industria, educando desde la infancia a los que han de constituir el proletariado y el patriciado del porvenir. El deber de trabajar se genera y consolida por la recepción del salario de sustento, y la ociosidad forzada se convierte en el más terrible de los castigos. Aún, la cuota de bienestar, proporcional al trabajo, no se liga al esfuerzo personal sino a los resultados de la cooperación en la faena, lo que determina la más perfecta armonía entre las funciones y las aptitudes.

A las condiciones sociales de Empresa se sobrepone las condiciones sociales de Patria, cuya actividad se transforma de militar en industrial. Sin embargo, será siempre necesario considerar un sistema de policía de seguridad criminal y accidental. El resguardo contra el crimen podrá disminuir, pero el que previene los accidentes irá en aumento, con el crecimiento de la población y de la actividad.

La iluminación y la señalización de costas, puertos y aero-puertos, de vías públicas y de líneas férreas requieren un personal cada vez más considerable y competente. El notariado de la personalidad y de la propiedad, el servicio judicial y otros servicios de hacienda y de relaciones internacionales demandan un personal civil anexo al gobierno político. Si se supone eliminada la política militar, el gobierno político resultará naturalmente de la jerarquía de las empresas industriales en torno del Banco, en cada una de las Patrias pacíficas.

Tal jerarquía se inicia por las Empresas que extraen sus productos de la vitalidad vegetal y animal, y que constituyen la base de la alimentación, del vestuario y del domicilio. Al lado de ella se desarrollan las industrias que extraen de la Tierra las sustancias que reemplazan cada vez más a las maderas, en las construcciones domésticas y civiles. Las industrias agrícola y minera entregan sus productos, sea directamente al Comercio que

los distribuye, o a la Fabricación, que con ellos elabora productos más favorables a la vida humana o instrumentos de producción, que auxilian directamente el trabajo agrícola, minero, fabril y comercial.

Una vez obtenidos los productos agrícolas, mineros y fabriles, es el Comercio el que los distribuye a las Familias, a las Empresas y a las Patrias. Esta condición confiere al Comercio una superioridad jerárquica indiscutible, sobre todo cuando las empresas comerciales no aspiren a enriquecerse, creando capitalistas ociosos, sino que aspiren a llenar cada vez mejor sus funciones domésticas, civiles e internacionales y estimulen los esfuerzos de producción en proporción a las exigencias del consumo y de la conservación del progreso humano. Se establece también la superioridad jerárquica de la Fabricación sobre la Minería y la Agricultura, que le suministran sus productos, mientras ella les entrega los instrumentos de producción.

Respecto a las industrias básicas de minería y agricultura, su desarrollo depende de las condiciones geológicas del territorio y de las exigencias de la fabricación y del comercio. Oportuno es reconocer que el número de las empresas agrícolas está limitado por la extensión de los terrenos cultivables, mientras el número de las empresas mineras no sólo lo está por el agotamiento de las sustancias, sino también por las malas condiciones de explotación, para los operarios. Esas malas condiciones, que el capitalismo no toma en cuenta, serán primordiales en el porvenir, para abandonar explotaciones mineras contrarias a la salubridad y a la dignidad humanas.

Al desarrollo del comercio corresponde la institución social de la moneda, como signo de crédito. Surge entonces el comercio de valores que constituye la industria bancaria. El Banco se eleva por fin a la cumbre de la jerarquía industrial, y generaliza el crédito de trans-

misión, instituye el de conservación o hipotecario y crea el de producción.

Sin embargo, esa función directiva, propia de la industria bancaria, no podrá ejercerla hasta que se purifique de la inmoralidad que afecta ahora, sobre todo, al comercio de valores en las llamadas Bolsas de Comercio, donde los agiotistas determinan alzas o bajas ficticias de los valores para despojar al público. Afortunadamente el Régimen Sociocrático anulará en la industria las ansias de enriquecerse y, entonces, el Banco podrá llenar su función directiva, favoreciendo el desarrollo de las industrias útiles y la extinción de las nocivas. No sólo podrá la Industria bancaria dirigir el concurso general de todas las ramas del trabajo, sino que ha de constituir, en forma espontánea, el gobierno político de las Repúblicas pacíficas, industriales y altruistas.

Reducida la actividad militar a la policía nacional e internacional y reemplazada la democracia por la sociocracia, desaparecen los gobiernos militares y los partidos, que confunden el orden espiritual de la opinión con el orden temporal del mando. El gobierno político tiene entonces que emanar de la jerarquía de las actividades industriales, como en los pueblos conquistadores emanaba de la jerarquía de las actividades militares. Derivados de esos gobiernos militares, los gobiernos modernos han demostrado su inevitable incapacidad para organizar y dirigir la actividad industrial y han manifestado la inestabilidad de su política pacífica.

El gobierno de cada una de las Repúblicas del porvenir podrá representar las tres especies de actividades a que puede reducirse el trabajo humano: el de extracción, el de fabricación y el de repartición. Se adjuntan respectivamente a esas actividades: a las de extracción, los servicios civiles de la política interior como el notariado, la justicia y la policía; a las de fabricación, los servicios de hacienda y obras públicas; y a las de repartición, los

servicios de transporte, comunicaciones y relaciones exteriores. Tres de los banqueros de la Capital de la República pueden constituir el Triunvirato de gobierno que, dada la comunidad de principios y de programas, no requieren una voluntad preponderante que, en todo caso, correspondería al Administrador de las relaciones exteriores, que dirige el concurso de la República a la policía internacional y al progreso general de los intereses materiales de la Humanidad.

Debe considerarse, además, otra importante condición social, indispensable a la organización de la Industria. Ella consiste en la fijeza de las clientelas y en la mayor regularidad en los pedidos de consumo. La organización industrial no es posible si el comerciante no cuenta con la seguridad de lo que debe entregar al consumidor, para pedirlo al productor, quien, a su vez, ha de tener la confianza de colocar sus productos.

Una medida social indispensable para salvar la irregularidad de los consumos y de la producción consiste en la constitución de las reservas industriales, instituídas por la Teocracia, y que la Sociocracia ha de aplicar a las Familias, a las Empresas agrícolas, mineras, fabriles y a las de comercio internacional. No se efectuarán entonces esas producciones superabundantes que siguen a las escaseces, sino que se limitarán a la reposición de las reservas. Así se graduarán los esfuerzos de producción a las deficiencias nacionales y mundiales y podrá mantenerse la regularidad del comercio de distribución.

Cada Familia, en la Sociocracia, no sólo mantiene relaciones sociales con las demás de la Empresa, por los lazos de trabajo, sino también con las demás de la República y del Mundo, por los lazos del parentesco y de la amistad. Institúyense, en general, esos lazos, por los viajes que efectúan los hijos de familia, en los dos últimos años de su adolescencia, para recorrer su propia Patria y algunas de las demás. Desaparecerán entonces las exi-

gencias sociales del turismo individualista, cuyo interés se hace cada vez menor gracias al perfeccionamiento creciente de las comunicaciones acústicas y visuales.

Importa por fin considerar la capacidad de cada Patria para suministrar los capitales que requiere la institución de las industrias, en la forma sociocrática, de empresas compuestas de un número muy limitado de familias. Las grandes empresas se ligaron, en general, a los programas militares, propios de las nacionalidades modernas, que han de descomponerse, en el porvenir, en pequeñas Patrias realmente pacíficas y republicanas, en las que no existen propósitos de conquista ni cooperaciones forzosas. Semejantes Patrias podrán contar, en el seno de una paz definitiva, con el concurso financiero de las demás, y así el capital de las Empresas podrá constituirse, sea por donaciones directas del gobierno bancario; sea por préstamos de amortización sin intereses, suministrados por las empresas ya constituídas; o sea por préstamos de amortización con intereses, hechos por los capitalistas nacionales o extranjeros que no se hayan transformado en empresarios y donado sus capitales a sus Empresas.

Reducidas las Patrias a los límites propios de los pueblos pacíficos e industriales, no sólo se asegura el sustento y bienestar de todas las familias y la estabilidad de las empresas, sino que puede establecerse entre las Patrias una especialización de funciones y un concurso de esfuerzos que garantiza el bienestar y el progreso industrial de los pueblos en la Humanidad. Un común sentimiento de cooperación mundial dará al trabajo pacífico una dignidad moral que ahora se desconoce, en medio de las rivalidades internacionales y de las explotaciones recíprocas del capitalismo mundial. Al porvenir ha de corresponderle poner término a todas las miserias de las grandezas financieras y a las ambiciones de fortuna.

Entonces podrán cumplirse las condiciones sociales

de la Industria en la Humanidad. No cabe duda que el bienestar material de la Humanidad requiere que se establezca entre las Patrias una división de funciones y concurso de esfuerzos análogo al que ofrecen las Empresas en una Patria. Esa repartición de oficios exige que cada nación tenga la seguridad de recibir los artículos que necesita y no produce.

Tal garantía supone que las importaciones puedan ser tan regulares como las exportaciones, disponiendo en ambos casos de reservas que compensen las deficiencias eventuales y regulen los excesos de producción. Así, cada pueblo puede dedicarse a las Industrias en que es más eficiente su trabajo, sin preocuparse de abastecerse a sí mismo, como lo han pretendido los grandes pueblos, en medio de la lucha de intereses y bajo la amenaza de los conflictos militares. La situación del Mundo pacífico e industrial permitirá manifestar la actividad altruísta, propia de la sociabilidad humana, estableciendo la armonía material entre las Familias, las Empresas y las Patrias

El Régimen Sociocrático, extendido a la Humanidad, utilizará al máximo el trabajo humano, reglamentando la producción y la distribución internacional. Se evitarán entonces las acumulaciones de monopolio, las exportaciones de ataque mercantil y las barreras de defensa aduanera. Así podrán desaparecer no sólo los especuladores nacionales, sino también los internacionales.

Reducido el problema material a organizar el trabajo de las Mujeres en la Familia, de los hombres en la Empresa, de las empresas en la Patria y de las patrias en la Humanidad, la jerarquía industrial se extiende al Mundo por la organización internacional de los gobiernos bancarios. Es evidente que si ha podido realizarse el progreso industrial del Mundo en medio de la inconsciencia moral de los obreros mercenarios, del egoísmo mercantil de los capitalistas, del inútil consumo del armamentismo y de

las enormes destrucciones guerreras, el futuro progreso, en medio de la paz estable, será mucho más intenso y provechoso al bienestar de los pueblos. De nada ha servido aplicar la racionalidad científica a la producción industrial, si ella no se ha subordinado todavía a las condiciones de la moralidad humana.

No basta para resolver el problema material de la Humanidad preocuparse sólo del proletariado, sin resolver el problema femenino de la vida afectiva de Familia, ni el problema intelectual y moral de la enseñanza científica y de la vida estética y cultural, y sin determinar tampoco la organización jerárquica de los directores del trabajo industrial. Es necesario organizar la vida afectiva altruísta en el hogar, bajo la tutela moral de la Mujer; organizar el trabajo de los hombres en las Empresas industriales, bajo la dirección de la jerarquía del Patriciado en la Patria; y constituir la enseñanza científica profesada por la Autoridad espiritual de un Sacerdocio universal, consejero moral de las Patrias, de las Empresas y de las Familias y representante del concurso religioso de los pueblos, para conmemorar el pasado y consagrar el porvenir. Fueron siempre las influencias morales de la Mujer e intelectuales del Sacerdocio las que determinaron los progresos de la sociabilidad humana, sancionados más tarde por los poderes temporales, precediendo, en todo caso, las costumbres a las leyes.

Ahora se ha pretendido invertir el orden natural y constituir nuevos estados sociales, por medio de los poderes temporales, imponiendo costumbres mediante las leyes. Tales constituciones tiránicas sólo han podido emanar de los hábitos militares modernos, que han renovado la esclavitud en los ejércitos. A medida que se extinga el espíritu guerrero, se consolidarán las costumbres industriales y altruístas, que son las únicas que podrán predominar definitivamente en el Mundo.

Será necesario que los legisladores no perturben el

desarrollo espontáneo de la civilización ni provoquen su retrogradación. Es por eso conveniente que no se dicten las leyes de divorcio, que favorecen la desorganización de la Familia, y que se conceda la libertad de testar y de donar, para permitir que se instituyan los capitales industriales. Respecto a las costumbres altruistas en las Familias, en las Empresas y en las Patrias, ellas no deben imponerse y ni siquiera sancionarse por las leyes temporales, pues se mantendrán y se perfeccionarán, bajo la influencia del encanto de los sentimientos altruistas y del control de la Opinión Pública.

Se comprueba así que el problema material de la Industria, como el problema intelectual de la Instrucción, son problemas religiosos, que se basan en los sentimientos altruistas. El desconcierto intelectual de las ideas teológicas, metafísicas y aun de las científicas, del absolutismo materialista, no podrá terminar mientras no prevalezca el Dogma de la Religión de la Humanidad. Del mismo modo, el desconcierto de las actividades políticas e industriales y los peligros de las retrogradaciones militares no podrán cesar, mientras no prevalezca el Régimen de la Religión de la Humanidad.

Un mismo principio religioso, el de referirlo todo a la Humanidad, los sentimientos para amarla, los pensamientos para conocerla y los actos para servirla, concentra en Ella el Culto, el Dogma y el Régimen religioso. No tienen ya cabida las ingratitudes, las divagaciones y las incertidumbres y se armonizan el Culto, el Dogma y el Régimen, en torno de la Humanidad. Esa es la Religión, altruista en su Culto, científica en su Dogma e industrial en su Régimen, que ha de predominar definitivamente, para poder organizar la Educación, la Política y la Industria en el Mundo.

Mientras no se consoliden las verdaderas condiciones morales de la Industria, será imposible establecer sus condiciones sociales. A la educación le corresponde in-

culcar en los corazones y en los espíritus, desde los primeros años de la vida, los sentimientos altruístas y los principios científicos que constituyen los fundamentos morales y racionales de la actividad industrial. Sólo apoyándose en esa educación podrá marchar con paso firme el progreso definitivo de la organización industrial.

Importa dignificar el trabajo humano, ligándolo no sólo al servicio de la Familia y de la Patria, sino al eterno servicio de la Humanidad. Dominado por el sentimiento altruísta de la bondad, el trabajo subordina la destrucción a la construcción, que se liga al más noble de los instintos del perfeccionamiento. A su vez, la más alta de las facultades de carácter, la perseverancia, auxilia el trabajo en su acción sobre el Mundo.

Se reconoce también que el trabajo práctico disciplina el espíritu, determinando la subordinación de lo abstracto a lo concreto y haciendo predominar la meditación deductiva, que coordina y sistematiza. El trabajo material es la más alta manifestación del principio de la sociabilidad de «Vivir para los demás». Dotada la especie humana de mayores medios para trabajar, pudo desarrollar la sociabilidad que las demás especies sólo alcanzaron a bosquejar.

A ese feliz desarrollo de la sociabilidad se debió el despertar glorioso de la moralidad, que constituye la existencia de la Humanidad. Las especies animales, por falta de la vida subjetiva, que liga la existencia al pasado y al porvenir, no pudieron elevarse a la moralidad y se subordinaron generosamente a la especie humana. A ésta le corresponde hacerse digna de la superioridad que se le otorga, constituyendo la verdadera Humanidad, de afectos, conceptos y actos altruístas, y cada vez más ajena a los impulsos egoístas de la especie.

Subordinándonos a las condiciones sociales, ya bosquejadas, podemos abordar en la segunda sección de este Capítulo, el examen de la organización temporal de la In-

dustria. Este examen es indispensable, por deficiente que sea, para concebir en algo el porvenir y fijar, en consecuencia, los programas del presente. Al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, será necesario tener siempre en nuestros corazones y espíritus para conseguir la moralidad y la racionalidad de nuestros programas.

II. ORGANIZACIÓN TEMPORAL DE LA INDUSTRIA

Será necesario examinar la organización temporal de la Industria, en la Familia, en la Empresa, en la Patria y en la Humanidad, para abarcar el conjunto de este problema. Es evidente que la constitución de la Familia no tiene un destino vital, puesto que la mayoría de las especies no la constituyen. Refiérese la Familia a las exigencias sociales de la Animalidad y a las exigencias morales de la Humanidad.

Una reciprocidad intensa de los sentimientos altruistas de simpatía, de veneración y de bondad determina la unión del Matrimonio, que al destino moral de consolidar la influencia afectiva de la Mujer, une el destino social de organizar la vida para los demás y el destino vital de restringir la multiplicación de la especie, subordinando a las exigencias sociales la cantidad y la calidad de los productos. El perfeccionamiento recíproco y continuo de las condiciones morales de los esposos es, en realidad, el principal objetivo de la unión conyugal, perfeccionamiento que se prolonga después de la muerte, en el cónyuge sobreviviente, que haya desarrollado la vida subjetiva. Semejante destinación moral permite fortalecer la destinación social del Matrimonio y restringir, hasta anular, su destinación vital.

Base elemental de la Patria y de la Humanidad, la Familia debe subordinarse a ellas, ofreciéndoles sólo seres capaces de servir las. Las degeneraciones vitales de carácter hereditario impedirían el matrimonio, si se diera preponderancia a su destino vital, pero la moral positiva anula ese destino, e instituye el matrimonio casto. Extiende aún la castidad a la iniciación de todo matrimonio, para manifestar y consolidar la suprema destinación moral de la unión conyugal.

La decadencia del teologismo ha dejado sin base moral y ni siquiera social al Matrimonio, que, reducido al creced y multiplicaos, se está disolviendo rápidamente en los tiempos modernos. Es, pues, urgente darle las bases inamovibles que establece la Religión de la Humanidad. Será imposible restablecer la importancia social y moral de la unión conyugal por los medios legales del poder temporal.

Impónese pues el Régimen Sociocrático, que considera el Matrimonio como indisoluble y de viudez eterna. Debe instituirse su consagración religiosa, con la promesa de la fraternidad conyugal durante un período inicial de tres meses, después del cual se confiere el sacramento matrimonial de la viudez eterna. Así los cónyuges están en aptitud de acogerse al matrimonio completo o al matrimonio casto y de dominar el destino vital del matrimonio, subordinándolo a las exigencias sociales.

Mientras la Familia es el centro de la vida afectiva y de la felicidad de la naturaleza humana, la Empresa llama al hombre al servicio activo de la Patria y de la Humanidad. Inspirado por la Madre, el hombre ha deseado e imaginado desde la infancia llegar a ser un servidor de la Patria, y esa inspiración cívica de la Madre predomina aún, mientras la Esposa no comparte el civismo de una Madre, para inculcarlo en sus hijos. Se basan así en la educación doméstica las buenas condiciones morales

del proletario, que trabaja voluntariamente y con entusiasmo en las tareas materiales que la Sociedad le asigna.

El hijo de familia se transforma en ciudadano, después que ha fijado su destino social y constituido su propia familia. No se verá entonces la anomalía de que pretendan representar la soberanía nacional los que ni siquiera han ejercido la soberanía doméstica. El ejercicio de la soberanía popular, que ha tenido cierta influencia, más aparente que real, en la designación de los gobiernos civiles de las grandes nacionalidades modernas, no se aplicará a los gobiernos industriales, como tampoco se aplicará a los gobiernos militares, por cuanto ambos emanan de su propia jerarquía.

Una vez que el hombre termina la educación teórica de su adolescencia, inicia, en su juventud, la vida activa de trabajo regular, incorporándose a una Empresa industrial, que le suministra el mismo salario de sustento y cuotas de bienestar que a un jefe de familia. Sus necesidades materiales se concentran en la adquisición del domicilio y mobiliario de su futuro hogar. Así el hombre no nace propietario, sino que llega a serlo, gracias al trabajo de su juventud.

Ninguna familia tiene que pagar arriendo por el domicilio que ya pertenece al jefe del hogar. Institúyese así el salario de sustento, sin tomar en cuenta el domicilio, el mobiliario ni el vestuario, como una cuota diaria capaz de alimentar a siete personas, que se abona mensualmente, anticipado, a la cuenta bancaria del operario incorporado a la Empresa y que recibe, aunque no trabaje. Las relaciones internacionales, a medida que organicen el intercambio industrial, establecerán, por fin, una equivalencia mundial en el costo del sustento.

Institúyese, además, una cuota complementaria del salario de sustento, y que llamaremos cuota de bienestar. Esta cuota se paga sólo en los días en que se trabaja y su valor es proporcional a la producción o a la obra rea-

lizada. Se abona esa cuota semanalmente a las faenas de trabajo y se extiende al personal directivo, técnico o de servicio que pertenece a la Empresa.

Dicha cuota de bienestar, proporcional al trabajo o servicio realizado, llega a un máximo equivalente al doble del salario diario de sustento. Así el operario estará libre del deseo de enriquecerse, aumentando las utilidades de la Empresa, por incremento del precio de los productos o servicios. Dispondrá, en consecuencia, el obrero, durante los siete años de su juventud, de una suma suficiente para sus gastos personales y para amortizar sin intereses el valor del edificio y mobiliario de su futuro hogar.

Aún podrán abonarse a una cuenta de reservas las utilidades que exceden al máximo establecido para las cuotas de bienestar, con el objeto de compensar las deficiencias eventuales de producción o de obra, ajenas a la actividad del personal. Ninguna inquietud puede afectar al operario, ni en caso de enfermedad ni de muerte, pues el salario de sustento, como el domicilio, se consideran propiedades de la familia. A pesar de estas seguridades, el Régimen Sociocrático consulta la institución de una Orden industrial, análoga a la de la Caballería militar de la Edad Media, destinada a subsanar todas las deficiencias especiales que puedan afectar a las familias.

Destínanse a formar esa orden los patricios que se han retirado de la administración de las Empresas y que se informan de las desgracias domésticas, por ocultas que se las pretenda mantener, mediante las relaciones sociales de las Mujeres y de los mendigos. Esa institución de la Caballería industrial complementa en lo posible las garantías de bienestar de las familias y administra las donaciones de la caridad pública bajo la inspiración de los sentimientos femeninos y de la opinión moral del Sacerdocio. Semejante concurso de influencias afectivas, teóricas y prácticas asegura una eficiencia muy superior a

la del régimen disperso, irresponsable y abusivo en que se practica la caridad en los pueblos modernos.

El salario diario de sustento, independiente del trabajo, y la cuota de bienestar, proporcional al trabajo, completan, con la propiedad del domicilio, las condiciones materiales de la constitución y desarrollo de la Familia humana. Semejante instalación de la Familia obrera es sin duda más importante, para el éxito del trabajo, que todas las instalaciones mecánicas de la Industria. Es conveniente ahora examinar las condiciones del domicilio proletario.

Basta considerar cuatro dormitorios para los esposos, los padres del esposo, los hijos y las hijas. Actualmente, el perfeccionamiento de los servicios higiénicos, en las ciudades y en las aldeas, permite consultar en cada domicilio una pieza de baño. Se complementa el servicio material con una pieza que sirva al mismo tiempo de cocina y comedor.

Es necesario, además, considerar dos piezas más para satisfacer las exigencias sociales y morales de cada Familia. Resulta indispensable un salón de reunión social, donde pueda la familia recibir sus amistades. Al mismo tiempo, es necesario disponer de un recinto especial para concentrar la vida emocional y espiritual de la familia, donde se conserven los recuerdos domésticos, se dispongan los libros de lectura y se practique el culto personal y doméstico, o sea un oratorio.

Nada superfluo comprende el domicilio indicado, que debe ser adquirido por el hombre, durante su juventud, amortizando el valor sin intereses del edificio, sin incluir el valor del terreno, que pertenece a la Empresa o al Estado. El domicilio urbano se concentra en edificios de departamentos, que se adquieren separadamente en los diversos pisos de las construcciones, que pueden contar con jardines y locales colectivos de deportes infantiles y servicios domésticos. Debería tal vez reducirse a

tres el número de pisos de las construcciones domiciliarias, para evitar el recargo del servicio de ascensores, gravamen que no se toma en cuenta en las aglomeraciones urbanas de la burguesía.

Debe considerarse que la distribución de las ciudades en barrios obreros, que cuentan con todos los medios de satisfacer las necesidades morales, sociales y materiales de las familias, facilita la movilización urbana, que se hace difícil con la concentración de esos medios en un solo barrio burgués. El progreso de las ciudades debe consistir no sólo en descentralizarlas en barrios, sino en dotar a esos barrios de una existencia autónoma. Semejante condición requiere que la población de cada barrio sea suficientemente numerosa para justificar la concentración de los servicios morales, teóricos y prácticos necesarios.

Imaginando el porvenir, en que ha de predominar la vida cultural, para realizar el más importante de los progresos, que consiste en perfeccionar la naturaleza humana, se puede estimar en un promedio de diez mil familias la población capaz de ser atendida por un sólo Templo de la Humanidad, por una sola Escuela Enciclopédica y por un solo Banco que lleve las cuentas corrientes de los obreros y de las Empresas. De este modo las mayores distancias de los domicilios al centro urbano serán muy reducidas. Así, bastará ligar los centros urbanos de barrios, por redes de líneas férreas subterráneas, para asegurar la movilización total de la población.

Tales condiciones sociales de la Industria se extienden a la vida rural, según la concentración de los domicilios de los empresarios y de los operarios agrícolas en las Aldeas. En ellas la propiedad del domicilio se extiende a la casa entera, que cuenta con un terreno suficiente para huertos e industrias domésticas. Así la vida rural conviene al período inicial de las familias, en que los hijos, durante su infancia, no asisten aún a la Escuela Enci-

clopédica, que ha preparado a sus Madres para dirigir la educación afectiva de su primera infancia y la educación estética de su segunda infancia.

A medida que se organice la Industria, desaparecerá la diferencia entre la existencia rural y la urbana, pues el hombre al llegar a los setenta años habrá pasado la mitad de su vida en el campo: los catorce años de su infancia, los catorce primeros años de su matrimonio y los siete primeros años de su vejez. Esta distribución asigna al hombre un trabajo de catorce años en el campo y veintiocho en la ciudad, lo que parece indicar la conveniencia de que el número de familias rurales sea doble que el de las urbanas. Sin embargo, como la población rural está limitada por las condiciones agrícolas del territorio, es imposible establecer una relación entre la población rural y la urbana.

La organización de las Empresas en el Régimen Sociocrático se reduce a constituir las comunidades de trabajo entre un grupo de treinta familias, incluida la del empresario. Ese número, no sólo es compatible con el cumplimiento de los deberes patronales del patricio que administra, sino también con el número de operarios que puede personalmente dirigir en las faenas agrícolas o urbanas. Aglomerar mayor número de familias hace imposible al patricio atender a las exigencias sociales y morales de las familias obreras, que son entonces desconocidas por la dirección de la Empresa.

A las empresas agrícolas, ese grupo de familias les puede suministrar un término medio de treinta y cinco obreros, número suficiente para atender un predio de quinientas hectáreas, en zonas de todo cultivo, y susceptible de ser administrado por un empresario. No se necesita mayor personal, si la transformación de los productos agrícolas y su movilización están a cargo de empresas fabriles y comerciales. A su vez, un menor número de ope-

rarios disminuiría la eficiencia directiva y el entusiasmo de la cooperación.

Grande importancia tiene en el trabajo que cada cual pueda apreciar el fruto de su concurso. A la Industria no le corresponde el trabajo individual, propio de la producción estética y teórica, pero tampoco le conviene el exceso de concurso, propio de la actividad militar. Se concilian todas las condiciones sociales de la buena organización, reduciendo a treinta el número de las familias cooperadoras.

Respecto a las empresas de industrias urbanas de fabricación y de comercio, ese grupo de treinta familias puede suministrar un promedio de setenta operarios a la fabricación, gracias al concurso de los jóvenes y aún de los adolescentes. Ese número se reduce a un promedio de sesenta obreros en el comercio, que utiliza en menor proporción a los adolescentes. De todos modos, lo que importa a la organización industrial es que no se exagere el número de familias asociadas, para no perturbar y anular las condiciones sociales y morales de la cooperación.

Importa también no reducir demasiado el número de familias que concurren en la empresa, no sólo por sus condiciones internas de eficiencia, sino por las exigencias de la cooperación de empresas en una misma obra, sobre todo fabril. Se puede así determinar el concurso de las empresas, como concurren los diversos talleres de las grandes fábricas modernas. Asegurado el aporte industrial de cada empresa, con la formación de las reservas, las deficiencias eventuales de producción de una de las empresas asociadas no afectará al resultado general.

Mientras la agricultura cultiva al máximo los terrenos agrícolas y la fabricación transforma los productos agrícolas y mineros y mientras el comercio provee de provisiones e instrumentos a las Familias, a las Empresas y a las Patrias, el Banco controla la contabilidad de las Empresas industriales y la de los empresarios y operarios.

A cada Empresa bancaria puede corresponderle un promedio de trescientas cincuenta empresas industriales o sea de un total aproximado de diez mil cuentas corrientes. A su vez, cada empresa completará su contabilidad bancaria con la contabilidad estadística de su producción.

Aglomeradas las Aldeas en los suburbios de los barrios exteriores de una población, la dispersión agrícola, siempre en Aldeas, sólo corresponderá a los terrenos demasiado alejados de las poblaciones. La parcelación, para residencias señoriales de la burguesía o para la explotación doméstica de los terrenos, irá desapareciendo con la clase burguesa y con las costumbres egoístas e insoportables de los campesinos, que tienden hacia el comunismo disolvente. Al contrario, en las empresas sociocráticas, las familias cooperan con entusiasmo a la producción agrícola, destinada al servicio de las Patrias, en la Humanidad.

Importa ahora considerar cómo se genera y se mantiene la organización de las Empresas. Desde luego, el Capital de la Empresa puede obtenerse por acción del Estado o del público. Ambas soluciones suponen que se cuenta con el personal directivo y técnico necesario.

No sólo el Estado puede utilizar con ese objeto los fondos de presupuesto, sino también su crédito interior o exterior para prestar el capital en forma hipotecaria, de amortización con intereses y aún sin intereses, en el caso que utilice fondos de presupuesto. Una vez amortizado el capital, la Empresa obtiene su autonomía financiera y puede bajar el precio de sus productos si ha cubierto sus gravámenes, de salarios y cuotas de bienestar a los comuneros, de contribuciones fiscales y de formación de reservas bancarias. La cooperación directa del público para constituir el capital de las Empresas no debe jamás hacerse en la forma capitalista de acciones de renta, por dividendos semestrales, que cristalizan el régimen de ex-

plotación financiera, sino que debe hacerse en la forma hipotecaria.

Tan luego como el capitalismo se dé cuenta de que la constitución de Empresas, en forma de comunidades industriales, es su única defensa eficaz contra el comunismo político, se apresurará a constituir esas empresas, que equivalen a un comunismo social y no político; voluntario y no tiránico; pacífico y no militar. Entonces el público aportará los capitales en préstamo hipotecario con intereses y aún sin intereses y, en cuanto se acredite el buen resultado moral, social y material de las Comunidades Industriales, el Estado aportará en donación los capitales, con aplauso de la Opinión Pública, y los capitalistas se transformarán en empresarios, donando sus capitales a la Empresa, sin menoscabar en nada el bienestar actual y futuro de sus familias y de aquellas a que prestan protección. Así podrá regenerarse la Industria del fracaso moral, social y material en que se encuentra, en medio de la desorganización doméstica, de las luchas y huelgas obreras, de la desocupación, de las amenazas del comunismo político y de las feroces destrucciones militares.

Imperioso se hará por fin, el programa de transformar las empresas constituídas como sociedades anónimas en empresas autónomas, de comunidad industrial, imponiendo legalmente la obligación de rescatar las acciones con un pequeño porcentaje de las utilidades. De ese modo, antes de una generación se habrán transformado las sociedades anónimas en una o más empresas asociadas para realizar el servicio social, sin tener que repartir dividendos. Al mismo tiempo la reorganización de las familias y la institución de la Orden de la Caballería Industrial eliminarán todas las deficiencias materiales que, por algún tiempo, puedan afectar a las familias desamparadas.

Mientras no se establezca el Régimen Sociocrático en la Familia, en la Empresa, en la Patria y en la Huma-

nidad, Régimen emanado del Culto altruísta y del Dogma científico, seguirán predominando el egoísmo individual y colectivo, el desconcierto de las opiniones y el desorden de las actividades. Así se explica que predomine todavía el absurdo régimen electivo de los superiores por los inferiores, régimen que no puede aplicarse ni a la actividad militar ni a la industrial. Se necesita poder apreciar no sólo las condiciones morales del nuevo jefe, sino también sus aptitudes teóricas y prácticas, de inteligencia y carácter, y conocer a fondo las exigencias de la función directiva, para efectuar una elección razonable y conveniente.

Al efecto, el régimen sociocrático considera que el jefe en ejercicio es el más capacitado para designar a su sucesor. La experiencia histórica de los cuatro emperadores romanos elegidos por sus antecesores, de Trajano a Marco Aurelio, que gobernaron durante noventa años, es suficiente para acreditar este sistema de sucesión, tan superior a la herencia teocrática como a la elección democrática, siempre expuesta a las degeneraciones hereditarias o a las inmorales ambiciones de partidos. Aun el régimen sociocrático, extiende este sistema a toda sucesión de funciones, facultando al funcionario para elegir a su sucesor bajo la sanción del superior.

Se complementa así la organización de las Empresas industriales, donde nadie aspira a ascender para mejorar sus emolumentos, por cuanto todos gozan del mismo salario de sustento y de las mismas cuotas de bienestar. Esa misma igualdad se observa en la dignidad de los oficios, pues todos se consideran honrosos, si concurren al servicio de la Patria y de la Humanidad. Reducidos así al mínimo el interés y la ambición, no se perturba la simpatía recíproca, se obedece con veneración y se trabaja con bondad.

Más importante que la organización temporal de la Familia y de la Empresa es aún la organización industrial de la Patria. Es indispensable que la producción no sólo

alcance al consumo total de la nación, sino que lo supere para satisfacer al aumento de población y efectuar los progresos materiales que se proyecten. Se impone, por lo tanto, utilizar lo mejor posible el trabajo en las Familias y en las Empresas y extender el intercambio internacional.

Importa ante todo desarrollar la Agricultura hasta los límites que impone la condición del territorio. Debe, por el contrario, mantenerse la explotación minera dentro de las condiciones que aseguren un trabajo regular continuo y compatible con la seguridad y la dignidad de los operarios. Así, las condiciones vitales del territorio y morales de la Sociedad, fijan el número máximo de Empresas agrícolas y mineras que pueden instalarse en la Patria.

Respecto a las Empresas fabriles, su número está subordinado a los productos de la agricultura y de la minería susceptibles de ser elaborados y transformados, pero también depende de las fuerzas naturales que pueden ser utilizadas en la fabricación, empleando productos nacionales o importados. Esta condición mecánica da una mayor amplitud de límite máximo al número de las Empresas fabriles de provisiones de uso o de instrumentos de producción. Determinado así el número máximo de Empresas agrícolas, mineras y fabriles, que comporta el territorio de la Patria, es posible apreciar el número de Empresas comerciales y bancarias.

Al comercio le corresponde efectuar el aprovisionamiento diario, mensual y eventual de las Familias y el aprovisionamiento de productos a las Empresas agrícolas, mineras y fabriles. Si se considera que las Empresas agrícolas, mineras y fabriles no movilizan sus productos ni los que necesitan, sino que todos los abastecimientos son efectuados por Empresas comerciales, y tomando en cuenta los operarios de que dispone cada Empresa comercial y la rapidez de los transportes, se llega a prever

que una empresa es capaz de abastecer las exigencias de movilización de siete empresas con las doscientas diez familias, que, en término medio, les corresponden. Así, por cada seis nuevas empresas fabriles que se establezcan será necesario organizar una Empresa comercial.

De este modo, la estadística servirá para perfeccionar cada vez más la organización industrial y no para anotar los guarismos propios de la anarquía industrial. A cada generación le corresponde proyectar y preparar el progreso del porvenir de la Patria y de la Humanidad. Así se enlazarán las generaciones sucesivas y no se destruirá mañana lo que se está construyendo hoy.

A las Empresas comerciales no les corresponde comprar para vender y enriquecerse, explotando a la Sociedad, sino servir de agentes del intercambio y de la repartición de los productos, y de fuentes continuas de información para regular la producción agrícola, minera y fabril. No basta, sin embargo, el Comercio para establecer la organización industrial en la Patria; es necesario recurrir a los banqueros, que han dejado ya de ser mercaderes, y que se preocupan del equilibrio general del trabajo y del fomento del progreso industrial. A su lado estarán las Empresas técnicas que pongan en práctica las nuevas invenciones, sin secretos ni privilegios antisociales.

Se organizará entonces el Gobierno industrial de la Patria para garantizar el orden y el progreso altruista del pueblo, por medio de un Triunvirato bancario, cuyos elementos se ligan respectivamente a las industrias extractivas de agricultura y minería, con los servicios civiles de Justicia, Notariado y Policía; a las industrias fabriles, con los servicios de Hacienda y Obras Públicas; y a las industrias comerciales, con los servicios de Relaciones Exteriores y Comunicaciones. Ese Triunvirato gubernativo no ejerce ninguna tiranía espiritual sobre la opinión ni la prensa, no dirige ningún servicio de enseñanza ni de carácter teórico o estético y se preocupa

sólo del orden material práctico y técnico. Representa también ese Triunvirato a todos los elementos activos de la Sociedad para cumplir el deber que tienen de sustentar a la Autoridad espiritual del Sacerdocio en sus funciones culturales, estéticas y educativas y en todos los servicios espirituales que tiene a su cargo.

En líneas generales, se han indicado ya las condiciones de la organización de la existencia pacífica, industrial y altruísta en la Familia, en la Empresa y en la Patria, bajo la dirección respectiva, moral de la Mujer y práctica del Patriciado. Se debe extender esa organización a la Humanidad, desarrollando el sentimiento universal de la armonía religiosa; la opinión pública general a todos los pueblos de la Tierra; y la cooperación de cada pueblo al bienestar material de los demás. Esas son las funciones sociales que corresponden especialmente al Sacerdocio de la Humanidad, como representante de la armonía religiosa de los sentimientos, por el Culto; de las opiniones, por el Dogma; y de los actos, por el Régimen.

Tales funciones de armonía religiosa las cumple el Sacerdocio, en el orden afectivo, por el Culto concreto del pasado y por el Culto abstracto del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, en sus lazos fundamentales, en sus estados preparatorios y en sus funciones normales. Al mismo tiempo consagra la iniciación y el cumplimiento de las diversas fases de la vida del individuo y su incorporación subjetiva, a la Familia, a la Patria y a la Humanidad. La organización de la Familia recibe dos consagraciones: la primera, antes de su constitución civil y la segunda, después de tres meses de constituida.

Es sin duda conveniente consagrar también la organización de las Empresas industriales, para ligarlas a su destino social. Las Empresas concurren también a la consagración del retiro de su jefe y de la investidura del nuevo administrador. Esas consagraciones, que corresponden a sentimientos efectivos, contribuyen a fortalecer

el altruísmo, a consolidar las opiniones y a dignificar las acciones.

Respecto a las funciones del Sacerdocio, relativas al orden intelectual de las opiniones, ellas se cumplen en los Templos de la Humanidad y en las Escuelas Enciclopédicas. El estudio ordenado de las siete ciencias: Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología y Moral, se efectúa en una o dos lecciones semanales durante los siete años de la adolescencia, entre catorce y veintiún años, en cursos separados para las mujeres y los hombres, en las Escuelas Enciclopédicas anexas a los Templos. Debe además el Sacerdocio de la Humanidad utilizar las ceremonias culturales, para uniformar las opiniones con apreciaciones religiosas de los acontecimientos nacionales o mundiales.

No menos importantes son las funciones del Sacerdocio respecto a la armonía internacional de los pueblos y a la organización industrial de la Humanidad. El carácter universal de la constitución del Sacerdocio le permitirá reemplazar a la diplomacia en las quinientas o más Patrias que poblarán el Mundo, en el régimen pacífico, industrial y altruísta. Desempeñará así el Sacerdocio las funciones de mediador entre los banqueros que administran las relaciones exteriores de las pequeñas Repúblicas.

Al mismo tiempo, el Sacerdocio estará informado de la situación material de todos los pueblos, y la estadística mundial le permitirá dar consejos oportunos a las diversas Patrias y sobre todo determinar el socorro eventual que necesiten, dirigiéndose a las Ordenes de Caballería industrial para que organicen las donaciones que requiere la protección material de los pueblos damnificados. Reducido el Sacerdocio a la acción de consejo, sin ninguna participación en el mando, podrá sin embargo reglamentar la actividad industrial del Mundo, mejor que lo que han pretendido hacerlo los poderes temporales con me-

didias tiránicas en cada Patria. Tal es, en resumen, la destinación moral, social y material del Sacerdocio que centraliza el Culto, el Dogma y el Régimen de la Religión Universal.

Se ha bosquejado así en su conjunto la organización temporal de la Industria en la Familia, en la Empresa de trabajo, en la Patria y en la Humanidad. El altruísmo de simpatía, de veneración y de bondad puede manifestarse, no sólo en la Familia, en la Empresa, en la Patria, sino en la Humanidad, para esparcir la felicidad en todos los seres humanos. Reducido el egoísmo a su mínima intensidad, dejará de perturbar la existencia individual, doméstica, industrial, civil y universal.

CAPITULO TERCERO

CONDICIONES BIOLÓGICAS DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD BIOLÓGICA. II. ORGANIZACIÓN AGRÍCOLA DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD BIOLÓGICA

Valorizadas ya como supremas las condiciones morales y sociales de la Industria, podemos descender a examinar sus condiciones biológicas. Ellas corresponden a la primera etapa de la acción de la Humanidad sobre el Mundo, desde los tiempos del Fetichismo Nómade. Relaciones directas se establecen entre la actividad biológica y las necesidades nutritivas de la Especie, lo que justifica su preponderancia desde los tiempos primitivos.

El trabajo biológico se reduce, desde luego, a recolectar los frutos de los árboles, a mariscar en las playas, a pescar y a cazar. Se impuso, en seguida, la utilización de

los troncos, ramas y hojas para construir las chozas de la Familia y las defensas del poblado. Ese contacto continuo con las maderas favoreció la construcción de canoas, remos, lanzas y flechas, mientras las hojas formaban el primitivo vestido de pudor.

Genérase entonces la más grande de las invenciones de la Humanidad, la del fuego, en que la Vegetalidad le suministró el más poderoso de sus medios de acción sobre el Mundo. Así surgió el símbolo material de la Familia: el Hogar, que acompaña cada choza y aun la canoa del fueguino. Se multiplica la aplicación del fuego en la destrucción de los bosques, para preparar los terrenos de pastoreo, que hicieron posible el establecimiento de la vida sedentaria.

Entonces se desarrolla la actividad industrial de la Humanidad sobre la Animalidad, asociando a su existencia algunas especies animales, como auxiliares de nutrición, de acción, de conocimiento y aun de afección. Realízase así la domesticación de los animales y las instituciones religiosas destinadas a protegerlos de la voracidad y de las tendencias destructoras de la especie humana. Así pudieron conservarse los ganados, vacuno y lanar, como también el caballo, el perro y las aves de corral.

Tal alianza con la Animalidad permitió a la Humanidad reemplazar el motor humano por el motor animal de tracción y transporte. Al mismo tiempo asoció la sensibilidad animal, para anunciar el peligro o percibir la caza. La actividad biológica de la Humanidad se extendió así de la Vegetalidad a la Animalidad, gracias a la domesticación.

A la actividad biológica le corresponde determinar el perfeccionamiento de los organismos vegetales y animales y favorecer el progreso de las especies asimilables, como la extinción de las inasimilables. Le corresponde también combatir las enfermedades de los vegetales y de los animales. Así se aplican las concepciones biológicas al arte

industrial del cultivo de las plantas y de la crianza de los animales.

La actividad biológica no sólo requiere el conocimiento de la ciencia correspondiente, sino también el de la química y de la física, para modificar las condiciones del terreno y del ambiente. Al trabajo biológico le toca asimilar cada vez más las especies vegetales y animales que favorecen, no sólo las exigencias nutritivas de la especie humana, sino también las conveniencias afectivas, intelectuales y activas de la Humanidad. Se establece además, una perfecta unidad en la acción de la Humanidad sobre los seres vivos, educando al hombre, domesticando al animal y cultivando la planta.

El trabajo de la Humanidad en favor del progreso biológico se inicia modificando las condiciones físicas del terreno, por la acción del arado, que simboliza el cultivo de la tierra. Sometido desde luego a la tracción humana, recibió la tracción animal con la institución del buey y de la yunta, para terminar con el arado de tracción mecánica. Así se modifica la permeabilidad y la compacidad de los terrenos y su fertilidad, graduando el espesor de la capa arable.

No tardó en apreciarse la influencia favorable del regadío, en las regiones en que se prolonga en verano la ausencia de las lluvias. Iniciadas desde los tiempos primitivos, las obras de regadío se multiplican y perfeccionan cada vez más, e incorporan, al servicio de la Humanidad, terrenos naturalmente estériles. La influencia del riego se acrecienta cuando las aguas arrastran sedimentos que forman y fertilizan los terrenos de cultivo.

Sucesivas fueron, sin duda, las operaciones del cultivo de los terrenos, desde luego el desmonte, por el fuego, en seguida el arado, luego el regadío y por fin el abono. El desmonte extralimitó su acción, hasta que se hizo necesario proteger los bosques y proceder a su replante. A su vez, el arado evita enterrar el terreno de mayor ferti-

lidad y el regadío y el abono se perfeccionan cada vez más.

Instituída así la modificación artificial de las condiciones físicas y químicas del desarrollo de la Vegetalidad, la industria biológica extendió aun su acción sobre el clima, creando un ambiente artificial en los conservatorios, que permiten cultivar en las zonas templadas las especies de la zona tórrida y se podrá proceder en sentido inverso, empleando la refrigeración artificial, en lugar de la calefacción. Esta acción sobre el clima se aplica sobre todo al cultivo de plantas de flores y hojas de ornato. Se actúa también sobre el clima local, empleando cortinas de humo para evitar el excesivo descenso de la temperatura matinal.

La actividad biológica de la Humanidad modifica las condiciones físicas y químicas del terreno y las condiciones de la atmósfera, para favorecer el desarrollo de la Vegetalidad. A las alteraciones físicas del ambiente podrán, tal vez, unirse alteraciones químicas que extingan los gérmenes infecciosos. Se completaría así la preparación del medio físico y químico de la Vegetalidad.

Así, las condiciones biológicas de la Industria no sólo se refieren a la acción sobre los seres vivos, sino también a la adaptación del medio material. La actividad biológica está además subordinada íntimamente a las condiciones sociales y morales de los agentes de la Humanidad que la practican. A la necesaria cooperación social, en la actividad biológica, es indispensable unir conocimientos teóricos y técnicos, que favorezcan el progreso incesante de la Industria, y condiciones morales que aseguren el éxito social del trabajo.

Reclutado el personal entre los discípulos de la Humanidad, que poseen todos los conocimientos científicos, la actividad biológica será siempre progresista y no rutinaria. El espíritu inventivo será preponderante, y sus resultados se esparcirán rápidamente por el Mundo. De

este modo, la actividad biológica alcanzará muy luego los límites de su perfección, en su influencia sobre el medio.

Gradualmente se extiende el progreso biológico a la acción directa sobre los seres vegetales, modificando sus condiciones de siembra o plantío. A la distribución mecánica de los granos de siembra se agrega el plantío de matas de almácigas. Se inicia entonces el cultivo de las plantas, actuando sobre las ramas y aún sobre las raíces.

El cultivo de las plantas influye sobre su crecimiento, vigorizando unas ramas por la poda de otras, lo que modifica la forma de la planta y del árbol. Si se actúa sobre las raíces, puede reducirse el desenvolvimiento vegetal hasta producir árboles enanos. Así, el cultivo, que ha afectado la nutrición vegetal, modificando el medio terrestre y ambiente, afecta también el desenvolvimiento vegetal, por medio de la poda y llega por fin a afectar la reproducción vegetal, seleccionando la fecundación.

Realízase también la modificación biológica, transportando las plantas a otros climas. Esa modificación puede, a veces ser funesta, convirtiendo pastos de buen forraje en malezas inútiles e invasoras. Debe, por lo tanto, recurrirse a cuidadosas experiencias antes de efectuar la inmigración de vegetales.

Más general es el proceso biológico del injerto, que permite mejorar la producción frutal. Ese proceso se ha extendido a los tejidos vegetativos de los animales con destino terapéutico. Se modifican así las condiciones biológicas de nutrición, desenvolvimiento y reproducción vegetativa por el labrado del terreno, el regadío, el abono, el clima artificial, la poda, la inmigración y el injerto.

Importante sería investigar la influencia del injerto de raíces sobre el desarrollo de los árboles y su resistencia a los climas. De este modo se habría completado la actividad biológica sobre el perfeccionamiento individual de los vegetales. Así podría abordarse, con todos los recursos

de la industria biológica, el problema del perfeccionamiento continuo de las especies.

No sería posible instituir, en forma racional, el perfeccionamiento de las especies, sin determinar previamente el objetivo que persigue ese progreso. Oportuno es constatar que ese objetivo del progreso de la actividad biológica no podrá determinarse, mientras no se constituya la armonía social del Mundo, y entre tanto las Patrias aspirarán a abastecerse a sí mismas, expuestas como están a encontrarse aisladas de las demás, por las luchas militares. Sólo cuando el Mundo establezca la paz y se hagan solidarios los intereses industriales de los pueblos, la jerarquía de los empresarios bancarios podrá determinar la distribución mundial de las actividades biológicas y los objetivos del progreso que les corresponde realizar.

Antes de que reine en el Mundo la armonía religiosa, seguirá la lucha de los intereses económicos, basados en privilegios y monopolios contrarios a la armonía industrial. Ningún poder temporal ni alianza de poderes podrá jamás disciplinar la conducta de los empresarios, que sólo tienen en vista sus propios intereses egoístas. Al contrario, cuando las comunidades industriales se organicen para servir a la Patria y a la Humanidad, se someterán con entusiasmo a las directivas que emanen de la jerarquía mundial de la Industria, sin congresos ni farsas parlamentarias.

El objetivo fundamental de la actividad biológica es el de procurar alimento a la especie humana, con el cultivo de granos, frutas, hojas y raíces alimenticias. Se extiende la actividad a la pesca y a la caza que se ha ido transformando en crianza de animales y de aves. Esa transformación ha exigido extender el cultivo de los terrenos a la alimentación de los herbívoros.

Mientras la Humanidad desarrollaba la industria pacífica y convertía en rito religioso el sacrificio de los animales, en favor de las exigencias carnívoras de la espe-

cie humana, se conservaban las costumbres cazadoras como un inmundo placer, unido al instinto destructor de la naturaleza humana. Así han podido conservarse los bosques de cacería de las bestias feroces, en lugar de exterminar las especies inasimilables y domesticar las que son susceptibles de asimilación. Se impone la necesidad de reparar el desorden que presenta la naturaleza, en que al lado de lo que es bueno y útil está lo malo e inútil, lo que justificó el concepto filosófico de los dos dioses, uno del bien y otro del mal.

Pero la Humanidad, a pesar de no ser omnipotente, va extinguiendo cada vez más el mal y cultivando el bien, reemplazando al Dios de las batallas por la Humanidad de paz. Ella destruye los animales feroces, las aves dañinas, las especies nocivas de insectos y los gérmenes patógenos. Cultiva las plantas benéficas, protege a los herbívoros contra los carnívoros, mientras ella desarrolla la alianza de la vida contra la muerte, a la que vence, creando la vida subjetiva.

Así puede decirse que la Vegetalidad y la Animalidad se incorporan al servicio de la Humanidad, por sus actividades, por sus productos y hasta por los elementos de su organismo. Las maderas, los frutos y las fibras de los vegetales, como la sensibilidad, la energía de los animales y hasta su organismo se utilizan en servicio de la Humanidad. Al destino de la Vegetalidad y de la Animalidad, de alimentar la especie humana y las especies asimilables, se une el de suministrar los elementos del domicilio y los del vestuario, con las plantas textiles y con la seda, las lanas y las pieles.

Se manifiesta la destinación final del carbón vegetal para la Industria, si se considera el agotamiento de los depósitos de carbón mineral. El replante sistemático de bosques suministrará la fuente eterna del carbón necesario a la generación de fuerza y a la preparación de combustibles líquidos y sustancias útiles. Así los bosques, diri-

gidos por la Humanidad, le procurarán energías mecánicas, actividades físicas, sustancias químicas, sustento vital, servicio social y encanto moral.

Todo el sistema de electrificación de las ciudades y de las industrias se desarrollará por la combinación de las centrales hidroeléctricas con centrales térmicas de leña y carbón vegetal. Al establecimiento de caídas de agua se unirá el empleo de las olas y de las mareas. Los geysers naturales y aun artificiales podrán ser utilizados en forma permanente.

El replante de bosques, en las cantidades, calidades y ubicaciones convenientes, será un trabajo de la actividad biológica mundial, en favor de las futuras generaciones. Semejante programa no puede corresponder a la economía capitalista del presente, sino a la organización sociocrática de la Industria del porvenir. Este trabajo tendrá que repetirse y extenderse anualmente para evitar el agotamiento de los bosques.

Toda la importancia de la actividad biológica sobre la Vegetalidad, no sólo se liga a la alimentación y servicio directo de la Humanidad, sino también al sustento de las especies animales, incorporadas a la existencia humana. Una relación, más o menos estrecha, existe entre las especies animales herbívoras y los vegetales que convienen a su sustento. Las hojas que alimentan al gusano de seda, las flores más convenientes a las abejas y los pastos de forraje se imponen a la actividad biológica.

Ofrécese, así, un campo inagotable de progreso al trabajo de sustento de las especies animales. La acción biológica, no sólo abarca el cultivo de las plantas, sino también la conservación directa o elaborada de los productos vegetales. Así se armonizan las diversas actividades de la Humanidad en servicio de su eterno porvenir.

Más importante es aún determinar la destinación de las especies animales, para poder dirigir su progreso definitivo. Es evidente que, en el porvenir, no se fomen-

tarán las especies destinadas a satisfacer los placeres egoístas de conquista y destrucción, por el juego y la caza. Se eliminarán, por lo tanto, los caballos de carrera como las bestias de cacería, para evitar que se siga jugando al robo y al asesinato.

A su vez, se llegará a domesticar las especies útiles, que aun son presa de caza. La raza vacuna, liberada de la tracción del arado y la carreta, y una vez disminuídas las exigencias carnívoras de la especie humana, se destinará, sobre todo, a la producción de leche. A la raza caballar le corresponderá reducirse a auxiliar al hombre en el recorrido de los cerros.

Tendrá, por el contrario, una importancia creciente el ganado lanar, por la producción de fibras, pieles y alimento. El desarrollo de la crianza de aves de corral favorecerá el sustento albuminoso, en reemplazo de la carne. Así irá disminuyendo la matanza que requiere la penosa condición carnívora de la especie humana.

Es evidente que el progreso de la química y la modificación hereditaria del organismo digestivo permitirán reemplazar la carne por sustancias artificialmente vitalizadas. Los sentidos del gusto y del olfato podrán entonces atenuarse, en beneficio de la vista y del oído. El progreso de la actividad biológica ha de favorecer las condiciones sociales y morales de la naturaleza humana.

A la actividad biológica de la Humanidad le corresponde no sólo extinguir las especies nocivas de la Vegetalidad y de la Animalidad y favorecer el desarrollo de las especies útiles, en la medida conveniente a la satisfacción de las necesidades, sino también atender a la conservación de la salud de los seres vegetales y animales. Todas las perturbaciones de la salud de los vegetales se derivan del exterior, cuyas condiciones físicas, químicas o vitales perturban la nutrición vegetativa. Es necesario no sólo favorecer las condiciones físicas y químicas, sino proteger

al vegetal de los insectos y organismos elementales que lo atacan y destruyen.

A las condiciones naturales de existencia se agregan otras artificiales, que protegen al vegetal de las perturbaciones exteriores. Las vallas contra larvas, los insecticidas y los desinfectantes protegen la producción frutal y cereal. Así el trabajo biológico es continuo, en favor de la existencia y la salud de la vida vegetal.

Más complicadas son aún la higiene y la terapéutica de la vida animal. En ella, las perturbaciones de la salud no se derivan sólo del exterior, sino que pueden también resultar de las reacciones sensitivas del organismo. Se ofrece así un amplio campo de observación y de experimentación a la higiene y a la veterinaria de las especies animales.

En la actividad biológica, relativa a los animales, no sólo participan la inteligencia y el carácter, para criarlos, domesticarlos y curarlos, sino que predominan los sentimientos de simpatía y de bondad, sin los cuales no se puede actuar con eficacia. Si el veterinario debe estar dominado por esos sentimientos de simpatía y bondad, con cuánta mayor razón deben acompañar esos sentimientos a los que se encargan de conservar y restablecer la salud humana. Así la profesión médica no ha de considerarse como un medio de ganar la vida, sino como una función moral altruísta y abnegada.

De nada sirven los conocimientos biológicos, si no están acompañados por los sentimientos altruístas, indispensables al éxito de la función médica. El interés económico que, durante la desmoralización moderna, se ha ligado a esa función ha retardado los progresos de su influencia en favor de la salubridad pública. La futura regeneración de la función médica someterá a los técnicos de los artes quirúrgicos y terapéuticos a las prescripciones teóricas del Sacerdocio y al altruísmo universal que inspira la providencia moral de la Mujer.

A la actividad biológica le ha de corresponder, por fin, agotar las influencias nocivas del medio exterior, en que se desarrollan los seres vivos, sea vegetales o animales, y, al mismo tiempo, evitar las perturbaciones interiores que resultan de la vida sensible de la Animalidad y de la vida subjetiva de la Humanidad. Mientras el Mundo se adapta cada vez más a la vitalidad, a la sociabilidad y a la moralidad, la Humanidad extiende su protección a la Animalidad y a la Vegetalidad. Así el Gran Ser perfecciona sin cesar el Mundo, las especies vegetales y animales, la especie humana, y su propia sociabilidad y moralidad.

La Animalidad y la Vegetalidad son las compañeras inseparables de la Humanidad. Ellas le ofrecen el sustento vital y auxilian su existencia social y moral. Al mismo tiempo que la Vegetalidad construye, con las sustancias del Gran Fetiche, los tejidos celulares, la Animalidad construye, con los elementos minerales y vegetales, los tejidos musculares y nerviosos y, por fin, la Humanidad construye el tejido nervioso del cerebro que cumple las funciones altruistas y meditativas propias de la existencia subjetiva.

A la Vegetalidad y a la Animalidad les corresponde suministrar el alimento y gran parte de los materiales del vestuario, del mobiliario y del domicilio. Muchos elementos suministrados por los vegetales y los animales, la Humanidad los emplea en la construcción de instrumentos de su actividad sobre el Mundo, la Sociedad y la naturaleza humana. Así, la Vegetalidad y la Animalidad se ligan, por sus productos, a la existencia material, social y moral del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Basta recordar el lazo de la Familia con los animales domésticos, especialmente el perro, y con las plantas de ornato del domicilio, para comprender la íntima relación social y moral a que aspira la Familia en sus lazos con al Animalidad y la Vegetalidad. Las aglomeraciones

urbanas han obligado a las Familias a sacrificar esas satisfacciones y a reducir las a ramos de flores, redomas de peces y jaulas de aves exóticas. Es de esperar que la futura construcción de los domicilios del proletariado urbano consulte recintos que permitan a la Familia prestar servicios a la Vegetalidad y a la Animalidad y gozar de las satisfacciones sociales y morales que se derivan de esos mismos servicios.

Respecto a la vida urbana, las Ciudades se pueblan de arboledas en sus avenidas, parques y jardines. En ellos fraternizan los niños con las flores y las aves y aun con animales debidamente amaestrados. Desterrar de las ciudades la vida vegetal y animal sería contrario a las condiciones de la alegría y de la felicidad de los ciudadanos y ello justifica el trabajo de atención y de aseo que exige a la ciudad su ornamento vegetal y animal.

A su vez, la Humanidad entera se liga a la Vegetalidad y a la Animalidad por el significado moral universal que se ha dado a ciertos ejemplares de plantas y animales. La palma, el laurel, la encina, el lirio, la siempreviva, etc., son signos de cualidades morales, y así se ha constituido el lenguaje de las flores. Al mismo tiempo, los animales han llegado a representar las cualidades morales de la naturaleza humana: el perro, la fidelidad; el cordero, la mansedumbre; la abeja, el trabajo; la paloma, la paz; etc.

Dominan en la Humanidad los más intensos afectos altruistas de simpatía y de bondad hacia la Vegetalidad y la Animalidad. Aun el sentimiento de la veneración se despierta, cuando se admira la belleza de la flora y de la fauna. De estos sentimientos altruistas han emanado las Bellas Artes de la pintura y del canto que idealizan el colorido del paisaje y la expresión de las emociones.

A la actividad biológica del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, se ligan las ciencias, en especial la Biología, y las Bellas Artes, en especial la Pintura. Todas las

facultades morales, intelectuales y prácticas de la naturaleza humana mantienen la unidad de sus influencias, en torno del Culto religioso de las Divinidades positivas: la Vegetalidad y la Animalidad. Así la Religión Universal, por el culto, el dogma y el régimen biológicos, consolida y armoniza el amor, la fe y la esperanza.

II.—ORGANIZACIÓN AGRÍCOLA DE LA INDUSTRIA

Considerada en su conjunto, la actividad biológica se concentra en la organización agrícola de la Industria. A la Agricultura se ligan todos los aspectos de la acción de la Humanidad sobre la Animalidad y la Vegetalidad. Esa forma de la Industria inicia la modificación del medio exterior, para satisfacer las necesidades materiales, sociales y morales de la existencia humana.

Una organización industrial cualquiera tiene por base fundamental las condiciones sociales y morales de la cooperación individual. No existe organización cuando los individuos actúan aisladamente, movidos por sus propios intereses. A medida que se desarrolla la Industria, crece la cooperación individual, que permite a cada cual vivir para los demás.

Los individuos, cuando cogen el alimento para satisfacer su apetito, no trabajan, pero sí trabajan, cuando entregan lo que recogen, para satisfacer las necesidades de la Familia. El progreso industrial, que se inició en favor de la Familia, se extendió al trabajo para la Patria y, por fin, al servicio de la Humanidad entera. Así la actividad industrial, como la sociabilidad y la afectividad moral, se extendió de la Familia a la Patria y a la Humanidad.

Tal destinación final del trabajo industrial permite establecer la organización de la Agricultura. Es evidente que conviene conservar el primitivo carácter doméstico del trabajo agrícola en las Familias de los agricultores, sobre todo para favorecer los progresos técnicos que requieren observaciones y experiencias que no se pueden efectuar en el trabajo colectivo. Así cada domicilio de la Familia agrícola debe estar unido a una granja experimental de trabajo doméstico.

Incorpóranse las Familias al trabajo agrícola, en cuanto se constituyen por el matrimonio, sea en las ciudades o en las aldeas, siempre que el jefe del hogar no deba ejercer una función en el proletariado urbano o en el servicio público de administración o de instrucción religiosa. De este modo, puede convenir a la familia campesina trasladarse al trabajo urbano, cuando las hijas y los hijos han entrado en la adolescencia y necesitan recibir la instrucción enciclopédica de las Ciencias, en las escuelas anexas a los Templos de la Humanidad. A su vez, los hogares recién formados pueden radicarse en la Aldea rural, durante quince o más años, con gran beneficio para el desarrollo físico y moral de la primera y de la segunda infancia de sus hijos.

Vive así el hombre en general, los catorce años de sus infancias en el campo y vuelve al campo durante las infancias de sus hijos, en tanto que en la ciudad prepara sus aptitudes teóricas y prácticas, durante su adolescencia y juventud, y dedica a las industrias urbanas la madurez de su vida. Iniciada su vejez y consagrado su retiro de la vida activa, se incorpora, con su esposa, a la familia de su hijo, en cuyo hogar termina su vida. Así se consolida y manifiesta el principio de que la Sociedad se compone de Familias y no de individuos.

A las Familias agrícolas corresponde la vida de Aldea que puede procurar todos los encantos estéticos de la vida urbana, gracias al progreso del cinematógrafo, de la te-

levisión y de la radiofonía. La facilidad de los transportes mecánicos permite concentrar en cada Aldea varias empresas agrícolas, lo que facilita la organización de los servicios públicos de higiene y seguridad y de la educación estética de la segunda infancia de las niñas y de los niños, iniciándolos desde los siete a los catorce años en las lenguas occidentales y en Poesía, Canto, Pintura, Escultura, Música, Arquitectura y Mímica. Aún podrán suministrarse nociones concretas sobre los seres y acontecimientos morales, sociales, vitales, químicos, físicos, astronómicos y matemáticos, y quedarán preparados para iniciar, en su adolescencia, el estudio abstracto sucesivo de las Ciencias matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y Moral.

Una vez que se subordina la organización agrícola de la Industria a las condiciones sociales y morales de la cooperación del trabajo, desaparece el problema de la subdivisión de las tierras en parcelas o en latifundios y desaparecen también las tendencias dispersivas del comunismo rural y las aspiraciones totalitarias del comunismo urbano. La constitución de las Comunidades industriales organiza las empresas agrícolas, como las fabriles y las comerciales, mediante la unión de más o menos treinta familias, una de las cuales es la del patricio administrador de la empresa y protector social de las familias asociadas. Muy estrechos son los límites en que puede variar el número de Familias de la Comunidad, pues, si es pequeño la administración se hace inútil, y el exceso de cooperadores transforma la jefatura en directorio nominal de la empresa, que administran realmente los intermediarios, y las funciones patronales se hacen ilusorias.

Lo que importa en la organización del trabajo es establecer la más íntima cooperación moral y social entre los comuneros y especialmente entre el jefe y los subordinados, teniendo presente que todos han recibido la misma

educación estética, teórica y práctica y que, por lo tanto, no existe diferencia de clases. Ese grupo de treinta familias puede suministrar un promedio de treinta y cinco operarios al trabajo agrícola, ya que los hogares de Aldea no cuentan con adolescentes ni jóvenes solteros. Así puede determinarse la extensión de terrenos que corresponde a cada Empresa de una Aldea, según la especie de cultivos y trabajos que pueden ser debidamente atendidos con ese número de proletarios.

Tal organización de la Agricultura elimina por completo al obrero forastero, que no podrá existir en los pueblos civilizados que hayan transformado ya el estado nómada en sedentario. Una extensión de suelos de cultivo intensivo de doscientas a quinientas hectáreas puede corresponder a las Empresas que se agrupan en Aldeas, vecinas a los centros urbanos, en número aproximado de veinte Empresas. La Aldea cuenta así con setecientos proletarios dirigidos por veinte empresarios que se prestan auxilios recíprocos, pues no están sólo preocupados de sus intereses, sino también de los de la región agrícola en que actúan.

Inútiles se hacen así los forasteros, sobre todo si los trabajos episódicos de construcción y reparación de edificios, cierros, caminos, canales, etc., se confían a empresas fabriles de construcción. Se debe además considerar que las funciones sociales de las Empresas agrícolas terminan una vez obtenidos los productos, cuyo almacenamiento, distribución o exportación corresponden a las empresas comerciales. Tal concurso industrial supone que las empresas no se organicen con fines económicos, sino con fines sociales, lo que permite dar un mismo destino a la actividad de los jefes y de los subordinados de todas las Empresas.

Mientras en los siglos pasados, la Sociedad organizó la actividad militar, subordinando los intereses individuales a los de la Patria, podemos estar seguros que, en los

siglos venideros, organizará la vida industrial, subordinando todos los intereses a los de la Humanidad, en medio de la paz. A las Empresas agrícolas les corresponde consagrar, en forma religiosa, su establecimiento social y recibir la insignia que las represente en las ceremonias públicas, lo que consolida la dignidad de los cooperadores. Se establece así la más íntima armonía entre la vida privada y la vida pública, en que los ciudadanos se preparan para servir o sirven ya a la Humanidad.

A los Empresarios no les corresponde la propiedad económica, sino la propiedad social de los terrenos agrícolas, y la existencia material de los comuneros se basa en una cuota fija de salario de sustento y en una cuota adicional de bienestar, proporcional al trabajo realizado, pero limitada al doble de la cuota diaria de salario. Nadie aspira a enriquecerse, por cuanto, una vez incorporado a una Comunidad industrial, tiene asegurado el sustento de su Familia durante su vejez y aún después de su muerte. Además, ha sido educado el proletario para sacrificarse en servicio de la Sociedad y no para explotarla.

Semejante constitución sociocrática de las Empresas es la única base estable de la futura organización agrícola de la Industria. Ella no sólo resuelve el problema de la distribución de las tierras, sino que armoniza a los operarios con los empresarios, elimina el trabajo nómada, dignifica la vida de Aldea y suprime el divorcio entre la existencia rural y la urbana. Además, la organización de las Comunidades concilia la independencia individual con el concurso social, eliminando las ambiciones egoístas del comunismo doméstico y rural y los errores altruistas del comunismo político y urbano.

Las pequeñas granjas experimentales anexas a los domicilios de la Aldea permiten al proletario compensar los recesos periódicos u ocasionales del trabajo agrícola, desarrollando artes manuales, aun con el concurso de los

seres pasivos de su familia. Esas granjas se dedicarán al cultivo de flores, aves, colmenas y frutas, según la ubicación de las Aldeas respecto a las ciudades. A las empresas comerciales les corresponde repartir esos productos a los domicilios urbanos y abastecer los almacenes de venta.

A las Empresas agrícolas, ubicadas en torno de Aldeas próximas a las Ciudades, les toca desarrollar los cultivos de abastecimiento directo de hortalizas, frutas y leche. Las lecherías de establo, con todos los elementos de higiene necesarios, y administradas por un personal consciente, hacen inútiles los costosos e inciertos procedimientos de pasteurización y permiten al comercio efectuar el reparto directo del establo al domicilio urbano, entregándolo a la portería de los edificios colectivos. Así se garantiza la producción de cada animal de lechería.

Dada la estabilidad de las poblaciones, en domicilios propios, puede efectuarse un reparto regular, a todas las familias urbanas, de los productos de la horticultura, de la fruticultura y de la avicultura, facilitando así el aprovisionamiento doméstico, que sólo tendrá que ir en busca de productos complementarios o en casos eventuales. El valor de los productos los estima cada Empresa agrícola, según los costos calculados, sin tomar jamás en cuenta la ley de la explotación comercial, de la oferta y la demanda, y la equidad del costo calculado se comprueba por los balances anuales que cada Empresa debe publicar, para acreditar sus procedimientos y rectificar sus cálculos de costos. La aspiración económica de cada Empresa no debe consistir en enriquecerse, sino en conservar los medios de su existencia y en mejorar sus medios de producción, para disminuir los costos, no en beneficio propio, sino en beneficio de la Sociedad.

Esos serán los motivos de emulación entre las Empresas productoras, mientras al Comercio le corresponde fijar los precios medios de venta al público, pagando a cada productor los costos calculados. Semejante proce-

dimiento es por cierto más racional que el empleado por los gobiernos modernos para fijar los precios de los artículos, a imitación de la política de Juliano el apóstata, que a fines de la segunda generación del Siglo IV, provocó el hambre en Alejandría. A las brutales imposiciones gubernativas es necesario substituir la fuerza incontrarrestable de la Opinión Pública, organizada en torno de principios religiosos irrefutables.

Respecto a las Aldeas más alejadas de los centros urbanos o de exportación, el cultivo se concentra principalmente en la fruticultura y en el pastoreo de engordas. En ese caso la extensión de los terrenos de cada Empresa es mucho mayor que la que corresponde a las de cultivo intensivo. Deben disponer las empresas de engorda de los medios de enfardar o ensilar los forrajes y de galpones de protección, para asegurar la continuidad del servicio.

A las Empresas más lejanas, que se dedican al cultivo rotativo de la chacarería, las siembras y la crianza de ganados, corresponden extensiones de acuerdo con el personal de que disponen. Esas empresas deben contar con locales para almacenar los productos, que les permitan regularizar en algo su entrega, compensando las deficiencias de producción en los ciclos climatéricos. Se pueden así hacer casi insensibles las variaciones de la producción ante el consumo y la exportación que, con los progresos agrícolas, podrán llegar a hacerse regulares y crecientes, de acuerdo con el aumento de población.

Se comprende que estos procedimientos no pueden corresponder a las empresas capitalistas, que aspiran sólo a enriquecerse, sino que son propios de Empresas que tratan de servir, en forma regular a la Sociedad mundial, suministrándole productos agrícolas de la mejor calidad y al más bajo precio posible. Este concurso de esfuerzos industriales supone una dirección continua, que no puede emanar de los gobiernos políticos, sino de

la jerarquía que liga los agricultores a los comerciantes y éstos a los banqueros, que, en su conjunto, pueden apreciar las condiciones de la economía mundial y aconsejar los esfuerzos de trabajo que es necesario realizar en cada región agrícola. Así desaparecerá la monstruosa e inútil máquina administrativa de los pueblos modernos y la política, destinada a mantener el orden interior, exterior y financiero de los pueblos, será una función anexa a los tres principales banqueros, relacionados especialmente con la Agricultura, con el Comercio o con la Fabricación.

También se utiliza la producción agrícola en la fabricación de alimentos, el más importante de los cuales es el pan, que supone las industrias fabriles de la molinería y de la panadería. A la vez se presentan las fábricas de bebidas fermentadas, más o menos alcohólicas y las de azúcar, de conservas y de dulces. La naturaleza de los cultivos, a que deben dedicarse las Empresas agrícolas, no sólo está subordinada al abastecimiento de la población, sino también a las exigencias de la fabricación y depende además de las condiciones del clima, que no puedan ser modificadas artificialmente como las de los terrenos y las del cultivo.

Además de los trabajos destinados a producir provisiones de sustento, se atiende también, en las regiones adecuadas, al cultivo de plantas y crianza de animales, cuya principal producción se refiere a provisiones de uso. Los plantíos de algodón y de lino y la producción del gusano de seda y del ganado lanar se transforman, como otros elementos vegetales, en fibras para hilos de tejidos y láminas de papel. A la ganadería le corresponde suministrar, como producto secundario, el abastecimiento de las curtiembres que preparan los cueros y las pieles, objetivo principal de la cacería, que está destinada a desaparecer, con las vanidades aristocráticas y burguesas, reemplazada por el ganado lanar que suministrará las pieles de abrigo.

Las Empresas agrícolas no sólo proveerán la totalidad de los elementos del sustento de la especie humana y de las especies animales, sino también los del vestuario, los del mobiliario y del domicilio, con la explotación de las maderas y el concurso de materiales de la Tierra. Aun, el funcionamiento de los instrumentos metálicos de producción requiere el empleo de los aceites vegetales y de las grasas animales. Se subordinan así a la Agricultura todas las industrias fabriles, aun las que utilizan en forma preponderante los productos de la Minería.

A la organización agrícola de la Industria le corresponde reglamentar cada vez más la explotación de los bosques, una vez que haya terminado su destrucción exagerada. Los bosques, si bien se considera, han de constituir la base eterna de la fabricación del carbón metálico, cuando se agoten los yacimientos de hulla. Aún ellos podrán suministrar los combustibles líquidos en reemplazo del petróleo mineral.

Responsabilidad ineludible corresponde por lo tanto a la Agricultura en la conservación de la vida y del bienestar de la Humanidad y no es posible que estas funciones, capitales para la existencia humana, sigan entregadas a la inconsciencia, a la ignorancia y al egoísmo de los explotadores económicos de la Sociedad. Es tiempo sobrado para que se inicie la organización agrícola de la Industria, teniendo en cuenta la amplitud de su destinación presente y futura. De nada sirven los programas de progreso mediante la importación de especies vegetales y de razas animales y humanas que, lejos de mejorar las condiciones biológicas, degeneran más o menos rápidamente, sin mejorar el medio nacional.

Es preferible, sin duda, preocuparse de mejorar las especies vegetales, las razas animales y la raza humana en la nación, cuyo perfeccionamiento social atraerá la inmigración de los elementos que deseen incorporarse al progreso y no venir a dirigirlo. Se impone, por eso, a la

organización agrícola de la Industria el replante ordenado y la plantación de nuevos bosques para uniformarlos y permitir que en el porvenir pueda hacerse una explotación racional de ellos en maderas y combustibles. Es necesario también atender al cuidado de las crías de ganado, para perfeccionar las razas.

Sería imposible seguir programas de mejoramiento biológico de resultados remotos, aunque seguros, si no se abandonan los propósitos de enriquecimiento rápido que dominan actualmente a las empresas industriales. Es necesario esperar la regeneración religiosa de la civilización moderna, mediante un Culto intenso de la Humanidad y de sus grandiosos destinos sobre la Tierra, en unión con la abnegada Animalidad y la encantadora Vegetalidad. A ese Culto han de ligarse un Dogma científico demostrable, positivo y no ilusorio, y un Régimen de altruísmo social y no de egoísmo individual.

Iniciada la regeneración religiosa en el orden moral de la existencia humana, luego se extenderá al orden social y podrá contarse entonces con las voluntades y las costumbres altruístas que requiere toda verdadera organización industrial. De nada sirve la competencia técnica si los agentes son simples mercenarios, que trabajan para ganar el pan. A la acción industrial le corresponde el carácter de servicio social, abnegado, entusiasta y libre de todo interés personal.

No es posible cooperar dignamente a un propósito social, si se está dominado por el interés individual. Una vez que se organiza la Familia, no sólo los hombres activos, sino las Mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos cuentan con el sustento de que la familia puede disponer, que se distribuye en proporción a las necesidades. Esa misma confianza deben tener las Familias que cooperan en comunidad social.

Toda la preocupación del individuo ha de concentrarse en cumplir dignamente sus deberes domésticos,

civiles y sociales, con la confianza de que la Familia, la Patria y la Humanidad cumplirán los suyos. Habitados todavía los individuos a invocar derechos, cuando desde que se nace hasta que se muere aumenta sin cesar la suma de los servicios que se reciben de la Humanidad, no conciben que no sólo la naturaleza impone deberes, sin conferir ningún derecho, sino que aún los artes educativos y los artes políticos de legislación, justicia y administración sólo imponen deberes, aunque a veces las leyes den forma de derechos de unos respecto a otros, a los deberes de éstos respecto a aquéllos. El absurdo de la ficción del derecho comienza ya a sentirse y, cuando se habla de derechos, se le asocia la palabra deberes.

Imposible sería organizar la Familia, la Empresa industrial, ni ninguna asociación humana, estableciendo los derechos de los asociados. Estos sólo pueden tener y cumplir deberes para con la Asociación que, por su parte, debe cumplir los programas que se propone realizar. Será necesario, por lo tanto, desterrar del lenguaje social la palabra derecho, reduciendo este vocablo a su acepción geométrica y a su significado moral, como lo que no está torcido, por estar de acuerdo con los deberes y las leyes.

Mucha importancia tienen estas consideraciones en la organización agrícola de la Industria, pues la Empresa no está fundada, como la Familia, en intensos y recíprocos lazos afectivos, sino que requiere el concurso del concepto intelectual de los deberes sociales y la práctica de las virtudes de la cooperación. Así, los lazos de Empresa no son indisolubles como los de Familia y sus miembros pueden abandonar una Comunidad industrial para incorporarse a otra, que esté más de acuerdo con sus condiciones morales. Se efectúa de este modo la repartición del proletariado en la forma más en armonía con las condiciones personales y las exigencias sociales.

Al proletario le corresponde cumplir el deber de adquirir el domicilio de su futuro hogar, acumulando los

excesos de salario, durante su juventud. En ese período, de más o menos siete años, el joven recibe el salario de sustento y las cuotas de bienestar que corresponden a un jefe de familia y, por lo tanto, dispone en general de un sobrante que le permite amortizar el valor de su futuro domicilio, sin incluir el terreno, que pertenece a la Ciudad o a la Aldea. Será necesario construir anualmente nuevos domicilios para el aumento anual del número de familias, cuando las nuevas, que se forman, superan a las antiguas, que desaparecen por la incorporación de los padres a las familias de los hijos.

Se cumplen así todas las condiciones sociales, civiles y domésticas de la vida, cada vez más civilizada, de las familias proletarias, de cuyo seno salen los administradores de las Empresas agrícolas, mineras, fabriles, comerciales y bancarias y los gobernadores de las Aldeas, de las Ciudades y de las Repúblicas Sociocráticas, extinguidas ya las demencias aristocráticas y las absurdas ilusiones democráticas. A la Agricultura le corresponde iniciar la regeneración religiosa de la actividad industrial, gracias a su mayor independencia de los extravíos sociales y morales de la irreligiosidad moderna. Nada le impide normalizar su actividad productora, sin ser responsable de que la Fabricación transforme las frutas y los granos en bebidas dañinas, para satisfacer las malas costumbres de los pueblos.

Verdadera Madre de todas las industrias, la Agricultura recibe de ellas, como tributos de gratitud: los abonos, de la Minería; las máquinas, de la Fabricación; las vías, del Comercio; y el crédito, del Banco. Importancia capital adquieren las vías rurales que unen a las Aldeas con las grandes arterias que ligan las Ciudades y con las estaciones de las líneas férreas. A la buena distribución y conservación de las sendas rurales se debe la economía de los transportes.

El régimen de producción de la Agricultura está so-

metido a variaciones anuales, a veces considerables y por lo tanto es necesario uniformar la entrega, al comercio interior o exterior, por medio de un almacenaje regulador de todos aquellos productos susceptibles de conservarse. Será conveniente repartir los almacenes entre todas las Empresas agrícolas, que entregarán al Comercio su cuota regular de producción, completando las deficiencias o almacenando los excesos. Al Comercio le corresponde complementar este procedimiento regulador, disponiendo almacenes de reservas, para efectuar el auxilio eventual de alimentos en los pueblos azotados por alguna plaga, sin perturbar el abastecimiento ordinario de sus clientelas.

La aplicación de este sistema regulador tiene la ventaja de mantener fijos los precios en los años de escasez, por cuanto no se asigna valor alguno a los productos almacenados en los años de abundancia. Esta apreciación económica emana de la consideración de que el salario no paga el trabajo del operario, sino que provee a la conservación de su vida, trabaje o no trabaje. Así, en los años buenos se trabaja para los años malos.

A la regularidad de la entrega de productos es necesario agregar la fijeza de las clientelas comerciales, tanto entre el productor y el distribuidor, como entre éste y el consumidor. Sólo así pueden hacerse las previsiones industriales y no vivir en la incertidumbre de la anarquía comercial. Impónense éstas y otras medidas que establezcan la existencia industrial de la Humanidad, inspirándose siempre en su futura felicidad y no solamente en los pasajeros placeres de la vida presente.

Deben considerarse también las condiciones económicas de la organización agrícola de la Industria. El desarrollo desmedido del capitalismo moderno, que acumula valores monetarios o créditos en cantidad muy superior a las especies transferibles, determina la depreciación general de la moneda y el desequilibrio consiguiente de precios y salarios. Luego, ha de transformarse la economía

capitalista en economía sociocrática, que no aspira a acumular créditos, sino a perfeccionar las instalaciones industriales, a aumentar la producción y disminuir su costo y a generalizar el bienestar material de las poblaciones.

Así surgirán desde luego las primeras Comunidades de la Industria agrícola capitalizadas por préstamos sin intereses, gravados sólo por la comisión del servicio bancario, necesaria a su conservación. La amortización se efectúa anualmente con el exceso de las entradas sobre los gravámenes. Así, una vez cancelados los préstamos, la Empresa agrícola tiene autonomía financiera y existencia legal, como fundación social.

Se inicia así la incorporación del proletariado a la Sociedad y se pone término a los programas comunistas, que esclavizan el pueblo a los gobiernos políticos. El peligro continuo de esos programas totalitarios será el más poderoso estímulo para mover al capitalismo a patrocinar la organización sociocrática de la Agricultura. A su vez, el proletariado urbano, convencido, por la experiencia rural, de las buenas condiciones de la solución sociocrática del problema social, le prestará su entusiasta apoyo decisivo, y se efectuará entonces rápidamente la regeneración definitiva de la Industria.

A la Agricultura, que inició el movimiento industrial de la Humanidad, ha de corresponderle iniciar también su regeneración final. No debe olvidarse que la actividad biológica, propia de la existencia agrícola, se basa en las existencias social y moral, que se manifiestan en la naturaleza humana. Así, deben perfeccionarse, ante todo, las condiciones de la vida social y de la vida moral de nuestra especie.

La regeneración moral, que consiste en subordinar cada vez más el egoísmo al altruísmo, la personalidad a la sociabilidad y toda Sociedad a la Humanidad, es el fundamento de la reorganización definitiva, que ha de desarrollarse en forma continua y progresiva. A la regenera-

ción moral se subordina la regeneración social, que se caracteriza por la subordinación constante del progreso al orden y de todos los progresos al orden moral de la Humanidad. Se puede entonces emprender con confianza la reforma de la actividad agrícola de la Industria, destinada a incorporar los seres vivos al servicio de la Humanidad.

Esa preeminencia de la Humanidad se extiende al orden intelectual, pues las Ciencias están destinadas a dar a conocer las condiciones matemáticas, astronómicas, físicas, químicas, biológicas, sociológicas y morales de la Humanidad. Se sirve a ese Gran Ser con el Régimen pacífico industrial; se le conoce por el Dogma científico positivo; y se le debe adorar en el Culto social y altruista. Ese Gran Ser se compone de la Suprema Trinidad: Familia, Patria, Humanidad, que centraliza la existencia afectiva, activa e intelectual de la naturaleza humana.

Gracias a la evolución mental de la Humanidad se han transformado sucesivamente las ficciones absolutas fetichistas en politeístas, monoteístas, metafísicas y científicas, para llegar por fin al concepto relativo y simpático del Mundo, de la Sociedad y de la naturaleza humana. A las ficciones absolutas suceden las ficciones relativas que permiten ligar la existencia humana al Mundo exterior, no sólo por la actividad y la inteligencia, sino también por los sentimientos del corazón. Semejante situación se manifiesta desde luego en los lazos con los seres vivos, animales y vegetales, que comprometen la actividad, la inteligencia y la afección de los seres humanos.

Recíprocos afectos reales se establecen entre la Animalidad y la Humanidad que, en forma ideal, puede extender esos lazos afectivos a la Vegetalidad y aún a los seres materiales, dotándolos no sólo de actividad, sino también de amor. Esas ficciones poéticas fortalecen el espíritu, endulzan la actividad y permiten ligar a toda acción sobre el Mundo, el conjunto de la naturaleza humana, en sus condiciones de sentimiento, inteligencia y

actividad. Desarróllase así la vida objetiva en la forma más favorable para cultivar el altruísmo, ante la sumisa abnegación de los animales, la generosa producción de los vegetales y los esfuerzos inagotables de los elementos materiales en servicio de las construcciones humanas.

Este concepto de la Síntesis Subjetiva, de suponer voluntaria toda actividad, asimila el Mundo a la naturaleza humana y permite establecer lazos afectivos inmutables, pues los males que ocasiona el Mundo se atribuyen a su falta de inteligencia, que le impide dirigir sus poderosas actividades. Semejante situación altruísta de la existencia objetiva se extiende a su existencia subjetiva. Esta se desarrolla en el medio subjetivo del Espacio, que la Religión Universal purifica de las imágenes y emociones egoístas y consagra como el Gran Medio inmaculado de la existencia altruísta.

Se completan así las condiciones objetivas y subjetivas de la existencia humana que han de aplicarse especialmente a la definitiva organización agrícola de la Industria. Esta grandiosa actividad pacífica, fuente de vida y bienestar, no sólo ha de organizarse en forma racional, sociocrática y altruísta, sino idealizarse en el Culto directo a las Divinidades positivas: la Animalidad, y la Vegetalidad, que ligan el Gran Fetiche al Gran Ser. Así la actividad agrícola de la Humanidad será un intercambio recíproco, objetivo y subjetivo, de afectos altruístas, de conceptos científicos y de ideales poéticos.

CAPITULO CUARTO

CONDICIONES QUIMICAS DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD QUÍMICA. II. ORGANIZACIÓN MINERA DE LA INDUSTRIA

I.—ACTIVIDAD QUÍMICA

Mientras la actividad de la naturaleza humana se relaciona con el Gran Ser, con la Animalidad o con la Vegetalidad, ella compromete no sólo el carácter y la inteligencia, sino también el sentimiento. Esta plenitud del concurso moral depende, tanto del destino social de toda actividad, como de las influencias directas y espontáneas de esas tres Divinidades sobre los sentimientos humanos. Semejante situación no se manifiesta cuando la actividad se refiere al Gran Fetiche, al Flúido, al Cielo o al Gran Medio, cuyas influencias afectivas deben cultivarse en forma artificial y sistemática, para que el sentimiento

no sólo acompañe a la actividad, por la destinación social que ella tiene, sino también por los afectos directos que esas Divinidades inspiran, cuando se las asimila a la naturaleza humana.

Estos lazos morales se establecen espontáneamente en la actividad estética del escultor, que maneja la arcilla o labra la roca o el metal, para realizar una obra de arte. Su trabajo se haría penoso si, en lugar de simpatía, experimentara repugnancia por las sustancias sobre que actúa. Al Arte, a la Ciencia y a la Industria les corresponde basarse en la adoración del Gran Fetiche, para incorporar sus sustancias al servicio del Gran Ser, en las idealizaciones estéticas, en las concepciones teóricas, y en las construcciones prácticas.

Renovar, en forma consciente y sistemática, la afectividad espontánea e inconsciente del Fetichismo primitivo, hacia todos los seres de la naturaleza, es el propósito de la Religión definitiva, para reparar los estragos afectivos del teologismo, que despreció a los seres reales, para adorar a creadores imaginarios. Esa dolorosa situación moral esparció la amargura en la vida real y concentró la vida ideal en la salvación individual y egoísta, ajena a todos los lazos afectivos de la sociabilidad, aún doméstica. Durante la revolución occidental, que tendió a reemplazar la teología por el desarrollo sucesivo de la metafísica y de la ciencia, la actividad industrial se dignificó, por su destino social, pero sólo pudo organizarse en torno de los intereses económicos, que generaron la lucha entre el capital y el trabajo, lucha que ha de terminar con la constitución de la Sociocracia universal.

Cuando surgió la Humanidad, con la creación de la Madre, en la Especie humana, se desarrollaron, en la existencia moral, los lazos afectivos con las sustancias de la Animalidad. Así, se apreció la leche, la sangre, la carne y la miel. La situación nómada de los pueblos primitivos no les permitía apreciar las sustancias derivadas de la Vege-

talidad ni las sustancias del Gran Fetiche, y sólo algunos pueblos incorporaron la sal marina, mientras todos se unieron al Flúido, por el agua.

Una situación muy distinta presentan los pueblos en su estado sedentario, que supone relaciones más íntimas con la Vegetalidad y permite extraer las sustancias de las frutas y los cereales, para fabricar el vino y el pan. No sólo con la cocción, sino también con la fermentación se iniciaron los procedimientos de la Industria Química. Al estado sedentario de su primitiva civilización, le debe la Humanidad la institución del hogar, la creación moral de la Esposa y la incorporación de las sustancias de la Vegetalidad y del Gran Fetiche: las maderas, las tierras, las rocas y los metales.

Reducidos a la recolección de trozos de metales, o de piedras cristalinas o coloreadas, los lazos afectivos, intelectuales y prácticos con las sustancias del Gran Fetiche se consolidaron, cuando la Astrolatría Sacerdotal consagró, coordinó y reglamentó, en forma religiosa, esos lazos espontáneos. Una armonía creciente se estableció entre los astros del Cielo y las sustancias metálicas del Gran Fetiche, considerándolas como emanaciones de los astros: el oro del Sol, la plata de la Luna, el cobre de Venus, etc., lo que estableció las bases de la futura alianza de la Astrología con la Alquimia. Al desarrollarse la razón abstracta, después de constituida la Astrolatría Sacerdotal, los astros se transformaron en dioses, organizándose la Teocracia, pero se conservaron las relaciones ya establecidas con las sustancias del Gran Fetiche.

En las Astrolatrías y en las Teocracias Sacerdotales predominaron las relaciones industriales con las rocas y con las tierras, transformadas por la cocción en ladrillos o alfarería. Sin embargo, se preparaba la metalurgia del cobre y del estaño y, por su aleación, el bronce, que favoreció el predominio de los elementos militares sobre los sacerdotales. Así se desarrollaron las Astrolatrías milita-

res y las Teocracias militarizadas, que preludian la revolución occidental, destinada a transformar esos regímenes en la definitiva Sociocracia.

Ese predominio social del poder temporal obligó a las autoridades espirituales a concentrar su acción moderadora sobre los directores militares, intensificando el progreso de los procedimientos industriales, a los que dieron carácter de arte sagrado, que se conservaba secreto en los Templos. Se desarrolló entonces, sobre todo, el arte químico y sus aplicaciones materiales y vitales. Así se activó la extracción de los minerales de oro, plata, plomo, estaño, cobre, mercurio y fierro.

Se desarrolló, al mismo tiempo, la metalurgia de esos metales, hasta llegar a reemplazar, en el yunque y el martillo, el bronce por el fierro. El conocimiento de los metales, fuera del oro y de la plata, que se encontraban en estado natural, supone el tratamiento metalúrgico de los minerales de plomo, estaño, cobre, mercurio y fierro. Recíprocamente, se obtenían, con los metales, sustancias de apariencia no metálica y distintas de los minerales naturales, como el óxido de plomo, el sulfato y el acetato de cobre, etc.

Cada sustancia artificial era sometida a múltiples aplicaciones terapéuticas e industriales. Así se reconoció que las sustancias minerales tenían acción tóxica análoga a las sustancias extraídas de la Vegetalidad, como el opio y la cicuta, y de la Animalidad, en insectos y reptiles. Las aplicaciones industriales permitieron descubrir el vidrio artificial, incoloro o coloreado con sustancias metálicas; las tinturas y mordientes para teñir los tejidos; las tintas para inscribir signos en los papiros y muchos otros productos de la industria química, como los bálsamos aromáticos.

Opérase por fin la descomposición de los sacerdocios fetichocráticos y teocráticos, que se dispersan en colonias y en los misterios y oráculos. Surgen entonces los poetas

y los profetas, y más tarde, los filósofos y los sabios, todos los cuales aspiran a constituir una nueva autoridad espiritual, con el libre concurso de los pueblos. Al mismo tiempo que las doctrinas abandonaban los Templos, para propagarse al público, salían también de ellos los artes industriales, pero con el carácter secreto del arte sagrado, que más tarde se llamó, en Química, el arte hermético.

Reorganizábase el espíritu abstracto en torno de complicadas teorías metafísicas que se substitúan a las simples explicaciones teológicas de los fenómenos naturales. Así se llegó a la teoría química de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego, y se bosquejaron la teoría de la trasmutación de los metales y la doctrina atómica, renovada por la metafísica en los tiempos modernos. Se cumplió el destino histórico de esa evolución intelectual, demostrando la incapacidad de los atributos intelectuales de la Humanidad: la poesía, la filosofía y la ciencia, para constituir aisladamente la base de una autoridad espiritual, que sólo puede ser establecida por una Religión, capaz de ligar el conocimiento y la acción al cultivo de los sentimientos de amor hacia los seres que se estudian o se perfeccionan.

Impuesto de los resultados de la triple evolución intelectual de la Grecia y de las exigencias morales de la civilización romana, el genio incomparable de San Pablo fundó esa Religión y la autoridad espiritual de la Iglesia católica, dando carácter universal a una secta de judea, cuya influencia extendió a los gentiles, sin obligarlos a convertirse al judaísmo. Disolviéronse entonces las escuelas teóricas incompletas, que se agotaron, provocando herejías y controversias, para retardar la evolución de la Iglesia, o emigraron para florecer más tarde entre los árabes. A su vez, los artes industriales y, entre ellos, el arte hermético, se radicó también entre los árabes, mientras en los pueblos católicos se refugió en los conventos y llegó a su cumbre, en el siglo XIII, último de la Edad

Media, con los monjes Alberto el Grande, Rogerio Bacon y Santo Tomás de Aquino.

A los conventos de la Edad Media les correspondió conservar no sólo la sabiduría griega, sino todos los artes industriales, como lo manifestaron en la construcción de las maravillosas catedrales góticas. Esos monjes, a la vez poetas, filósofos y sabios, procedieron con el generoso carácter impersonal de los sacerdocios teocráticos, y con sus obras desmienten el nombre de oscurantismo que se ha dado a esos gloriosos siglos, que suprimieron la esclavitud, elevaron la dignidad moral de la Mujer, e idealizaron a la Humanidad y le rindieron culto en la suprema creación medioeval de la Virgen María. Semejante calificación dada a la Edad Media es el fruto de la pedantocracia moderna, cuyas luces se manifiestan en la hueca palabrería parlamentaria y diarística.

Reducidos a la acción del calor, los procedimientos del arte químico recibieron dos perfeccionamientos, desde principios de la Edad Media, con el empleo del Baño de María, de arena o de agua, para regularizar el reparto de la temperatura o fijarle un límite máximo. Otro progreso capital experimentó la industria química con el desarrollo de la destilación en alambiques. La destilación permitió obtener los principales disolventes de los metales.

A los alquimistas les correspondió producir, por destilación, el agua ardiente, que renovaba el fuego griego de las antiguas guerras, y descubrir la pólvora, que debía usarse en las futuras luchas, con la invención de las armas de fuego. Mientras se desarrollaba el arte químico en la minería, en la metalurgia y en la preparación experimental de nuevas sustancias, las concepciones químicas permanecían, en la Edad Media, en estado metafísico, de modo que el arte no podía todavía fundarse en la ciencia. Así, el arte químico, como los artes biológico, sociológico y moral, de medicina, política y educación, han debido conservar su carácter empírico, hasta que sean dirigidos por

la verdadera ciencia positiva, como lo han sido los artes físico, astronómico y matemático.

Desde la primera fase de los tiempos modernos, siglos XIV y XV, se intensificó la experimentación química y se inició la metalurgia por la vía húmeda. En el orden teórico, se constató el aumento de peso de los metales cuando son calcinados. La participación de sustancias gaseosas en los fenómenos químicos quedaba así establecida.

Intenso es el desarrollo que experimenta la metalurgia en la segunda fase moderna, siglos XVI y XVII y la minería se enriquece con el zinc y el manganeso. Se instituyó el arte de esmaltar los productos de la cerámica; se obtuvo el grabado químico de los metales, y se perfeccionaron los artes de la destilación y de la tintorería. Al mismo tiempo se inició el análisis de las sustancias orgánicas y se obtuvo el fósforo.

Conjuntamente con el progreso industrial se efectuaba el progreso teórico, reconociendo la importancia de la química en biología, recomendando el empleo de la balanza e iniciando la química neumática o de los gases. Al efecto, se desarrollaba la experimentación con objetivos teóricos y no prácticos. Los resultados obtenidos prepararon los progresos fundamentales de la Química, realizados en el siglo XVIII.

A la primera generación del siglo XVIII le correspondió iniciar las teorías metafísicas sobre los fenómenos químicos, con la hipótesis del flogístico, que perturbó el desarrollo científico hasta que fué eliminada por Lavoisier, estableciendo el verdadero concepto de la combustión y de la oxidación y determinando la composición del aire y del agua. Los progresos de la química permitieron descubrir nuevos metales y metaloides, entre ellos el níquel y el cloro, y desarrollar el análisis de las sustancias orgánicas. Al mismo tiempo se incorporó la electricidad

como agente de los fenómenos químicos y se instituyó la nomenclatura química.

Los progresos de la industria fueron paralelos a los de la ciencia, con el perfeccionamiento en la fabricación de las cales hidráulicas y de los cementos, de la sosa artificial y del ácido sulfúrico. El empleo del coque metalúrgico, en altos hornos, y la producción de acero favorecieron el progreso industrial del siglo XIX. Se mejoraron las provisiones de uso con la porcelana, el cristal y el blanqueado y el teñido de los tejidos, mientras el análisis orgánico permitió extraer de la betarraga una de las principales provisiones de sustento.

Continúa en el siglo XIX el progreso de la aplicación industrial de las sustancias químicas. Así, se aplicó el nitrato de potasa al abono de los terrenos de cultivo, se desarrolló la fabricación de morteros hidráulicos, del fierro galvanizado, del blanco de zinc, del jabón, de las bujías de estearina y de los fósforos. La industria minera se enriqueció con la explotación del aluminio y con la aplicación de la lámpara de Davy en las minas de carbón.

Al desarrollo científico le correspondió descubrir los metales alcalinos y terrosos, como el potasio, el sodio, el calcio, etc., por análisis de la potasa, la sosa, la cal, etc. Resultaron estos descubrimientos de la aplicación de la corriente eléctrica al análisis químico. Toda la evolución teórica de la química en el siglo XIX se dedicó a desarrollar la teoría atómica, conjuntamente con otras doctrinas secundarias, como la electroquímica y la termoquímica.

La teoría atómica, en el siglo XX, se complicó con el descubrimiento de sustancias radio activas, que permitió a la imaginación metafísica construir los átomos como sistemas análogos al mundo solar. A su vez, el empleo de grandes cantidades de actividad eléctrica ha permitido preparar sustancias explosivas tan superiores a las que estallan por combustión, como superior es la actividad eléctrica a la térmica. Si para el materialismo mecánico, el

calor emitido o absorbido por las composiciones o descomposiciones químicas era debido a fantásticas vibraciones de los átomos, ahora, las reacciones radiales son desintegraciones atómicas.

Como las nuevas sustancias explosivas se han aplicado a la criminal actividad guerrera, el secreto militar ha determinado una nueva química hermética, análoga a la de los alquimistas, que creían, como astrólogos, en la influencia de los astros, mientras ahora creen en la influencia de los electrones del cielo atómico. El propósito de la desintegración del átomo equivale al de la transmutación de los metales. Si la doctrina del flogístico fué aceptada por los químicos del siglo XVIII y considerada por Kant como tan importante en el orden científico como la ley de Galileo sobre la caída de los cuerpos, no es de extrañar que los químicos del siglo XX proclamen la excelencia de la doctrina atómica.

Imposible es resistir al imperio de una opinión que se acepta sin que sea posible demostrar su verdad, pues tampoco es posible demostrar su falsedad. Las doctrinas indemostrables se abandonan cuando pierden su utilidad moral, teórica o práctica, y así se abandonó el flogístico, cuando las concepciones de Lavoisier lo hicieron inútil a los procedimientos de análisis y de síntesis en química. Será necesario esperar que un nuevo Lavoisier conciba en forma científica los fenómenos de los cuerpos radio activos, para que la doctrina atómica quede fuera de uso.

No debe olvidarse que las doctrinas indemostrables son muy poco estables y que sus adeptos, si son sinceros, se transforman luego en incrédulos, pero, si son hipócritas, continúan aparentando ser creyentes. Esto explica la diferencia entre los pueblos católicos y los protestantes, respecto a las prácticas religiosas. Fué siempre más fácil eliminar las doctrinas indemostrables de la metafísica que las de la teología, por cuanto éstas tienen influencia afectiva, o sea religiosa, mientras el carácter metafísico

de la doctrina atómica la hará desaparecer tan fácilmente como la del flogístico.

Al estudiar la actividad química del Gran Ser, se debe suponer que todos los fenómenos, llamados hoy radiales y atómicos, hayan recibido su investidura científica, ajena a toda metafísica indemostrable. Resultaría imposible coordinar la síntesis subjetiva en química si se sigue invocando los fantasmas metafísicos para explicar los fenómenos de análisis y de síntesis de las sustancias. Cada sustancia del Gran Fetiche debe incorporarse a la existencia afectiva, intelectual y activa de la naturaleza humana, sin considerar sus condiciones de composición química, sino los servicios que presta a la existencia del Gran Ser.

Un criterio absurdo sería considerar que la Atmósfera es una mezcla de ázoe y oxígeno; que las aguas del Mar y de los Ríos son una simple combinación del oxígeno con el hidrógeno y que los seres humanos son un compuesto de esos elementos con el carbono, cuando lo que existe para el corazón, el espíritu y el carácter del hombre es el agua, el aire, como el vegetal, el animal y el ser querido de la Familia y venerado de la Patria y de la Humanidad. Los elementos químicos deben estimarse por el grado de su participación en la existencia de las sustancias y de los seres que afectan directamente la vida humana. Mediante la jerarquía de los seres reales: la Atmósfera, el Mar, la Tierra, la Vegetalidad y la Animalidad, puede establecerse la clasificación de los elementos químicos.

No cabe duda que la organización del Régimen Sociocrático limitará la actividad química a la extracción y a la preparación de las sustancias que sean realmente útiles a la existencia humana. Entonces, será imposible preparar sustancias nocivas a la vida, pero que facilitan ahora la explotación comercial de los vicios. Tal limitación se extenderá a la fabricación de explosivos, cuando

el armamentismo se reduzca a las fuerzas de policía criminal, cuyas exigencias, como las de la minería, será necesario satisfacer.

Ilimitada será, por el contrario, la extracción y la preparación de las sustancias que favorezcan la vitalidad de los vegetales y de los animales y la salud y el bienestar de los seres humanos. La actividad química será entonces digna de la energía material del Gran Fetiche y de la pureza moral del Gran Ser. Si la actividad biológica incorpora la Vegetalidad al servicio de ese Gran Ser, la actividad química incorpora a su vez, a su servicio, al Gran Fetiche.

Dada la preponderancia de la Tierra como fuente de las sustancias naturales, puede concentrarse la actividad química en la Minería, como se concentra la actividad biológica en la Agricultura. Así, la industria minera puede abarcar el conjunto de la actividad química, si se considera la metalurgia, la farmacopea y la preparación de sustancias industriales, como complementos de la extracción de las sustancias naturales. Refiérese entonces toda actividad química al Gran Fetiche, que comprende las sustancias del Flúido que lo envuelve y las de la Vegetalidad y de la Animalidad que sustenta.

A la Industria de la Minería le corresponde, en consecuencia, extraer las sustancias naturales, analizarlas, descomponiéndolas en sus elementos inmediatos, hasta llegar sucesivamente a los elementos irreductibles o simples. Recíprocamente, con los elementos simples se preparan, por síntesis, sucesivamente los elementos inmediatos, hasta llegar a obtener la sustancia primitivamente analizada. Tan íntima es la relación entre estos dos métodos químicos que, a veces, la síntesis de las sustancias puede preceder a su análisis, como aconteció con el agua, cuya síntesis la estableció Lavoisier por combustión del hidrógeno en el oxígeno.

Desde fines del siglo XVIII se ha desarrollado el

agente físico de la electricidad en las reacciones químicas, hasta entonces sometidas sólo a las influencias de las presiones, de las temperaturas y de la luz. Esta acción eléctrica, que se inició con la chispa de la botella de Leyde y la corriente de la pila de Volta, ha adquirido intensidades extraordinariamente poderosas, que se manifiestan en síntesis químicas, que podrían llamarse endoeléctricas, por cuanto restituyen por explosión o por radiación la acción acumulada. Los resultados alcanzados carecen de interés teórico, pues sólo afectan a la magnitud de acciones físicas, que superan ya a las necesidades de la actividad pacífica y favorecen el salvajismo de la actividad militar descontrolada por las pasiones egoístas de la especie humana.

El Régimen sociocrático, que reglamenta toda actividad, subordinándola al servicio del Gran Ser, transformará el progreso de las fuerzas materiales en progreso de las fuerzas morales, que son las únicas que pueden determinar la paz estable en el Mundo. Se reconoce ya que la victoria militar es insuficiente para eliminar los peligros de guerra y que es necesario reeducar a los pueblos militaristas. Tal programa sólo puede ser cumplido por la Religión definitiva, que funda la moral en el altruísmo y subordina la existencia humana al amor, al conocimiento y al servicio del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Redúcese así la Industria química a la extracción y preparación de sustancias útiles, lo que subordina esta industria a la moral, evitando que se produzcan venenos, para exterminar a los individuos, y explosivos, para destruir a los pueblos. El programa químico no consiste en hacer lo que se puede, sino lo que se debe. De este modo se subordinan la actividad y la inteligencia que la guía a los sentimientos altruístas que han de inspirarlos exclusivamente en el porvenir.

El altruísmo que inspira la Familia debe subordinarse al que inspira la Patria y éste al que inspira la Humanidad.

dad, de modo que han de sacrificarse las patrias a la Humanidad, como las familias a la Patria. Sólo así puede extinguirse el imperio del egoísmo y las luchas de familias en la Patria y las de patrias en la Humanidad. Así se subordina la Industria química a las exigencias de la Humanidad, sin egoísmos militares de patrias, ni económicos de familias

Se complementan las condiciones morales y sociales, que dominan la Industria química, con las condiciones vitales de la Vegetalidad y de la Animalidad. El regadío, los abonos, los insecticidas, los desinfectantes, la farmacopea, etc. reglamentan el empleo de las sustancias químicas en el desarrollo y la salud de los seres vivos. Debe reconocerse que estas condiciones biológicas de la actividad química han de subordinarse a las condiciones sociológicas y morales que la dominan.

Independiente de toda subordinación objetiva o subjetiva, la Industria química manifiesta condiciones propias, que la alejan de sus influencias vitales, sociales y morales y de sus reacciones físicas, astronómicas y matemáticas, exponiéndola a la acumulación de sustancias inútiles o perturbadoras. La Industria química se subordina objetivamente a las condiciones matemáticas, astronómicas y físicas y subjetivamente a las biológicas, sociológicas y morales, como la Ciencia química a las concepciones inferiores y superiores de la escala enciclopédica. Semejantes lazos de las actividades consolidan y dignifican la acción del hombre sobre el Mundo.

Desde luego, las acciones físicas de presión, calor, luz, y electricidad tienen influencia directa sobre las actividades químicas. Y, a su vez, las sustancias y las acciones químicas participan y cooperan en esas acciones físicas y en las de sonidos, sabores y olores. Así se establecen las relaciones recíprocas entre las Divinidades positivas.

Un lazo no menos íntimo se observa entre la Indus-

tria química y la actividad astronómica de observación celeste y transporte terrestre. No sólo las sustancias naturales deben ser trasladadas a largas distancias, sino que algunas de ellas son los agentes de la locomoción. A su vez, la actividad química ofrece a la acción astronómica los cristales de los telescopios.

Obedece también la Industria química a las condiciones matemáticas de cantidad, de volumen y de masa. La actividad geométrica y mecánica utiliza, a su vez, las sustancias químicas en las mediciones lineales y angulares y en la construcción de máquinas. Así se completan las relaciones de la actividad química con las Divinidades positivas, desde el Gran Ser hasta el Gran Medio.

El Gran Fetiche, eterna morada del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, no sólo le ofrece la extensión de sus territorios, sino las variadas sustancias que contiene y las que sustentan la vida de la Vegetalidad y de la Animalidad, por las cuales se liga al Gran Ser. Suprema existencia material, el Gran Fetiche representa el orden astronómico del Mundo Solar, que liga el Cielo al Gran Ser. Ese ascendiente material de la Tierra no le impide subordinarse a la actividad química de la Humanidad, que extrae las sustancias naturales y prepara las artificiales.

Tal sumisión permite al Gran Ser disponer de las sustancias de sustento vital y de las del domicilio, del mobiliario y del vestuario, que satisfacen sus exigencias sociales y morales. El trabajo de extracción minera y de preparación química suministra los elementos de producción de las provisiones de sustento y de uso y de los instrumentos de acción. Así se establecen los lazos directos entre el Gran Fetiche y el Gran Ser.

Esos lazos afectan desde luego la Familia y la vida doméstica, que es donde se efectúa el sustento de la especie humana y donde se desarrolla la moralización afectiva, por la subordinación del egoísmo al altruísmo. Redu-

cir el sustento a conservar la energía para servir al Gran Ser es el deber ineludible de los que aspiran a incorporarse a la Patria y a la Humanidad. Al mismo tiempo han de eliminarse los impulsos de la vanidad y del orgullo en el uso de las provisiones de vestuario, mobiliario y domicilio, desarrollando la vida en medio de la frugalidad y de la modestia.

Relaciones directas ligan el Gran Fetiche a la Patria, por el territorio nacional y por la abundancia de sustancias útiles que contiene. El abastecimiento nacional de todas las sustancias que requiere la vida pública y privada de los seres humanos es incompatible con el desacuerdo que existe entre la diversidad de las condiciones químicas de los territorios y la uniformidad de las necesidades de cada Patria. Desterrados de la civilización los procedimientos de conquistas y de imperios coloniales, los productos de cada Patria deben repartirse entre las demás de la Humanidad.

No podría organizarse la vida pacífica en el Mundo si la industria no adquiere un carácter altruísta, que permita efectuar entre las Patrias la repartición de oficios y el concurso de esfuerzos que caracterizan la verdadera Sociedad humana, como lo reconoció Aristóteles. Ese concurso de esfuerzos en la Humanidad eliminará la guerra y constituirá la paz, sin imposiciones materiales, contradictorias con los propósitos pacíficos. Toda la sociedad humana, cuando termine la evolución afectiva, intelectual y activa, en que aún se encuentra, se unirá por sentimientos altruístas, sin las ingratitudes teológicas, que atribuyen a protección divina los beneficios que se reciben de la Humanidad; se constituirá la opinión universal, positiva y demostrable y se establecerá el concurso industrial y altruísta de todas las actividades humanas.

Al Gran Fetiche se liga el corazón humano, no sólo por la gratitud que inspiran sus servicios, sino también por los sentimientos de simpatía y de veneración ante los va-

lles, las montañas y los productos que se acumulan en las ciudades y los domicilios. Reúne el Gran Fetiche los recuerdos materiales de las antiguas civilizaciones, que conmueven no sólo la veneración, sino la bondad humana. Cada piedra de los monumentos seculares habla al corazón el lenguaje de los sentimientos nobles y de los ideales emotivos.

Semejantes lazos afectivos incorporan el Gran Fetiche a la existencia moral del Gran Ser, cuya actividad industrial de minería se liga a la Ciencia química y a la Bella Arte escultórica, que da existencia emocional a las sustancias de la Tierra. El bronce y el fierro, que sirvieron a las luchas militares de la historia, se transforman en instrumentos de paz y en símbolos estéticos de emoción. Dotada de amor, de fe y de esperanza, la naturaleza humana llega a los límites de su perfección moral, estableciendo el culto altruísta del Gran Fetiche, para actuar sobre él con gratitud y dignidad.

II.—ORGANIZACIÓN MINERA DE LA INDUSTRIA

Puede considerarse el conjunto de la Industria química, como la organización social de la actividad minera del Gran Ser, destinada a extraer las sustancias del Gran Fetiche, sea de sus yacimientos terrestres o sea de los productos ya extraídos o preparados por la Vegetalidad, por la Animalidad o por el trabajo humano. Así, la Industria química, además de desarrollarse en la vida urbana y en la vida rural de la Aldea, se organiza en forma de campamentos anexos a los yacimientos terrestres. Raro será el caso en que los yacimientos mineros se encuentren vecinos a las ciudades o a las aldeas en que pue-

dan albergarse las familias de los operarios y conciliarse la vida doméstica con el trabajo obrero.

Redúcense, tal vez, los yacimientos compatibles con la vida urbana o rural, a los que están destinados a la extracción de piedra de cantería y de albañilería; de arenas y ripios de concretos; y de arcillas para ladrillos o alfarería. El resto de los yacimientos de sales, de minerales, de carbones, petróleos, etc., son, en general, incompatibles con la vida de familia, durante la infancia de los hijos y, sobre todo, durante su adolescencia, época en que deben recibir la instrucción enciclopédica, en las Escuelas anexas a los Templos de la Humanidad.

Es necesario, por otra parte, considerar que en el estado normal de la civilización humana, se habrán extinguido, tanto el espíritu aventurero como las costumbres nómades y las ansias de enriquecimiento, que han llevado a los hombres a sacrificar su vida y la salud física y moral de sus hijos, en aras de sus ambiciones económicas. Subordinado al servicio de la Humanidad, el trabajo minero se transforma en un sacrificio necesario, que corresponde hacer a los jóvenes, antes de constituir sus propias familias. Así podrán los hombres destinar, voluntariamente, dos o tres años de su juventud a la Industria minera, en los campamentos correspondientes.

Pueden así manifestar su abnegación, desarrollar su espíritu inventivo, para perfeccionar los procedimientos, y dar a sus caracteres toda la energía de su iniciativa, de su prudencia y de su perseverancia. Organizadas las empresas por asociación de comunidades, se distribuirán entre éstas las diversas faenas de trabajo. Regida la Empresa por la unidad de mando y por la cooperación de los servicios técnicos, se aseguran el bienestar del personal y el éxito del trabajo.

Ajeno a todo interés individual, el trabajo minero será solicitado por los jóvenes que se han interesado especialmente en los estudios de Química, desde el cuarto

año de la instrucción enciclopédica. Reforzarán el interés teórico con el trabajo práctico y dispondrán de laboratorios químicos adecuados a cada rama de la minería. Con su espíritu inventivo realizarán progresos industriales más rápidos y decisivos que los que obtienen los inventores en los tiempos anárquicos, luchando con sus propios egoísmos y con la indiferencia o la hostilidad de los demás.

Reducidas las Comunidades a la asociación de individuos y no de familias, el jefe puede dirigir un número mayor de operarios, ya que no tiene que atender a las condiciones de su vida doméstica y sólo establece con ellos lazos temporales de corta duración. Además, la composición de la Comunidad de trabajo dependerá de la naturaleza de las faenas que tiene a su cargo. Se debe, sin embargo, evitar que el excesivo número de operarios convierta en nominal la dirección del empresario que administra la Comunidad.

Al entregar el trabajo de minas a los jóvenes, entre veintiuno y veinticinco años de edad, no se perturba la elección del oficio definitivo, de obrero o de mecánico, que ha de consagrarse con el sacramento de la destinación, después de los veintiocho años y antes de contraer matrimonio. Respetando siempre la dignidad humana, ningún trabajo es obligatorio, como tampoco lo son las prescripciones y las consagraciones religiosas. Todos los sacrificios que se hacen ahora por interés, en los trabajos penosos y peligrosos de la minería, se harán en la Sociocracia por abnegación, para satisfacer las necesidades reales de la vida social en la Familia, en la Patria y en la Humanidad.

Reunidos para servir a la Sociedad, los operarios soportarán con entusiasmo las molestias y los peligros del trabajo de minas y desarrollarán una intensa disciplina voluntaria en favor de la seguridad y del éxito de las faenas. Institúyese así un régimen análogo al militar, sin la amenaza de sanciones, que no se necesitan cuando

los deberes se convierten en la satisfacción de los deseos. Esa disciplina voluntaria es altamente favorable para establecer el hábito de la obediencia, sea a las prescripciones de la conducta social, sea a las propias imposiciones de la conducta moral.

En cuanto al establecimiento de las Empresas mineras, es evidente que será determinado por las necesidades reales de la Sociedad y no por el interés individual que, en general, ha movido hasta ahora a los descubridores, a los empresarios y a los capitalistas. Serán los administradores de los Bancos fabriles los que mejor podrán apreciar cuáles son las sustancias que es necesario extraer de los yacimientos terrestres para abastecer o desarrollar la actividad fabril que demanda la vida social. Así se determinará la mayor o menor intensidad de las faenas ya establecidas o se acordará cuál es la ubicación más conveniente para las nuevas instalaciones, previas las investigaciones geológicas correspondientes.

Desde que se descubre un yacimiento, se presenta el problema de la propiedad minera, problema que se simplifica en la Sociocracia, donde todo pertenece a la Humanidad, aunque sea administrado por una Patria y, en ella, por una Comunidad industrial. En cuanto a los derechos del descubridor, ellos desaparecerán con los demás pretendidos derechos individuales, y el descubrir yacimientos mineros será un deber social que cumple un individuo o una empresa especial de exploración. La subsistencia y bienestar del descubridor o de los comuneros de la empresa exploradora, son deberes que corresponde cumplir a la Sociedad en la mejor forma que le sea posible.

Una vez explorado el yacimiento, se proyecta la Empresa que ha de beneficiarlo y cuya organización será patrocinada por los Bancos fabriles nacionales y aún por los de otras Patrias interesadas en los productos. Se asociarán los capitales bancarios, no para obtener utilidades

económicas, sino para dar vida a una Empresa de utilidad social. Al efecto, se aportan los capitales como donaciones o préstamos sin intereses, lo que permite a las Empresas mineras amortizarlos rápidamente y constituir su autonomía financiera.

Cada nueva empresa minera cumple su destino social disminuyendo el valor de sus productos, sin dejar por eso de consolidar su situación económica en forma de poder hacer frente a los gastos imprevistos. A la acumulación de la riqueza en créditos monetarios se substituye su acumulación en productos útiles, lo que permite graduar y garantizar las emisiones fiduciarias, hasta darles valor internacional, por intermedio de la alianza universal de los Bancos comerciales. Los valores monetarios no experimentarán entonces las depresiones derivadas del exceso de los signos de crédito sobre las existencias reales y su estabilidad creciente permitirá llegar por fin a la unidad de moneda en el Mundo.

Importa considerar que el empleo de los jóvenes en el personal de las empresas mineras facilita la disolución a que están siempre expuestas, sea porque se agoten los yacimientos o por la conveniencia social de restringir la actividad de las faenas de extracción. Semejante predominio de obreros de edad juvenil no sólo corresponde a las empresas mineras, sino a todas las que exigen vivir en campamentos fijos o transportables, como las de construcción y reparación de caminos, puentes, líneas férreas, canales, etc. Tal organización se extiende aún a las empresas urbanas de carácter experimental, en la preparación de productos químicos.

Reducido el personal permanente de las empresas industriales a los operarios y mecánicos que han recibido el Sacramento de la destinación y que, en general han constituido ya sus familias, con el sacramento del Matrimonio, los jóvenes, después de los veintiún años, se incorporan a las empresas como aspirantes y en forma

temporal, puesto que están investigando cuál es el oficio en que pueden prestar mejores servicios a la Sociedad. Opérase, de este modo, la mejor distribución posible de los hombres entre las diversas faenas de trabajo y se asegura la conciliación de los deberes de la vida privada con los de la vida pública. La estabilidad del orden industrial se concilia también con su progreso continuo, en la perfección de los procedimientos y en la bondad de los productos.

El trabajo de minas exige, en general, la organización de faenas y la instalación de máquinas de perforación de pozos y de túneles. Relacionadas con las faenas de perforación se desarrollan las de laboreo, de ventilación, de agotamiento de filtraciones, de iluminación y las de transporte por vías férreas y ascensores de tracción mecánica, con fuerza eléctrica o de aire comprimido. A las faenas internas se agregan las faenas externas de instalaciones de fuerza y las de transporte de los minerales y de botadura de desmontes, como también las de servicio de los campamentos.

La distribución del personal entre las diversas faenas es variable, según las mayores o menores dificultades que presenta el trabajo que se les asigna. Obtenida la producción normal, los excesos se almacenan para compensar las posibles deficiencias y regularizar la entrega a las empresas que utilizan la extracción minera. A cada empresa minera corresponde así una producción regular, y el valor de sus productos se fija por los costos reales y jamás por las posibilidades que ofrece la anarquía comercial.

El costo real de la producción, una vez que la Empresa ha obtenido su autonomía financiera, amortizando los capitales de instalación, debe tomar en cuenta no sólo todos los gastos que imponga el trabajo y las obligaciones legales y bancarias, sino también el cumplimiento de los deberes de la Empresa respecto al personal. Como los

motivos de utilidad social son los que determinan el aporte de los capitales para instalar una empresa minera, siempre que esos motivos persistan, se dispondrá de capitales para renovar y mejorar las instalaciones o ensanchar las operaciones de trabajo. Ocioso sería, por lo tanto, acumular reservas de capitales, aumentando los costos de producción, ni gravar estos costos con cuotas de seguros de las instalaciones ni de los compromisos de la empresa con su personal.

Mientras la empresa no deba liquidarse, porque se agotan los yacimientos o su extracción se hace socialmente inadecuada, ella podrá siempre mantener su actividad y disponer de los créditos que necesite. Alterará, en consecuencia, sus precios de costo y contará siempre con sus clientes metalúrgicos. Se altera, también, pero en menor proporción, el costo de los productos definitivos que se entregan al comercio, el cual establece el precio medio de venta, para cubrir los costos reales y sus propios gravámenes de servicio.

Ninguna empresa se entrega a la especulación comercial para enriquecerse, puesto que cuenta con su autonomía financiera, sin tener que repartir dividendos y no necesita acumular capitales para asegurar el bienestar del personal y la conservación de sus instalaciones. Opera la empresa en una atmósfera de confianza social y no de lucha económica ni de explotación mercantil. Toda su aspiración es producir los materiales necesarios a la Sociedad, con el menor costo y de la mejor calidad que le sea posible.

Todas las buenas condiciones morales de la antigua civilización militar, que subordinaba la existencia personal y doméstica al interés de la Patria, se manifiestan ahora en la nueva civilización pacífica, industrial y altruísta, que subordina no sólo las familias a la Patria, sino las patrias a la Humanidad. Al organizar una empresa, para extraer las sustancias que contiene el territorio nacional,

no se tiene en vista explotar en forma mercantil a las demás Patrias, sino concurrir a su bienestar, suministrándoles los elementos materiales que necesitan. La recíproca explotación económica se ha substituído por la intensa cooperación social de los pueblos, bajo el patronato religioso de la Humanidad.

Puede apreciarse ahora cuáles son las condiciones morales del trabajo de minas en el estado normal de la Sociedad. Ajeno a todo interés individual o doméstico e impulsado sólo por las exigencias sociales, el trabajo minero toma el carácter de un sacrificio entusiasta de la personalidad en favor de la Patria y de la Humanidad. Ningún sentimiento egoísta estimula la actividad de los jefes ni de los subordinados, pues se manda sin orgullo y con bondad y se obedece sin temor y con veneración.

Acostumbrados ya los jóvenes, desde su infancia, a estimar y querer las sustancias del Gran Fetiche, sus afectos se fortificaron en su adolescencia con el conocimiento científico de las leyes que rigen los fenómenos químicos, en el cuarto año de la educación enciclopédica. La actividad minera los pone ahora en relaciones prácticas con esas sustancias que ellos aprendieron a amar y conocer. Así, el trabajo de minas compromete el conjunto de la naturaleza moral de esos jóvenes, que actúan sobre sustancias que no son indiferentes ni a sus sentimientos ni a sus pensamientos.

Para consolidar la situación moral de los operarios, concurren los técnicos y los artistas a ilustrar e idealizar la actividad minera, que ha de considerarse como el medio de incorporar las sustancias del Gran Fetiche al servicio del Gran Ser. A la glorificación directa de las sustancias minerales se unirá la conmemoración del Pasado, que las ha dado a conocer y ha suministrado los medios intelectuales y materiales de extraerlas de sus yacimientos. Rodeados por ese conjunto de emociones altruístas y de concepciones sintéticas, los operarios de

minas gozan de todos los encantos morales de la existencia normal y desarrollan con entusiasmo su generosa actividad industrial.

El trabajo material no sólo se embellece y dignifica, sino que pierde todo carácter fatigoso y forzado. Se preocupa entonces la dirección de faenas de reprimir los excesos de trabajo, a que conduce el entusiasmo de los obreros. El sentimiento íntimo de la cooperación determina el concurso de los obreros, no sólo a sus propias faenas, sino a todas las que puedan necesitar, en un momento dado, mayores esfuerzos de trabajo.

La organización de cada faena puede hacerse, entonces, considerando el trabajo medio que le corresponde, puesto que en los excesos eventuales será auxiliada por las demás faenas, sin que ello demande mayores gastos, sino una espontánea reciprocidad de servicios. Al distribuir cada faena en los diversos equipos que le corresponden, cuando el trabajo ha de ser continuo, debe considerarse un equipo complementario de aquellos en que se distribuye el día, con el objeto de que cada equipo trabaje a distintas horas y tenga un reposo de un día entero entre sus períodos de actividad. Se recarga con este sistema, en pequeña proporción el costo de la mano de obra, pero se compensa ampliamente ese exceso, con las mejores condiciones físicas y morales del personal.

El salario, como en todas las empresas industriales y en las instituciones de servicio público, se compone de una cuota fija mensual de sustento, suficiente para alimentar una familia, y de una cuota semanal de bienestar, proporcional al trabajo realizado. Mientras en las empresas urbanas, los jóvenes cuentan con el domicilio de sus padres, en las faenas mineras disponen de los campamentos y del sustento y de los uniformes de trabajo. Acostumbrados a la sobriedad y libres del vicio del juego y de los prejuicios de la vanidad, los operarios reducirán sus gastos personales a las necesidades reales de su vida material

y espiritual y podrán destinar la mayor parte de sus entradas a la amortización de sus futuros hogares.

Será necesario extender las mismas condiciones sociales y morales de las empresas mineras a todas las empresas rurales de la Industria química, que extraen las sustancias, no ya del Flúido ni del Gran Fetiche, sino de la Vegetalidad y de la Animalidad. Esas sustancias se entregan directamente a la Sociedad o a las empresas fabriles que elaboran, con ellas, productos de sustento o de uso. Desde los jugos frutales hasta las sustancias colorantes y aromáticas y aún a los filamentos vegetales y animales, se extiende el campo de la Industria química, que llega a preparar, en forma artificial, sustancias equivalentes a los productos naturales.

Así se ha planteado uno de los más graves conflictos sociales en los pueblos que no respetan ya al pasado, que no se preocupan del porvenir y que no tienen aún el sentimiento de la solidaridad social en el presente. Considerando sólo las condiciones económicas del momento, las Industrias de preparación química de las sustancias han paralizado las empresas colectoras o extractivas de las sustancias naturales, resinas, gomas, colorantes, odorantes y aun sales, utilizando los derivados de la hulla y del petróleo y las reacciones químicas de la acción eléctrica. No se toma en cuenta para nada el carácter de eterna renovación de los productos preparados por la Vegetalidad y la Animalidad y se les reemplaza agotando las reservas carboníferas y petrolíferas, que debieran destinarse, en lo posible, a las eventualidades del porvenir. Al mismo tiempo se provoca la desocupación de las masas obreras que se emplean en la recolección de productos agrícolas o en la extracción de sales.

Los programas de las organizaciones industriales no obedecen a ningún propósito de asegurar el sustento y el bienestar del proletariado mundial, sino a las ventajas económicas actuales de las empresas capitalistas que lo

subordinan todo al negocio mercantil inmediato. Ese punto de vista desaparecerá por completo en la Sociocracia, donde el Patriciado, agrícola, minero, fabril, comercial y bancario, organiza su propia jerarquía y las empresas industriales que dirige con el exclusivo propósito de procurar el mayor bienestar al Proletariado y asegurar las condiciones de la existencia material del porvenir. Ante ese propósito no tiene cabida la creación de empresas que no toman en cuenta las exigencias del porvenir y ni siquiera las condiciones de existencia de los habitantes del presente.

Cada Empresa bancaria ligada a la agricultura y a la minería, en la Sociocracia, no sólo se preocupará de los intereses nacionales, sino de la situación mundial de las empresas agrícolas y mineras, aportando capitales a la organización de toda empresa de utilidad social, por medio de la asociación internacional de los Bancos agrícola-mineros, que constituyen el Gobierno de la administración interior de cada una de las pequeñas Repúblicas Sociocráticas en que se subdivide el gobierno temporal del Mundo. A la organización de cada empresa no concurren los capitales como asociados, sino como acreedores hipotecarios y los aportes se amortizan con el pequeño recargo que corresponde al servicio bancario. Este sistema permite a las Empresas obtener su autonomía financiera y asegurar la permanencia de sus servicios, al mismo tiempo que ofrece a los capitales disponibles una destinación social continua y, además, las garantías de su conservación.

A medida que se organice el sistema bancario en la Sociocracia, podrán liquidarse, sin ningún trastorno, las sociedades anónimas, autorizándolas para rescatar sus acciones, por el valor comercial, hasta que no tengan que repartir dividendos. Mientras las empresas de la Industria química adquieren esa autonomía financiera, sus productos estarán gravados por las exigencias de los ca-

pitales y, por eso, será necesario organizar la Industria comercial en forma que pueda establecer el precio medio de los productos que se reparten al público, como provisiones de sustento y de uso. El trabajo minero entrega sus productos a las empresas químicas que los elaboran para repartirlos al público, o bien los transmiten a las empresas de fabricación mecánica que los emplean en la producción de instrumentos.

Las empresas de preparación de sustancias químicas, desde las instalaciones metalúrgicas hasta los laboratorios farmacéuticos, pueden constituir organizaciones permanentes, vecinas a los centros urbanos. A ellas corresponde una comunidad de familias, como a las empresas rurales o urbanas, con todas las condiciones de domicilio, salario, cooperación industrial, dignidad social y felicidad moral. Se liga así la vida de los campamentos mineros a la existencia rural y urbana, por medio de las empresas químicas, a las que se incorporan gran parte de los jóvenes que han prestado ya sus servicios a la minería.

Impuestos de las condiciones del trabajo minero, esos jóvenes han podido adquirir la técnica química y serán, por lo tanto, los más eficaces agentes del progreso de la industria de preparación de sustancias útiles al bienestar creciente de la Familia, de la Patria y de la Humanidad. Se incorporarán muchos de ellos a las Comunidades de la Industria química, después que hayan consagrado la destinación de su vida. Toda la existencia objetiva del hombre se concentra así en un oficio práctico, que se ensaya en la adolescencia, se ejerce en la juventud y se adopta en la edad viril, para abandonarlo sólo en la vejez.

No obstante, la vida subjetiva del hombre abarca todos los oficios prácticos, subordinándolos al servicio del Gran Ser y ligándolos al Régimen de las Divinidades positivas, que se conocen por el Dogma y se adoran en el Culto. El oficio químico, en la minería, la metalurgia,

las instalaciones de preparación de sustancias y en los laboratorios, se liga al Gran Fetiche, por el sentimiento, la inteligencia y la actividad. Fuentes de todas las actividades, las sustancias las manifiestan en el orden matemático, astronómico, físico, químico, vital, social y moral, incorporándose a las Divinidades positivas.

Reducido a las exigencias de la vida doméstica, el oficio químico requiere que se subordinen las empresas de extracción y preparación de sustancias a las empresas comerciales, encargadas de efectuar la repartición de los productos entre las diversas familias. Opérase esta subordinación jerárquica por intermedio de los Bancos agrícolas, que dirigen las actividades, no sólo de la agricultura, sino también las de la minería, en conformidad con las indicaciones de los Bancos comerciales, que centralizan los informes de las empresas que efectúan la distribución. Las condiciones del comercio, que en el régimen capitalista se apreciaban por las fluctuaciones del precio de los productos, según la ley de la anarquía de la oferta y la demanda, se conocen en el Régimen Sociocrático por la organización de la estadística industrial, sin que se altere el precio de los artículos por su escasez natural o provocada artificialmente por influencia de los monopolios.

El Régimen Sociocrático subordina las necesidades a las posibilidades y éstas a lo que es realmente útil a las condiciones materiales, intelectuales y morales de la naturaleza humana, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Se elimina así la enorme producción de sustancias que exigió la actividad militar para armamentos y explosivos, mientras los pueblos subordinaron la guerra a la industria y aplicaron la industria a la guerra. A la Sociocracia le corresponde reducir los armamentos exclusivamente a los que necesita la policía internacional de los mares y la policía de los territorios de las pequeñas

repúblicas en que ha de subdividirse la organización política del Mundo.

La preparación de sustancias nocivas, como alcoholes y estupefacientes, se reducirá a su destino terapéutico, en las depresiones y dolencias, que irán desapareciendo, a medida que disminuya la anarquía moral de los pueblos. A la Sociocracia le corresponde intensificar la producción de sustancias alimenticias, especialmente apropiadas para favorecer la nutrición de los tejidos vegetativo, muscular y nervioso del organismo, lo que facilitará la disciplina de los instintos egoístas, aplicando la inteligencia, impulsada por el altruísmo, para determinar el régimen alimenticio. Cada una de las etapas de la vida objetiva se someterá al régimen que le sea más favorable, sin dejar que la existencia humana se desarrolle, entregada al libre juego de los instintos animales.

A la organización de la Industria química, en el porvenir, le corresponde perfeccionar no sólo las condiciones de la vida humana, sino también las de la vida animal y vegetal. Cuando la experimentación química lo permita, se logrará procurar a los herbívoros las condiciones intelectuales y afectivas de los carnívoros, excitando los instintos altruístas y calmando los egoístas. Todos los programas de la Industria han de reducirse a dar existencia objetiva a la subordinación subjetiva de los fenómenos y de los seres inferiores a los superiores, lo que permitirá coordinar el universo en torno y bajo la providencia de la Humanidad.

Tal coordinación subjetiva incorpora al Gran Ser las Divinidades positivas, asimilando a su suprema existencia la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo y el Gran Medio. Al establecer los programas de progreso, relativos a la Vegetalidad, debe considerarse el eterno destino que le corresponde, para sostener la vida animal y procurar al Gran Ser, no sólo el alimento, sino todas las sustancias básicas de los productos

útiles a su existencia y que se extraen ahora de yacimientos terrestres, que conviene conservar como reservas eventuales. La Industria química auxiliará entonces a la Industria biológica, para incrementar la producción útil y aprovechar todos los elementos secundarios.

A la Industria química le corresponde perfeccionar y complementar las sustancias extraídas de los vegetales, por medio de las reacciones conocidas o experimentales. Tales perfeccionamientos pueden aún efectuarse actuando sobre la producción misma de las sustancias, mediante el abono y el cultivo de los vegetales. A esta acción indirecta sucede la acción directa sobre las sustancias recolectadas, que se modifican en conformidad a las condiciones que convienen a los productos terminados.

Requiere la Industria química una organización social que establezca la cooperación no sólo nacional, sino también internacional, para poder llenar su destino de mejorar continuamente la situación material del presente y, sobre todo, la del porvenir de la Humanidad. Esa cooperación social se organiza por intermedio de los Bancos, agrícola-mineros, fabriles y comerciales, que aprecian y prevén las necesidades y determinan los medios de satisfacerlas en la actualidad y en los tiempos venideros. De este modo concurren todos los pueblos de la Tierra a establecer, consolidar y perfeccionar el bienestar material de las Patrias y de las Familias.

A medida que se efectúe la organización social de la Industria química, se irán desarrollando las condiciones morales que son indispensables a los cooperadores, tanto empresarios como operarios, para asegurar el éxito de los programas de progreso. Resultaría imposible pretender organizar el Régimen Sociocrático de la Industria química con empresarios capitalistas y con obreros mercenarios. Todos los proyectos de organización social deben postergarse hasta que pueda contarse con el concurso

voluntario de los que administran el capital y de los que ejecutan el trabajo.

La pretensión de organizar la cooperación social, sin contar con la voluntad de los cooperadores, conduce necesariamente a la implantación de regímenes tiránicos, como el Comunismo, u opresores, como el Capitalismo. Esos regímenes, que imponen sus procedimientos por la fuerza o el interés, no sólo son indignos de los seres humanos, sino que son tan inestables como las instalaciones teatrales. Al momento en que pueden manifestarse las voluntades y los deseos, esos regímenes se desmoronan y se transforman en medio de revoluciones.

Tal situación inestable desaparece, cuando la autoridad espiritual, que reglamenta las voluntades, ha preparado suficientemente la acción de los gobiernos temporales que dirigen la conducta. Entonces los que mandan pueden contar con el acuerdo de los que obedecen y organizar regímenes estables, mientras el orden espiritual se mantenga en armonía con el orden temporal. Al romperse esa armonía, por el desacuerdo entre las aspiraciones de progreso, del orden espiritual y los propósitos de conservación, del orden temporal, se renuevan el carácter tiránico del poder práctico y el aspecto revolucionario de la autoridad teórica.

A la organización sociocrática de la Industria química le corresponde una intensa preparación afectiva e intelectual, que permita asegurar la constitución de las empresas y disciplinar la conducta de los que preparan sustancias que requieren la más exacta dosificación de elementos y la más estricta comprobación de resultados. La experimentación, que acompaña siempre a la Industria química, demanda cualidades de carácter, de iniciativa, prudencia y, sobre todo, de perseverancia infatigable. Aplicada la Industria química a construcciones y ser-

vicios de la vida pacífica y no a las destrucciones guerreras, ella requiere el impulso de los sentimientos altruistas y no el de los egoístas, cuyos resultados parecen haber llegado a sus límites en la reciente catástrofe mundial.

Reaccionando contra esas pavorosas aplicaciones militares, los llamados sabios pretenden cohonestar la preparación de esas sustancias del más alto poder explosivo, anunciando que podrán tener aplicación industrial, como fuerza motriz. Una experiencia secular ha demostrado, sin embargo, que el más antiguo de los explosivos, la pólvora, no ha podido aplicarse al movimiento de motores, y menos la dinamita. Así, los nuevos explosivos, que son inaplicables e innecesarios a la industria pacífica, quedarán eternamente como el símbolo máximo del salvajismo guerrero.

El porvenir no está destinado a exterminar la especie humana, por medio de explosivos o de venenos, sino a incorporarla al Gran Ser, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Se hace, para ello, indispensable que los poderes temporales no pretendan resolver los problemas humanos, cuya solución corresponde a la Autoridad espiritual que proclama el amor altruista por principio, el orden científico por base y el progreso material y moral por fin. Aliados con esa Autoridad espiritual, pueden concurrir al verdadero progreso los sacerdocios teológicos que no pretendan imponer sus doctrinas por la fuerza o el interés, pero no podrán concurrir jamás los que invocan a las divinidades en auxilio de las inhumanidades.

Sólo el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, puede disciplinar, en forma definitiva, la acción de la Industria, y especialmente en el campo de la Química, que es susceptible de subordinarse al egoísmo como al altruismo. Al porvenir le corresponde someter a la bondad hacia el Gran Ser, toda acción que le sea dado ejercer sobre las

sustancias del Gran Fetiche, al extraerlas, prepararlas o utilizarlas. La Industria química se incorpora al Régimen de la Religión Universal cuando se inspira en el altruismo de bondad, se dirige por la Ciencia química y se aplica a perfeccionar las condiciones materiales de la Vegetalidad, de la Animalidad y del Gran Ser.

CAPITULO QUINTO

CONDICIONES FISICAS DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD FÍSICA. II. ORGANIZACIÓN FABRIL DE LA INDUSTRIA

I.—ACTIVIDAD FÍSICA

Fuente inagotable de actividades, la materia las manifiesta en los poderosos fenómenos de su existencia astronómica y, sucesivamente, en los fenómenos cada vez más delicados de su existencia física, química, vital, social y moral. Esas actividades se desarrollan en el orden astronómico del Cielo, en el orden físico del Flúido, en el orden químico del Gran Fetiche, en el orden vital de la Vegetalidad, en el orden social de la Animalidad y en el orden moral del Gran Ser. Respecto al orden físico del Flúido, las actividades materiales determinan el arte industrial que las subordina al servicio del Gran Ser, sea

en forma directa o por intermedio de las sustancias del Gran Fetiche o de los seres de la Vegetalidad y de la Animalidad.

A las actividades físicas de la materia se liga la naturaleza humana por las facultades de los sentidos, que permiten a la inteligencia apreciar esas actividades y, además, por los centros motores, que ofrecen al carácter los medios de modificarlas. Surgen así la Ciencia y la Industria físicas, destinadas a apreciar y modificar el medio físico, de acuerdo con las necesidades materiales, intelectuales y morales del Gran Ser. Impónense, de este modo, a la Ciencia y a la Industria, las condiciones respectivas de la Síntesis y de la Sinergia subjetivas, que se subordinan siempre a la Simpatía universal.

Basados en el Culto del Gran Ser y de las Divinidades positivas, el Dogma científico y el Régimen industrial reducen los conocimientos teóricos y los perfeccionamientos prácticos a los que son realmente útiles a la armonía moral, intelectual y material de la existencia humana. Así se eliminan del orden teórico, no sólo los delirios indemostrables del espiritualismo y del materialismo, sino también muchas doctrinas demostrables, pero que son inútiles a la armonía mental del Gran Ser y que se alejan del espíritu relativo, para seguir las vías del absolutismo. Desaparecen, además, del orden práctico, no sólo los programas industriales irrealizables, inspirados por la demencia orgullosa, que sueña con la omnipotencia del hombre, sino también muchos programas realizables, pero cuyos resultados son contrarios al bienestar material del Gran Ser y amenazan la existencia de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Redúcese, por lo tanto, la Industria física a la fabricación de instrumentos o de provisiones, que permitan apreciar la intensidad de las actividades físicas o utilizarlas en servicio del Gran Ser. Obedecen esas construcciones de provisiones o de instrumentos de la Industria

fabril a la doble subordinación subjetiva y objetiva de las actividades físicas, sea a los órdenes superiores, desde el químico hasta el moral, o sea a los inferiores: el astronómico y el matemático, de número, extensión y movimiento. Las condiciones de cantidad y magnitud de las construcciones, combinadas con las posibilidades mecánicas, constituyen el aspecto económico de la Industria fabril, al cual se subordina su carácter comercial o de repartición social de los productos.

Imposible sería organizar la actividad industrial del Gran Ser en el orden físico, sin determinar su destinación social y sus medios colectivos, pues mientras persistan los intereses individuales, continuará la anarquía, que agota, en luchas estériles y perturbadoras, los elementos materiales del progreso humano. Ningún programa fabril debe destinarse, por lo tanto, a explotar a la Sociedad en favor individual, sino que, por el contrario, han de subordinarse siempre los intereses del individuo y de la Familia a los de la Patria y de la Humanidad, realizando las obras en la forma más perfecta y con el menor consumo. Cada obra realizada por la Industria fabril ha de ser la manifestación del concurso colectivo de las actividades individuales, coordinado por el empresario que lo dirige y lo representa.

Condición ineludible de la organización de la Industria fabril es el cultivo de los sentimientos altruistas de simpatía, de veneración y de bondad, que permiten dominar la codicia y la ambición y desarrollar el patriotismo pacífico industrial y la cooperación de las Patrias en servicio de la Humanidad. Al patriotismo militar, que produjo tantos heroísmos y sacrificios, es necesario substituir el patriotismo industrial, cuyos heroísmos y sacrificios serán endulzados por la satisfacción de no estar inspirados por el deseo de dañar, sino por el de beneficiar a los demás. La glorificación de las luchas militares, que sólo fueron dignas en las guerras civilizadoras, terminadas en

Lepanto, ha llegado a simbolizarse en el soldado desconocido, al que será necesario unir el ciudadano desconocido, como representante de los mártires, víctimas de las violencias militares, derivadas de las ambiciones de los poderes temporales, que pretenden asumir la autoridad espiritual, dirigiendo no sólo la acción, sino también la opinión.

A esa glorificación dolorosa de las víctimas de la guerra, ha de substituirse en la Sociocracia, la glorificación de los servidores del Gran Ser, en medio de la paz. Referidos todos los oficios al servicio del Gran Ser, la glorificación de los individuos se reduce a incorporarlos a la vida subjetiva en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Concurren así los muertos a la armonía moral de los vivos.

A las actividades físicas corresponde, desde luego, la gravitación terrestre, que se liga a la gravitación astronómica y que se manifiesta en la presión atmosférica, en el peso de la materia y en la caída de los cuerpos. Institúyense los primeros instrumentos de medida de las actividades físicas, desde luego la balanza y más tarde el barómetro. Reaccionan esas instituciones sobre la subordinación de la gravitación terrestre al servicio del Gran Ser, aprovechando la caída de los cuerpos en los motores hidráulicos y utilizando el péndulo en la medida del tiempo.

Relaciones directas se establecen entre la gravitación terrestre y todas las construcciones materiales, a las que impone las condiciones geométricas de verticalidad y horizontalidad y las condiciones mecánicas de resistencia a la compresión y a la flexión, en los sistemas estáticos y, además, las de resistencia a la tracción y a la torsión, en los sistemas dinámicos de arrastre y de rotación. Iníciase el examen físico de las sustancias, en su estado sólido, líquido o gaseoso, por la determinación de sus densidades, es decir, de la intensidad de su acción gravitante en la unidad de volumen y en igualdad de condi-

ciones. Obsérvase así la relatividad de esta inagotable actividad física, cuya intensidad, para una misma materia, depende de su ubicación sobre la Tierra y de su altura sobre el Mar.

Mientras la materia, en estado sólido, concentra toda su acción gravitante en su base de sustentación, los flúidos la reparten en todos sentidos, de donde resulta la horizontalidad de su superficie y la pérdida de peso que experimentan los cuerpos sumergidos en un flúido y la flotación de los cuerpos cuyo peso es menor que el del flúido desalojado. Esta circunstancia permite construir los densímetros de flotación y determinar la posibilidad de la navegación acuática y aérea de las naves menos pesadas que el flúido desplazado. Se desarrollan así las grandiosas industrias de la navegación y de la fabricación de navíos.

Opérase, al mismo tiempo, el aprovechamiento de la acción gravitante del agua para instituir la impulsión a remo y, más tarde, por motores de rueda y de hélice. La equivalente acción gravitante del aire permitió, por fin, aplicar la hélice a la suspensión y transporte de los cuerpos más pesados que el aire, hasta establecer la navegación aérea.

No menos importante es la reacción de la actividad gravitante sobre la adherencia y frotamiento de los materiales, cuya influencia se hace sentir en todas las manifestaciones de movimiento de la materia. Esa adherencia, cuando se efectúa entre los líquidos y los sólidos, determina los fenómenos capilares, que aprovecha la industria metalúrgica en los procedimientos de flotación y de inmersión. Tales fenómenos capilares de adherencia dominan en el regadío de los terrenos agrícolas y concurren a la circulación de la savia en los vegetales y de la sangre en los animales.

Importancia preponderante tiene en todas las construcciones materiales de la Industria fabril la actividad constante de la gravitación terrestre, no sólo por su ac-

ción directa, sino también por la influencia de los fenómenos físicos que se derivan de ella, desde los de resistencia mecánica hasta los de adherencia capilar. Sin duda se liga el fenómeno de adherencia a las sensaciones de tacto y de sabor, mientras la actividad de gravitación se aprecia por el sentido de la musculación, que hace consciente el esfuerzo muscular. Todas las actividades físicas tienen relaciones más o menos directas con la actividad de gravitación.

A la acción térmica le corresponde la relación más directa con la gravitación, puesto que los sólidos, los líquidos y, en mayor grado, los gases se dilatan cuando aumenta la actividad térmica y, en consecuencia, disminuye la densidad de la materia. Esta reacción geométrica de la temperatura ha permitido fabricar los termómetros y pirómetros, como instrumentos de medida de la intensidad de la acción térmica. Se liga aún la graduación termométrica a la influencia mecánica de la acción térmica sobre el estado sólido, líquido o gaseoso de la materia, considerando que, en cada lugar de la Tierra, son fijas las temperaturas de fusión de los sólidos y de evaporación de los líquidos, cuando no se transforma directamente el sólido en vapor, en sustancias que no se presentan en estado líquido.

Basta reconocer la preponderancia del Sol en la generación de la acción térmica sobre la Tierra, para equiparar esa acción con la de gravitación. Esta analogía se acentúa cuando se constata que los fenómenos gravitales de percusión y de frotamiento son siempre acompañados por reacciones térmicas. Esa relación permitió a la Humanidad generar el fuego con el frotamiento o la percusión y adquirir así el más poderoso de sus medios de acción sobre el Mundo.

Especial importancia adquiere el aprovechamiento industrial de la acción térmica del Sol, sea utilizando, en los velámenes de los navíos o en las aspas de los molinos,

los vientos que esa acción determina en combinación con el movimiento de rotación de la Tierra, o sea utilizando, en los motores hidráulicos, las corrientes y caídas del agua que esa acción solar ha evaporado. Se debe considerar, además, la temperatura interior de la Tierra, que sin duda es poco variable en cuanto se liga a su deformación continua, ante la gravitación planetaria, sobre todo hacia la Luna y el Sol. Apréciase sólo, en la Marea, la diferencia entre las deformaciones de las masas sólida y líquida del Gran Fetiche.

No será imposible utilizar industrialmente la temperatura interior de la Tierra, sea en las mareas o en corrientes de aguas subterráneas, naturales o artificiales, en la forma en que ya se ha efectuado en los geisers. Una vez utilizada la Marea como fuerza motriz, se habrá completado el aprovechamiento industrial de las actividades astronómicas, de gravitación y de calor, en servicio del Gran Ser. La segura excitación de la actividad térmica, por medios físicos o químicos, y el posible aprovechamiento de las alteraciones correlativas de la gravitación, aseguran el suministro industrial de la fuerza motriz.

Dedícase también la Industria fabril a la utilización directa de las temperaturas en servicio de la Humanidad. Institúyense así los procedimientos de calefacción y de refrigeración de los locales domésticos e industriales y de los instrumentos con que se preparan o conservan los alimentos. A la Industria física le corresponde, en consecuencia, establecer las condiciones térmicas de construcción de los edificios destinados a la vida de familia, a las reuniones sociales y al trabajo fabril, comercial o bancario.

Imperan las actividades físicas de gravitación y de calor en la Industria de fabricación de las provisiones de uso que se van incorporando a las condiciones de la vida civilizada. Las exigencias de la calefacción y refrigeración, como las de ventilación, han llegado a determinar el empleo del aire acondicionado. El bienestar material de la

vida tiene asegurados los medios de satisfacerse, pero no se acompaña con las condiciones sociales de generalidad y, menos aún, con las condiciones morales de la existencia humana.

Tal situación permite que no hayan cesado todavía las preocupaciones de guerra y que la industria produzca explosivos ultrapoderosos, que amenazan la existencia de los pueblos. Así, no existe armonía alguna entre los grandes medios de bienestar de que se dispone y la miserable existencia a que está reducida la mayoría del proletariado, en lucha continua con sus jefes industriales y desprovista de toda dignidad en el ejercicio del trabajo. La anarquía social crecerá hasta que se acepte el principio religioso del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad; que unifique la opinión en los pueblos y permita organizar el comunismo social de empresa y eliminar el comunismo político y el individualismo teológico.

A la actividad de calor le corresponde ya presentar los fenómenos de reflexión y de refracción que permiten concentrar la acción térmica y multiplicar su intensidad en un punto determinado. Mientras la leyenda histórica atribuye a Arquímedes el empleo de espejos reflectores de la acción térmica del Sol, en la defensa de Siracusa, la Industria moderna ha utilizado esa reflexión en la construcción de termos que conservan la temperatura en su interior. A la acción térmica le corresponde también el fenómeno de la conductibilidad, que presentan, en distinto grado las diversas sustancias, y que permite a la industria aprovecharlas como aisladores de la temperatura.

Reducido el espíritu humano a apreciar los fenómenos del Mundo, por la aplicación de sus sentidos, sólo puede construir conceptos relativos a ellos, sin pretender jamás conocer verdades absolutas. En seguida de los sentidos del tacto, de la musculación, del sabor y de la calorición, se presenta el sentido del olfato, cuyas sensa-

ciones, como las del sabor, no han sido todavía estudiadas en forma científica, a pesar de su grande influencia en las industrias de alimentos y perfumes. Dada la preponderancia de la disolución de las sustancias en la sensación del sabor y de su evaporación en la de los olores, se han atribuído esas sensaciones al contacto directo con las sustancias líquidas o gaseosas, sin considerarlas como actividades físicas, a pesar de que muchos sólidos, y especialmente la madera de sándalo, emanan olor durante siglos, sin perder nada de su peso.

El estudio de la reflexión del olor permitiría concentrar en focos la actividad odorante y hacer sensible el aroma de muchas sustancias consideradas inodoras. Sería posible aun, con mayores dificultades, extender las experiencias a los sabores y utilizar su influencia afectiva, como la de los olores, en favor del perfeccionamiento de la naturaleza humana. Así sería posible disciplinar la fabricación de sustancias alimenticias y aromáticas.

Falta establecer la gama de los olores, como la de los sabores, en forma análoga a las construídas para los colores y los sonidos. Impulsado por el materialismo abstracto, el especialismo científico ha abandonado el método experimental, para elaborar hipótesis que permitan someter los fenómenos físicos al cálculo algebraico, asimilándolos a los fenómenos mecánicos. No bien algún hombre práctico, a veces un operario, ha descubierto un nuevo fenómeno físico, los teóricos se apresuran a complicar las hipótesis, para explicar el fenómeno, y no se preocupan de extender la experimentación de sus aplicaciones.

Los verdaderos progresos de la Industria física no se deben a los teóricos, que se llaman sabios, sino a los experimentadores que, como Edison, recurren sin descanso a la experiencia y solucionan los problemas en forma práctica. A los verdaderos teóricos les corresponde dirigir la opinión pública hacia la concepción positiva de la ciencia en Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología,

Sociología y Moral y no falsearla con conceptos metafísicos, contrarios a la armonía mental de la Sociedad, ni explotarla en beneficio del prestigio individual. Si el especialismo es aceptable en la práctica de los técnicos, es totalmente inadecuado a los conceptos de los teóricos.

El arte industrial, en física, abarca también los fenómenos de la acción luminosa. Menos intensa y menos íntima que las actividades de gravitación y de calor, la de luz afecta, sobre todo, la existencia exterior de los cuerpos opacos, que se iluminan, como la Tierra, la Luna y los Planetas, ante la actividad luminosa del Sol. A la acción luminosa le corresponden fenómenos de reflexión, de refracción y de polarización, que la Industria física utiliza en servicio del Gran Ser.

Justificada es, por cierto, la importancia que se ha dado siempre al sentido de la vista, que permite contemplar el grandioso espectáculo del Cielo y los panoramas de la Tierra y experimentar el encanto de la armonía de las formas y de los colores. El alumbrado artificial nació con la institución del fuego y se ha desarrollado sucesivamente con la combustión de los sólidos, de los líquidos y de los gases, con la bujía, la lámpara de aceite y el gas de alumbrado. Tales procedimientos, no sólo se han aplicado a la iluminación de los domicilios y de las ciudades, sino también a la señalización de las rutas terrestres y marítimas y del aterrizaje de las naves aéreas.

A los fenómenos de reflexión y de refracción se liga la construcción de telescopios y microscopios que permiten percibir imágenes que son imperceptibles por la lejanía o la pequeñez de los seres a que corresponden. La construcción de lentes acromáticos ha permitido a la Industria física perfeccionar la visión de los miopes y presbites y fijar las imágenes en placas sensibles a la acción luminosa, en el arte fotográfico. A la reacción luminosa de las sustancias químicas ha correspondido el empleo del polarímetro y del espectroscopio.

Intensa influencia moral ejercen los colores, que conviene utilizar en la educación de la infancia y en el cultivo continuo de los sentimientos altruístas, para asegurar la paz y mantener la esperanza. Redúcense estas influencias afectivas sólo a las actividades físicas que ofrecen a los sentidos una gama susceptible de armonías, como los sabores, los olores, los colores y los sonidos. El carácter subjetivo de tales gamas se constata, sobre todo, en el sonido, en el cual el crecimiento continuo de la frecuencia vibratoria lo concentra el sentido en grupos armónicos que forman la escala de la gama musical.

No cabe duda que el sentido acústico es el de mayor influencia afectiva, como el de la vista tiene preeminencia intelectual y el de la musculación prevalece en la práctica activa. Obsérvase, por eso, que la Industria física, relativa a la actividad sonora, casi se reduce por completo a la fabricación de instrumentos de expresión musical emotiva, mientras la relativa a la acción luminosa fabrica instrumentos de contemplación y la Industria relativa a la actividad de gravitación fabrica instrumentos de acción. Sería fácil extender esos caracteres a los productos industriales que proveen a las exigencias de la vida humana privada y pública.

Toda producción de sonido se reduce a provocar vibraciones del aire, sea por la acción pulmonar o por la impulsión mecánica del aire en tubos con escape graduado por la experiencia. A esta fuente del sonido corresponden los instrumentos de viento, desde el pito y la flauta hasta el trombón y el órgano. La experiencia industrial no se ha extendido todavía a la construcción de tubos elásticos, que probablemente permitirán aproximar el sonido al de la voz humana.

Incítase también la vibración del aire por medio de la percusión sobre telas o cuerdas más o menos tensas, de donde resulta la fabricación de instrumentos de música, desde el tambor y el arpa hasta el piano y el violín. Dis-

pónense también varillas o placas vibrantes, por desviación de su posición normal o por percusión, pero esos sistemas no han constituido verdaderos instrumentos de música y se utilizan en la señalización acústica del tránsito. A la Industria le ha sido dado aún conservar el sonido, grabando las vibraciones del aire en los discos del fonógrafo.

Mientras la actividad óptica permitió instituir los signos mímicos en la comunicación social de los sentimientos y de los pensamientos, y llegó aún a fijarlos en la escritura geroglífica, la actividad fónica ha constituido el verdadero lenguaje hablado, al que se ha subordinado el lenguaje escrito. Esta relación ha permitido crear la grandiosa industria de la Imprenta y las industrias anexas de papeles, tintas, grabados, encuadernación, etc. Se pudo así generalizar y conservar la transmisión de las emociones, de las concepciones y de los procedimientos de acción.

A la expresión musical le ha correspondido también un lenguaje escrito, que permite generalizar y conservar las composiciones. Máxima importancia afectiva tiene el lenguaje cantado, que fortifica la emoción musical con las imágenes que evoca. El arte industrial ha logrado reunir el grabado del canto con el de la palabra.

Será necesario esperar que la civilización adquiera su carácter definitivamente pacífico, para que desaparezcan los instrumentos de origen militar y pueda la música adquirir su verdadera influencia afectiva sobre el corazón humano, libre de las influencias crueles y sanguinarias de la guerra y de las lamentaciones egoístas de la teología. Entonces la música y el canto sólo expresarán el entusiasmo de la simpatía, la dignidad de la veneración y el desprendimiento abnegado de la bondad. A ese arte musical suministrará la Industria nuevos instrumentos más adecuados a la paz y a la armonía social que los que

fueron creados en medio de la guerra y la discordia entre los pueblos.

Corresponde, por fin, a la Industria física el importante campo de los fenómenos eléctricos, que se relacionan íntimamente con los fenómenos de gravitación, de calor, de luz y de sonido y, probablemente, con los de sabor y de olor. A la actividad eléctrica se ligán caracteres muy especiales, pues, a pesar de ser la acción más poderosa en la naturaleza, ella permaneció inapreciada para el espíritu humano hasta el siglo XVI, salvo las observaciones antiguas relativas al ámbar y al imán y la contemplación de los imponentes fenómenos meteóricos del rayo y del trueno, que sólo fueron asimilados a la electricidad a mediados del siglo XVIII, en el pararrayos de Franklin. En cuanto a los fenómenos magnéticos, constatados en los imanes naturales, ellos determinaron la invención de la brújula o barra de fierro imantada, que flotando o suspendida, se orienta de norte a sur.

A las fetichocracias china y japonesa les pertenece el honor de haber inventado la brújula, varios siglos antes de la era católica, e instituído su uso náutico desde el siglo III, mientras su empleo en Europa se inicia a fines del siglo XII. Las experiencias relativas a la electricidad estática, generada desde la antigüedad por el frotamiento del ámbar y por el frotamiento del vidrio y de las resinas, desde fines del siglo XVI, llegaron a establecer la distinción entre la electricidad positiva y la negativa, como también la posibilidad de conducir la electricidad y aún la de acumularla en la botella de Leyde, a mediados del siglo XVIII. Al siglo XIX le cupo la gloria de iniciarse con la creación de la pila eléctrica de Volta, pocos años más tarde del descubrimiento de Galvani.

Después de dos siglos de experiencias eléctricas, que sólo tenían interés teórico, sin ninguna aplicación práctica a la Industria física, se desarrollaron las portentosas aplicaciones de la actividad eléctrica, llegando a establecer,

en el primer siglo de la era normal, la movilización, la calefacción, la iluminación y la transmisión de las imágenes acústicas y ópticas con el teléfono, la radio y la televisión. Ese grandioso progreso industrial se inició con la relación establecida por Ampère entre el magnetismo y la electricidad, pues el electro imán permitió generar la corriente eléctrica por medio del movimiento y generar el movimiento por medio de la corriente, instituyéndose así en la Industria los generadores y los motores eléctricos. La telegrafía y la telefonía eléctricas se complementaron con la aplicación de esta poderosa actividad al movimiento de múltiples útiles de la vida doméstica y de los instrumentos de fabricación y transporte.

El dominio de la electricidad no sólo se extendió al orden mecánico, sino también a las condiciones térmicas, ópticas y acústicas de la existencia humana. La calefacción eléctrica satisface todas las exigencias de la vida doméstica y se extiende a los grandes locales de reunión o de trabajo. En cuanto al alumbrado, la electricidad domina en todas las construcciones y en las vías públicas, como también en la señalización del tránsito terrestre, marítimo y aéreo.

No menos importante y general es la aplicación de la electricidad a la transmisión del lenguaje escrito y hablado y de las armonías del canto y de la música, con el telégrafo, el teléfono y la radio. Ofrece así la actividad eléctrica un carácter preponderante en física, por cuanto puede concurrir a la manifestación de todos los fenómenos de gravitación, calor, luz y sonido. Su influencia física se complementa con sus acciones químicas y, por lo tanto, vitales.

A sus influencias químicas se deben poderosos medios de análisis, que se iniciaron con la descomposición del agua. No tardó en aplicarse la acción química a los procedimientos industriales de la galvanoplastia y de la metalurgia electrolítica. Al fin se ha llegado a utilizar podero-

sas acciones eléctricas en la producción de nuevos fenómenos químicos, que la metafísica retrógrada califica de desintegración del átomo.

Se han multiplicado también las aplicaciones de la electricidad al restablecimiento de la salud del organismo humano, no sólo en las manifestaciones nerviosas de la fase cerebral, sino en las reacciones musculares y vegetativas de las fases corporales de la enfermedad. Esas aplicaciones adolecen todavía de la falta de racionalidad inherente a la consideración especial de los síntomas, en la perturbación de la salud. Al porvenir ha de corresponderle concentrar en la acción eléctrica todas las influencias que las actividades físicas de gravitación, calor, luz y sonido pueden ejercer sobre el funcionamiento regular del organismo.

A las actividades físicas se liga la Industria de Fabricación de instrumentos para utilizarlas o de provisiones para soportarlas. Mientras los productos del arte químico se preparan, sin que la acción humana intervenga en los procesos de composición o descomposición de las sustancias, los productos del arte físico se construyen coordinando sus elementos para producir el resultado deseado. Ese es el carácter de toda fabricación relativa al domicilio, al mobiliario, al vestuario y a los instrumentos y provisiones de acción física.

Cada una de las actividades físicas de la materia afecta, en grados diversos, las condiciones corporales y cerebrales de la existencia humana. A las actividades de gravitación y de calor les corresponde el máximo de influencia corporal, mientras a las de luz y sonido el máximo de influencia cerebral. Las de sabor y de olor ejercen influencias simultáneamente corporales y cerebrales, en tanto que la actividad eléctrica afecta directamente la existencia corporal e indirectamente la existencia cerebral.

Todas las actividades físicas concurren a determinar las condiciones del medio material en que se vive y que

el Gran Ser trata de modificar para favorecer el perfeccionamiento de la existencia humana. El verdadero progreso no consiste en conseguir los medios del bienestar material, sino en generalizarlos al conjunto de la especie, sin que jamás el bienestar de unos requiera el malestar de otros. Así puede conciliarse el bienestar material con la satisfacción moral, sin la cual es imposible obtener las condiciones de la felicidad.

Inútil sería pretender realizar la felicidad humana, atendiendo sólo a las condiciones materiales de la vida, sin considerar la preeminencia evidente de las condiciones morales que, a menudo, procuran la felicidad, en medio de las molestias de la miseria. Debe considerarse aún que el bienestar material favorece el desarrollo del egoísmo y, por lo tanto, es contrario a la felicidad moral, que depende exclusivamente del dominio del altruísmo. Así se comprueba que, a medida que aumentan los medios materiales, deben incrementarse las condiciones morales altruístas de la felicidad.

Vana es la felicidad que se basa en el predominio material de la personalidad o en la preeminencia de la propia familia o de la propia patria. Importa subordinar a un Ser Supremo universal la existencia del individuo, de la Familia y de la Patria, para que la felicidad sea inalterable y se encuentre libre de los egoísmos individuales, domésticos y civiles. Al Gran Ser Humanidad corresponde esa suprema misión religiosa, de realizar y uniformar la felicidad moral de los seres humanos.

A esa gran misión religiosa deben concurrir todos los recursos de la Industria física de Fabricación de instrumentos y provisiones de bienestar material y de cultivo moral. Tal concurso requiere que se generalicen los elementos materiales apropiados para emocionar el altruísmo, evitando que se apliquen a excitar el egoísmo. Al uso de los instrumentos debe imponérsele condiciones morales,

para evitar que sean profanados, usándolos en forma contraria a su destino.

Será necesario subordinar la organización de la Industria física de Fabricación a las condiciones morales y sociales que concilien la bondad de los productos con la generalidad de su empleo, en la vida realmente civilizada. Obtenida ya esa organización en la Industria química de Minería y en la Industria biológica de Agricultura, es posible esperar que la Industria física de Fabricación no ofrezca dificultades insuperables, a pesar de las tendencias de concentración militar, que ha manifestado en los tiempos modernos, bajo la impulsión de las aspiraciones capitalistas. La paz mundial será realizable, cuando esta industria, esencialmente urbana, haya perdido todo carácter militar y manifieste sólo las aspiraciones de los seres que desean vivir para los demás.

II.—ORGANIZACIÓN FABRIL DE LA INDUSTRIA

Para organizar la Industria de Fabricación, es necesario, desde luego, determinar las condiciones sociales y morales en que debe desarrollarse. Ante una sociedad militarista, dominada por odios de clases y de pueblos, sólo puede organizarse la Fabricación en la forma tiránica, propia del ciego imperio de la fuerza material. Resultados siempre favorables obtiene esa tiranía, por cuanto la organización ha sido planeada, de acuerdo con los recursos y las posibilidades, y se cuenta con el concurso forzoso de los cooperadores.

A tales tiranías les corresponde suprimir la libertad espiritual de la opinión, pues toda crítica se hace incompatible con el mando político industrial, en las civilizaciones militares. Tal es la fuerza y el prestigio que adquie-

ren estas civilizaciones, que los que sólo atienden a las condiciones materiales de la vida, cuyo número aumenta a medida que se menosprecian las exigencias morales, llegan a creer que la unidad humana, que no han podido realizar las religiones teológicas, será obtenida por el imperio universal de la fuerza de una o de varias grandes potencias unidas. Este funesto error persiste, a pesar de la reciente hecatombe, que parecía hubiera debido eliminarlo; pero ese error persistirá hasta que los corazones y los espíritus, elevados ya de la Familia a la Patria, se hagan capaces de elevarse de la Patria a la Humanidad.

Los pueblos en que predomina el individualismo liberal, favorecido por el individualismo teológico, organizan la Industria fabril en forma de libres experiencias, cuyos fracasos y éxitos concluyen por establecer el dominio del Capitalismo, que dirige la política exterior, interior y financiera de esos pueblos. Ellos se transforman fácilmente en pueblos militares y, aunque hayan combatido recientemente contra las tiranías, pueden, por desgracia, degenerar en pueblos tiránicos, desde luego en su política exterior y después en su régimen interno. Así, los peligros de la tiranía amenazan a las civilizaciones socialistas y a las individualistas, siempre que las exigencias del orden predominen sobre las del progreso.

A la futura civilización sociocrática ha de corresponderle conciliar, en forma definitiva, el orden con el progreso, combinando el gobierno material con la más amplia libertad espiritual de la opinión, lo que se hace posible, cuando se manda para realizar el progreso que la opinión aconseja y cuando se opina, sin perturbar el orden que el mando mantiene. Semejante combinación, entre el gobierno y la libertad, exige que los que mandan no pretendan imponer opiniones y que los que opinan no pretendan jamás adquirir el mando político. Esa separación fundamental entre el poder temporal y la autoridad espiritual es la base de la paz mundial, pues la autoridad

espiritual, cuando se deriva del Dogma positivo de las ciencias, puede extenderse sin violencias al mundo entero y combinarse con las diversas religiones, para constituir la verdadera unión de las Naciones, en forma sincera y definitiva, sin los espectaculares simulacros de unión, que ofrece la diplomacia temporal.

Nada es más triste que contemplar a los hombres, de ciencia irreligiosa, degenerar en fabricantes de gases mortíferos y de explosivos de máxima destrucción. Esos sabios no se elevaron hasta el Dogma religioso del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, que considera las ciencias como preámbulos de la Moral, y permanecieron en la categoría de especialistas, incapaces de constituir la autoridad espiritual del mundo, y creyeron dignificarse con sus ambiciones al gobierno político. Ya es tiempo sobrado para que se regeneren y se coloquen en el verdadero punto de vista religioso, que es el único que puede conducirnos a la realización de la paz en el mundo.

Conviene reconocer que a las condiciones sociales es necesario unir las condiciones morales, que son indispensables para realizar, en forma normal, la organización de la Industria de Fabricación. A esas condiciones morales pertenecen los conceptos que se tienen del mando y de la obediencia en el trabajo, conceptos que dependen de la destinación que se asigna a la vida humana. Es evidente que para los que se creen destinados a una vida futura celestial, el trabajo y la obediencia son castigos divinos, pero los que se consideran servidores del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, estiman el trabajo y la obediencia como deberes ineludibles, derivados de la gratitud y de la abnegación hacia ese Gran Ser, que les procura todos los recursos morales, intelectuales y materiales de que disponen y les demanda la protección que puedan prestar a su incesante progreso.

Al mismo tiempo, se desarrolla en los seres humanos el sentimiento de la cooperación voluntaria, no sólo en

la Familia y en la Patria, sino también en la Humanidad. Resulta, en consecuencia, la feliz armonía en la vida doméstica, el orden perfecto en la vida política y la paz universal en la existencia humana. Tales resultados, naturales de los verdaderos sentimientos morales, permiten organizar la Industria de Fabricación, sin imposiciones tiránicas ni aspiraciones capitalistas, sino con el concurso esclarecido de los cooperadores, cualquiera que sea el trabajo que se les asigne, en vista del mejor aprovechamiento de sus aptitudes.

A medida que la Agricultura y la Minería han incrementado los medios de sustento y de trabajo, ha podido desarrollarse la Industria urbana de Fabricación, que supone que los cooperadores pueden sostenerse en la infancia y en la vejez sin concurrir al trabajo y que aún la adolescencia y la juventud se destinan a la preparación teórica y práctica, lo que reduce el período realmente activo del hombre a los treinta y cinco años de la edad viril y de la edad madura. Los resultados de este período de trabajo, no sólo deben compensar el consumo de los seres pasivos de la Familia, sino también el de las Mujeres que, en el Régimen sociocrático, sólo concurren a las actividades de la vida privada, y, además, debe asegurarse el incremento secular de la riqueza material de los pueblos. A los que concurren en la Industria de Fabricación les corresponde conservar, renovar e incrementar los instrumentos y las provisiones, de carácter público y privado, que requieren las exigencias crecientes de la civilización.

La organización industrial impone, como condición material, que se asegure al trabajador los medios de sustentar las siete personas que, en general, constituyen una familia: los esposos, tres hijos y los padres del esposo, sin incluir el costo del domicilio, que ha sido adquirido por el obrero, durante su juventud, gracias al exceso de su salario de jefe de familia. Ese salario mensual,

independiente del trabajo, se incrementa con una cuota de bienestar, que se asigna a la faena, en proporción a los resultados del trabajo. En esta forma, cada operario trabaja en beneficio de la faena a que pertenece, lo que contribuye a dar a las faenas la composición más favorable, en las condiciones personales y en el número de los cooperatorios.

Tal sistema de salario impone la obligación moral de trabajar, para no vivir a costa de los compañeros de trabajo. Al mismo tiempo, se justifica la necesidad de la obediencia, que permite coordinar los esfuerzos de trabajo en la forma más favorable a los resultados. Las influencias morales, propias de este nuevo sistema de salario, son más que suficientes para garantizar el trabajo y la obediencia, sin las imposiciones tiránicas de los que mandan ni las ansias mercantiles de los que trabajan.

Una vez determinado el jornal, por el consumo diario, el sueldo mensual, o de cuatro semanas, ascenderá a veintiocho jornales, y para caracterizar que la cuota de bienestar no indica que se conceda al operario una participación en las utilidades, es necesario limitar esa cuota semanal a doce jornales o sea al doble del sueldo que corresponde a los días de trabajo. Semejante restricción no sólo demuestra que la cuota de bienestar corresponde al máximo de trabajo exigible, sino que el trabajador está enteramente libre de toda ambición capitalista que, por lo demás, se hace innecesaria en el Régimen sociocrático, que asegura el bienestar a todos los seres humanos. Este régimen supone que nadie pretende tener los medios de vivir sin trabajar y que, a menos de insuficiencia física o moral, todos se incorporan al servicio de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Reservada la Mujer, desde la infancia a la vejez, a coordinar la existencia moral afectiva del hombre, ella concurre, sin embargo, a los quehaceres de la vida doméstica en el domicilio de sus padres, más tarde en el de

su esposo y por último en el de su hijo. Esa vida afectiva constituye la verdadera existencia de la naturaleza humana, que se liga por las emociones al Pasado, al Porvenir y al Presente. De este modo, puede considerarse la vida activa del hombre, como el medio material de conservar y perfeccionar la vida afectiva, lo que dignifica el trabajo, incorporándolo a la existencia moral.

Al organizar la Industria de Fabricación no debe tenerse en vista la acumulación de los productos o de los capitales que representan, sino las necesidades reales que esos productos están destinados a satisfacer. Todas las Industrias concurren así al servicio del Gran Ser, pues, mientras la Agricultura y la Minería suministran sus elementos a la Fabricación, el Comercio reparte los productos y el Banco dirige el concurso industrial. El régimen económico de los pueblos, que se ha ido estableciendo en medio de luchas y opresiones, no puede ofrecer ni siquiera un reflejo de lo que será el Régimen sociocrático de la Industria, basado en el concepto de la acción y del destino colectivos del trabajo humano, sin ambiciones individuales, ni domésticas, ni nacionales.

Será necesario esperar que se extienda la regeneración religiosa de los corazones humanos para eliminar los conceptos económicos, que se han ido complicando a medida que intervenían nuevos egoísmos antisociales. El punto de vista positivo concluirá por imponerse sin violencias, sobre todo, en cuanto el Proletariado se incorpore al comunismo social de las pequeñas empresas industriales y abandone sus ilusorias esperanzas en el comunismo político del Estado. Al Proletariado le corresponde instituir el Régimen Sociocrático en la actividad industrial, de acuerdo con los principios del Dogma Sociológico de la intelectualidad científica, bajo la influencia del Culto Sociolátrico de la afectividad religiosa.

La Fabricación nació, como las Industrias agrícola, minera y comercial, de la iniciativa individual en la Fa-

milia y se desarrolló, hasta los tiempos modernos, efectuando el trabajo para satisfacer la demanda de productos que recibía el trabajador de parte de sus amos, mientras era esclavo, y de parte del público, cuando fué hombre libre. El trabajo, esencialmente manual, se perfeccionaba en la propia familia y aún en la de los herederos, hasta adquirir los caracteres de la factura artística, que revelan los objetos de fabricación teocrática. Semejantes caracteres se conservaron durante la Edad Media y aún hasta los tiempos modernos, en la fabricación de obras de arte, de alhajas y de instrumentos de precisión.

A la Fabricación doméstica le correspondió, desde la Edad Media, una clientela aristocrática, que reemplazaba a los antiguos amos. Esa clientela aumentó con el incremento de la burguesía y, sobre todo, por la influencia de los comerciantes, que demandaban productos para ofrecerlos en venta en el extranjero e importaban los que ofrecían en los mercados nacionales, como lo efectuaron los navegantes de Venecia y los de la Liga Anseática. Se incitó así, en forma directa, el trabajo de la Industria fabril y el domicilio del obrero se transformó en un verdadero taller, al que concurrían no sólo los aprendices, sino también otros obreros.

Bajo la influencia de la demanda de productos, se instituyó por fin la maquinaria, que determinó la división del Proletariado entre los mecánicos y los operarios, y, desde entonces, surgió la gran producción fabril de oferta, con todo el cortejo de publicidad, en los llamativos avisos de prensa y que, por desgracia, han invadido el reciente dominio de la radio. Lo que la producción fabril ganó en cantidad lo perdió en calidad y para obtener la factura perfecta fué siempre necesario recurrir a la pequeña fábrica y aún al trabajo doméstico del artífice. El éxito mercantil de la fabricación a máquina eliminó la existencia de numerosos talleres y produjo la desocupación y las protestas violentas del Proletariado, desde lue-

go en Inglaterra, a fines del siglo XVIII, y más tarde en Francia.

Obstáculos insuperables presenta el trabajo doméstico para incorporarse a una verdadera organización de la Industria de Fabricación, por la dificultad de formar grupos jerárquicos con elementos que exageran la independencia, hasta desconocer la cooperación. Los centros domésticos de trabajo sólo mantienen relaciones con sus clientelas y con los que les suministran los materiales y no sienten el concurso general de la Industria. Así se justifica que los programas de organización industrial en los nuevos pueblos coloniales, especialmente en la América del Norte, hayan tendido a constituir la industria con empresas de gran número de obreros, ocupados en la fabricación mecánica.

Recurrióse entonces a utilizar los derechos de aduana, para defender la producción fabril nacional contra la importación de artículos de menor costo, aunque de inferior calidad, pero a pesar de esa defensa, se desarrollaron las grandes empresas en los pueblos de Europa y la Industria de Fabricación tendió a perder el antiguo carácter doméstico, en que había nacido y vivido, para convertirse en la gran producción mecánica. El régimen de la producción doméstica, que podemos llamar aristocrático, tendió a transformarse en el régimen democrático, que rebajó al antiguo artífice al rol de una pieza de máquina. Debe esperarse el reinado definitivo del Régimen sociocrático de la producción fabril, que une las ventajas de la organización con las condiciones de la independencia y de la dignidad de los trabajadores.

En el régimen sociocrático, todos los aspectos de la organización industrial se subordinan a las condiciones sociales de los cooperadores, lo que obliga a limitar el número de familias asociadas. Refiérese esta reducción de familias asociadas, no sólo a las conveniencias morales del Proletariado, sino también a las conveniencias

morales e intelectuales del Patriciado. A la condición nominal que asume un patricio, cuando es excesivo el número de operarios, se contraponen la condición deprimente de la dirección, cuando el número de operarios se reduce, en forma que no se justifica que el jefe no concorra directamente a trabajar, como sucede en el pequeño taller.

Semejantes condiciones indujeron, sin duda, al Supremo Maestro a estimar aproximadamente en setenta el número de operarios, que justifica la función de un director de empresa o patricio industrial, y que corresponde al número de treinta familias asociadas, capaces de suministrar ese número de obreros fabriles, en vista del concurso de los jóvenes y aún de los adolescentes. Esta aproximada estimación numérica indica que la organización se hace posible sin intermediarios entre el administrador y los operarios. A la dirección del patricio se une la protección directa que su familia ejerce sobre las familias proletarias que constituyen la empresa.

A la dispersión aristocrática y a la concentración democrática de los operarios fabriles se substituye el orden sociocrático, que atiende a la dignidad del que dirige el concurso y de los que cooperan al trabajo industrial. Ninguna empresa aspira a construir los productos del trabajo sin el concurso de las demás empresas, agrícolas, mineras, fabriles y comerciales, sino a concurrir a una de las fases de las construcciones humanas. Así, las empresas de movimiento de tierras, albañilería, ferretería, carpintería, revestimientos, etc., concurren a las obras, sin fusionarse en una sola empresa, sino cooperando con las demás, bajo la dirección de la empresa constructora.

Mientras el régimen democrático, en las grandes empresas fabriles, reduce al operario a ejecutar un trabajo excesivamente especial, que no le permite apreciar su concurso a la obra por realizar, el régimen sociocrático procura a los operarios la exacta conciencia de la sección

de obra que ha concurrido a construir. Así se concilia el perfeccionamiento propio del especialismo práctico, en el trabajo industrial, con la satisfacción que produce la obra realizada. Si las obras exigen el concurso de muchas empresas, corresponde a la dirección constructora determinar el número de empresas de la misma o de distinta naturaleza que deben concurrir y el momento en que se requiere su cooperación.

A las empresas fabriles les corresponde tener un trabajo propio, independiente de su cooperación con las demás, a menos que el concurso tenga carácter permanente y asegure su existencia. Tales condiciones requieren que se disponga de trabajos de reserva, que no tengan plazo fijo de entrega, y que puedan servir para ocupar a las empresas aisladas o a sus asociaciones permanentes. Es evidente que siempre será posible proyectar trabajos de mejoras de la existencia civil o doméstica, que no sean de urgencia.

No menos importante es procurar que la empresa, que se encargue de una sección de obra, la lleve a término, para que los operarios tengan la satisfacción moral que produce la obra realizada, en que el egoísmo constructor se ha subordinado a la virtud del trabajo. Opuesto carácter presenta la organización de las grandes empresas, en que no se establece ningún lazo afectivo con la obra realizada, a pesar de los esfuerzos que se hacen por conseguir ese resultado, y el operario sólo se liga a la obra por el salario que recibe. Semejante situación le quita al trabajo toda dignidad y lo reduce a satisfacer las exigencias de la vida material, de donde resulta que el que tiene como satisfacer sus necesidades se crea exento del deber de trabajar.

Tal situación desaparece por completo en el Régimen sociocrático de la organización industrial, en el cual el trabajo no sólo se considera un deber, sino también un placer. Así se dignifica el trabajo y se liga al altruísmo

de vivir para los demás, en las obras que se realizan. La vida industrial pierde todo egoísmo y se presenta como muy superior a la vida militar, que para servir a unos exigía exterminar a otros.

El Régimen sociocrático de la organización industrial extiende al trabajo diario del obrero la conciencia de que se vive para los demás, según el sistema de salarios, que concede la cuota de bienestar a la faena y no al individuo. Semejante régimen elimina la ociosidad injustificada, sin someter a los operarios a la indigna vigilancia de mayordomos o inspectores. Así desaparece de las empresas el personal que no trabaja y que está destinado a vigilar a los que trabajan.

Secundado por el Culto al Gran Ser, en el Régimen Sociocrático, el trabajo se destina al servicio de la existencia de la Familia, por la fabricación de domicilios, mobiliarios y vestuarios; al servicio de la Patria, por las construcciones civiles; y al servicio de la Humanidad, por la producción fabril que se entrega al comercio de exportación. El producto fabril se caracteriza, en el Régimen sociocrático, por la buena calidad de los materiales y por su acabado perfecto, pues no se aspira a producir para enriquecerse, sino para servir al Gran Ser. Desaparecen, en consecuencia, todos los productos de duración efímera y se renueva en la democrática fabricación mecánica el carácter durable de la aristocrática fabricación a mano.

Nada impide preparar los materiales en la forma conveniente y efectuar el trabajo mecánico de manera que se obtengan productos durables, de contextura fina y de bello aspecto. El ingenio inventivo se manifestará con mayor intensidad, inspirado por el altruísmo, que impulsado por los egoísmos. Tales caracteres de la producción fabril corresponden a la verdadera economía social, que se preocupa de enriquecer a la Humanidad, dotándola de productos útiles y durables, y no de enriquecer

a un grupo de individuos a costa del trabajo y del capital de los demás.

Así se concilian, en el Régimen sociocrático de la industria fabril, la dignidad y la felicidad del operario con la buena calidad y la duración del producto. Se concilia también la persistencia del trabajo del obrero con la libertad de su concurso. El operario desea concurrir al trabajo, pues tiene conciencia de que los compañeros de faena trabajan para él, de modo que la ociosidad forzada se convierte en el más penoso castigo.

Tal conjunto de condiciones morales del operario y de su trabajo, en el régimen sociocrático, elimina las luchas obreras, propias del régimen democrático, en que se trabaja para ganar el salario y en que se aspira a aumentarlo, para dejar de trabajar ciertos días de la semana o acumular un capital que permita independizarse del trabajo. El concurso individual en las empresas normales, no sólo está garantizado por los deseos de los operarios, sino también por los programas activos de los empresarios, amparados por los Bancos fabriles, que suministran los capitales y centralizan las informaciones sociales y técnicas propias a la fundación de cada nueva empresa fabril. Al crear una empresa se tiene sólo en vista satisfacer una necesidad social e incorporar al trabajo el incremento de la población, sin aumentar, en forma excesiva, el número de operarios de las empresas existentes.

Una vez que se organicen definitivamente las industrias de agricultura y comercio, el incremento de la población podrá siempre ser absorbido por la industria fabril y, en menor número por la industria comercial, creciendo así la población urbana, mientras la rural se conserva sensiblemente constante. No cabe duda que la industria fabril será la más afectada con el crecimiento de la población en el régimen sociocrático, en que desaparecerán las migraciones en masa, que la anarquía política y las luchas militares han determinado en la época moderna. Al mismo

tiempo, la organización de la industria agrícola eliminará el abandono de las Aldeas, para radicarse en las Ciudades, que efectúan los terratenientes, movidos por las dificultades crecientes de la armonía con los obreros agrícolas, de costumbres nómades y anárquicas.

Resuelve la Sociocracia el problema de las migraciones, no poniendo ningún obstáculo antisocial a la inmigración, pero desconociendo el absurdo derecho de emigrar, que se ha concedido al individuo. El que nace en una familia y en una patria tiene el deber ineludible de servir las y no puede abandonarlas sin motivos altamente justificados. Debe recordarse que la Sociocracia instituye el intercambio de viajeros, durante la adolescencia, entre los dieciocho y los veintiún años de los educandos, lo que establecerá relaciones internacionales más íntimas y sinceras que las constituídas por los turistas burgueses, los agentes comerciales y los emigrantes desplazados.

A medida que se consolide el régimen de la Religión Universal, en la raza blanca y que sus apóstoles lo propaguen en la raza amarilla y, por fin, en la raza negra, serán aconsejables las emigraciones de asiáticos hacia el Africa, bajo la protección moral, intelectual y material de los europeos y americanos. Se iniciará así la fusión definitiva de las razas, con beneficio para la armonía entre las condiciones afectivas, teóricas y prácticas de los seres humanos. Esas expansiones emigratorias deben ser acompañadas con los propósitos de reglamentar el aumento de la población.

La estabilidad de la población permitirá organizar, en forma definitiva, la Industria de Fabricación en las diversas Patrias de la Tierra, considerando no sólo el servicio nacional, sino el internacional. El intercambio de productos fabriles será sin duda mayor que el de los productos mineros y agrícolas, cuando los pueblos hayan desarrollado sus instalaciones mecánicas de fabricación. Al Régimen sociocrático le corresponde atender a las

condiciones de economía mundial, en la producción, y no concretarse a las de economía de nación o de empresa.

Consecuente con estos propósitos, al crear una nueva producción de industria fabril, deben considerarse las condiciones de las industrias agrícolas y mineras que suministraban los materiales al antiguo procedimiento de fabricación, para no producir los funestos colapsos de trabajo, análogos a los que se han derivado de la fabricación de productos llamados sintéticos. Al Régimen sociocrático de la producción fabril le corresponde respetar las industrias proveedoras, conciliando los antiguos procedimientos con los nuevos, mediante el establecimiento racional de los precios medios de costo, para permitir el agotamiento paulatino de los trabajos que deben desaparecer definitivamente y no producir las catástrofes sociales de la desocupación en masa. Estos procedimientos son totalmente inadecuados a las empresas industriales que sólo tienen en vista su propio enriquecimiento, sin preocuparse de las condiciones de la economía mundial y ni siquiera nacional.

A la organización sociocrática le corresponde mantener la mayor estabilidad posible en las relaciones de los productores con sus clientes, tanto en el pequeño comercio de proveeduría como en los grandes abastecimientos de materiales de construcción fabril, de modo que el productor agrícola o minero cuente con su propia clientela y que los clientes cuenten con las entregas del productor. Redúcese la estabilidad de los productos a su calidad, pero no a su precio, que depende directamente del costo de producción, el cual puede alterarse en ciertas circunstancias, sin que por eso se modifique su adquisición, por parte de las empresas fabriles, que fijarán nuevos precios de venta, precios que serán, en lo posible, uniformados por las empresas comerciales y que serán siempre aceptados por las clientelas consumidoras. Así permanecerán estables las relaciones entre las empresas agrícolas

y mineras y las empresas fabriles y entre éstas y el público.

Para garantizar al público contra toda especie de abusos económicos, las empresas fabriles están obligadas a presentar balances semestrales de sus operaciones, para justificar el costo de su producción. Al mismo tiempo, las empresas agrícolas y mineras justificarán, con sus balances, los precios de venta a sus clientes fabriles. Regularizar los precios de venta al público constituirá la principal función económica de la industria comercial.

Así desaparecen las fluctuaciones de los precios, que se atribuían a la ley de la anarquía financiera de la oferta y la demanda y el pedir un precio injustificado se considera un crimen de robo, en el Régimen sociocrático. La publicidad de los balances, que se aplica ahora a los Bancos y a algunas Sociedades Anónimas, se extiende a todas las empresas agrícolas, mineras, fabriles y comerciales, en el régimen normal. Al público le corresponde aceptar los precios fijados por sus proveedores, en la confianza de que son justificados, y reclamar sólo de la calidad de los productos.

Cada una de las empresas fabriles se considera como un cooperador de la acción de la Humanidad en favor del bienestar de la existencia humana. A medida que se desarrolla el Culto del Gran Ser y de las Divinidades positivas, se consolida el respeto por los productos del trabajo y aun por los materiales que se emplean en ellos. La destrucción arbitraria del vestuario, del mobiliario y del domicilio se considera una falta grave, como también el empleo de los productos agrícolas o mineros en la fabricación de artículos inútiles o nocivos.

Este lazo moral de veneración hacia los materiales, que suministran la agricultura y la minería, procura al trabajo un encanto desconocido para los que se han habituado a despreciar los materiales y sólo estiman los productos por el precio de compra. Será necesario esperar que

se regeneren los cerebros humanos, pervertidos por la ingratitude teológica, para que se manifiesten, en forma sincera y espontánea, los lazos morales que unieron a los fetichistas primitivos con los seres de la naturaleza, lazos que han conservado, en parte, las razas amarilla y negra. El desarrollo inevitable de la razón abstracta alejó a la raza blanca de esos encantadores afectos y sumergió a los espíritus en un mundo de fantasmas y de quimeras.

Se compensaron en algo estos estragos con el desenvolvimiento de las leyes científicas, en Matemática, Astronomía, Física, Química, Biología, Sociología y Moral, cuya influencia habría seguido fomentando las divagaciones abstractas si el grandioso genio del supremo Maestro no hubiera subordinado lo abstracto a lo concreto y constituido con las Ciencias, el Dogma de las Divinidades positivas: el Gran Medio, el Cielo, el Flúido, el Gran Fetiche, la Vegetalidad, la Animalidad y el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Esas Divinidades permitieron organizar en torno de ellas la actividades bancarias, comerciales, fabriles, mineras, agrícolas, políticas y educativas. Rigieron también esas Divinidades el dominio de las Bellas Artes, en la mímica, la arquitectura, la música, la escultura, la pintura, el canto y la poesía.

A la Industria de Fabricación le corresponden lazos directos con el Flúido, que envuelve a la Tierra, el Aire y el Agua, en que se manifiestan las actividades físicas de la materia, que la Industria trata de adaptar a las necesidades de la existencia humana. Resuelve la Fabricación los problemas del domicilio, del mobiliario y del vestuario y suministra a la acción del hombre los múltiples instrumentos de trabajo, que emplea en todas las industrias, y los instrumentos del arte musical. El campo fabril es más extenso que el de la agricultura y el de la minería e inferior al del comercio y al del Banco, que abarca todas las operaciones industriales.

No cabe duda que en el porvenir tendrán que insti-

tuirse las donaciones nacionales en favor de los pueblos que necesitan protección material y no tienen productos con que compensarla. Opérase, entonces, entre las Patrias, una asociación análoga a la de la Familia, en la cual los seres activos y mayores donan las provisiones a los seres pasivos y menores. Semejantes relaciones de economía mundial ya se han bosquejado, después de las últimas catástrofes militares, a pesar del egoísmo crónico, propio del capitalismo.

Habría sido necesario desconocer las impulsiones altruistas del corazón humano, para aceptar, en forma definitiva, los monstruosos principios del capitalismo, que niega el sustento al que no trabaja y destina la vida a enriquecerse. A medida que progresa la asociación humana, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad, van atenuándose los lazos egoístas y vigorizándose los altruistas, en forma que es posible predecir que llegará un día en que el amor social se purificará de todo egoísmo de interés y de ambición. Ya existen muchos síntomas de esa regeneración final, en que la Virgen Madre reinará en el matrimonio y en los lazos domésticos y favorecerá la unión de las familias en la Patria y la de las patrias en la Humanidad.

Ese triunfo completo y decisivo del altruismo conservará la salud en el individuo, el orden en la Patria y la paz en la Humanidad. Será necesario procurar, por todos los medios posibles, que el amor que se ha elevado ya de la Familia hasta la Patria, siga desarrollándose hasta abarcar la Humanidad entera, reconociendo que en todos los seres humanos existen los gérmenes del altruismo, que bastará sólo desenvolver por medio del Culto de las Divinidades positivas y del Gran Ser que las resume. A su vez, será indispensable desatender las impulsiones del egoísmo, dominarlas con la práctica de las virtudes y subordinarlas a las impulsiones altruistas, cuando son fatalmente irreductibles.

La organización de la Industria de Fabricación puede considerarse destinada a facilitar el perfeccionamiento moral de la naturaleza humana, permitiendo a los seres activos vivir para los demás, y especialmente para sustentar a la providencia afectiva de la Mujer y a la providencia intelectual del Sacerdocio. El trabajo se ennoblece y no sólo se considera como un deber, sino como un placer, ya que procura las más delicadas emociones al corazón y las más amplias concepciones al espíritu. Ante la destinación altruísta del trabajo, desaparecen los impulsos egoístas que antes lo dominaban, que fueron la fuente de la miseria y de la desgracia material y moral del proletariado, de la conducta indigna del patriciado, de las ambiciones inagotables de la burguesía y de la humillante situación de la Mujer.

Ofrenda generosa del trabajo, cada producto fabril llevará el sello del altruísmo que ha sustentado el brazo del operario, al manejar los instrumentos de acción. La afección social, que se liga al porvenir por el producto fabricado, se liga también al pasado por los instrumentos que se emplean, y aún al presente, por la conciencia de la cooperación obrera. Al Gran Ser se liga así, en todo momento, el corazón del operario, cuyo trabajo lo dignifica y lo deleita.

Se incorpora definitivamente el Proletariado al Gran Ser, tanto a la Familia, como a la Patria y a la Humanidad. A la Familia lo incorpora la Mujer, con el matrimonio; a la Patria el Patriciado, con el trabajo; y a la Humanidad el Sacerdocio, con la Religión. La vida subjetiva extiende los afectos y los conceptos al pasado y al porvenir, que inspiran y dirigen los actos del presente.

CAPITULO SEXTO

CONDICIONES ASTRONOMICAS DE LA INDUSTRIA

I. ACTIVIDAD ASTRONÓMICA. II. ORGANIZACIÓN COMER- CIAL DE LA INDUSTRIA

I.—ACTIVIDAD ASTRONÓMICA

Relaciones íntimas se establecen entre las actividades humanas y los fenómenos celestes, con el movimiento diurno aparente del Sol, que determina la noción y la medida del tiempo. El Cielo fija las direcciones de los transportes y de las construcciones de vías, edificios y monumentos. Dominio preponderante ha tenido el Cielo en la determinación de las rutas de navegación, muchos siglos antes del empleo de la brújula.

El aparente movimiento regular de la bóveda celeste en torno de la Tierra y la fijeza de su eje de rotación per-

miten determinar la latitud de las localidades, por la medida directa o indirecta de la altura angular del polo sobre el horizonte. Redúcese, a su vez, la determinación de las longitudes, o del ángulo del meridiano con el meridiano origen, a la medida del tiempo transcurrido entre el paso de una estrella por los dos meridianos. Así ha podido fijarse la latitud y la longitud de las localidades y de los barcos en alta mar, con la exactitud que permitía la medida de los ángulos y del tiempo.

Puede decirse que el Cielo ha sido, desde los tiempos primitivos de la existencia nómada, el centro de convergencia de los seres humanos, no sólo de los contemporáneos, sino también de las generaciones sucesivas. Imagen grandiosa e inmutable, el Cielo fué, con justicia, adorado por nuestros antepasados y ha de serlo por nuestros descendientes, como una de las Divinidades positivas, que compromete nuestra existencia afectiva, teórica y práctica. A medida que se reconozca la realidad de las Divinidades positivas, irán desapareciendo los seres imaginarios, que la razón humana creó, en forma provisional, para cumplir las funciones sociales y morales que corresponden a esas Divinidades, entonces desconocidas.

Al Cielo le ha correspondido especialmente regir el transporte terrestre y marítimo de las personas y productos del trabajo agrícola, minero y fabril. Memorables han sido las expediciones terrestres y marítimas, desde la de Moisés y la de los Argonautas, mientras el transporte comercial lo establecían los fenicios en el Mediterráneo. Así se desarrollaron los lazos directos entre la actividad astronómica y la Industria del Comercio.

Reducido al interior, el transporte se efectúa dentro de las Ciudades o entre ellas y los campos que las rodean, pero el comercio exterior supone los grandes transportes, terrestres, fluviales y marítimos. Iniciado por los hombres de carga, el transporte emplea luego los animales de carga, y, por fin, los carros y barcos de carga. El progreso

incesante de la industria fabril ha llegado ya a establecer el transporte aéreo.

Todos los medios de locomoción se utilizan en el Comercio que, nacido del interés individual, no ha podido todavía cumplir la verdadera función social que le corresponde, como agente general de la repartición de las provisiones y de la concentración de los instrumentos. El egoísmo reina aún en las transmisiones comerciales, en las que cada cual estima en más lo que recibe que lo que entrega. Al contrario, en la transmisión de provisiones que se efectúa en la Familia, ya ha llegado a imperar el altruísmo y, en general, la repartición es equitativa y adecuada a las necesidades de cada cual.

El Comercio, mientras la actividad industrial no adquiriera el carácter social de la actividad militar, tiene que inspirarse en el deseo de enriquecimiento individual, que le ha permitido constituir los capitales indispensables al desarrollo del trabajo colectivo. Si los tesoros teocráticos fueron constituídos por la donación popular de los productos, los capitales modernos se deben a la explotación comercial, que fija precios muy superiores al costo. Ante las grandes acumulaciones de capital, realizadas en medio de la anarquía industrial y de los destrozos militares, no es posible dudar de que el trabajo humano es capaz de asegurar el sustento y el bienestar material del Proletariado y de procurarle las condiciones afectivas, intelectuales y activas de la vida altamente civilizada.

Es evidente que la condición egoísta de la industria comercial no puede aceptarse en forma definitiva, ya que sólo ha sido necesaria para obtener capitales, mientras el trabajo no adquiría un verdadero carácter social. Cabe esperar que la industria comercial se reduzca a la repartición equitativa de los productos, que debe efectuarse no sólo entre los individuos de una Familia, sino también, entre las familias de una Patria y entre las patrias de la Humanidad. Obtener ese resultado será, sin duda, el

programa del porvenir, ya que la acumulación de capitales pierde su objeto, cuando el trabajo adquiere una investidura social.

Se inició el Comercio, desde el estado sedentario de la civilización, por el cambio directo de los productos entre los pequeños poblados, mientras se mantenían en paz. El estado militar estableció la transmisión por conquista, que llegó a adquirir el carácter de donación de rescate de la vida o de la libertad. A los pueblos que les fué dado constituir la Astrolatría Sacerdotal les correspondió desarrollar el Comercio interior, en condiciones tan intensas que se impuso la institución de las monedas, o signos de crédito, que reemplazan a los productos que debieron entregarse o recibirse en el cambio directo.

Tales condiciones se consolidaron y extendieron en los pueblos que fueron llevados, por la razón abstracta, hacia la Teocracia Sacerdotal, como la del Egipto. Así se desarrolló el comercio exterior, que fué siempre perturbado por los elementos militares, que concluyeron por descomponer las Astrolatrías y las Teocracias Sacerdotales y transformarlas en militares, con lo cual el comercio retrogradó hacia la conquista. La decadencia del comercio exterior se extendió por fin a todas las industrias, bajo el imperio del Monoteísmo medioeval, que aspiraba a la vida futura, menospreciando el trabajo, como un castigo, pero prosiguiendo las luchas de exterminio y saqueo.

Impulsado hacia la vida errante, el pueblo judío, alejado de las industrias agrícola y fabril, practicó el comercio e instituyó la industria bancaria, concediendo préstamos de usura y creando la letra de cambio. Reducidos a la actividad bancaria, ellos han sido los fundadores del capitalismo moderno y por lo tanto los promotores del progreso industrial. Ese progreso, dirigido hasta ahora por el egoísmo, ha de tomar en un próximo porvenir un carácter altruísta, cuando se establezca la íntima alianza

entre los empresarios y los operarios, entre el Patriciado y el Proletariado en el Régimen sociocrático.

Mientras se organizaba la civilización feudal, el comercio exterior lo desarrollaron los navegantes cristianos y musulmanes, a pesar de sus permanentes luchas armadas. A la Italia le correspondió dirigir el comercio católico y a la España el islámico. Se concentró, por fin, en los puertos de la Liga Anseática el comercio exterior, en la tercera fase de la Edad Media, preparándose así las grandes expediciones de Colón y de Gama, que extendieron el Comercio al mundo entero.

A pesar de las luchas religiosas entre el protestantismo y el catolicismo, el comercio continuó extendiéndose hasta los tiempos modernos, en que sólo ha sido interrumpido por las guerras propias de la política de las nacionalidades, que ha de seguir perturbando el mundo después de la segunda guerra universal. Cuando la guerra se impone a los pueblos, renacen los instintos de conquista y de saqueo, y los pueblos vencidos tienen que soportar las violentas ambiciones de los pueblos vencedores. Al porvenir ha de corresponderle reparar los destrozos de la guerra y, sobre todo, extinguir los odios, que impiden fusionar a las Patrias en la Humanidad.

Relaciones íntimas se establecen entre el comercio de exportación y la producción agrícola, minera y fabril. A las reacciones del comercio sobre la fabricación se debió la institución de la maquinaria, que determinó, a su vez, la producción fabril de oferta y la consiguiente intensificación del comercio. Semejantes reacciones indican que el comercio y la fabricación fueron solidarios en su anarquía y que debe esperarse sean también solidarios en su regeneración.

Por medio del Comercio, sea en sus formas anárquica u orgánica, se efectúa la repartición social de los productos del trabajo industrial, en la agricultura, en la minería y en la fabricación. A la repartición por donación,

propia de la Familia y de las sociedades primitivas, se substituyó la repartición por comercio, el cual dió origen a las aspiraciones de enriquecimiento. Renováronse así los resultados de la conquista, sin las violencias militares que la acompañan.

Reducir el precio de compra e incrementar el precio de venta fué el principio fundamental del comerciante, cuyas operaciones lo enriquecían, salvo el caso de imprevistas crisis de precios. El ejemplo del comercio fué seguido por la fabricación, que aspiró a elevar los precios de venta y disminuir el costo de producción. Siguiéron luego la misma ruta la minería y la agricultura, y así se formaron los grandes capitales de los tiempos modernos.

Esta anarquía industrial concluyó por depreciar los signos de crédito, cuando su valor superó en mucho el valor de los productos transferibles. Más grave fué, sin embargo, la reacción social de la industria capitalista, que se encontró luego en lucha abierta y creciente con el proletariado. Al porvenir sociocrático de la organización industrial ha de corresponderle establecer la armonía definitiva entre el capital y el trabajo y producir la estabilidad en el valor de la moneda de crédito universal.

Podrá entonces regenerarse el comercio, perdiendo desde luego el propósito de enriquecimiento y organizando, en la mejor forma posible, la repartición de los productos, dentro y fuera de cada Patria. Un propósito inquebrantable de servir a la Sociedad dirigirá todas las ramas del Comercio, que podrán así concurrir a determinar el bienestar material de las poblaciones. A las ambiciones de enriquecimiento, propias de la desorganización en que se ha desarrollado la industria moderna, se substituirán los propósitos de servir y de enriquecer a la Sociedad, que suministrará los capitales, en la cuantía conveniente, para crear, conservar y desarrollar todas las industrias que sean necesarias a las exigencias sociales y al trabajo del Proletariado en favor del porvenir.

A medida que se propaguen los principios de la organización sociocrática de la industria, se irán modificando los sentimientos de los empresarios y de los operarios en forma que será posible fundar las empresas normales, contando con el personal adecuado. La experiencia práctica divulgará con mayor intensidad esos principios y, así, la regeneración industrial seguirá una marcha acelerada, hasta extenderse a todas las ramas de la actividad pacífica. Ante los buenos resultados obtenidos por los procedimientos sociocráticos, en los pueblos que están menos pervertidos por la anarquía moderna, todos los centros activos de la Humanidad seguirán su ejemplo y llevarán a cabo la regeneración definitiva del capital y del trabajo humanos.

Resultado espontáneo de esa regeneración, la armonía definitiva entre los empresarios y los operarios eliminará las luchas obreras, que han ido perturbando cada vez más las industrias y los servicios sociales más necesarios. El imperio de la fuerza pública fué siempre impotente para resolver los conflictos obreros, que se han ido agravando con la influencia creciente del comunismo político, que, por desgracia, ha invadido a los pueblos del mundo, antes de que haya surgido el comunismo social, que es el único medio de contrarrestarlo. Ya se observan, sin embargo, síntomas de la organización de las comunidades industriales entre el empresario y los operarios, aunque falseadas por la participación en las utilidades que se concede a los comuneros, cuando las comunidades sociocráticas deben ser ajenas a todo interés capitalista y destinadas sólo a establecer la armonía entre el capital y el trabajo, consagrando el uno y el otro al servicio material de la Humanidad.

A pesar de las divagaciones parlamentarias, que se están extendiendo a la organización mundial de la paz, no cabe duda que las desilusiones prácticas conducirán a los espíritus sensatos a convencerse de que no son los

gobiernos políticos los que pueden resolver los problemas sociales y especialmente los de la paz, que tienen carácter moral, y cuya solución corresponde exclusivamente a la Autoridad espiritual, que es necesario crear con la ciencia, para dirigir la opinión del mundo y evitar que los representantes de los dogmas teológicos sigan la corriente de la anarquía política. Vemos un ejemplo de estos extravíos en la reciente sanción que ha otorgado el Supremo Pontífice de la Iglesia Católica a la participación de las Mujeres en las luchas electorales, lo que constituye un absurdo científico y una decadencia moral. El concepto científico de la Patria la considera compuesta de familias y no de individuos y, por lo tanto, son los jefes de familia los únicos que debieran concurrir a determinar sus destinos políticos, y, por otra parte, las Mujeres, como representantes de las influencias afectivas de la Humanidad, no deben profanarse, mezclándose a los intereses de la acción política, que sólo tiene influencia material y ninguna influencia intelectual ni afectiva.

A la actividad comercial, anarquizada por las ambiciones capitalistas, le ha correspondido desarrollar el sistema de los monopolios, que permiten subir, en forma arbitraria, los precios de venta. Tal sistema se ha extendido en forma asombrosa, sea por empresas comerciales aisladas o conectadas para explotar al público. Al filósofo griego, Tales, se atribuye el ejemplo primitivo de una operación comercial de monopolio.

Los monopolios desaparecerán espontáneamente, sin ninguna intervención legal, cuando el comercio regenerado se inspire en el deseo de servir y no en el de explotar al público. Al mismo tiempo se extinguirán los propósitos de arruinar la producción de ciertas provisiones para reemplazarla por el comercio monopolizado. Semejantes operaciones de lucha comercial serán contrarrestadas además por el principio sociocrático de la estabilidad de las clientelas, que en ningún caso abandonarán a sus provee-

dores, y menos por motivos de economía incierta y pasajera.

Todos los obstáculos, que se oponían al libre comercio entre los pueblos, han ido desapareciendo en el comercio interior, pero persiste aún el sistema de impuestos aduaneros en el comercio exterior. Este sistema se ha justificado como un medio defensivo contra los monopolios exteriores, que amenazaban destruir la producción nacional y, por lo tanto, es evidente que podrá desaparecer conjuntamente con esos monopolios. No sería posible organizar la industria comercial sin que se efectúe el libre cambio entre los pueblos.

Una vez que se inicie la regeneración comercial, no serán los pueblos explotados los que deben defenderse, sino que corresponde a los explotadores transformarse en protectores. No se puede proyectar ninguna organización estable de la industria comercial, si es necesario tomar en cuenta elementos contrarios a toda cooperación. El Régimen sociocrático requiere el más estricto concurso de los elementos activos, en favor de la armonía industrial del mundo entero.

Refrenado el egoísmo y exaltado el altruísmo, por la vida de familia, de trabajo y de culto religioso, será fácil atraer las voluntades hacia el servicio de la Patria y de la Humanidad, sin exigir entusiasmos ni sacrificios extraordinarios. Inverosímil sería que los individuos, que no tienen ninguna inquietud respecto al sustento y al bienestar de su vida doméstica, se preocuparan de acumular capitales para independizarse de la Sociedad que los protege. Es evidente que todos estarán dispuestos a concurrir al servicio material de esa Sociedad protectora, sin las desconfianzas que les inspira una Sociedad que les es extraña, como la actual.

A la regeneración de la industria comercial le corresponde estabilizar los precios de venta, calculados según el valor medio del costo, que tenderá a decrecer, a medida

que las empresas productoras obtengan su autonomía financiera. Nada impide aún a las empresas productoras compensar los malos resultados de un período de trabajo, con los buenos que se obtengan en los períodos siguientes, para mantener constantes los costos de producción. Así pueden concurrir las empresas productoras, agrícolas, mineras y fabriles, con las empresas comerciales, para mantener estables los precios de venta, bajo la dirección de las empresas bancarias.

Se recordarán en el porvenir los procedimientos antisociales de la actual anarquía capitalista, como se recuerdan ahora los saqueos de la barbarie militarista de los tiempos pasados. Ante las buenas condiciones de la regeneración sociocrática de la actividad industrial, será imposible que surjan o que puedan prosperar esas individualidades nefastas, que consiguen centralizar y organizar los egoísmos de un pueblo para perturbar la paz del mundo. No encontrarán ya el medio social de egoísmos nacionales que favoreció su carrera en el pasado, medio del cual ellos fueron más bien los agentes que los creadores.

Reacciona especialmente el Comercio sobre la Fabricación, hasta el punto de imponerle el sistema de monopolios, bajo la forma de privilegios exclusivos, que encarecen los productos de un modo arbitrario. Instituídos y legislados en los tiempos modernos, los privilegios exclusivos han de desaparecer, como los monopolios, sin ninguna intervención legal, sino por la regeneración de las costumbres en un proletariado que ha recibido la instrucción enciclopédica, que lo capacita para desarrollar el espíritu inventivo en favor del perfeccionamiento de todas las industrias. A la edad juvenil, en que se aprecia el detalle de los diversos procedimientos de trabajo, ha de corresponder la preparación técnica de los inventores, que procederán, sin ningún espíritu de lucro, a mejorar la industria.

El progreso práctico perderá el carácter esporádico que ha tenido en los tiempos modernos, en que ha sido a

menudo impulsado por las luchas militares o las ambiciones capitalistas. Vinculado a la sociocracia, ese progreso será continuo e incesante, hasta que se alcance el límite de perfección de que es susceptible la acción industrial. Al progreso industrial de la maquinaria se unirá el progreso moral e intelectual, no sólo de la especie humana, sino también de las especies animales, que pueden llegar a controlar el funcionamiento de los mecanismos.

Si la actividad militar ha llegado a utilizar los explosivos de preparación eléctrica, es permitido esperar que la actividad industrial utilice esos elementos en mejorar las condiciones habitables del planeta humano. Intensas calefacciones de las regiones polares y de zonas convenientes de los mares podrán incrementar los suelos útiles y modificar el régimen de las lluvias. Ningún resultado de fuerza motriz es permitido esperar de las violentas reacciones químicas de la acción eléctrica, ya que no ha podido emplearse la dinamita y, ni siquiera la pólvora, en el movimiento de motores.

Protegido por la verdadera ciencia, que sólo acepta hipótesis demostrables, el espíritu humano se apartará definitivamente de las fantasías metafísicas, que son tan del agrado de los criterios teológicos, en especial protestantes, ajenos a toda disciplina mental. Así han de llegar, por fin, los seres humanos, en toda la Tierra, a uniformar el concepto científico de las Divinidades positivas, el Gran Medio, el Cielo, el Flúido, el Gran Fetiche, la Vegetalidad, la Animalidad y el Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Real, útil, cierto, preciso, orgánico, relativo y simpático, el Dogma positivo podrá ser apreciado por todos los seres de la especie humana y no constituirá un recurso secreto de los sabios, para maravillar a los ignorantes con hipótesis incomprensibles.

El Dogma positivo no ha sido construído por la Humanidad para satisfacer las aspiraciones egoístas, sino para disciplinarlas, subordinándolas a los sentimientos

altruistas de simpatía, de veneración y de bondad, que anida el corazón humano, y cuyo desarrollo, por el Culto positivo, determina la moralidad de la conducta, la racionalidad de las creencias y la santidad de las afecciones. Sin las influencias morales y mentales del Culto y del Dogma positivos, sería ilusorio pretender regenerar el Régimen industrial y pacífico de la existencia humana, y por eso es necesario insistir en que se acepten ese Culto y ese Dogma, aunque los espíritus metafísicos y teológicos adjunten a ellos las fantasías que satisfagan sus divagaciones y sus egoísmos invencibles. Estas concesiones sólo puede hacerlas el relativismo positivo, a los partidarios de las doctrinas absolutas, que ya aceptan los elementos científicos del Dogma y practican los hábitos rituales del Culto.

Tal alianza entre la Religión Universal de la Humanidad y el Catolicismo, el Cristianismo, el Mahometismo, el Budismo y demás sistemas teológicos, será el único medio de armonizar moralmente a los pueblos y asegurar la paz estable, sin las amenazas de la disciplina militar de la efímera alianza de naciones. Importa reconocer que esa alianza religiosa ha sido ya preparada históricamente por el agotamiento definitivo de las luchas religiosas y el crecimiento constante de las relaciones comerciales, que unen a los pueblos, sin distinción de creencias. Oportuno es también constatar que estos lazos materiales entre los pueblos implican cierta indiferencia por el orden espiritual, supeditado por el orden político, sea dictatorial o parlamentario, mientras que la Alianza religiosa, lejos de despreciar, enaltece las funciones morales de las doctrinas religiosas.

Así, la regeneración industrial está íntimamente ligada a la Alianza religiosa, sin la cual continuará el mundo entregado a las luchas egoístas de los intereses materiales y sordo a todos los llamados del altruismo. Mientras no se efectúe el concurso de las religiones en torno de unos

mismos principios de paz social y de armonía industrial, continuarán imperando los egoísmos capitalistas, las ambiciones de los empresarios y las ilusiones de los operarios por el comunismo político. Ocioso, cruel y a veces contraproducente es invocar la fuerza material para someter al pueblo a las directivas del gobierno, si ese gobierno no está apoyado por el pueblo mismo, como en la forma comunista.

Todo el problema material de la regeneración de la actividad industrial se subordina a la reorganización moral y mental de los sentimientos y de los pensamientos humanos. Una vez instituídas las bases de la reforma, en el modo de sentir y de pensar, será fácil emprender la regeneración de las costumbres en el orden industrial de la vida social. Si los seres humanos se han elevado hasta los más altos sacrificios en favor de la Patria, en las luchas militares, no podemos desconfiar de que cumplirán los deberes, menos heroicos pero más continuos, que les exige el servicio industrial de la Humanidad.

Es algo desconcertante observar que los hombres que durante años de guerra no omitieron sacrificios y expusieron sus vidas en el servicio militar, una vez vueltos a sus hogares se convierten en representantes de los egoísmos de familia y de clase social, sin ningún espíritu de sacrificio en el servicio industrial. La actividad guerrera parece que fuera más altruísta que la actividad pacífica, en que los hombres dan rienda suelta a sus egoísmos, sea en el mando o en la obediencia. Este enigma se resuelve, considerando que la guerra es una actividad que se refiere a la Patria, que, como la Familia, domina los sentimientos humanos, mientras que la industria es una actividad que se refiere a la Humanidad, cuya influencia afectiva no ha sido aún desarrollada en los pueblos.

Recuerdo eterno merecen las siguientes palabras dirigidas por el Emperador del Japón a su pueblo, a fines del año 1945: «El amor a la Familia y el amor a la Patria

son especialmente fuertes en esta nación. Con una mayor devoción de esta naturaleza, nosotros debemos trabajar ahora para amar la Humanidad». Obstruídos por la metafísica y la teología, los estadistas occidentales no han podido formular, de un modo tan claro, el problema fundamental de la existencia humana, que ha consistido y consistirá siempre en desarrollar las afecciones sociales de Familia, de Patria y de Humanidad, y de los lazos intermediarios de Empresa, entre las familias y la Patria, y de Religión, entre las patrias y la Humanidad. El sentimiento de Patria se ha ligado a las actividades egoístas, de luchas militares, de conquista o de independencia, mientras el sentimiento de Humanidad sólo puede unirse a las actividades altruístas de trabajos industriales y pacíficos.

No se puede organizar la industria, y especialmente el Comercio y el Banco, sin que impere el sentimiento de Humanidad. Obtiene la Industria un carácter social, cuando el sentimiento de Patria supera al de Familia, que dió nacimiento al trabajo. Sólo el sentimiento de Humanidad llegará a dar a la Industria su definitivo carácter social y altruísta.

Una vez que la Humanidad inspire tanta y mayor devoción que la Patria, se practicará el Culto de la Humanidad, como el de la Patria y la Familia, y se coordinarán las concepciones científicas y las actividades industriales en torno de esa Trinidad social, que constituye el Gran Ser de la existencia humana. Nuestra triple vida, afectiva, intelectual y activa, se desarrollará en forma armoniosa, desde la infancia hasta la más extrema vejez, sin tropiezos ni desviaciones egoístas, irracionales ni ociosas. A las extravagancias del espíritu metafísico se substituirán las idealizaciones del espíritu poético, que asimila a la naturaleza humana todos los seres del mundo, dotando de sentimiento y actividad a la materia y sólo

de amor altruísta al Espacio, como el Gran Medio de la existencia subjetiva.

Reflejos de los sentimientos y de los pensamientos, los actos de los seres humanos llevarán el sello de una moralidad perfecta, como inspirados por el altruísmo y dirigidos por la razón positiva. El régimen industrial podrá organizarse sin obstáculos, desde luego en el Banco y en seguida en el Comercio y sucesivamente en la Fabricación, la Minería y la Agricultura. Se iniciará la regeneración de la industria por la socialización universal de las operaciones bancarias, lo que permitirá organizar el transporte comercial, en el mundo entero, según un plan relativamente perfecto y perfectible.

Al comercio exterior se ligará el comercio interior, para repartir las provisiones a las familias y concentrar los instrumentos de producción en las empresas, fabriles, mineras y agrícolas, y en las de servicios públicos. Se desarrollará la fabricación en la forma más conveniente a la acción comercial de repartición de provisiones y concentración de instrumentos, mientras la minería y la agricultura se subordinan a las condiciones de los terrenos y de los climas. A la política interior de cada Patria corresponden, en consecuencia, las actividades agrícolas y mineras, en tanto que las actividades comerciales afectan la política exterior y las actividades fabriles, la política financiera.

Estos lazos íntimos entre la política y la industria, permiten reducir el gobierno a la dirección del trabajo, en cada Patria constituida por la pequeña extensión de territorios que pueden ser concentrados en una Ciudad preponderante por las afecciones civiles y las relaciones industriales. Repartir los pueblos en verdaderas Patrias pacíficas, sometidas al servicio de la Humanidad, será el programa de la política sociocrática, que intensificará el sentimiento de Patria y cultivará los lazos morales de la unión histórica, caracterizada por el lenguaje, pero

cuya extensión correspondió a la pretérita civilización militar, sin que pueda convenir, en manera alguna, a la futura civilización pacífica, industrial y altruísta. Esa subdivisión de las actuales nacionalidades, lejos de perturbar, favorecerá el desarrollo del comercio exterior, sin trabas aduaneras ni propósitos de monopolio.

Liberado el gobierno político, en cada Patria, de todas las funciones morales e intelectuales que corresponden a la autoridad espiritual de la Humanidad, sus deberes se reducen a mantener el orden material de la conducta personal y dirigir el progreso de la actividad industrial. El gobierno ha de mantener los servicios de policía, de justicia y de notariado de la personalidad y de la apropiación administrativa de los capitales industriales. Además, le corresponde dirigir el concurso material que presta cada Patria a la Humanidad.

En cuanto a las funciones espirituales, ellas serán regidas por el Sacerdocio de la Humanidad, que tiene a su cargo el Culto concreto de los grandes servidores de la civilización, el Culto abstracto de los lazos fundamentales de la Humanidad, de sus estados preparatorios y de sus funciones normales, y la consagración de los principales acontecimientos de la vida de familia y de la de concurso industrial. Natural función de la Familia será, en la Sociocracia, la educación primaria, cuando las Mujeres no se vean obligadas a concurrir el trabajo industrial y estén mentalmente preparadas para ser las mejores maestras. Ese sistema final agrupará a los niños por sexos y por edades, para distribuirlos en pequeñas porciones a cargo de una Madre de familia auxiliada por las jóvenes y adolescentes, quienes desarrollarán la educación primaria bajo la dirección del Sacerdocio, que tiene a su cargo la instrucción enciclopédica de la adolescencia, reservándose así al gobierno político sólo el control de los reformatorios, anexos al servicio de policía.

Verdaderos directores de la industria, los banqueros

sociocráticos, podrán adjuntar a sus funciones de agricultura y minería, de comercio y de fabricación, las de gobierno político del interior, del exterior y de finanzas, constituyendo el definitivo gobierno triunviral de cada Patria. Institúyese así el verdadero gobierno de la actividad material, no sólo competente, sino designado por los que ya han demostrado su competencia en la administración anterior y no elegidos por las mayorías, tanto o más incompetentes que las minorías, en el régimen democrático, propio de la anarquía antigua y moderna. Antes de instituir el régimen político normal del porvenir, es necesario regenerar previamente los sentimientos y las opiniones que inspiran y guían la actividad industrial; y el olvido de este principio explica los fracasos que la política dirigida por la sociología positiva ha experimentado en algunos Estados americanos, salvo ciertos progresos decisivos, como el de las relaciones de la Iglesia con el Estado.

Al Apostolado de la Religión Universal le corresponde tolerar cualquier gobierno, por anárquico o tiránico que sea, y tratar de instituir y desarrollar la Alianza Religiosa, en torno de los sentimientos altruistas, que son los únicos que pueden regenerar las costumbres industriales, desde el Banco hasta la Agricultura. Cuando se practique el Culto Sociolátrico y se reconozca que no es un idealismo sino una satisfacción indispensable a las necesidades afectivas de la naturaleza humana, se comprenderán los principios que regeneran la actividad industrial y le confieren el honor y la gloria que tuvo, en su tiempo, la actividad militar. Así dejarán los seres humanos de seguir viviendo sumergidos en las miserias y ruindades del egoísmo y gozarán de la felicidad que procura la conciencia de que se vive para los demás, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad.

Dignificado el Comercio, por su regeneración sociocrática, podrá llenar sus funciones sociales de servir de

lazo universal entre los pueblos. Inspirado en el altruismo, el Comercio no servirá ya de motivo a las desconfianzas internacionales y menos aún a las luchas armadas de las guerras comerciales. Así el Comercio se hará digno de sus íntimos lazos con la Divinidad positiva del Cielo, que ha tenido que presenciar los escándalos y las crueldades de la especie humana y que ha de contemplar, en el porvenir, la grandiosa armonía que le ofrecerá la Humanidad.

A los tiempos venideros les será dado completar la organización de la Humanidad, lo que ha constituido la tarea de los siglos, desde que se organizó la Familia y, más tarde, la Patria. Habitados ya a concebir la Familia, como el afectuoso recuerdo de los antepasados y la esperanza ideal en los descendientes, consideramos la Patria como la conmemoración de su historia y los programas de su progreso y debemos concebir la Humanidad como la glorificación de su penoso pasado y la idealización de su grandioso porvenir. Imposible sería concebir estos seres colectivos si la existencia subjetiva no nos permitiera convivir con los más remotos tiempos que fueron y con los más lejanos siglos que serán.

II.—ORGANIZACIÓN COMERCIAL DE LA INDUSTRIA

Para establecer la organización del Comercio, en el Régimen sociocrático, es necesario reconocer que las bases de este nuevo sistema pueden calificarse en afectivas, teóricas y prácticas. A las bases afectivas corresponden los deseos que inspiran los actos comerciales; a las bases teóricas se ligan las opiniones que guían esos actos; y las bases prácticas se refieren a los procedimientos de la conducta comercial. Relativa, sin duda, a los deseos, es la base principal de la organización comercial, que será

buena si buenos son los deseos, aunque las opiniones sean erróneas y los procedimientos imperfectos.

Reacciones de la mayor y más funesta anarquía comercial ofrecen los tiempos modernos, en que la perfección de los procedimientos está unida a las opiniones más erróneas y a los deseos más egoístas y antisociales. El deseo de enriquecer a la Familia o a la Patria no puede servir de base moral a la organización del Comercio, que requiere ser inspirado por el deseo de enriquecer a la Humanidad. Dominado por ese deseo, el Comercio no hará jamás exportaciones de productos que sea necesario de nuevo importar, obedeciendo a las utilidades que se obtienen en ambas operaciones.

Organizar el Comercio equivale a distribuir los trabajos de transporte de los productos en la forma más conveniente para asegurar su destinación y evitar traslados falsos y recorridos superfluos. Se puede comparar este programa industrial con la estrategia militar de un ejército sin enemigos y en que todos pueden concurrir al éxito de los propósitos. A la perfecta coordinación de las informaciones relativas a los productos transferibles, a las necesidades locales, a los elementos de transporte, a las condiciones de las vías, etc., se unirá el prolijo estudio de la distribución por realizar.

Verificará esa coordinación de informes y esos estudios, en cada Patria sociocrática, el banquero encargado de la administración de las relaciones exteriores y que está en íntimo contacto con las empresas comerciales de importación y de exportación, las cuales conocen las necesidades locales y la cuantía de los productos disponibles, para adquirir o entregar. Inútil sería recurrir a las asambleas o a las agrupaciones parlamentarias de consejo, incapaces para dirigir y sólo aptas para perturbar las actividades de gobierno. Asesorados por técnicos de informaciones y de estudios, los banqueros podrán cumplir con eficacia sus funciones, durante la madurez de su vida y

las legarán al que designen para sucederles, cinco años antes de iniciar su vejez, que dedicarán a las funciones reguladoras, propias de la Caballería Industrial.

Esta organización podrá satisfacer el deseo universal de enriquecer a la Humanidad, sin abrigar jamás los propósitos de enriquecer a una Patria a costa de las demás, ni a una empresa a costa del público. Semejantes condiciones morales no indican que los seres humanos hayan perdido sus egoísmos innatos y se hayan convertido en santos, sino que la Humanidad ha comenzado a influir en la vida industrial y que la actividad social trata de asegurar el sustento y el bienestar de los individuos y los capitales que requieren las empresas agrícolas, mineras, fabriles, comerciales y bancarias, lo que pone término a las incertidumbres de existencia y de trabajo, propias de las naciones organizadas para la guerra y no para la paz. Así desaparecerán los deseos de enriquecerse, recurriendo aún a los juegos de valores y de azar.

Educados, desde niños, con sentimientos de confianza en la Sociedad y deseos de trabajar en su servicio, los ciudadanos no se verán entonces defraudados, teniendo que incorporarse, como ahora, a un sistema de explotación mutua, sino que su vida activa, hasta la vejez, se desarrollará de acuerdo con las emociones altruistas de la infancia y con las aspiraciones generosas de la juventud. Mientras tanto, los sentimientos egoístas no serán excitados por los temores a la miseria y al abandono, y se habituarán los seres humanos a compartir los sentimientos altruistas y a experimentar los encantos de la simpatía, de la veneración y de la bondad. Al perfeccionamiento individual se adjuntará luego el progreso sucesivo de las generaciones, ya que las condiciones materiales de la vida irán siempre mejorando, sin destrucciones guerreras y sólo sometidas a los accidentes de la naturaleza, que el mundo entero concurrirá a reparar.

Se debe considerar al Comercio, en la Sociocracia,

como un servicio social indispensable para repartir las provisiones y acumular los instrumentos en la forma más conveniente al bienestar doméstico y al funcionamiento de las empresas industriales. A los conceptos erróneos de aumentar la demanda y disminuir la oferta, por medio del aviso y el monopolio, para enriquecerse, explotando al público, el Comercio sociocrático substituye la idea de mantener estables las relaciones entre los proveedores y los clientes, subordinando los precios a los costos de producción y fijando, en lo posible, precios medios de venta, por medio de compensaciones financieras entre las empresas comerciales. Ninguna operación de cambio permanecerá oculta a la opinión pública, pues los balances periódicos darán cuenta de ellas, y este procedimiento de contabilidad consolidará los conceptos y los sentimientos que guían e inspiran la conducta comercial.

Refiérese también al Comercio el principio general de la organización industrial en la Sociocracia, según el cual se considera, ante todo, a los operarios y, en segundo término, a las maquinarias y a los procedimientos de trabajo. A la industria moderna le fueron impuestos los sistemas militares, únicos ejemplos de organización, y los obreros fueron considerados como masas disponibles para servir las instalaciones mecánicas, en lugar de los armamentos. Se aglomeraron así los obreros en las grandes empresas, sin ningún lazo moral ni mental con la empresa ni con el empresario, a menudo compuesto por agrupaciones directivas, y del cual los separan una multitud de intermediarios.

El Régimen sociocrático reduce las empresas comerciales, como las fabriles y agrícolas, a comunidades compuestas, en término medio, de treinta familias, que pueden suministrar un total de sesenta operarios con el concurso de los jóvenes. Se obtiene así la más intensa cooperación de los obreros, cada uno de los cuales concurre al bienestar de los demás, al realizar la tarea que le corres-

ponde. Es por eso que, libres de toda vigilancia, deprimente para la dignidad humana, no se observan jamás tiempos perdidos ni tropiezos, debidos a la mala conservación de servicio de los mecanismos que se utilizan.

Cada operario tiene conciencia de que sus faltas perjudican a sus compañeros, ya que la cuota de bienestar, suplementaria del salario, se adjudica a la faena, en proporción al trabajo realizado. Institúyese así una interdependencia de servicios, que no sólo hace inútiles los intermediarios, entre el jefe y los subordinados, sino que justifica al empresario para no participar directamente en el trabajo y asumir las funciones directivas de la empresa. De este modo se concilian las ventajas y se evitan los inconvenientes del antiguo sistema de la industria doméstica y de las modernas aglomeraciones de las masas obreras.

Una vez determinado el personal de una empresa comercial y las funciones sociales que le corresponden, se estudia la dotación de instrumentos de trabajo apropiados para asegurar la eficiencia de sus actividades. No se subordina ya el personal a la maquinaria, sino la maquinaria al personal, de cuya salud y bienestar material es responsable la empresa. Al Régimen sociocrático le corresponde hacer frente a los desastres económicos, transformando los gravámenes en cuotas anuales de amortización sin intereses, y asociando en su pago a las empresas análogas, pero sin recurrir jamás a compañías de seguros que, a los gravámenes efectivos, adjuntan las utilidades de los socios capitalistas y que han sido el resultado de la indiferencia que ha existido entre las empresas de trabajo, durante la anarquía industrial moderna.

Recorre el Comercio, como la movilización de las personas, a las empresas de transporte ferroviario, fluvial, marítimo y aéreo. Esas empresas, por grandes que sean sus elementos materiales, pueden subdividirse en empresas elementales, que tengan a su cargo la conservación y

el funcionamiento de cierto grupo de instrumentos mecánicos, los servicios navieros y aeronáuticos, la atención de hostelerías, etc. Se concilia de este modo la constitución reducida, propia de las empresas sociocráticas, con la extensión de ciertos servicios de transporte de pasajeros y de carga.

Resultado natural de la anarquía industrial, la organización de las grandes empresas no sólo se ha extendido en sentido horizontal, incrementando el número de faenas, sino también en sentido vertical, abarcando tanto el comercio de los productos como su fabricación y las explotaciones mineras y agrícolas que aseguren el suministro de los materiales. Invaden esas empresas no sólo el territorio nacional, sino el de muchos pueblos, creando así complicaciones de la industria con la política exterior, lo que ha contribuído a las perturbaciones de la paz del mundo. Al organizar el gobierno político en la forma sociocrática, por el Triunvirato bancario, agrícola, fabril y comercial, en cada pequeña Patria pacífica, industrial y altruísta, desaparece la indiferencia entre las empresas y se establece el concurso general de todas ellas, para cooperar, del modo más eficiente, al aprovechamiento de los recursos naturales y de los medios artificiales que posee cada Patria para servir a la Humanidad.

El sistema horizontal y el sistema vertical, propios de la extensión y de la coordinación industrial, durante la anarquía moderna, desaparecen por completo, por innecesarios y perturbadores, cuando la Sociocracia organiza las pequeñas empresas, precisamente para que cooperen las unas con las otras, sea extendiendo sus servicios o asegurando sus medios de acción. La constitución de las grandes empresas, que creaban cuerpos administrativos numerosos y de acción nominal, fué muy favorable al desarrollo moderno de la burguesía, suministrándole puestos bien rentados, de poco trabajo y de ninguna responsabilidad. El personal de los servicios públicos y el de

la administración de las empresas se incrementó, combinando la acción política de los partidos con la influencia industrial del capital, y sólo la Sociocracia podrá eliminar lo que es superfluo en la organización de la existencia práctica de la Humanidad.

Otras de las bases sociocráticas de la organización del Comercio se refiere a la distribución de la población entre los campos y las ciudades, cuya extensión ha sido exagerada, en los tiempos modernos, por el incremento de la burguesía y la perfección creciente de los medios de transporte. Se han concentrado así en el aprovisionamiento de las grandes ciudades el principal problema comercial y se ha elevado el precio de los productos al nivel de los de mayor costo de transporte. Esta situación se ha agravado en las grandes capitales, donde acuden los turistas y se establecen los capitalistas de todos los pueblos, incrementando la población destinada a su servicio.

La regeneración de las costumbres desarrollará la vida de las Aldeas, donde se reúnen las familias de cierto número de empresas agrícolas, que agrupan sus productos de aprovisionamiento doméstico e industrial de las ciudades o de aquellos que están destinados a la exportación. Así, las empresas comerciales proveen al sustento de las ciudades, recogiendo las provisiones en las Aldeas, para distribuir las, sea directamente a las familias o depositándolas en los mercados y almacenes de las Ciudades. Se asegura de este modo el aprovisionamiento diario de las familias, en carne, leche, cereales, legumbres, frutas, etc., sea en sus consumos permanentes o eventuales.

Verdadera importancia han tenido los procedimientos de conservación de los productos, por aislamiento, refrigeración o fabricación de conservas y dulces, en el desarrollo de los cultivos intensivos, permitiendo relacionar la producción temporal e intensa de las provisiones con la continuidad regular de su consumo y con las acumulaciones de exportación. En la Sociocracia desaparecen las

grandes empresas de conservación de productos y serán reemplazadas por el trabajo de cada empresa agrícola y aun de cada familia, que preparen las provisiones para entregarlas al comercio de distribución. Relacionadas con la producción de las empresas de una Aldea, sus instalaciones de mercado, almacén, bodega, etc., tendrán la extensión más conveniente para acumular la producción agrícola y fabril de la Aldea y entregarla a las empresas comerciales de reparto y exportación.

Importancia capital tiene, para la organización del Comercio, el principio sociocrático de la estabilidad de las clientelas, sin lo cual será imposible fijar las funciones y los elementos de trabajo apropiados a cada empresa comercial de provisiones de consumo. Depende también de esa estabilidad el aprovechamiento racional de los productos y la determinación de los elementos de sustento de que dispone cada Patria para auxiliar a las demás. A pesar de la completa anarquía en que se ha desarrollado la industria comercial, en los tiempos modernos, se ha establecido una interdependencia económica entre los pueblos, tan íntima y continua, que al suspenderse, en los tiempos de guerra, se produce la escasez, el racionamiento y el hambre, aun en los territorios que no han suspendido sus actividades agrícolas.

Después de los trastornos guerreros se producen perturbaciones más graves aún para la economía general de la Humanidad, pues los pueblos aspiran a producirlo todo, para no sufrir nuevas escaseces y así dejan los territorios de aplicarse a los cultivos más convenientes, dadas sus condiciones de terrenos y de climas. A su vez se perturba el comercio de los pueblos proveedores y decrece el intercambio de productos. Redúcese la cooperación industrial de las Patrias y la Humanidad pierde gran parte de los lazos materiales pacíficos que le dan vida.

Al consolidarse la paz, en forma definitiva, no por la acción política de los gobiernos temporales, sino por la

Alianza Religiosa de las autoridades espirituales, cada Patria podrá dedicarse a los trabajos que más convienen a los intereses generales de la Humanidad, y no estará nunca amenazada con la privación de productos que necesita y que no produce. La cooperación industrial de las Patrias irá creciendo y perfeccionándose y llegará a sentirse la verdadera solidaridad de los pueblos sobre la Tierra. A la estabilidad de los lazos materiales entre las Patrias se unirá la completa comunidad de los conceptos intelectuales y la armonía creciente de los sentimientos internacionales.

Refiriéndolo todo al porvenir de la Humanidad, la Sociocracia podrá organizar en forma estable y altruísta el comercio internacional, complementando los servicios del comercio interior con la exportación de los productos excedentes y con la importación de los que sean necesarios. Inútiles serán entonces los convenios comerciales entre las Patrias, por cuanto no se atenderá a lo que convenga a una Patria, sino al concurso de todas ellas en la Humanidad. El transporte comercial será dirigido por los banqueros comerciales, que administran las relaciones exteriores, con el conocimiento real de la situación industrial del mundo.

Verdadera comunidad de trabajo se efectúa en cada Aldea entre las empresas agrícolas que la constituyen, las cuales entregan toda su producción a las empresas comerciales que la colectan y la depositan en el mercado, el almacén, y la bodega que administran. Abona cada empresa comercial a las empresas y familias productoras, el precio que ellas fijan a sus productos, valor que se recarga con los costos de movilización, al ser entregados a la empresa de distribución urbana. Se regulan los precios de venta de la empresa comercial de la Aldea por el balance anual de sus operaciones, cuyo saldo de ganancias o de pérdidas se abonan o se cargan al año siguiente, y si son muy crecidos, le indican que debe disminuir o in-

crementar en cierto porcentaje los recargos calculados para fijar los precios.

Institúyese un sistema análogo de regulación de precios en cada empresa comercial de distribución urbana, cuyo balance anual le indica si sus cálculos de precios han sido excesivos o deficientes y así concurren a la regulación de precios, tanto las empresas productoras como las intermediarias comerciales, obedeciendo todas al principio sociocrático de no enriquecerse sino de conservarse, procurando a las familias que las componen el mayor bienestar posible. Resulta este procedimiento de la organización sociocrática, por cuanto todas las empresas útiles, que se han constituído gracias al concurso financiero de la Sociedad, tienen plena confianza de que esa misma Sociedad ha de ampararlas, en caso necesario, para reparar sus perjuicios y aun reconstituir sus medios de acción, y que, por lo tanto, no necesitan acumular riquezas. Esta confianza en el porvenir se extiende a todas las familias asociadas a las empresas industriales de carácter permanente, que aseguran el sustento y bienestar de las familias, cuyos miembros activos sirven o han servido a las empresas.

Voluntario en sus procedimientos, el régimen sociocrático no será jamás forzado por imposiciones legales de los poderes temporales y se desarrollará bajo el control exclusivo de la Opinión Pública, que ha de organizarse desde luego por la Alianza Universal de las doctrinas religiosas y sociales. El nuevo régimen requiere únicamente que la legislación temporal extienda a todas las empresas industriales la obligación que se ha impuesto a las instituciones bancarias, de presentar balances periódicos de sus operaciones. No debe olvidarse que la constitución económica de la Sociocracia requiere que se reconozca la libertad de testar, sin la cual sería imposible instituir los capitales sociales de las empresas, en forma autónoma y permanente.

El comercio de distribución interior se simplifica con la concentración urbana de las familias de cada empresa fabril o comercial, lo que permite efectuar el reparto diario a cada empresa y no a cada familia, que recibe de la empresa lo que necesita en provisiones de mercado o almacén. Sólo tendrán que recurrir las familias a los mercados y almacenes públicos para satisfacer necesidades eventuales. Este sistema de aprovisionamiento sirve aún para intensificar la fraternidad entre el pequeño número de familias, que constituyen cada empresa industrial.

Redúcese así el comercio a un verdadero servicio público, que trata de procurar las provisiones de sustento a todas las familias, en la mejor forma y con los menores gravámenes posibles, sin ninguna intervención de la legislación política y constituido sólo bajo la influencia de las empresas industriales que lo requieren y de los bancos comerciales que lo financian. El libre comercio no será nunca perturbado, pero a medida que se vayan perdiendo las aspiraciones de enriquecimiento, las empresas se irán transformando en sociocráticas. Inútiles serán entonces todas las tentativas que pretenda hacer el capitalismo para destruir el sistema de comercio sociocrático, aunque los gobiernos no le presten protección alguna, por cuanto está garantizado por la estabilidad de las clientelas que concurrieron a la constitución de cada empresa de comercio interior.

El comercio exterior permanecerá entregado a la anarquía capitalista y a las trabas aduaneras, mientras no se regenere el comercio interior en las diversas Patrias y no se establezca entre ellas la unidad de moneda, por la alianza bancaria. Más fácil será entonces regenerar el comercio exterior que extinguir los centros retrógrados del comercio interior, que seguirá gozando de la libertad que le aseguran las leyes. El comercio exterior, por la magnitud de sus operaciones y por su publicidad, quedará más accesible al juicio de la Opinión Pública, no sólo de

las Patrias afectadas, sino del mundo entero, lo que ha de contribuir a determinar su rápida y total regeneración sociocrática.

Sin duda, el comercio de exportación de las Patrias regeneradas, tendrá que someterse a los procedimientos capitalistas de los pueblos que reciben sus productos, para no perturbarlos en sus operaciones, pero las ganancias excesivas que reciba las aplicará a disminuir el precio de los artículos que importe. Imposible será proceder en otra forma, si los balances anuales quedan sometidos al juicio de la Opinión Pública. No podrá eludirse ese juicio, que ha de contribuir a determinar y consolidar la regeneración definitiva de las costumbres comerciales.

El comercio de las provisiones de vestuario se efectúa por relación directa del público con las empresas fabriles o por intermedio de las empresas comerciales en que los fabricantes colocan a consignación sus productos o los elementos de su fabricación doméstica. Las empresas comerciales regulan los precios por sus gastos de administración, mientras los fabricantes los relacionan con los costos efectivos. El estudio de los balances anuales justifica los precios o indica las modificaciones que deben experimentar.

Fácil será establecer el intercambio de las provisiones de vestuario, sea de pieles, paños, telas o elementos de tejidos, cuando las costumbres eliminen las extravagancias del lujo y se concilie la belleza estética con las exigencias reales del vestuario en los diversos climas y estaciones. El desarrollo conveniente del uniforme industrial permitirá dar a las marchas obreras una armonía estética análoga a las paradas militares y contribuirá a someter las costumbres a la dignidad de la función social que se desempeña. A su vez, en el vestuario femenino podrán manifestarse todas las fantasías del dibujo y del colorido, no sólo de acuerdo con las condiciones climatéricas, sino con la naturaleza de las reuniones sociales o religiosas.

El comercio del mobiliario se efectúa a veces en relación directa entre el fabricante y el público, pero, en general, las empresas comerciales reciben a consignación todos los elementos que requieren las habitaciones, salvo los artefactos adheridos a los edificios y que forman parte de su construcción. Regúlanse siempre los precios de fabricación y los recargos del comercio por medio de los balances anuales, y cuando se acumulan a consignación artículos de la misma especie pero de distinto costo de fabricación, la empresa comercial consignataria puede establecer el precio medio de venta al público. Así se van regulando en lo posible los precios, sin protestas de las clientelas, que están siempre dispuestas a aceptar las fluctuaciones de precios, que no dependen de la anarquía capitalista, sino de los accidentes e imprevistos inevitables del trabajo humano.

Cuando el comercio se extiende a la habitación, su adquisición la efectúa el ciudadano al constituir su hogar, cancelando su valor con los excesos de salarios que ha recibido durante su juventud y, si fuere necesario, con las donaciones y créditos a que se haya hecho digno por su conducta. A la empresa comercial de edificios se le abonan las cuotas economizadas, hasta completar el valor de la habitación construída o reparada, sin contar el terreno que pertenece a la ciudad o a la aldea. La empresa comercial encarga a la empresa constructora los trabajos, que se ejecutan por administración, sin que ninguna de las empresas tenga el propósito de enriquecerse.

Todos los trabajos se ejecutan en la forma más eficaz y económica, para lo cual se utilizan los más perfectos instrumentos de producción y de transporte, y se coordinan los esfuerzos individuales con el entusiasmo, la técnica y la perseverancia de los dignos servidores de la Humanidad. Al que no es capaz de concurrir, en forma eficiente, a los trabajos de una faena industrial, no será necesario indicárselo, por cuanto cada cual aprecia los re-

sultados de su cooperación y solicita que se le cambie de faena, cuando juzga que perjudica a los demás. La dirección de la empresa sólo tendrá que asignarle una función que esté más de acuerdo con sus aptitudes.

Objeto de prolijo estudio será la determinación de la maquinaria apropiada a las faenas industriales, sea de fabricación o de transporte, con el propósito de no convertir al operario en esclavo de la máquina, sino en director de ella, como lo es el que gobierna una locomotora o un poderoso titán. La reducción del obrero a pieza de máquina ha podido convenir al industrialismo capitalista, pero, en manera alguna, al estado normal de la actividad humana. A la Sociocracia le corresponde coordinar el trabajo de los operarios y los útiles mecánicos con las actividades físicas y las sustancias químicas, para determinar el bienestar material y favorecer el progreso social y moral de la Familia, de la Patria y de la Humanidad.

Subordinado el Comercio a relacionar los centros de producción con los centros de consumo, su influencia industrial se hará sentir en el perfeccionamiento continuo de la ubicación conveniente de los cultivos agrícolas y de las empresas fabriles, no sólo dentro de cada Patria, sino entre las Patrias de la Tierra, para efectuar la distribución de las provisiones y de los instrumentos en la forma menos costosa y más eficaz. Así, los Comerciantes, y especialmente los Banqueros comerciales, serán los mejores consejeros de las industrias agrícola y fabril, que hasta ahora se han desarrollado sin considerar el interés social sino las conveniencias individuales y las aspiraciones de enriquecimiento, en medio de luchas de competencia y de absorción. La Sociocracia no sólo conseguirá efectuar la mejor distribución posible de los trabajos industriales, sino que evitará que, a ejemplo de los programas militares de conquistas, las empresas extiendan sus actividades, sin considerar los límites que convienen a la asociación de las familias bajo la dirección de un empresario.

El Comercio está, por lo tanto, destinado a establecer la armonía geográfica de la actividad industrial, lo que manifiesta sus lazos preponderantes con la Divinidad positiva del Cielo. No sólo compensa el Comercio las deficiencias de la producción local, sino que satisface las exigencias impuestas por el cambio climatérico de las estaciones. El perfeccionamiento indefinido de los transportes permitirá garantizar el bienestar material sobre la Tierra, aportando a cada localidad lo que necesita y en el momento oportuno.

Todo el planeta ha de considerarse como el domicilio de la Humanidad, en que se distribuye la familia humana, mejorando sin cesar sus condiciones de existencia, gracias al transporte conveniente de las provisiones de vida. Al comercio le corresponde efectuar el aprovisionamiento e indicar la producción fabril que puede compensar las deficiencias de la producción minera y agrícola. No serán menos importantes las informaciones del comercio mundial para determinar las migraciones de población y las condiciones de su crecimiento natural.

El abandono y la indiferencia en que se ha vivido en los tiempos de paz, durante la anarquía moderna, no sólo ha exaltado el deseo natural de enriquecerse, sino el de abandonar su Patria y aún su Familia para ir en busca de riquezas en otros territorios. Recuerdos penosos han dejado esas emigraciones que, si no fracasaron, se convirtieron en fuentes de guerras mercantiles. El porvenir se verá libre de esas catástrofes y los desplazamientos de población serán determinados por las conveniencias generales de la Humanidad, apreciadas por la organización del comercio sociocrático.

Refiérese el Comercio, tanto a la distribución de los productos como a su almacenamiento, para acumular las verdaderas riquezas de la Humanidad, que sirven de garantía contra las crisis inevitables de producción. Imposible sería mantener la constancia de los aprovisiona-

mientos sin esos almacenes reguladores, que nacieron desde los tiempos prehistóricos de la civilización, constituyendo el capital social, que permitió efectuar la separación de los oficios y el concurso de los esfuerzos, que caracterizan la Sociedad. Opuesto a este socialismo natural ha surgido el individualismo capitalista, que anula la influencia del capital social y determina la necesidad de constituir el capital individual, o a lo menos doméstico.

No se destinan esos almacenamientos en la Sociocracia a determinar escaseces ficticias para alzar los precios, como ocurre en la anarquía moderna, sino que los balances comerciales indican la cuantía y la ubicación de las reservas de provisiones. El precio de venta se conserva constante, cualquiera que sea el tiempo de almacenamiento, por cuanto en la Sociocracia se considera que sólo produce renta el capital de instrumentos que está en actividad. Fuera de esa fuente de producción, todas las operaciones financieras, desde la donación y el cambio, hasta el juego y el robo, sólo afectan las situaciones individuales, pero no la riqueza social.

Al Comercio sociocrático le toca preocuparse exclusivamente de repartir y acumular los productos del trabajo, agrícola, minero y fabril, en la forma más conveniente para asegurar el bienestar material de los pueblos e incrementar la riqueza de la Humanidad. Esa riqueza se refiere tanto a las provisiones de sustento y de uso de que puede disponerse, como a los instrumentos de producción, que multiplican la influencia del trabajo y hacen concurrir al servicio social las actividades animales, vegetales, químicas, físicas, astronómicas y mecánicas de la materia. Será siempre posible perfeccionar esa cooperación de las Divinidades positivas al servicio del Gran Ser.

Semejante concurso requiere la impulsión afectiva de los sentimientos altruístas, que determinan las concepciones sintéticas y evitan el dominio del análisis dis-

persivo. El carácter adquiere entonces su máxima energía para coordinar los esfuerzos prácticos en favor del orden y del progreso universales. Así han de realizarse las grandes construcciones materiales del porvenir, en servicio del Gran Ser.

Si el Comercio se liga especialmente al Cielo, por la naturaleza de su actividad, por su destino se subordina sobre todo a las exigencias materiales del Gran Ser, en la Familia, en la Patria y en la Humanidad. Esa subordinación le impone las condiciones de su organización y de su funcionamiento y permite apreciar el grado de perfección que caracteriza sus instituciones prácticas. Referido a la Humanidad, el Comercio manifiesta las influencias de la moralidad, tanto en sus propósitos como en sus procedimientos.

El Comercio se liga también a la Animalidad, que le impone las influencias de la sociabilidad, no sólo doméstica y nacional, sino internacional. Se extiende así su acción hasta los límites de la sociabilidad universal, que reúne en torno de la especie humana a gran número de especies animales asimilables, que reciben servicios del transporte comercial. Este lazo del Comercio con la Animalidad tiene caracteres de reciprocidad, por cuanto los animales han sido utilizados, desde los tiempos primitivos, como instrumentos de transporte.

Lazos tanto o más íntimos se establecen entre el Comercio y la Vegetalidad, ya que los productos agrícolas son los que exigen una repartición más extensa y continua. A su vez, el cultivo requiere el aporte de abonos y aun una conveniente repartición de semillas entre los territorios y así la Vegetalidad utiliza el Comercio para distribuirse y demanda sus servicios para desarrollarse. Se perfecciona el Comercio con las exigencias de perseverancia y de oportunidad que le imponen el transporte y reparto de la producción agrícola.

Estrecho lazo liga el Comercio al Gran Fetiche, que le entrega las sustancias naturales, que utiliza la industria de fabricación y las sustancias artificiales de producción química. Verdadera reciprocidad de servicios se establece entre las sustancias del Gran Fetiche y la institución comercial de la Humanidad, pues si las sustancias requieren el transporte, el Comercio, por su parte, utiliza las sustancias en sus elementos de acarreo. Al Gran Fetiche le corresponde, como a la Vegetalidad, a la Animalidad y al Gran Ser, suministrar elementos materiales a la acción comercial, mientras el Flúido, el Cielo y el Gran Medio le ofrecen sus actividades, sus situaciones y sus imágenes, para dirigirse y perfeccionarse.

Cada una de las actividades físicas del Flúido puede concurrir a la acción comercial, orientando sus objetivos o suministrándole los medios de transporte mecánico. A la actividad eléctrica le corresponde la primacía de las influencias físicas, sin que haya perdido su importancia la actividad térmica. En cuanto al sonido y a la luz, son preciosos auxiliares en la dirección de los movimientos.

Tiene el Cielo una importancia preponderante en la apreciación de los movimientos de transporte, dada la inmutable estabilidad de los cuadros celestes y la regularidad de sus variaciones periódicas. Ejemplo supremo de toda armonía, el Cielo se liga especialmente al Comercio, como a la Industria que tiene por destino establecer la armonía económica de la existencia humana. Ninguna crisis de producción dejará de ser prevista y subsanada por la Industria comercial en el Régimen sociocrático, que garantiza el bienestar material de las Familias y de las Patrias en la Humanidad.

A medida que la Industria se eleva, por una preparación más completa, desarrolla su carácter sintético, que justifica su evolución descendente desde el orden moral hasta el orden matemático y lógico. Muy íntima es la re-

lación del Comercio con el Gran Medio, cuya influencia se hace sentir en la contabilidad y en la construcción mental de los programas de acción. Así el Gran Medio concurre con las Divinidades positivas, y especialmente con el Gran Ser, para dirigir las actividades del presente hacia la perfección ideal del porvenir.

CAPITULO SEPTIMO

CONDICIONES MATEMATICAS DE LA INDUSTRIA

I.—ACTIVIDAD MATEMÁTICA. II.—ORGANIZACIÓN BANCA-
RIA DE LA INDUSTRIA

I.—ACTIVIDAD MATEMÁTICA

Verdadera creación del Gran Ser, el Espacio ha llegado a ser el Gran Medio de la existencia subjetiva, que no sólo se refiere al pasado, sino también al porvenir. Al Gran Medio se ligan las imágenes de todas las construcciones materiales que ha realizado el Gran Ser en el pasado y de las que se propone realizar en el porvenir. Ninguna producción del trabajo industrial se efectúa sin que antes haya sido planeada en el mundo subjetivo del Espacio.

A esta facultad que tiene el hombre, de formar imágenes de los recuerdos y de los proyectos, se debe, sin

duda, la principal de las condiciones de la preeminencia de la especie humana y del progreso incesante de su existencia. No bien se manifiesta una exigencia social, penetran al mundo subjetivo del Espacio, impulsadas por el altruísmo, las imágenes de los diversos medios de satisfacerla. Desarróllanse así los lazos íntimos entre el Gran Medio, que suministra las imágenes y la Industria que las realiza en construcciones, principalmente matemáticas, de número, extensión y movimiento.

La influencia de los sentimientos es evidente y decisiva en la formación de las imágenes del mundo subjetivo, que se encuentra, por desgracia, sometido no sólo a los impulsos del altruísmo, sino también a los del egoísmo. Así se elaboran los programas nefastos de las destrucciones militares, al mismo tiempo que surgen los benéficos proyectos de las construcciones industriales. Se plantea, por eso, el problema moral de extinguir la influencia de los sentimientos egoístas y fortalecer la de los sentimientos altruístas.

Ocioso sería pretender resolver este problema moral por medio de las imposiciones de un régimen social o de los principios de un dogma filosófico. La acción de ese régimen sería aparente y, la de ese dogma, inestable, por cuanto ellos no afectan el fondo de la naturaleza humana. Al cultivo directo de los sentimientos puede sólo corresponder la solución definitiva, pues, si se cultiva el altruísmo y no el egoísmo, se conseguirá establecer la influencia permanente del altruísmo en la construcción de las imágenes que se incorporen al mundo subjetivo del Gran Medio.

Reacciones directas experimenta el corazón humano, de la práctica del culto religioso de los antepasados y de las Divinidades positivas, especialmente del Gran Ser que las resume. A ese culto se liga la purificación constante del Espacio, eliminando toda imagen egoísta e incorporando a él sólo las imágenes altruístas. Se con-

sagra así el Espacio, como el Gran Medio de la existencia subjetiva altruísta de la naturaleza humana.

Esa es la consagración que le confiere la Religión de la Humanidad, dándole el carácter de Divinidad positiva, sitio bendito del amor universal y que no debe ser jamás profanado por las imágenes que inspira el egoísmo. Se purifica de este modo la vida subjetiva y se garantiza que todos los programas de acción industrial serán inspirados por el altruísmo. Tales garantías se consolidan con los hábitos del culto religioso que conmemora a los seres y a los acontecimientos, de la vida pública y privada, que emocionan el altruísmo, y cuyo recuerdo se hace incompatible con las imágenes egoístas.

Se desarrolla así la influencia afectiva del Espacio, como el Gran Medio de la existencia subjetiva altruísta, en forma que basta invocarlo para que desaparezcan las imágenes egoístas y surjan las altruístas que lo pueblan. Así, el mundo subjetivo se convierte en el refugio sagrado que calma las pasiones de la vida objetiva y fortifica los corazones, para mantenerlos siempre en la senda del bien. Nada puede reemplazar esta poderosa influencia de los recuerdos y de los programas altruístas, que encantan la existencia humana.

A las influencias afectivas del Gran Medio se unen las intelectuales y activas, que son las únicas que se habían apreciado, hasta que el sublime Maestro formuló los principios de la Religión Universal. Manifiesta especialmente el Espacio su importancia intelectual en las concepciones matemáticas, de número, extensión y movimiento. A las imágenes afectivas se agregan las imágenes intelectuales y, además, las imágenes prácticas, que presiden la actividad humana.

La Industria se liga así íntimamente al Gran Medio, sitio en que se elaboran las construcciones subjetivas que se realizan con el trabajo práctico. Esa distinción entre los proyectos y las construcciones se ha extendido espon-

táneamente a todas las Industrias, agrícola, minera, fabril y comercial. Se han creado aún reparticiones proyectistas en la administración pública y en las grandes empresas capitalistas, que han incorporado a su organización, los servicios técnicos de proyectos.

Considerada en su conjunto, la actividad matemática abarca la mecánica, la geometría y el cálculo, que se ligán especialmente a las empresas industriales de proyecto y construcción de maquinarias; de mensura de líneas, superficies y volúmenes; y a las oficinas de contabilidad, en que se basa la Industria bancaria. A toda empresa industrial le corresponde un servicio de contabilidad, no sólo financiero, sino aún estadístico; pero las relaciones industriales y el desarrollo del crédito han creado la Industria bancaria, como la reguladora general de las actividades de trabajo. Nació el Banco del comercio de valores: monedas, títulos de crédito, letras de cambio, etc., y constituyó una de las fuentes más abundantes de enriquecimiento.

A la Sociocracia se le impone la necesidad de regenerar la Industria bancaria, privándola de los propósitos de enriquecer a los capitalistas, aplicando los depósitos al crédito hipotecario que ha de garantizar el circulante fiduciario, mientras se convierte en circulante universal. Todo crédito constituido en la Sociocracia no queda gravado con intereses sino con la cuota de servicio, para cubrir los gastos de la empresa que lo suministra. Así, la amortización de los créditos se hace rápidamente y las empresas industriales adquieren, muy luego, su autonomía financiera.

No sólo desarrollará la Sociocracia el crédito hipotecario en la propiedad agrícola, cuya producción garantiza su amortización, sino que no lo extenderá jamás a la propiedad urbana, que no produce riqueza, ni rendirá renta, en una sociedad que ya está domiciliada. El domicilio, sólo es susceptible de ligarse al crédito personal,

concedido por las empresas a sus operarios, cuando lo acumulado en la juventud y las donaciones paternas no han bastado para cancelar el valor de la casa rural o del departamento urbano. Función propia de la Industria bancaria será desarrollar el crédito de producción agrícola, minera o fabril y el crédito comercial, que permite acumular los productos y regularizar su distribución.

Cuando la Industria bancaria desarrolla el crédito fabril, se liga íntimamente con las empresas que proyectan los instrumentos mecánicos. Informado el Banco, por esas empresas técnicas, puede conceder el crédito de producción, favoreciendo así el progreso industrial de los pueblos, sin peligro de desastres financieros. Debe recordarse, además, que el Régimen sociocrático distribuye la industria en pequeñas empresas, lo que disminuye la magnitud de los fracasos y asegura la perfección del trabajo y la duración del producto.

El concurso de los Bancos de la diversas Patrias podrá disponer de los grandes capitales que requiere la construcción de las obras mundiales, que perfeccionen el sistema de las comunicaciones o modifiquen las condiciones topográficas o agrícolas de los territorios. Recurrirán entonces los Bancos a los proyectos elaborados por las empresas técnicas, de geometría y mecánica, para resolver la realización de las obras, con la cooperación de las empresas constructoras. Así se ligan íntimamente todas las actividades matemáticas, que se refieren al Gran Medio, en las empresas mecánicas y geométricas y en la Industria bancaria.

Las empresas mecánicas no sólo informarán a la Industria bancaria acerca de la posibilidad y conveniencia de efectuar nuevas instalaciones fabriles, sino que auxiliarán a las industrias agrícolas, mineras, fabriles y comerciales, en el suministro y en la conservación y reparación de los mecanismos que utilizan. Esta conservación de las instalaciones no impide que se abandonen y se reemplacen

por otras más adecuadas a la realización perfecta del trabajo. Al efectuar esas reformas no se procederá con la indiferencia con que el industrialismo moderno trata los productos humanos y los materiales, sino que se harán patentes los sentimientos de veneración y gratitud hacia los elementos que han servido muchos años al bienestar de la Sociedad.

A las empresas mecánicas recurrirán los inventores, para someter a experiencia sus inventos, que se aplicarán sin el individualismo de los privilegios exclusivos, pero con las manifestaciones de la gratitud social a que son acreedores. La generalidad de la instrucción científica de los adolescentes y la participación de la juventud en las diversas empresas industriales, favorecerán el espíritu inventivo, para mejorar las condiciones del trabajo, a pesar del respeto que inspiran las instalaciones que han servido a los antepasados. Así se subordinará el progreso al orden, en el campo industrial y no se confundirá el progreso con el cambio arbitrario de los procedimientos o de los medios de acción.

Basta recordar que la Sociocracia subordina la maquinaria al bienestar material, intelectual y moral de los operarios, para vaticinar que desaparecerá la fabricación en serie, donde las grandes masas obreras se transforman en autómatas mecánicos. Al obrero sociócrata le será dado apreciar la importancia de su participación en el trabajo y experimentar la satisfacción moral que procura una obra bien construída. La maquinaria se subordinará al operario y no estará destinada a reemplazar la obra de mano, sino a auxiliarla en la realización perfecta del trabajo.

Otras de las empresas anexas a la Industria bancaria son las que formulan los proyectos de construcciones de edificios y de obras públicas. Domiciliar en las Ciudades o en las Aldeas a las nuevas familias y construir las fábricas que se organizan anualmente, constituye la fun-

ción permanente de esas empresas, que extienden sus proyectos a los caminos, puentes, canalizaciones, obras de puertos, etc., que sea necesario realizar. A cada empresa proyectista se ligan varias empresas constructoras, que llevan a cabo las obras y en las cuales se forma el personal técnico que, al proyectar, no olvida jamás de tomar en cuenta los procedimientos de construcción.

Resulta, en estas condiciones, que no se formulan proyectos irrealizables, como los que elaboran los técnicos que no han concurrido a ninguna construcción. Esa preparación práctica, de los que van a destinarse a proyectar edificios y obras públicas, tiene, además, la importancia de procurar el conocimiento más perfecto posible de los materiales que conviene utilizar. Dotados de los conocimientos teóricos y prácticos, los proyectistas tendrán también que cultivar las Bellas Artes, para llegar a la perfección estética en sus proyectos.

A las empresas mecánicas y geométricas se agregan las empresas de contabilidad, que auxilian a las secciones correspondientes de las empresas agrícolas, mineras, fabriles y comerciales. No sólo llevan estas empresas la contabilidad financiera, sino también la contabilidad estadística, que les permite apreciar el costo de los diversos productos o trabajos. A medida que se desarrollen los sistemas de contabilidad estadística, se irán uniformando, hasta que se adopten los procedimientos definitivos de anotación.

Reflejo directo del funcionamiento de la empresa, la contabilidad, estadística y financiera, resume los resultados anuales del trabajo y ello justifica que la Industria bancaria sea la coordinadora de la vida industrial, pacífica y altruísta. Al Banco le corresponde patrocinar las empresas de agricultura, minería, fabricación y comercio, vigilar su funcionamiento regular y resolver su liquidación, sin comprometer la existencia material de sus operarios. El sistema industrial será siempre capaz de absorber

a los proletarios que hayan quedado cesantes, por liquidación de una empresa.

Opérase una verdadera concentración de las industrias en torno de los Bancos, que se ligan respectivamente a la agricultura y minería, a la fabricación, o al comercio. La política de los pueblos industriales y pacíficos será dirigida espontáneamente por los Bancos de la Capital que constituirán el Triunvirato gubernativo: del Interior, el Banco agrícola minero; de Finanzas, el Banco fabril; y de Relaciones Exteriores, el Banco comercial. De este modo se cumplirá la ley sociológica, que establece que el gobierno resulta de la jerarquía de las actividades sociales, siendo militar en una sociedad guerrera e industrial en los pueblos dedicados al trabajo pacífico.

Bien considerado, esta ley se ha cumplido, aún durante la anarquía moderna, que instituyó el régimen pedantocrático o de los letrados, que han formado partidos políticos cuyos jefes llegan a gobernar a los pueblos. Independizada la Sociocracia de las ficciones democráticas, establece la herencia del gobierno por la designación que hace el que ejerce la función, cinco años antes de retirarse, al iniciarse su vejez. Se consolida así la continuidad del gobierno político, que permanece siempre sometido al libre juicio de la opinión pública.

Refuerzo especial recibe la opinión pública con el procedimiento sociocrático, de anunciar las resoluciones de gobierno durante plazos convenientes, antes de hacerlas efectivas. Esta forma permite que la opinión se haga sentir oportunamente, no para criticar lo que se ha hecho, sino para influir sobre lo que se debe hacer. Se anula en la Sociocracia la distinción sofística entre las leyes y los decretos, y todas las resoluciones del gobierno se dictan bajo la responsabilidad de los Triunviratos, sin otros trámites que su anticipada publicación.

El Régimen sociocrático está libre de la plétora administrativa de las naciones modernas, no sólo por la pequeña

extensión de la Patria, sino también por la eliminación de muchos servicios superfluos, creados para incrementar las influencias políticas. Se reduce la administración sociocrática a los tres grupos de servicios, del interior, de finanzas, y de relaciones exteriores. El grupo del interior se refiere al notariado de la personalidad y de la propiedad, a la administración de justicia civil y criminal, y a los servicios de policía terrestre, marítima y aérea.

Respecto a la administración de finanzas, sus servicios comprenden no sólo el presupuesto de entradas y gastos, sino también la construcción y el financiamiento de las obras públicas. A estas obras se destinan sea los fondos ordinarios o los recursos extraordinarios que se amortizan en cierto período de años. Tales obras no requieren ningún servicio administrativo numeroso, pues los proyectos los formulan las empresas técnicas y las obras las realizan las empresas constructoras.

A la administración de las relaciones exteriores le corresponden todas las cuestiones del comercio internacional y de la cooperación industrial entre los pueblos, sin ningún recurso a las ficciones diplomáticas y ni siquiera al servicio consular, que pierde su objeto en pueblos que atienden con preferencia a los extranjeros y que han restringido la emigración de los ciudadanos a los que cumplen alguna función social. Cada pequeña sociocracia puede estar en relación con las demás, sea por comunicaciones postales o telegráficas y aún telefónicas, sin enviar personeros diplomáticos o consulares que no van a cumplir deberes sino a hacer respetar los pretendidos derechos de sus Patrias. Así desaparecerán esos fermentos de guerras y cada cual tendrá que someterse a las costumbres de los pueblos donde resida.

Se simplifica en extremo la administración pública en la Sociocracia, sobre todo si se considera la supresión del servicio militar, terrestre, marítimo y aéreo, y la transferencia de la instrucción pública al servicio universal de

la autoridad espiritual, constituida provisionalmente por la Alianza de las Doctrinas religiosas y sociales. El servicio doméstico de la instrucción primaria, donde se aprenden las cinco lenguas occidentales, las operaciones aritméticas y las Bellas Artes de la poesía, el canto, la pintura, la escultura, la música, la arquitectura y la mímica, prepara a los niños para entrar, a los catorce años de edad, a la Escuela Enciclopédica, en que se estudian las siete ciencias: matemática, astronomía, física, química, biología, sociología y Moral, en cursos separados para las niñas y los niños. Al terminar sus estudios, a los veintiún años de edad, las niñas pueden constituir sus nuevos hogares y los hombres se preparan, en la juventud, para elegir el oficio que han de desempeñar en la vida.

Reducir los servicios administrativos y ensanchar los servicios industriales, multiplicando las empresas de trabajo, será el programa permanente del Régimen sociocrático, que asegura ocupación a todos los ciudadanos. Inversa será entonces la situación social a la que se observa durante la anarquía industrial de los tiempos modernos, en que todos aspiran a ser funcionarios públicos, con poco trabajo y buena renta, mientras en el Régimen sociocrático será necesario imponer el servicio administrativo, para obtener el poco personal que se necesita, por cuanto todos preferirán incorporarse a las comunidades de trabajo. A cada uno de los servicios públicos le corresponde subordinarse a la Industria bancaria con que tenga mayores relaciones industriales.

El notariado, la policía y la justicia dependerán, en consecuencia, de los Bancos agrícolas, que constituirán la administración del Interior. No se necesita establecer otra jerarquía que la que resulta de la supremacía del Triunvirato bancario que gobierna la pequeña República y reside en la Capital. De nada sirve, y es aún perjudicial, la centralización de los servicios públicos de notariado,

policía y justicia, en una Sociedad que tiene principios uniformes de opinión y de juicio.

Sometida la Sociedad moderna a la confusión entre el orden espiritual y el temporal, ha llegado a especializar el dominio teórico y a generalizar el dominio práctico. Así vemos a grupos de sabios construyendo bombas explosivas y a letrados empíricos dirigiendo todas las reparaciones del gobierno político. La anarquía teórica y práctica será uno de los más poderosos obstáculos a la organización definitiva de la Sociocracia humana.

Es necesario someter los espíritus, no a la ciencia, sino a las concepciones generales y positivas, relativas al mundo, a la Sociedad y a la naturaleza humana. No se debe cultivar la ciencia por la ciencia, sino para servir al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad, lo que permite y exige limitar sus conceptos a los que no sólo son reales, sino útiles, relativos y simpáticos. Esa depuración de la ciencia se inicia en la matemática, desde la aritmética, y se extiende a la astronomía, la física y la química, y, con mayor facilidad, a la biología, la sociología y la Moral.

Recíprocamente, el campo de la actividad práctica no tiene límites para utilizar todas las posibilidades en servicio del Gran Ser. El arte educativo y el político serán siempre susceptibles de perfeccionarse con la experiencia práctica, y el progreso se extenderá a las industrias agrícolas, mineras, fabriles, comerciales y bancarias. Dotado de los recursos teóricos, el arte positivo sólo tendrá que investigar, por la experiencia, el comportamiento de los materiales empleados en las construcciones, y ello constituirá una de las condiciones del especialismo práctico.

Vivir para los demás es el principio que preside a la organización colectiva en la Sociocracia, sea en la Familia, en la Empresa, en la Patria, en la Iglesia o en la Humanidad. Impulsados por el altruísmo, los programas industriales se cumplen en medio de la felicidad de los cooperadores, siempre voluntarios y entusiastas. A los

servicios administrativos se extenderán esas condiciones morales, cuando sea constantemente idealizada la existencia humana, por medio del Culto Sociolátrico.

A la administración de los Bancos fabriles le corresponde la construcción de las obras públicas, proyectadas por las empresas técnicas y ejecutadas por las empresas constructoras. Reducidos los Bancos de provincia a las obras de interés local, las de interés general serán resueltas por el Triunviro de finanzas, que administra el Banco fabril de la Capital de la República. Entre las obras de interés general, habrá algunas de importancia internacional, que serán resueltas por los Triunviros que administran las relaciones exteriores en las Repúblicas interesadas.

El desarrollo industrial estará siempre incitado por la necesidad de crear nuevas empresas, para incorporar a ellas a los jóvenes que han estado trabajando como aprendices en las empresas existentes. Semejante situación se prolongará hasta que se estabilice la población, gracias a la influencia moral que, por intermedio de la Mujer ejercerá sobre el hombre la grandiosa utopía de la Virgen Madre. El cultivo continuo de las emociones altruistas alejará los corazones de las impulsiones egoístas, que perturban el porvenir de la Humanidad.

No podrán persistir en la Sociocracia los procedimientos anárquicos de la Industria fabril moderna, que multiplica la producción de artículos de muy corta duración, justificándolos por su bajo precio. Una de las condiciones ineludibles de la economía mundial, en toda construcción fabril, debe ser la buena calidad y larga duración del producto, y esa es la base de la verdadera riqueza social. La acción bancaria, en la Sociocracia, determinará la marcha regular de las empresas fabriles, evitando que degeneren hacia la explotación capitalista.

Cada empresa bancaria estará ligada a más de trescientas empresas industriales, entre las que predominarán las que corresponden al carácter agrícola, fabril, o co-

mercial del Banco. Así puede considerarse cada Banco como patrono financiero de una de las ramas industriales y como agente de los Bancos que patrocinan las otras ramas en la República. Estas relaciones íntimas de las empresas con los Bancos y de los Bancos entre sí permiten coordinar todos los trabajos en la forma más eficiente y favorable al cumplimiento de los programas de progreso en cada Patria.

A los Bancos les corresponde establecer y desarrollar el Régimen económico de la Sociocracia, que no se caracteriza por las acumulaciones de numerario, sino por el incremento creciente de productos útiles, durables y de la mejor calidad. Una vez que se hayan regenerado las diversas ramas de la Industria, disminuirán considerablemente las exigencias de monedas. No se efectuarán en la Sociocracia las grandes exportaciones de numerario por cuanto la unidad universal de moneda permitirá que el pueblo deudor incinere una cantidad equivalente a la que pueda emitir el pueblo acreedor.

Juzgada en su conjunto, la administración sociocrática de la Industria se caracteriza por la sencillez de las operaciones, ya que se han eliminado todas las complicaciones que el capitalismo introdujo en los procedimientos financieros. Ocioso sería examinar cada uno de esos procedimientos, para justificar su eliminación, puesto que basta colocarse en el punto de vista positivo, en que todo es de la Sociedad y para la Sociedad, para que se anulen las complicaciones que el individualismo ha establecido, para explotar a la comunidad y eludir el cumplimiento de los deberes que corresponden a cada cual. Basado en la Sociocracia, el régimen económico será el mismo para todos los pueblos, sin necesidad de imposiciones políticas de los pueblos avanzados.

Eliminado de las relaciones internacionales el bandidaje militar, la paz será el estado natural de los pueblos, que dispondrán de un pequeño servicio de policía criminal,

para reprimir los casos, cada vez más excepcionales, de crímenes contra la vida o la propiedad. Será siempre necesario mantener un servicio de seguridad del tránsito, aunque haya desaparecido la movilización diaria de las grandes masas obreras, propias de la industria capitalista. A los Bancos agrícolas ha de corresponderles administrar esos servicios de seguridad, indispensables al funcionamiento regular de la vida social.

Se coordina así, en torno de la Industria bancaria, el conjunto de la existencia material de la Sociedad, en sus condiciones de movimiento y de trabajo. Esta organización material, en torno del Banco, se combina con la coordinación de la existencia espiritual, en torno del Templo, para determinar la perfecta armonía de la vida humana en la Sociocracia, en que el régimen industrial y el dogma científico se subordinan al culto altruísta del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Destinadas respectivamente a organizar la existencia espiritual y la existencia material de la Sociedad, la autoridad teórica del Templo y el poder práctico del Banco no se confunden jamás, y tienen a su cargo la doble vida subjetiva y objetiva de la naturaleza humana.

Según esta organización de la existencia material, no sólo se agrupan en torno del Banco las Industrias agrícola-mineras, fabriles y comerciales, sino también los servicios públicos de la administración del interior, de finanzas y de relaciones exteriores. Influye aún el Banco sobre todas las industrias, por intermedio de las actividades de número, extensión y movimiento, ligadas al Gran Medio, el Espacio, y que corresponden a las empresas técnicas de contabilidad, de construcción y de mecánica, que acompañan la acción industrial de los Bancos. Ninguna empresa puede constituirse, sin que haya sido planeada previamente, en sus instalaciones mecánicas, en la construcción de edificios y distribución de locales y en el cálculo de sus condiciones económicas.

Es así como las construcciones subjetivas preparan la realización objetiva de los proyectos, y ello demuestra la influencia preponderante del Gran Medio en el progreso de la especie humana. Favorecida por los sentimientos altruistas, nuestra especie se eleva hasta el Gran Ser, y proyecta y realiza construcciones benéficas, en favor de la Familia, de la Patria y de la Humanidad, purificándose, cada vez más, de los programas que le fueron inspirados por los egoísmos individuales, domésticos y cívicos. En el futuro, el Gran Medio será poblado por imágenes inspiradas por el altruismo, que determinará el progreso de cada Familia y de cada Patria, en armonía con las demás, impulsadas todas por el amor universal de Humanidad, propio de la santa vida subjetiva de la naturaleza humana.

Grande y capital es sin duda, la influencia que tienen las empresas técnicas de mecánica y geometría en la instalación de las empresas industriales, pero las empresas técnicas de contabilidad tienen una acción continua, durante todo el tiempo en que funciona una industria. A esa circunstancia se debe que el Banco se ligue más íntimamente a la contabilidad, ya que es el dispensador del crédito y, por lo tanto, el juez de las condiciones económicas de las empresas industriales. Siempre será necesario que cada empresa lleve las dos contabilidades, una financiera, del movimiento de fondos y créditos, y otra estadística, que permita fijar la cuantía y el costo de cada producto, fuera de la contabilidad bancaria, que lleva la cuenta corriente de la comunidad y de cada uno de los comuneros.

Uniformar los procedimientos de contabilidad será una de las principales tareas de las empresas técnicas, que suministrarán sus formularios a las empresas agrícolas, mineras, fabriles y comerciales. No cabe duda que la simplicidad de las operaciones financieras, en la Socio-cracia, eliminará muchas de las complicaciones que de-

penden de las formas capitalistas de las relaciones económicas. A la Sociocracia le corresponde concentrar los capitales, considerándolos creaciones propias de la Sociedad, de la cual dependen por su origen y por su destino, y que son administrados por el patriciado, compuesto de ciudadanos de edad madura, que designan a sus sucesores, cinco años antes de recibir el sacramento del retiro, al iniciarse la ancianidad de la vida.

Reducidos los Bancos a las funciones de agentes de la concentración de los capitales y de la distribución de los créditos industriales, sólo imponen los gravámenes necesarios para mantener sus servicios. Esos créditos no devengan intereses, sino la cuota de servicio, como las cuentas corrientes y demás operaciones bancarias. Debe considerarse que en la Sociocracia no se trata de enriquecerse, sino de producir, con el menor gravamen, las provisiones de sustento y de uso y los instrumentos de producción.

Oportuno es constatar que durante la transición de la economía capitalista hasta el régimen sociocrático se conservarán muchos de los procedimientos actuales y tal vez se instituirán otros, intermediarios, para facilitar la evolución de las opiniones y de las costumbres. La Sociocracia no es un sistema de gobierno político, como el comunismo, sino un sistema social, basado en las doctrinas científicas de la Sociología e inspirado en los sentimientos altruistas propios del Culto Sociolátrico del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Desprendida de todo interés de ascendiente político, la Sociocracia se instalará en el mundo por la influencia espiritual de la Religión Universal, predicando siempre la paz y la armonía sociales.

Sagrados lazos de afecto ligan al Proletariado con el Patriciado, no sólo por su cooperación en la acción industrial, sino por la comunidad de sus opiniones, derivadas de una misma educación, en torno de un Dogma científico, y, además, moralmente unidos por su concurso re-

ligioso en los Templos del Gran Ser. A medida que los corazones, que se han elevado ya de la Familia a la Patria, alcancen hasta la Humanidad, se cumplirá la regeneración humana y reinará sobre la Tierra la paz social y el bienestar material. Ninguna de las Divinidades positivas dejará de ser glorificada, cual centro de amor, de pensamiento y de acción, como lo manifiesta especialmente el Gran Medio, sitio sagrado del amor universal, de la ciencia matemática y de la Industria bancaria.

II.—ORGANIZACIÓN BANCARIA DE LA INDUSTRIA

Basadas en la Matemática, las funciones del Banco abarcan la contabilidad financiera de todas las Industrias y el patronato económico de ellas, mediante el desarrollo del crédito y su oportuna y prudente aplicación. Acumúlase en el Banco el numerario que excede al circulante, el cual se reducirá a su mínimo en el Régimen Sociocrático. La institución bancaria de las cuentas corrientes de los operarios evita las fluctuaciones semanales y mensuales del circulante, que se reduce a los pequeños gastos diarios, acumulados por semanas.

Antes que los Bancos puedan instituir las cuentas corrientes del proletariado, ellas deben haber sido establecidas en la contabilidad de cada empresa industrial, que traspasará ese servicio a la contabilidad bancaria, cuando las respectivas costumbres sociocráticas se hayan generalizado. No sería posible centralizar en el Banco la contabilidad financiera de las empresas, si los comuneros que las forman no saben utilizarla en sus relaciones con sus proveedores y con las comunidades a que pertenecen. Al servicio bancario de cuentas corrientes corresponde un numeroso personal de contadores y cajeros, agrupados

según las empresas agrícolas, mineras, fabriles o comerciales, ligadas a cada Banco.

No debe olvidarse que el Banco concentra también la contabilidad de los servicios administrativos del Interior, de Finanzas y de Relaciones Exteriores. Oportuno es, además, recordar que al Banco le corresponde llevar la contabilidad de los servicios ligados a la Autoridad Espiritual de cada Colegio Sacerdotal. Tales servicios satisfacen las exigencias de una población de setenta mil habitantes, a la cual la Sociocracia asigna un Templo y un Banco, para coordinar respectivamente su existencia espiritual y material.

Quedan así sometidos al Banco los servicios de policía, de justicia y de notariado, de la personalidad y de la propiedad, y las demás reparticiones de la administración del Interior. Unense a ellas los servicios de la administración de Finanzas y construcción de Obras Públicas, y los de Relaciones Exteriores y comunicaciones. Estos servicios imponen al Banco un numeroso personal administrativo, que actuará en forma responsable, sin parlamentos municipales ni gubernativos.

Una vez que se subordinen a una Autoridad espiritual y universal, los servicios teóricos y morales de poesía, ciencia, enseñanza y religión, el Banco podrá servir de intermediario del patronato popular e internacional de esas instituciones. Ningún presupuesto fiscal se ligará a esos servicios, cuya existencia material dependerá exclusivamente de los subsidios populares, que el Banco abonará a los representantes de las diversas religiones o escuelas. Así, cada doctrina conservará su independencia material, y su evolución dependerá solamente de las condiciones espirituales.

El poder material y temporal, que se concentra en el Triunvirato bancario de las pequeñas Repúblicas Sociocráticas, no podrá jamás pretender dirigir a la Autoridad espiritual, que se distribuye entre los representan-

tes de las diversas Religiones. Sólo los individualistas, que olvidan lo que se debe moralmente a las Religiones, podrán negar su apoyo material a las Autoridades espirituales y proteger sólo las instituciones docentes a que tengan que recurrir para educar a su descendencia. Así se les impondrá espontáneamente el Dogma de la Religión Universal, que se idealiza en el Culto y se aplica en el Régimen industrial, pacífico y altruista de la Sociocracia.

Se completan las reparticiones de la administración bancaria, con el servicio de estudio de las condiciones económicas de las empresas industriales, de acuerdo con sus balances anuales y con las informaciones periódicas que se obtengan. A este servicio informativo está ligada la principal función del Banco, la relativa a la aplicación y desarrollo del crédito financiero. No sería posible proceder al otorgamiento consciente del crédito a las empresas industriales, sin conocer las condiciones en que se desarrollan las Comunidades de trabajo que lo solicitan.

A la organización sociocrática del Banco le corresponde concentrar todas las operaciones del crédito comercial, permitiendo a las empresas cancelar al contado sus adquisiciones, sea de instalación o de funcionamiento. Refiérese esta concentración del crédito, no sólo a las empresas industriales, sino también a los servicios de la administración pública y a las instituciones que dependen de las Autoridades espirituales. Todo crédito financiero no se otorga a las empresas por su capacidad para obtener utilidades y aumentar su capital, sino por sus aptitudes para cumplir un servicio necesario a la vida social, quedando, en consecuencia, privadas de crédito, todas aquellas empresas que basan su existencia en la explotación de los egoísmos individuales.

No sólo el crédito bancario, en la Sociocracia, facilita la instalación completa y el funcionamiento regular de

las empresas útiles, sino que les permite aproximar el precio de sus productos a los gravámenes del costo, puesto que no tienen necesidad de obtener utilidades, cuando ya han consolidado su régimen de crédito. Una empresa industrial, sea agrícola, minera, fabril o comercial, es, en la Sociocracia, una institución social que llena una función necesaria a la colectividad y que no tiene el propósito de enriquecerse, explotando a la Sociedad. La existencia de las empresas, en la Sociocracia, queda asegurada por los mismos elementos que concurrieron a formarlas, y no se necesita ninguna institución de seguros de la propiedad, y menos de la vida, para garantizar la reconstrucción de las instalaciones y el bienestar de los comuneros de trabajo y de sus familias, en las empresas que han sufrido los estragos de incendio, la inundación o el terremoto.

Otórganse los créditos sin intereses y sometidos sólo al gravamen del servicio bancario. Deben las empresas amortizar, en cierto período de años, su crédito de instalación, y cancelar anualmente su crédito de funcionamiento, salvo el caso en que las adquisiciones se almacenen, para utilizarlas en varios años, plazo al que se extenderá el de la cancelación del crédito. Ante el criterio sociocrático, el capital es constituido por los productos del trabajo, ya que el numerario podría suprimirse, si fuera posible efectuar directamente, como en la familia, la repartición de los productos y de los servicios, y, por lo tanto, si se recurre a la moneda es sólo como un signo de crédito, para facilitar esa repartición en la Sociedad.

No se piensa en igual forma en el Régimen capitalista en el cual se ha subordinado la producción industrial a la acumulación de numerario, por medio de los intereses del crédito. Un sinnúmero de empresas, de producción útil, han fracasado bajo el peso de la usura, muchas otras han triunfado, explotando los egoísmos individuales. El verdadero régimen bancario sólo podrá establecerse,

cuando los conceptos sociales de la Sociocracia hayan dominado al individualismo capitalista.

Ya parece haber llegado el momento de abandonar el sistema de crédito capitalista, que no sólo ha contribuído a perturbar la paz en el mundo, sino que ha desorganizado la Familia, obligando a la Mujer a trabajar, fuera del hogar. Es evidente que una vez suprimidas las destrucciones de la guerra y subordinadas las construcciones de la Industria a la satisfacción de las verdaderas necesidades sociales, podrá, no sólo eliminarse del trabajo a la Mujer, sino disminuir el tiempo del trabajo del hombre, para que logre disfrutar de la existencia afectiva de la Familia y de la vida intelectual de la Humanidad, sin dejar de servir las, por intermedio de la actividad industrial de la Patria. Se realiza así el régimen económico propio de la Sociocracia, que no sólo no agota el trabajo en productos de destrucción, sino que los destina exclusivamente a obtener los productos y cumplir los servicios que requiere una Sociedad industrial, pacífica y altruísta.

Mientras fué necesario recurrir al Capitalismo, para constituir la Industria, como recurrir a la guerra, para constituir la Patria, pudieron justificarse sus respectivos procedimientos que, desde hace ya mucho tiempo, se han hecho retrógrados y funestos. Una vez realizados sus objetivos sociales, tanto el capitalismo como la guerra, los extralimitaron, aspirando respectivamente al dominio universal de la riqueza o de la fuerza. Resultados naturales de esos abusos han sido las luchas revolucionarias entre el trabajo y el capital y las de liberación política de los pueblos.

El verdadero régimen bancario sólo podrá desarrollarse, una vez extinguidos el capitalismo y la guerra, y efectuada la incorporación del proletariado a la Sociedad, no sólo en sus condiciones materiales, sino también en su existencia intelectual y moral. Semejante incorporación se caracterizará por la perfecta armonía en-

tre los empresarios, que ya no son, ni aspiran a ser, capitalistas, y los operarios, que han dejado de ser mercenarios. Tal reforma social se completa y consolida con la subdivisión de las nacionalidades militares en pequeñas Repúblicas industriales, realmente pacíficas, cuya existencia estará garantizada, no por fuerzas materiales, sino por las influencias morales de la organización internacional de los sentimientos y de las opiniones populares, en torno de la Religión Universal de la Humanidad.

No cabe duda de que se hace ya necesario liquidar el Capitalismo, como la guerra, para poder organizar el crédito bancario, y constituir las pequeñas Repúblicas Sociocráticas. El capitalismo y la guerra pueden ser liquidados en forma política, por medio de la fuerza, o en forma religiosa, por medio del sentimiento y de la opinión. El comunismo ha pretendido liquidar el capitalismo y las Naciones Unidas pretenden ahora liquidar la guerra, pero sus procedimientos políticos de fuerza están destinados al fracaso, pues concentran el capitalismo en el gobierno político y multiplican las desconfianzas y los preparativos de guerra.

Una vez desarrollado el sentimiento de Humanidad, con la intensidad con que se ha desarrollado ya el sentimiento de Patria, podrá instituirse la solución religiosa para liquidar el capitalismo y la guerra, iniciándola por la descomposición de las grandes empresas capitalistas en pequeñas comunidades sociocráticas y de las grandes nacionalidades en pequeñas Repúblicas industriales, pacíficas y altruistas. No será necesario emplear ninguna violencia, para llevar a cabo la liquidación del capitalismo y de la guerra, pues se respetarán las situaciones actuales, mientras se transforman voluntariamente en las situaciones definitivas. En el estudio actual nos referiremos sólo a la liquidación religiosa del Capitalismo, considerándola como la principal función transitoria del Banco sociocrático.

Mediante una propaganda intensa de los principios sociocráticos de la organización del trabajo, se obtendrá la cooperación de los elementos activos para constituir las empresas en forma de comunidades industriales, cuya existencia debe preceder a la constitución normal del Banco. A su vez, el poder político será conducido a fomentar la autonomía de las provincias, considerándolas como bases de las futuras Repúblicas sociocráticas, industriales, pacíficas y altruistas. Reducida la propaganda religiosa a actuar sobre los sentimientos y las opiniones, no tomará parte alguna en las luchas políticas, y, respetando las resoluciones de los gobiernos, sólo pedirá la libertad necesaria para manifestar los afectos y los juicios.

Esa actuación de los elementos espirituales, de sentimiento y de opinión, llegará a influir sobre los elementos de los partidos políticos conservadores y progresistas y aún, en menor grado, sobre los partidos retrógrados, de modo a favorecer la implantación de ciertas medidas que, sin amenazar la propiedad del capital, puedan establecer su armonía estable con el trabajo. Se iniciará así la liquidación del capitalismo, antes de instituir el Régimen sociocrático, actuando sobre la política actual y evitando que se llegue a los procedimientos tiránicos del Comunismo. Esas reformas inmediatas contribuirán a demostrar que la regeneración social puede efectuarse sin violencias ni absorción nacionalista de las industrias, y sólo por la acción exclusiva del sentimiento y de la opinión, y es a esa acción a la que damos el nombre de religiosa, para distinguirla de la que emana de la fuerza política.

Respecto a las reformas que dependen de la influencia directa del Régimen sociocrático, cabe distinguir las que es posible obtener por la sola acción espiritual, de las que exigen, además, el concurso del gobierno político, propio de la Sociocracia. Una experiencia secular demuestra que las reformas sociales se inician por las aspiraciones, proyectos y programas de las autoridades espiri-

tuales y se complementan con las resoluciones de los poderes temporales. Este proceso parece, a veces, perturbado, en los tiempos modernos, por las pretensiones espirituales de los poderes políticos y por las ambiciones temporales de las iglesias teológicas y de las escuelas metafísicas y científicas.

A estas circunstancias se debe que la Sociocracia considere que la base de la regeneración social consiste en establecer la más completa distinción y separación entre el poder temporal que manda y la autoridad espiritual que aconseja. Recurre a la fuerza el poder temporal, para imponer las acciones, mientras la autoridad espiritual sólo recurre al sentimiento y a la opinión, para cautivar las voluntades. El poder temporal exige la obediencia, mientras la autoridad espiritual sólo aspira a determinar el concurso voluntario.

La liquidación del Capitalismo presenta, en consecuencia, tres fases sucesivas: la primera, que depende de la acción de la autoridad espiritual sociocrática sobre los actuales poderes temporales; la segunda, que resulta del concurso voluntario de los que han sido cautivados por la autoridad espiritual; y la tercera, que supone que ya se ha organizado, en cierta forma, el poder temporal sociocrático, cuyo concurso se hace necesario para dar término a la liquidación. Es indispensable examinar sucesivamente estas tres fases de la liquidación del capitalismo, para apreciar las funciones que corresponden al Banco, en su organización definitiva. Ya podemos presentir que la lentitud y la graduación de las reformas sociocráticas las pondrán a cubierto de los fracasos y de las luchas enconadas que acompañan a las violentas reformas políticas, que no han sido suficientemente preparadas por los sentimientos y por las opiniones del público.

Que sea dictatorial o parlamentario el gobierno político, siempre puede influir sobre él la opinión pública, si la prensa no está oprimida por la tiranía de un caudillo

o de una facción parlamentaria. Una continua propaganda puede llegar a obtener la liquidación del capitalismo en los servicios públicos y en las empresas industriales, si esos servicios o empresas están constituidos como sociedades anónimas de existencia estable. Importa eliminar de este procedimiento a las empresas que no han adquirido su estabilidad económica y que sólo sirven de alimento al juego de valores.

Una vez determinado cuáles son las empresas capaces de adquirir una completa autonomía financiera, se les impondrá una contribución equivalente a un pequeño porcentaje de las utilidades anuales, y se destinará la suma obtenida a rescatar, por sorteo, cierto número de acciones, estimadas al precio que les corresponda, según las utilidades. Volverá a repetirse anualmente este rescate, para el cual se dispondrá, no sólo del pequeño porcentaje de las utilidades, sino también de las utilidades que corresponden a las acciones ya rescatadas y que serán propiedad exclusiva de la empresa. Al término de cierto período de años, las empresas habrán rescatado todas sus acciones, y no tendrán que repartir dividendos, habiéndose liquidado ya en ellas el capitalismo.

Al adquirir las empresas su autonomía financiera, pueden destinar sus utilidades a mejorar sus instalaciones y a consolidar la situación material de su personal. La juiciosa inspección fiscal, a que quedarán sometidas las empresas favorecidas, evitará todo derroche en las instalaciones e impedirá que el personal se transforme en capitalista, y para ello será necesario establecer el salario en la forma sociocrática. Al efecto, se facilitará al personal la adquisición de su domicilio y se le adjudicará el salario mensual de sustento de una familia, compuesta de siete personas, y se le abonará la cuota de bienestar, proporcional al trabajo, y que tenga por límite máximo el doble del salario diario.

La forma en que se procede a la liquidación del Ca-

pitalismo, en las Sociedades Anónimas, demostrará que no se trata de confiscar las fortunas, despojando de ellas a los rentistas, sino de favorecer su transformación en empresarios industriales. Obtiénense, además, mayores capitales disponibles para las nuevas empresas, que los utilizarán con menores gravámenes. Iniciada, en esta forma, la liquidación del Capitalismo puede desarrollarse, con el mismo espíritu de prudencia y equidad, sin ninguna de las violencias propias de los fanatismos políticos.

Imposible sería extender este procedimiento a las demás formas del capitalismo, cuya liquidación requiere que se haya organizado previamente el Banco sociocrático. La existencia de un Banco semejante supone que están constituidas ya muchas empresas industriales, como Comunidades de trabajo. Estas instituciones sociocráticas, de las Comunidades y del Banco, pueden efectuarse sin ningún cambio en el régimen político, sobre el cual la propaganda religiosa será capaz de influir, para obtener la libertad de testar, conservando los actuales procedimientos para la sucesión intestada.

Tal reforma hereditaria puede contribuir a evitar que se generen en los hijos los malos hábitos capitalistas, de los que desean vivir de sus rentas, sin dedicarse a ningún trabajo práctico ni teórico. Así tendrá menor tarea el Banco sociocrático, para liquidar el capitalismo, en los créditos rentistas, suministrando a los deudores los medios de cancelarlos, con fondos gravados sólo por las cuotas de servicio bancario, siempre que ofrezcan suficientes garantías. Las empresas industriales podrán así consolidar su autonomía financiera y los capitalistas dispondrán de mayores sumas para proseguir sus operaciones o transformarse en empresarios.

El Banco puede también liquidar el Capitalismo en los bonos hipotecarios, concediendo los medios de amortizarlos, siempre que se trate de la propiedad agrícola, que garantiza con su producción la amortización del cré-

dito, pero sin extender sus operaciones a la propiedad urbana, que sólo produce en forma rentista. Reducidos, así, los medios de acción de los capitalistas, se favorece su transformación en empresarios, para evitar que el capital se consuma, si no produce renta. Al mismo tiempo, es necesario considerar el caso en que los capitales pertenecen a personas incapaces de transformarse en empresarios, sea porque son mujeres, ancianos o enfermos.

Una vez instituída la acción del Banco sociocrático y experimentada la influencia de sus operaciones sobre la liquidación religiosa del capitalismo, podrá asegurarse la existencia y el bienestar de las familias de los capitalistas que sean incapaces de transformarse en empresarios. La solución puede reducirse a jubilar a los capitalistas, en las condiciones de rentas y de plazo que se acuerden voluntariamente en cada caso, en cambio de los capitales, privados ya de rentabilidad. Más tarde, esa cuota anual de jubilación puede transformarse en capital, si el que la recibe es capaz de convertirse en empresario.

Ninguna medida de opresión legal será necesario emplear para la jubilación de los capitalistas, en forma voluntaria y equitativa. Obtener el acuerdo de los rentistas, para efectuar su jubilación será tal vez, la última medida que pueda tomar el Banco sociocrático, sin el apoyo legal del gobierno político. Mientras pudo bastar la influencia de la propaganda religiosa, para obtener de los gobiernos actuales la libertad de testar y la liquidación del Capitalismo en las Sociedades Anónimas, será necesario esperar que se organice el Banco sociocrático, para efectuar esa liquidación en los créditos rentistas y en los hipotecarios y para realizar la jubilación de los capitalistas incapaces de transformarse en empresarios.

Instituídos los gobiernos políticos, en forma favorable a la opinión sociocrática, puede ya el Banco extender la liquidación del capitalismo a los créditos comanditarios, una vez que la legislación autorice la liquidación de las

sociedades correspondientes. Dispondrán los socios industriales de los fondos necesarios para cancelar sus aportes a los socios capitalistas, siempre que la empresa ofrezca garantías y se organice en forma de comunidad de trabajo, para que los industriales no se conviertan, a su vez, en capitalistas. Así se favorecerá la transformación de los rentistas comanditarios en empresarios directos de industrias organizadas en forma sociocrática.

Volverá a necesitarse la acción del gobierno para efectuar la liquidación del capitalismo en las propiedades de renta urbana. El gobierno autorizará, por la ley, a los arrendatarios para comprar los departamentos que ocupan, como domicilios, oficinas o almacenes, mientras el Banco les concede los créditos convenientes. Reducido el precio de compra al costo del edificio más la proporción correspondiente al valor del terreno, la transferencia supone la imposición de tasaciones legales.

El Capitalismo concluirá por liquidarse en los arrendamientos de instalaciones industriales de agricultura, minería, fabricación o de comercio, autorizando a las empresas arrendatarias para adquirir en propiedad, esas instalaciones que administran. Se procederá en forma análoga a la empleada con la propiedad de renta urbana, sin prohibir, en ningún caso, que los capitalistas sigan dando en arriendo las propiedades que construyan, instalen o adquieran. El sistema indicado permitirá liquidar paulatinamente el capitalismo y desarrollar la verdadera riqueza social, que consiste en la acumulación de productos industriales, en los locales y en la cuantía conveniente al bienestar de la Sociedad, y que no depende de la acumulación de dinero, por parte de individuos que explotan a la comunidad social.

Reconocer que el Capitalismo fué una institución capital, para poder constituir la Industria, como la guerra lo fué, para constituir la Patria, no quiere decir que la Sociedad ha de quedar eternamente sometida al capita-

lismo y a la guerra, puesto que ya es posible concebir que existan la Industria sin el Capitalismo y la Patria sin la Guerra. Imposible será terminar con la guerra, si los sentimientos y las opiniones no se elevan de la Patria hasta la Humanidad. El capitalismo no podrá tampoco eliminarse mientras los intereses individuales y de familia no se subordinen a los de Patria y de Humanidad.

Sólo la influencia moral, intelectual y práctica de la Humanidad permitirá eliminar el régimen capitalista, en que se nace propietario, reemplazándolo por el régimen sociocrático, en que el hombre adquiere, por su trabajo, la propiedad del domicilio y del salario de sustento y bienestar de su familia. Incorporado siempre a la existencia afectiva de la Familia, el hombre llega a ser ciudadano activo de la Patria y elemento intelectual de la Humanidad, concurriendo, cada vez más, a la armonía religiosa de los pueblos, como agente proletario del trabajo, como administrador patricio del capital, o como director espiritual de la opinión. No se adquiere la propiedad del capital por herencia teocrática o doméstica, sino por herencia sociocrática, en que se es designado propietario, administrador inviolable del capital, por el antiguo propietario, cinco años antes de que éste se retire, al iniciarse su vejez.

En el Régimen sociocrático de la organización industrial no se nacionalizan sino que se socializan las empresas de trabajo, constituyéndolas en forma de comunidades, que pueden asociarse para realizar una misma obra, o efectuar en concurso un servicio social. No se confían jamás las resoluciones prácticas ni los estudios teóricos a los directorios o cuerpos colegiados, que diluyen y anulan las responsabilidades y favorecen el imperio de las mediocridades ambiciosas. El mismo sistema de dirección personal, basado en la confianza y en la libertad de acción, se aplica a la administración de los Bancos y de

los servicios públicos que han de tener a su cargo, en una civilización pacífica, industrial y altruísta.

Puede el Banco cumplir su misión de liquidar el capitalismo y contribuir a organizar la Industria altruísta y la Política pacífica, sin recurrir a ninguna tiranía de fuerza temporal, basando su acción en el concurso creciente de los sentimientos y de las opiniones populares, en torno del Culto y del Dogma de la Humanidad, que constituyen los fundamentos afectivos y teóricos de los procedimientos prácticos, propios del Régimen de la Sociocracia universal. A medida que se desarrolle el Culto público del Gran Ser y de las Divinidades positivas, se hará sentir la necesidad de instituir la Escuela Enciclopédica, en que los adolescentes de ambos sexos recibirán, en cursos separados, durante siete años, las nociones de la ciencia matemática, relativa al Gran Medio; de la ciencia astronómica, relativa al Cielo; de la ciencia física, relativa al Flúido; de la ciencia química, relativa al Gran Fetiche; de la ciencia biológica, relativa a la Vegetalidad; de la ciencia sociológica, relativa a la Animalidad; y de la ciencia moral, relativa al Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Reorganizadas las bases del sentimiento público y de la opinión pública, en torno de ese Culto y de ese Dogma, se regenerarán las costumbres, de acuerdo con el Régimen Sociocrático, pacífico, industrial y altruísta.

Una vez que ha terminado ya la evolución espontánea de las actividades humanas, propias de la vida pacífica, que se iniciaron por los rudimentos de la educación y abarcaron la política, la agricultura, la minería, la fabricación, el comercio y, en los tiempos modernos, la industria bancaria, ha llegado el momento de emprender la reorganización sistemática de esas actividades, a partir del Banco, hasta llegar a la Política y a la Educación normales. Se operará esa regeneración bajo la influencia de los ideales de la Sociocracia, que lograrán imponer a

los pueblos el concepto de que la Industria no tiene por objeto enriquecerse, sino enriquecer a la Sociedad, dotándola de los medios prácticos de procurar el bienestar material a todos sus hijos. Así el progreso se ligará a los ideales del porvenir y se subordinará siempre al orden constituido por el pasado, evitando toda revolución y consolidando la continuidad de la evolución humana.

Instituido el Banco Sociocrático, no sólo podrá completarse la liquidación religiosa del capitalismo, sino que se organizará en su forma definitiva el crédito de producción, sea agrícola, minera o fabril, cuya amortización será gravada únicamente por la cuota de servicio bancario. Respecto al crédito comercial, se subdividirá en dos grupos: primero, el crédito de instalaciones de vías y vehículos, sea terrestres, acuáticos o aéreos, que se amortizará como gastos públicos, y segundo, el crédito de conservación y funcionamiento, que se amortizará como gravamen del servicio de transportes. A las empresas comerciales se les concederán, además, los créditos convenientes para efectuar los almacenamientos anuales de provisiones de consumo y establecer el precio medio de venta, sin ningún propósito de enriquecimiento, que es del todo injustificado en una Sociedad que se organiza precisamente para garantizar el bienestar de sus hijos.

Se extenderá el crédito comercial al almacenamiento de reservas anuales de provisiones de consumo, para regularizar su repartición. Esas acumulaciones pueden servir también para auxiliar a las localidades que han sido víctimas de catástrofes sísmicas o climatéricas, aportando los recursos, sea en forma gratuita o con mínimos gravámenes. Realízase así la verdadera cooperación universal de los servicios industriales, siempre destinados a generalizar el bienestar a todas las regiones de la Tierra.

El Banco Sociocrático presidirá a la alianza bancaria universal, que establecerá la unidad de moneda fiduciaria, reservando los metales, como los demás productos trans-

feribles, a constituir las garantías provisionales de las emisiones respectivas. La descomposición de las nacionalidades militares, en verdaderas Patrias pacíficas, concentrará en los Triunviratos bancarios, la dirección de la Industria y de la Política mundiales. El orden y el progreso quedarán entonces consolidados, por la renuncia universal a la violencia y la elaboración constante de los ideales del porvenir altruísta.

Respectivamente dirigidas por el Patriciado bancario y por el Sacerdocio de la Humanidad, la organización del Régimen Sociocrático y las actuaciones del Culto Sociolátrico y del Dogma Sociológico están destinadas a hacer converger el orden afectivo, intelectual y práctico de la existencia humana hacia la sublime Utopía de la Virgen Madre. Inspirada la Mujer por ese supremo ideal, moral, social, vital y material, cumplirá, cada vez con mayor éxito, sus funciones afectivas altruístas, mientras el hombre perfecciona y consolida las bases materiales e intelectuales de la existencia femenina. A la Mujer, como Madre, Esposa, Hija o Hermana, le corresponde guiar al hombre hacia su verdadero destino, el de vivir para los demás, como servidor del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

Subordinadas todas las Industrias al Banco Sociocrático, ellas pueden regenerar los respectivos procedimientos capitalistas o mercenarios de los patricios y de los proletarios. Amparados por la Sociocracia, los que cooperan en el trabajo abandonarán sus egoísmos y manifestarán los sentimientos altruístas, que son la fuente de la armonía o unidad moral, de la paz social y de la salud y bienestar individual. La Industria bancaria, no sólo estará en relación directa con los patricios y los proletarios, por la contabilidad de sus cuentas corrientes, sino que patrocinará la organización de las comunidades industriales, para que el trabajo no falte a los operarios ni el capital a los empresarios.

A fin de asegurar el bienestar a las Familias, en medio de los accidentes inevitables de la vida, el Banco patrocinará la institución de la Caballería industrial, organizada por los ancianos patricios, que han legado ya a sus sucesores la administración de sus empresas, y que ejercen sus funciones de protección material extraordinaria, con el auxilio práctico del proletariado pasivo, compuesto por los mendigos sociócratas, que piden para los demás. Más importante que la Caballería militar de la Edad Media, la Caballería industrial será una institución permanente, que atenderá siempre, en forma oportuna y conveniente, la reparación de los daños domésticos o sociales ocasionados por las catástrofes materiales. Es evidente que esa institución llenará su cometido, con mayor eficiencia que las organizaciones pasajeras patrocinadas por los gobiernos o la filantropía del público.

Las funciones del Banco, en un lejano porvenir, cuando se haya completado la liquidación del capitalismo y la constitución del crédito de producción, se reducirán a mantener la organización industrial y a ensancharla, según el aumento de población, hasta que se reglamente moralmente su crecimiento. Entonces se podrá disminuir considerablemente el tiempo de trabajo para el hombre, pues, muchos años antes, habrá sido eliminada del trabajo la Mujer. Al hombre es al que corresponde alimentar a la Mujer, como padre, esposo, hijo o hermano y, por eso, el salario sociocrático se estima como suficiente para asegurar el sustento de siete personas: los esposos, tres hijos y los padres, sin incluir el domicilio, que el jefe de familia ha adquirido antes de su matrimonio.

Amparada materialmente por el hombre, la Mujer podrá desarrollar, con toda intensidad, sus funciones afectivas altruistas, inspirando en la Familia, en la Patria y en la Humanidad, la simpatía, la veneración y la bondad. Reinarán así en la vida doméstica los sentimientos paternos, filiales y fraternales, que se resumen en

el amor conyugal, y dominarán la vida civil los sentimientos de la conciudadanía, de la obediencia proletaria y de la protección patricia y se extenderán a la vida universal la fraternidad humana, la veneración al pasado y la bondad hacia el porvenir. Esos serán los resultados de la influencia moral de la Mujer en la educación del hombre, como Madre, Esposa, Hija o Hermana.

Inspirado moralmente por la Mujer, el hombre cultivará su vida intelectual y artística, haciéndose cada vez más apto para cooperar a la educación de sus hijos y contribuir a embellecer la vida doméstica y social y el trabajo material. Caducadas ya todas las preocupaciones materiales del proletariado, gracias a la organización sociocrática de las empresas industriales, el trabajo se cumplirá, no sólo como un deber social, sino como el medio de procurarse la felicidad de vivir para los demás. Así se constituirá la verdadera vida de la Humanidad, no como una simple especie de la Animalidad, sino como el Gran Ser de la Religión Universal.

Regenerada la existencia material de los pueblos, por la acción del Banco sociocrático internacional, bajo la influencia moral de la Religión Universal, podrá incorporarse totalmente el Proletariado a la vida estable y feliz de la Familia, a la existencia pacífica y altruísta de la Patria y a la continua marcha religiosa de la Humanidad. Obtiénese así la solución del problema planteado por la Edad Media, al efectuar la liberación de los esclavos, que han permanecido abandonados en los tiempos modernos, a merced de las exigencias del capitalismo y de la guerra y que sólo podrán ser definitivamente incorporados a la Sociedad, por el Culto, el Dogma y el Régimen de la Religión del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad. Al Régimen sociocrático le corresponde completar, con las instituciones materiales de la vida práctica, la obra iniciada por los sentimientos altruístas, desarro-

llada por el Culto sociolátrico y consolidada por las opiniones científicas del Dogma sociológico.

Ese Culto, ese Dogma y ese Régimen son los que constituyen la Religión Universal del Gran Ser y de las Divinidades positivas: la Animalidad, la Vegetalidad, el Gran Fetiche, el Flúido, el Cielo y el Gran Medio. Refiérense al Gran Ser y a las Divinidades positivas las Bellas Artes de la Poesía, el Canto, la Pintura, la Escultura, la Música, la Arquitectura y la Mímica; como también las ciencias: Moral, Sociología, Biología, Química, Física, Astronomía y Matemática y las actividades de la Educación, la Política, la Agricultura, la Minería, la Fabricación, el Comercio y el Banco. Así, la sublime Utopía de la Virgen Madre, ideal supremo de la Mujer, es el ideal supremo de la existencia humana, en Bellas Artes, Ciencias e Industrias, como también es el ideal que centraliza el Culto, el Dogma y el Régimen de la Religión Universal.

CONCLUSION

Una vez bosquejada la apreciación general de la actividad humana en el orden moral de la Educación, social de la Política, biológico de la Agricultura, químico de la Minería, físico de la Fabricación, astronómico del Comercio y matemático del Banco, se hace posible imaginar en algo lo que habría sido la obra sobre la Industria, prometida por el Supremo Maestro, en 1856, para el año 1861. La publicación de este bosquejo, ochenta y cinco años más tarde, como los bosquejos de la Moral Teórica y de la Moral Práctica, no pretenden construir los tratados perdidos por la fatal transformación prematura del Sublime Fundador de la Religión Universal, sino cooperar en lo que me era posible, a la futura reconstrucción de esas obras, cuando pueda realizarlas el Sacerdocio de la Humanidad. Mantenido en este punto de vista, he preferido no referirme a muchas instituciones de orden práctico que habrían sido formuladas en el tratado normal, y ni siquiera he expuesto y desarrollado las que fueron indicadas ya por el Supremo Maestro.

Las instituciones prácticas, a que me refiero, son,

entre otras, las relativas más especialmente a las diversas ramas de la actividad humana, como la numeración septimal y la unidad de moneda, para el Banco; la unidad de medidas de líneas, ángulos, pesos y tiempos, para el Comercio; la unidad de medida de las actividades físicas, para la Fabricación; la unidad de lenguaje y de legislación, para la actividad política; y la unidad moral, según la Utopía de la Virgen Madre, para la actividad educativa. Estas instituciones, como la del Calendario perpetuo, compuesto de trece meses de cuatro semanas cada uno, servirán para caracterizar la civilización sociocrática, hacia la que marcha el porvenir del Gran Ser: Familia, Patria, Humanidad.

La Industria puede ser considerada como el conjunto de los procedimientos prácticos convenientes para incorporar al servicio del Gran Ser a las Divinidades positivas: el Gran Medio, el Cielo, el Flúido, el Gran Fetiche, la Vegetalidad y la Animalidad. Esos procedimientos prácticos han sido sucesivamente inspirados por los sentimientos de Familia, de Patria y de Humanidad y guiados por las concepciones ficticias, abstractas y positivas. Ya se han cumplido la inspiración afectiva de la Familia y de la Patria y la dirección del espíritu ficticio y abstracto, sea teológico, metafísico y científico, pero todavía la Industria no es impulsada por el sentimiento de Humanidad ni guiada por el espíritu positivo.

Toda la evolución industrial de los tiempos modernos se ha basado, cada vez más, en la ciencia y ha girado, sobre todo, en torno de los intereses militares de la Patria. Es necesario que, en el porvenir, predomine el sentimiento de Humanidad y reine exclusivamente el espíritu positivo, que purifica la ciencia de todas las concepciones ficticias, inútiles, inciertas, vagas, discordantes, absolutas y antipáticas, reduciéndola a las que convienen a la existencia pacífica, industrial y altruísta del Gran

Ser: Familia, Patria, Humanidad. A la futura evolución industrial le ha de corresponder moralizar la cooperación del capital y del trabajo, para hacer concurrir el pasado y el presente al servicio del porvenir.

Imposible sería efectuar la evolución final de la Industria sin el concurso de la Religión Universal, que concentra su Culto, su Dogma y su Régimen en las Divinidades positivas y en el Gran Ser, que desarrolla por la afición, la existencia subjetiva, para concebir la realidad exterior objetiva, y que la idealiza, para modificarla por la acción. Dominada la Industria por el sentimiento de Humanidad y por el espíritu positivo, ya no aspirará a realizar lo que se puede, sino lo que se debe, respetando, ante todo, los intereses afectivos, teóricos y prácticos de la naturaleza humana. Al Régimen de la Sociocracia, pacífico, industrial y altruísta, ha de ligarse el conjunto de las actividades humanas, libres de los egoísmos de individuos, familias y patrias, para realizar el verdadero progreso de la Industria en el porvenir.

Mientras la actividad industrial se ha desarrollado, en el pasado, dominada por esos intereses egoístas, pudo conciliarse con las luchas militares, que se subordinaban a esos mismos intereses, pero, en cuanto impere el interés de la Humanidad, desaparecerán los egoísmos sociales y se someterán a la existencia altruísta las satisfacciones inevitables de los egoísmos vitales. Así cesarán las luchas entre individuos, familias y patrias y la paz se realizará espontáneamente sobre la Tierra, sin violencias políticas ni programas de exterminio, con el exclusivo impulso del altruísmo humano. Se establecerá entonces la verdadera y definitiva Industria positiva de la Humanidad, libre de egoísmos y sólo altruísta, como destinada a procurarle el bienestar material, subordinándole el de las Patrias y el de las Familias.

A la Industria del porvenir le corresponderá obtener el verdadero bienestar doméstico, realizando el más perfecto saneamiento de las ciudades y de las aldeas, las buenas condiciones higiénicas de las habitaciones, la comodidad y la duración del mobiliario, la buena calidad del vestuario y la perfecta distribución de las provisiones de sustento. Las costumbres suntuarias, heredadas por el capitalismo, desde los tiempos señoriales de los castillos y de las cortes, serán substituídas por los hábitos de modestia, de orden y de limpieza material y moral, propios de la vida pacífica, industrial y altruísta. A realizar el bienestar, en su doble aspecto material y moral, contribuirán las Bellas Artes, esparciendo su influencia en el domicilio proletario, en la habitación patricia y sacerdotal, en los locales públicos, en las escuelas enciclopédicas y en los Templos del Gran Ser, para procurar las emociones de la poesía, del canto, de la pintura, de la escultura, de la música, de la arquitectura y de la mímica, en la forma que conviene a cada sitio.

Siempre será posible perfeccionar la producción industrial, sea de instrumentos o de provisiones, mejorando los motores, los mecanismos y los útiles e incrementando la duración de las provisiones de uso y la eficacia de las de sustento, al mismo tiempo que se utilizarán las fuerzas eternas generadas por la Vegetalidad o por la influencia del Sol y de la Luna sobre el Flúido que envuelve al Gran Fetiche, para no quedar sometidos al empleo de sustancias que, por poderosas que sean, están destinadas a agotarse. Al progreso industrial del porvenir le corresponderá liberar a los hombres de los trabajos que fueron apropiados a los esclavos y a los mercenarios, pero no a los proletarios sociócratas, que delegarán aún en los animales, muchos servicios automáticos, que requiere el manejo de las máquinas. La Industria, cada vez más pacífica y altruísta, inspirada en el Culto del Gran Ser y de

las Divinidades positivas y guiada por el Dogma científico de la Religión Universal, determinará el concurso de las influencias materiales para favorecer la realización del supremo ideal moral de la Virgen Madre.

Santiago, 1.º de San Pablo del 92.
(21 de Mayo de 1946).

INDICE

	Pág.
DEDICATORIA.....	7
INTRODUCCION	
Condiciones de la actividad Industrial.	
ALTRUÍSMO	9
IDEALIDAD	15
TRABAJO	22
CAPITULO PRIMERO	
Condiciones morales de la Industria.	
I. ACTIVIDAD MORAL	29
II. ORGANIZACIÓN ESPIRITUAL DE LA INDUSTRIA	46
CAPITULO SEGUNDO	
Condiciones sociales de la Industria.	
I. ACTIVIDAD SOCIAL	63
II. ORGANIZACIÓN TEMPORAL DE LA INDUSTRIA	79

CAPITULO TERCERO

Condiciones biológicas de la Industria.

I. ACTIVIDAD BIOLÓGICA	95
II. ORGANIZACIÓN AGRÍCOLA DE LA INDUSTRIA .	107

CAPITULO CUARTO

Condiciones químicas de la Industria.

I. ACTIVIDAD QUÍMICA	123
II. ORGANIZACIÓN MINERA DE LA INDUSTRIA...	138

CAPITULO QUINTO

Condiciones físicas de la Industria.

I. ACTIVIDAD FÍSICA	157
II. ORGANIZACIÓN FABRIL DE LA INDUSTRIA...	173

CAPITULO SEXTO

Condiciones astronómicas de la Industria.

I. ACTIVIDAD ASTRONÓMICA	191
II. ORGANIZACIÓN COMERCIAL DE LA INDUSTRIA	208

CAPITULO SEPTIMO

Condiciones matemáticas de la Industria.

I. ACTIVIDAD MATEMÁTICA	227
II. ORGANIZACIÓN BANCARIA DE LA INDUSTRIA.	243
CONCLUSION	263

ESTA OBRA

SE HIZO EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA Y TRABAJARON EN ELLA: LEANDRO SEPÚLVEDA BERRÍOS, *monotipista*; CARLOS ESPINOSA IBAR, *fundidor*; JORGE AGUIRRE PÁEZ, *ayudante de fundidor*; ENRIQUE CORREA, *ayudante de tipógrafo*; ISIDORO GUTIÉRREZ CHAPARRO, *corrector de pruebas*; JULIO CURA HIPDOLA, *atendedor*; LUIS CORREA CORNEJO, JOSÉ FAJARDO OVALLE, IGNACIO DE LA CRUZ RÚZ, PAULINO BICHÓN SILVA, *cajistas*; PEDRO CATALÁN ERAZO, *compaginador*; CARLOS BROWN ROMERO, *remendista*; ARMANDO OLMOS MUÑOZ, *imponedor*; RAFAEL PÉREZ PÉREZ, *ayudante de imponedor*; MANUEL SÁNCHEZ GONZÁLEZ, ARMANDO ZUTTA VEGA, *prensistas*; ÓSCAR GARCÍA RIQUELME, *marginador*; ANTONIO PASTENES VARAS, *alsador*; BLANCA PASTENES VARAS, *costurera*; EDUARDO ZŪNIGA, SIXTO SILVA, MIGUEL SEGURA, ENRIQUE FLORES, MARIO BIZZONI, *oficiales de encuadernación*; LUIS GONZÁLEZ TAMAYO, *cortador*; AMADOR PACHECO, GABRIEL NÚÑEZ, JORGE VALDIVIA, *aprendices*; LUIS ABARCA ABARCA, *doblador*; ROBERTO MIRANDA SILVA, *maestro de encuadernación* Y SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 9 DE NOVIEMBRE DE 1946.